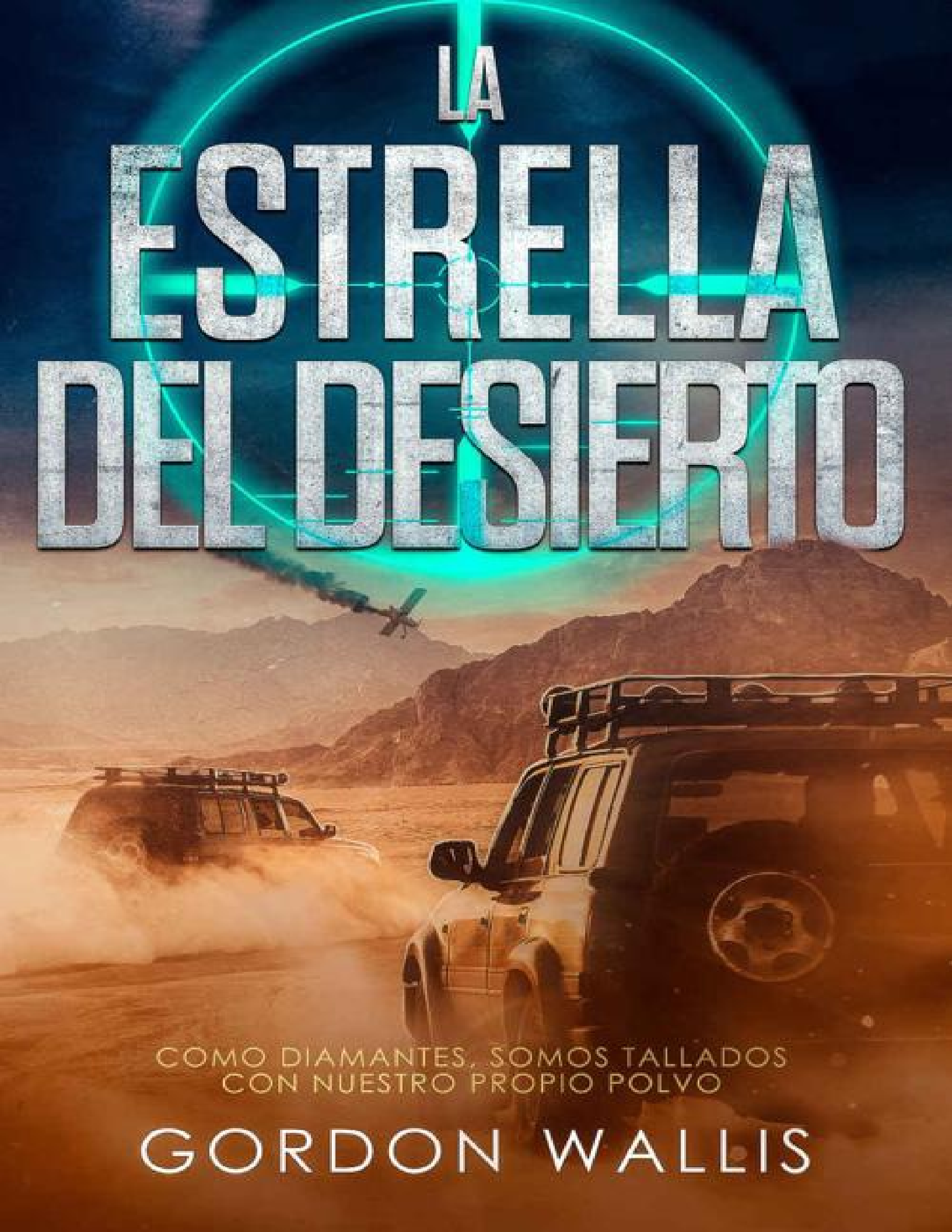




LA ESTRELLA DEL DESIERTO

COMO DIAMANTES, SOMOS TALLADOS
CON NUESTRO PROPIO POLVO

GORDON WALLIS

La Estrella del Desierto

Gordon Wallis

Copyright © [2024] de [Gordon Wallis].

Reservados todos los derechos.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso por escrito del editor o del autor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

Contents

1. Capítulo uno: desierto de Namib, Namibia, 150 km al este de Walvis Bay, 1868.
2. Capítulo dos: Londres, actualidad
3. Capítulo tres: Windhoek, Namibia.
4. Capítulo cuatro: Alas sobre el desierto
5. Capítulo cinco: El gran agujero
6. Capítulo seis: Secretos
7. Capítulo siete: Mal tipo
8. Capítulo ocho: Lucy en el cielo
9. Capítulo nueve: Días extraños
10. Capítulo diez: Movimientos nocturnos
11. Capítulo once: El ascenso de Ícaro
12. Capítulo doce: Oom Piet
13. Capítulo trece: Búsqueda y rescate
14. Capítulo catorce: Temba Zulu
15. Capítulo quince: Disparado
16. Capítulo dieciséis: Green
17. Capítulo diecisiete: Klopp
18. Capítulo dieciocho: Green

19. Capítulo diecinueve: Klopp
20. Capítulo veinte: Green
21. Capítulo veintiuno: Klopp
22. Capítulo veintidós: Green
23. Capítulo veintitrés: Klopp
24. Capítulo veinticuatro: Green
25. Capítulo veinticinco: Klopp
26. Capítulo veintiséis: Green
27. Capítulo veintisiete: Ciudad del Cabo, dos días después.

Queridos lectores

1

— • —

Capítulo uno: desierto de Namib, Namibia, 150 km al este de Walvis Bay, 1868.

El sol de media mañana brillaba con fuerza en la interminable extensión de arena blanca y dura que se extendía hacia el horizonte en todas direcciones. El viejo bosquimano san se detuvo en seco y llevó su arrugada mano marrón a los ojos para buscar las lejanas colinas que esperaba ver desde el amanecer. Entrecerrando los ojos para protegerse del resplandor, sólo vio el engañoso y brillante espejismo azul líquido que parecía ondular e hincharse como el agua. Gruñó molesto y sacudió la cabeza mientras se quitaba la bolsa de piel de cebrá del hombro y se acuclillaba sobre sus delgadas piernas. Colocó su poderoso arco sobre la arena y sacó el carcaj de flechas envenenadas de la suave bolsa antes de aflojar el cordel de corteza que aseguraba su contenido. El rico aroma de las tiras de carne seca de órix llenó sus fosas nasales. La gran recompensa de la larga cacería alimentaría tanto a él como a su esposa hasta que la luna volviera a estar llena. Era un olor que normalmente le agradaba, pero ese día su principal preocupación era el agua. Durante tres días había perseguido al animal durante todo el día y sólo descansaba cuando lo hacía el propio toro de órix herido. Toda una vida de experiencia le había enseñado la paciencia y la férrea determinación del gran cazador que era. *O había sido*. Fue al tercer día cuando las dosis de veneno de la flecha habían vencido finalmente al animal y el anciano había logrado matarlo. Ahora, cinco días después, la duda empezaba a invadir la mente del anciano y una vez más oyó la severa advertencia que le había hecho su esposa la noche anterior al comienzo de la caza.

—Ya eres un anciano —le había dicho en las consonantes chasqueantes de la antigua lengua *khoisan*—. No te aventuras demasiado lejos en el gran vacío. El agua es abundante y aquí hay conejos y otros animales más pequeños.

—Soy cazador —había respondido bruscamente—, y como tal, cazaré.

El anciano recordó aquellas palabras mientras sacaba el pulido huevo de avestruz que contenía su escasa provisión de agua. Sintiendo su peso, lo sacudió y oyó que el nivel de agua era bajo. Aún en cuclillas sobre sus pies descalzos, miró hacia el Este, donde deberían estar las montañas. *¿Quizás aquella anciana tenía razón? ¿Cómo puede ser? Estaba perdido en el gran vacío.* Aunque tenía la boca seca de tanto correr, el anciano volvió a colocar con cuidado el huevo de avestruz y las flechas en la suave bolsa y tensó la cuerda. Una vez más entornó su arrugado rostro mientras miraba fijamente hacia el Este.

—Deben andar por ahí —murmuró para sus adentros en una serie de chasquidos mientras echaba a correr una vez más.

Era tarde y el sol quemaba la espalda desnuda del anciano cuando, por fin, las lejanas montañas, teñidas de púrpura, aparecieron en el horizonte.

Lo sabía. Pensó para sí mismo. *Aquel viejo toro había dado un giro mientras corría y por eso me había perdido. Pero ahora que veo las montañas, regresaré triunfante en dos días. La anciana no tiene por qué saberlo.* Pero el anciano estaba debilitado y las correas de la pesada bolsa de cuero le cortaban los hombros. Sacó la piedrecita lisa que había tenido en la boca todo el día para combatir la sed y salió completamente seca. *Debo beber.* Pensó por dentro. Ahora camina, basta de correr.

Fue cuando el sol se iba escondiendo como un gigantesco orbe anaranjado a sus espaldas cuando el anciano vio por primera vez los macizos aislados de hierba seca que crecían por encima del cañón rocoso. Había sido la primera señal de vegetación que había visto en ocho días e instintivamente caminó hacia ellos. Sólo cuando llegó al borde del estrecho cañón vio su magnitud. Se extendía desde las lejanas montañas a su izquierda y hasta donde alcanzaba su vista a la derecha. Una vez cada pocos años, el agua fluiría desde las montañas y descendería por el delgado lecho rocoso del río que se extendía treinta metros más abajo. En toda una vida de caza en el gran vacío, el anciano nunca había visto este lugar y dejó escapar un suave silbido mientras contemplaba la arena blanca y las rocas lisas y ennegrecidas que había debajo. *Allí habrá agua.* Pensó mientras se quitaba con cansancio la bolsa de los hombros y se sentaba en la suave arena. Tras comer un trozo de carne seca y beber lo que quedaba del agua rancia del huevo de avestruz, el anciano se recostó y apoyó la cabeza en la bolsa. *Habrà agua dulce.*

El anciano se despertó antes del amanecer y su primer pensamiento fue la gran sed que tenía. Sacó el tapón de madera de la parte superior del huevo de avestruz vacío y lo inclinó sobre su boca con la esperanza de que pudiera quedar alguna gota. No había ninguna. Se frotó los ojos con sus huesudas manos y se sentó a esperar al sol. Salió una hora más tarde, precedido por un

rocío rosado en el horizonte a su derecha. Con paciencia, el anciano se sentó hasta que salió lo suficiente para poder ver el fondo del delgado cañón que había debajo. Cansado, y con sus cosas auestas, inició el descenso por la empinada ladera rocosa. Cuando estaba a sólo cinco metros por encima de la fina arena blanca del lecho seco del río, vio lo que buscaba. Las ramitas secas del bulbo *Bi! bulb* eran abundantes y sobresalían de la arena cada pocos metros. Treinta centímetros por debajo de la arena compacta, los tubérculos del tamaño de un coco serían fácilmente accesibles para el anciano y le proporcionarían agua amarga, pero potable. *¡Lo sabía!* Pensó mientras trepaba por las últimas rocas que quedaban hasta la arena nivelada que había debajo. Con un trozo de leña seca de la bolsa, se puso en cuclillas y empezó a cavar frenéticamente alrededor de las duras ramitas. La capa de arena blanca, gruesa y encostrada cedió y el trabajo se hizo más fácil. Finalmente, la herramienta de excavación golpeó algo duro y el anciano esbozó una sonrisa desdentada mientras metía la mano en el agujero. *¡Ahora beberé!* Pensó mientras sus huesudos dedos raspaban en la arena. Pero la sonrisa de su rostro arrugado y demacrado pronto se convirtió en ceño fruncido cuando sus dedos encontraron un objeto inesperado donde había esperado el tubérculo vivificante. Levantándose de sus rodillas, el anciano hundió la mano en la arena para extraer el objeto. Era duro y ligeramente más pequeño que un *maboque*. *Debía tratarse de una piedra. Seguro que allí está la planta que da agua.* Finalmente, después de algún esfuerzo, el anciano levantó el objeto del suelo y lo sostuvo en la mano.

No es habitual. Pensó mientras se volvía a sentar en la arena. *Es muy pesada y tiene una forma y un color muy extraños. Nunca había visto una piedra como ésta.* El anciano giró la piedra en su pequeña mano antes de lanzarla al aire y atraparla una vez más para sentir su inusual peso. Cuando la arena apelmazada se desprendió de la piedra, vio destellos de luz solar que brillaban en la superficie expuesta. Pero el anciano no le dio ningún valor a la piedra, pues sólo estaba concentrado en su gran sed.

—Hmm —gruñó mientras la lanzaba a la arena a su lado y reanudaba la excavación en el agujero.

Finalmente, encontró lo que buscaba y, al cabo de unos minutos, levantó triunfalmente de la arena el gigantesco tubérculo vital. Pasó la siguiente hora aplastando la pulpa interna de la dura planta subterránea y gris con la extraña roca que había desenterrado y bebió hasta hartarse el agua amarga que manaba de ella. Cuando terminó, volvió a arrojar la curiosa piedra al agujero del cual la había desenterrado y la cubrió de nuevo con la arena que se había amontonado cerca del agujero.

Más tarde, aquel mismo día, el anciano encontró un pozo para beber a sorbos más abajo en el barranco, cerca de una esquina del lecho del río. Con el palo, cavó medio metro en la arena húmeda que había debajo y llenó su huevo de avestruz al succionar el agua fangosa que se acumulaba en su boca a través de una caña seca. De nuevo habían aparecido numerosas piedras de las extrañas, aunque más pequeñas que la primera vez, pero, como antes, las había ignorado. Al ponerse el sol, el anciano recostó la cabeza sobre su bolsa y masticó un palito de carne seca mientras observaba cómo aparecían las estrellas en el cielo. *Dentro de dos días*. Pensó con una sonrisa en su arrugado rostro. *Dentro de dos días volveré a las montañas y le demostraré a esa anciana que sigo siendo un gran cazador*.

Cuatro días después, al atardecer, el anciano se dirigió a su morada de hierba y juncos en las montañas. Había un gran cansancio en sus ojos, pero esperaba que su mujer no lo viera a la luz del fuego donde estaba sentada.

—¿Dónde has estado, viejo? —dijo ella—. Pensé que tu cuerpo flaco se había secado y se lo había llevado el viento del gran vacío.

—Soy un cazador —respondió él mientras se sentaba y sacaba los fardos de carne seca de su bolsa—. He estado cazando.

2

— • —

Capítulo dos: Londres, actualidad

La llamada se produjo a la 1 de la tarde, cuando estaba a punto de salir de mi piso del norte de Londres para ir al supermercado local. Estaba frustrado, llevaba todo el día esperando un paquete que había pedido en eBay. El vendedor me había dicho que había enviado mi pedido por correo de primera clase el día anterior y me había garantizado la entrega del paquete. Me había pasado la mañana dando vueltas por el piso esperando a que sonara el timbre de la puerta, pero hasta entonces todo había estado tranquilo. El vendedor era un joven llamado Martin Walter, del sur de Londres. Trabajaba como conductor para una popular empresa de mensajería que repartía productos principalmente de Amazon. Martin Walter tenía un índice especialmente alto de reclamos por falta de entrega en el historial de su empresa y yo lo había seguido en sus rondas durante dos días la semana pasada. Si el destinatario del paquete que estaba entregando no se encontraba en su casa, Martin Walter dejaba el paquete junto a una nota en la puerta. Sin embargo, lo que la empresa de mensajería había sospechado era cierto. Todos los días, cuando terminaba su turno a las dos de la tarde, Martin Walter volvía a recorrer en moto el trayecto exacto que había hecho por la mañana a través de Londres. Martin Walter levantaba y guardaba en bolsas los paquetes que aún no habían sido reclamados en la puerta de los destinatarios y se dirigía rápidamente a la siguiente dirección. El casco que llevaba impedía que su rostro fuera captado por las cámaras de videovigilancia. En un buen día, volvía a su casa del sur de Londres con cinco paquetes y era como ganar la lotería. Muchos de los paquetes que robaba contenían objetos de gran valor y, a las ocho de la noche, ya estaban a la venta en su propia cuenta de eBay. La laboriosa pero delictiva empresa de Martin Walter llevaba diez meses funcionando sin problemas y yo era uno de sus clientes más recientes. Los auriculares inalámbricos, los cuales ya había pagado sólo me habían costado cincuenta y cinco libras. Una ganga para un "regalo no

deseado aún en su caja original". Pero la entrega no había llegado y me estaba planteando seriamente dejarle un comentario negativo en su cuenta de eBay. La entrega sería el último clavo en el ataúd de Martin Walter y el caso pasaría a manos de la policía. El trabajo había durado demasiado y estaba ansioso por finalizarlo. Saqué el teléfono del bolsillo e inmediatamente reconocí el número que aparecía en la pantalla como el del supervisor jefe de casos de la central de la empresa de seguros. Llevaba más de siete años trabajando con ellos como autónomo y me sorprendió recibir una llamada en lugar de un correo electrónico.

—Hola, Diane —dije rotundamente.

—Ah, hola, Jason —dijo ella—. Espero no molestarte.

—En absoluto —contesté—. ¿Qué pasa?

—Es un poco inusual, Jason, pero la junta quiere verte —dijo.

Dejé de dar vueltas y miré por la ventana hacia la tarde lluviosa.

—¿La junta directiva? —pregunté.

—Sí —dijo ella.

—¿Hay algún problema, Diane? —pregunté desconcertado.

—No —dijo ella—. No lo creo. Todo parece un poco secreto, la verdad, pero creo que tienen un trabajo para ti. Imagino que debe de ser muy importante.

—¿Alguna idea sobre por qué han pedido verme a mí en particular? —pregunté.

—No —respondió ella—. Lo siento, Jason. Sólo me preguntaron si podía llevarte a la oficina central lo antes posible. Es todo lo que sé.

Miré el timbre de la puerta y mi reloj en ese orden.

—Está bien —dije—. Diles que estaré allí a las 2.30.

Me despedí y colgué. La petición era inusual, pero como me sentía agobiado por el encierro, la oportunidad de salir del piso era bienvenida, aunque lloviera. Me vestí para el frío de octubre y salí después de cerrar el piso. La lluvia fue cediendo durante el corto trayecto hasta la estación de metro de Seven Sisters y antes de descender a las húmedas entrañas del metro, apagué el cigarrillo. Tomé la línea Victoria Sur hasta Green Park y luego hice transbordo con la línea Jubilee, para llegar finalmente a la estación de Canary Wharf, en el moderno distrito financiero de Londres. Había vuelto a llover, así que me abroché el abrigo con fuerza mientras me apresuraba para llegar al rascacielos que alojaba las oficinas de mis principales empleadores. Al atravesar las gigantescas puertas giratorias, me di cuenta de que hacía por lo menos tres años que no pisaba el edificio. Toda la comunicación entre ellos y yo había sido por correo electrónico o por teléfono. Tomé el ascensor hasta la planta dieciocho y atravesé las puertas de la empresa

hasta la recepción. La inteligente joven de la recepción habló antes de que tuviera la oportunidad de presentarme.

—¿Sr. Green? —dijo enarcando las cejas.

—Sí —contesté.

—Llamaré a Diane, te está esperando —dijo descolgando un teléfono.

Habló en voz baja por el auricular y en unos segundos vi la figura alta y elegante de Diane salir de su despacho por el pasillo. Llevaba un traje de negocios de tweed y sus tacones chasqueaban en el suelo de mármol mientras se acercaba con una sensación de urgencia.

—Me alegro de volver a verte, Jason —dijo mientras me estrechaba la mano—, ¿subimos? Te están esperando.

—Claro —dije mientras la seguía por la puerta y volvía a los ascensores.

—¿Alguna idea de lo que está pasando aquí? —dije al cerrarse las puertas del ascensor.

—Ni idea, Jason —dijo mientras pulsaba el botón de la planta veintiuno—. Pero uno de los directores ha volado desde Escocia especialmente para conocerte. Me temo que todo es un poco precipitado.

Se tocó la cintura con impaciencia y miró el reloj mientras se cerraban las puertas. Llegamos, atravesamos otra zona de recepción que yo no había visto nunca y seguí a Diane por un pasillo hasta una puerta con un cartel que decía «Sala de juntas». En el extremo del largo espacio había una mesa de ébano pulido rodeada de suntuosas sillas tapizadas en cuero verde. La lluvia azotaba silenciosamente contra los amplios ventanales que ocultaban la vista de los demás rascacielos de Canary Wharf. Más cerca de la puerta había un grupo de cuatro hombres sentados en sillones, que bebían café mientras charlaban. El ambiente era relajado, pero me di cuenta de que habían estado esperando mi llegada.

—Lo siento, caballeros —dijo Diane—. El Sr. Green ha llegado. Ahora los dejo tranquilos. Gracias.

Los cuatro hombres le dieron las gracias y se levantaron mientras ella cerraba la puerta detrás suyo. Se presentaron de forma amistosa uno por uno y me estrecharon la mano. Todos vestían los trajes estándar que uno esperaría de la junta ejecutiva de una gran compañía internacional de seguros. El más corpulento de ellos, un corpulento escocés llamado Pritchard, fue el primero en hablar tras las presentaciones.

—No veo la necesidad de ser demasiado formal aquí, caballeros —dijo con un amplio acento—. ¿Nos sentamos todos dónde estamos?

Los otros tres hombres asintieron y emitieron un gruñido de aprobación, mientras uno de ellos me acercaba una silla para que me sentara.

—¿Quieres una taza de té o de café, Jason? —dijo Pritchard.

Por su piel manchada y su nariz roja, me di cuenta de que era un hombre al que le gustaba beber. Sin embargo, sus modales eran bastante agradables y amistosos y acepté su oferta de café. Los otros tres hombres charlaron conmigo mientras Pritchard se entretenía cerca de la máquina de café. El tema principal, como era de esperar, era el tiempo. Por fin llegó la taza y Pritchard dejó caer su corpulento cuerpo en una silla cercana y sonrió.

—Bueno, Jason —dijo aun sonriendo—. Sé que hablo en nombre de todos los presentes cuando digo que estamos muy agradecidos por que hayas venido con tan poca antelación. Te lo agradecemos mucho.

Los demás gruñeron y asintieron con la cabeza mientras se ponían cómodos.

—No hay ningún problema —dije abiertamente—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Sr. Green... em... Jason —dijo Pritchard inclinándose hacia delante en su asiento. "Sabemos que tienes experiencia por haber trabajado en África".

—Correcto —respondí.

—Bien, Jason. Uno de nuestros clientes internacionales, Apex Resources, un consorcio de diamantes, ha tenido algunos problemas con una de sus operaciones en Namibia. Ahora la empresa tiene muchas más minas en el Congo, Zambia y una pequeña en Botsuana, pero la de Namibia nos está causando bastantes quebraderos de cabeza.

Los otros hombres volvieron a asentir.

—¿Qué tipo de problemas tienen? —pregunté mientras sorbía el café.

—Bueno, en los dos últimos años ha habido algunos siniestros muy inusuales. Ha habido varias muertes accidentales en el trabajo. Esta empresa se toma muy en serio la seguridad en el trabajo y en los diez años que lleva funcionando nunca ha habido ninguna muerte. En dos ocasiones también ha habido denuncias por gemas perdidas. También ha habido casos de maquinaria muy cara que se ha roto inexplicablemente. Reclamos y más reclamos. Esta mina es muy remota y puedes imaginarte que la seguridad es extremadamente estricta, sobre todo cuando se trata de diamantes.

—Ya veo —dije poniendo la taza sobre la mesa que tenía delante—. ¿Supongo que estos reclamos son bastante importantes?

Los cuatro hombres articularon un gesto de preocupación con la cabeza.

—Reclamos muy caros, sin duda, Jason —dijo Pritchard—. Los accionistas están bastante preocupados. Tanto que hemos decidido pedirte que vayas allí y... le echas un ojo, digamos, a la operación por nosotros. A ver si puedes identificar el problema.

La sala se quedó en silencio y en los rostros de los hombres había una expresión de desesperación llena de ilusión.

—¿Cuánto tiempo me quedaría si acepto? —pregunté.

Habló otro de los hombres más jóvenes.

—El tiempo que haga falta para solucionarlo —dijo—. No podemos permitirnos perder esta cuenta, pero al mismo tiempo estos reclamos nos están perjudicando enormemente.

Pritchard volvió a hablar con su amplio acento escocés.

—Creo que ahora puedes ver nuestra situación, Jason. Es bastante grave. También nos gustaría que echaras un buen vistazo al director de la mina. Un alemán. Un hombre llamado Klopp. Heinrich Klopp.

Pritchard extendió la mano hacia el centro de la mesita y empujó hacia mí un grueso expediente. En el centro de la cubierta estaban impresas las palabras «Apex Resources Namibia».

—La gente de la sede central de Apex en Amberes confía en él —dijo Pritchard—. Dicen que es un gran hombre que produce resultados. Pero nosotros no estamos tan seguros.

—¿Qué has oído sobre él que te hace dudar? —pregunté.

—Nada —dijo el hombre más joven—. Pero es el director de la mina más lucrativa de Apex y en él recae la responsabilidad. Naturalmente, él sería el primer puerto de escala.

—Por supuesto —dije—. Y si aceptara, ¿cuándo quieren que me vaya?

Los hombres se rieron cortésmente y dejaron que Pritchard respondiera.

—Lo antes posible —dijo—. De hecho, he venido hoy desde Escocia especialmente para verte. Hizo una pausa y me miró a los ojos.

—Supongo que ha llegado el momento de ir al grano —dijo—. ¿Lo harás, Jason?

Quince minutos después salí por la gigantesca puerta giratoria de la planta baja del edificio y me adentré en la llovizna gris de la tarde. Tras una breve negociación de mi remuneración por el trabajo, me entregaron el expediente junto con un billete abierto de primera clase a Windhoek vía Frankfurt para esa misma noche. Mientras tanto, Martin Walter continuaría con sus pequeños robos. El trabajo había comenzado.

Capítulo tres: Windhoek, Namibia.

SÓLO HABÍA TARDADO UNA hora en hacer las maletas y salir del apartamento. Como de costumbre, empaqué el equipo estándar y algunos extras que pensé que podría necesitar. Gracias a que el trabajo tenía todos los gastos cubiertos, pude tomar un taxi hasta el aeropuerto de Heathrow, en lugar de utilizar el metro, así que me puse a leer el expediente mientras el coche se incorporaba a la concurrida autopista M25 en medio de la llovizna vespertina. Apex Resources era, según todos los indicios, una empresa modelo que se asociaba amistosamente con los gobiernos de los países en los que operaba. Las operaciones eran tan transparentes como podrían serlo las de cualquier empresa de extracción de diamantes, sin dejar de mantener los niveles de seguridad que cabría esperar de un producto de tan alto valor. La producción de la mina Apex Namibia era de diamantes, tanto industriales como de calidad gema. Su descubrimiento había sido realizado por un explorador independiente cinco años atrás. Se habían ofrecido muestras de las gemas a varias casas mineras en paquetes sellados y posteriormente se compró la mina mediante un sistema de votación secreta en Amberes, Bélgica. El ahora adinerado explorador se había dedicado a otros proyectos, y Apex Resources se encargó de desarrollar y explotar los yacimientos, que eran aluviales y subterráneos. La mina estaba muy alejada y era de difícil acceso, lo cual la hacía atractiva dada la seguridad natural que ofrecían los cientos de kilómetros de desierto que la rodeaban. La empresa había construido un complejo y una pista de aterrizaje in situ: el acceso para los ingenieros y la dirección se realizaba principalmente en avioneta, mientras que la mano de obra y el equipo se transportaban 480 km al oeste de Windhoek por caminos de tierra accidentados y peligrosos. Saqué un mapa del archivo y lo miré mientras el conductor se desviaba a la izquierda de la autopista y se dirigía al aeropuerto. Me habían dicho que a la mañana siguiente me recogería un piloto de la empresa en el aeropuerto internacional de

Windhoek y me llevaría en avioneta a la mina, donde llegaría alrededor de las once de la mañana. Doblé el mapa y lo volví a guardar en la carpeta mientras el vehículo se detenía en el punto de descenso, cerca de un tejado saliente que protege a los pasajeros de las inclemencias del tiempo. Pagué con la tarjeta y el conductor abrió el maletero para recoger mi equipaje y me dio las gracias mientras me dirigía al interior del edificio. Al ser tarde, el proceso de *check-in* y seguridad duró una hora entera así que tuve que apresurarme hasta la puerta de embarque para tomar mi vuelo. El corto trayecto a Frankfurt duró un instante así que pasé las siguientes dos horas bebiendo cerveza alemana en la sala VIP de Lufthansa. Finalmente, llegó la hora de embarcar y, tras pasar por la puerta de embarque, me senté en el asiento de la ventanilla de la sección de clase ejecutiva, en la parte delantera del avión de largo recorrido. El asiento me pareció amplio y cómodo, así que me acomodé y seguí leyendo el dossier mientras el avión carreteaba y despegaba hacia la noche. Los detalles sobre el director de la mina, Heinrich Klopp, eran muy interesantes. A sus 55 años, había alcanzado grandes logros, primero como mecánico de aviones en las Fuerzas Aéreas alemanas y más tarde en su carrera civil como ingeniero mecánico. Su carrera lo había llevado desde sus humildes comienzos en Alemania hasta el nivel directivo de los gigantescos conglomerados mineros auríferos de Australia y Sudamérica. Astuto, minucioso y de hábitos sobrios, su perfil indicaba que era un hombre cuyas prioridades residían en su empleador y su atención se centraba firmemente en el buen funcionamiento y la eficacia de su organización. Después de que la azafata me entregara un vaso de whisky con hielo, me senté y me quedé mirando su foto en el expediente.

El hombre era delgado, pero bien formado, con una cabeza llena de pelo gris corto. Aunque aparecía en la foto con una media sonrisa, sus labios eran finos y, sus ojos azul claro, entrecerrados por la concentración, parecían carecer de humor. Estaba claro que la foto había sido tomada en un clima frío, pues la ajustada chaqueta azul marino que llevaba abrochada hasta el mentón le daba el aspecto de un hombre con antecedentes militares. El rostro era perfectamente simétrico, con los pómulos anchos y la frente grande. Suspiré mientras volvía a colocar la hoja de papel en el expediente y miré por la ventana de mi izquierda hacia la oscuridad. Todo será revelado, Green. Todo será revelado. Una vez servida la cena, guardé por fin la carpeta. El giro de los acontecimientos había sido repentino e inesperado y, aunque estaba contento por la perspectiva del cambio de aires y del nuevo trabajo, me sentía cansado y acalorado por la bebida. Decidí acomodarme en el asiento y ver una película. Me desperté a las cinco y cuarto de la mañana, cuando el sol empezaba a asomar con un tenue resplandor amarillo por la ventanilla. Durante la noche, uno de los asistentes debió haberme puesto una manta

mientras dormía, pues no recordaba haberlo hecho. Llevé mi mano a la izquierda y tomé la pequeña botella de agua que había en un recipiente sobre el asiento. Mientras bebía, contemplé el resplandor del sol naciente y me pregunté qué me esperaba ese día. En todos los años que llevaba en África, nunca había puesto un pie en Namibia y, aparte de la lectura apresurada que había hecho en el aeropuerto y de lo que había leído en el expediente, tenía muy poca idea de lo que me esperaba. Fue después de que nos sirvieran el desayuno y el café cuando el piloto anunció que habíamos iniciado el descenso hacia Windhoek. Pulsé el botón para devolver el asiento a la posición totalmente vertical y empecé a observar el paisaje de abajo. Incluso desde aquella enorme altura, el escaso paisaje marrón se extendía plano hasta donde alcanzaba la vista y cambiaba muy poco de rasgos o color. Árido y reseco, apenas había señales de actividad humana y pronto quedó claro que se trataba de uno de los países menos poblados de la Tierra. Me senté con asombro mientras el gigantesco avión descendía y los aislados caminos de tierra arenosa de los ranchos y las explotaciones ganaderas empezaban a aparecer entre los matorrales de espinos de camello. Las afueras de Windhoek estaban marcadas por una cadena montañosa que se elevaba a la izquierda. Delante se extendía la descolorida franja de asfalto de la pista única y solitaria del aeropuerto internacional, que parecía desaparecer hasta la insignificancia en el vasto vacío de su entorno. El avión la sobrevoló inclinándose hacia la izquierda antes de girar de frente para aterrizar. Tras una breve inclinación del ala izquierda, el avión aterrizó y el piloto nos dio la bienvenida a Namibia por el sistema de altavoces. El avión carreteó hasta un edificio ancho y bajo de una sola planta y se detuvo. *Jesús. Parece que has aterrizado en la parte trasera del más allá, Green.* No había una moderna pasarela móvil por la cual se pudiera entrar al edificio, sino que observé cómo un camión blanco con una escalera telescópica de embarque de pasajeros se acercaba y se colocaba en la puerta que tenía detrás. Pronto se apagó la señal del cinturón de seguridad así que me levanté para recoger mi equipaje de mano del compartimento superior. Como estaba en clase ejecutiva, fui uno de los primeros en salir del avión para encontrarme con una pared de calor seco y abrasador. Miré el reloj y vi que sólo eran las siete y cincuenta de la mañana, pero el sol pegaba fuerte en la pista y me encandilaba al bajar las escaleras. No había ningún autobús para pasajeros, sólo una serie de conos rojos de plástico y trabajadores del aeropuerto de pie cerca que nos indicaban que camináramos hacia el edificio principal. Por encima de mi cabeza, el cielo parecía más grande y azul que cualquiera que haya visto hasta ahora.

El interior del edificio me resultó oscuro al principio después de la luz cegadora del pabellón, pero era fresco y moderno, así que seguí las señales a la izquierda que conducían a los

mostradores de migración. El joven que me atendió me preguntó bostezando cuál era el motivo de mi visita, a lo cual respondí que estaba de vacaciones. Tras hojear mi pasaporte durante unos segundos, estampó su pesado sello en una de las páginas.

—Bienvenido a Namibia, Sr. Green —dijo.

—Gracias —respondí mientras agarraba el pasaporte y me marchaba.

La sala de recogida de equipajes tenía dos pequeños carruseles en una gran sala rodeada de publicidad para turistas. Después de lo que pareció una eternidad, uno de ellos empezó a circular y me adelanté para esperar mi equipaje. Afortunadamente, fue una de las primeras maletas que salieron así que salí por las puertas de «nada que declarar» bajo el escrutinio de algunos hombres uniformados. Sentí sus ojos clavados en mí mientras caminaba, pero afortunadamente llegué a la sala de arribos sin que me registraran. Estaba agradecido, ya que el equipo de vigilancia y el dron que llevaba seguramente habrían levantado algunas cejas. Necesitaba desesperadamente un cigarrillo así que busqué la señal de salida más cercana, pero antes mis ojos se posaron en un joven blanco que llevaba un papel pegado al pecho con las palabras "Sr. Jason Green" impresas en el anverso. Llevaba pantalones oscuros y una camisa blanca de manga corta con las hombreras azules y doradas de un piloto en cada hombro. Era alto y no debía de tener más de veinticinco años, tenía el pelo rubio ligeramente largo y una pícaro expresión de alegría permanente en el rostro. Lo saludé con la cabeza mientras me acercaba y su rostro esbozó una amplia sonrisa.

—¿Señor Green? —dijo entusiasmado.

—Soy yo —le dije tendiéndole la mano—. Jason Green.

Me agarró la mano con fuerza y me la estrechó enérgicamente, sin dejar de sonreír.

—Danny Meyer —dijo—. Encantado de conocerte.

4

— • —

Capítulo cuatro: Alas sobre el desierto

—¿QUÉ TAL EL VUELO? —me preguntó con interés mientras me hacía señas para que lo siguiera.

—No ha estado mal, gracias —respondí tirando de mi mochila—. Necesito fumar, ¿podemos parar un momento?

—Claro, por supuesto —respondió alegremente—. Salgamos.

Seguí al joven por una salida que daba a una parada de taxis. Nos pusimos a la sombra de un tejado que sobresalía y saqué los cigarrillos del bolsillo. Una vez más, me sorprendió el calor seco que se respiraba a primera hora de la mañana.

—Hace un poco más de calor que en Londres —dije mientras encendía el cigarrillo.

El joven se echó a reír y miró hacia el cielo azul.

—Ah, sí —dijo—. Hace más calor en el gran agujero.

—¿Te refieres a la mina? —pregunté.

—Lo siento, Sr. Green, sí —dijo frunciendo brevemente el ceño—. Me refería a la mina. Te llevaré allí hoy mismo.

—Por favor, llámame Jason, Danny —dije despreocupadamente mientras exhalaba una bocanada de humo—. ¿Cuánto tiempo llevas volando para Apex?

—Bueno, no trabajo exclusivamente para ellos —dijo—. En realidad, soy piloto autónomo, pero siempre que Apex me necesita, recibo la llamada y vuelo. Si alguien o algo importante tiene que ir o volver de la mina, allí estoy. El resto del tiempo hago vuelos chárter para turistas en su mayoría.

—Ah... bueno —dije despreocupadamente.

—Podría volar a la mina una vez cada dos semanas —dijo—. Depende del Sr. Klopp. Es el jefe...

Apagué el cigarrillo en un cenicero cercano y agarré el asa de mi bolso para irme.

Sin querer presionar al joven para que me diera demasiada información, miré hacia el estacionamiento y me puse las gafas de sol.

—Bueno —dije—. ¿Nos vamos?

—¡Claro! —respondió contento—. Vamos.

El sol abrasador de la mañana me quemaba el cuello mientras subíamos unos escalones de cemento y cruzábamos una carretera hacia un estacionamiento bordeado de marquesinas azules. Rodeamos una fila de vehículos y nos detuvimos ante una camioneta Toyota Hilux roja de doble cabina con suspensión elevada y un toldo en la parte trasera.

—Ya hemos llegado —dijo Danny mientras abría el vehículo—. Creo que el equipaje irá en el asiento trasero.

Abrí la puerta y subí mi equipaje al caluroso interior de la cabina. Danny se inclinó y abrió la puerta del acompañante mientras yo cerraba la trasera. Me observó mientras entraba en el vehículo, sacó sus propias gafas de sol Rayban del bolsillo superior y se las puso.

—¡Bien! —dijo acercándose al encendido—. Vamos.

En cuanto giró la llave de contacto, el equipo de música del coche se activó y mis oídos se llenaron de música dance a todo volumen. Danny tanteó rápidamente el control de volumen y lo apagó.

—Lo siento, Sr. Green —dijo riéndose avergonzado.

—Jason, Danny —le dije—, es Jason.

El entusiasmo y la actitud despreocupada del joven me resultaron entrañables y me senté cómodamente en el asiento mientras salíamos del estacionamiento hacia la carretera, en dirección a la salida.

—Así que vamos al aeropuerto de Eros —dijo Danny mientras giraba a la derecha hacia una carretera de un solo carril—. Está a unos cuarenta kilómetros de aquí, cerca de la ciudad. Desde allí despegaremos y daremos un pequeño salto hasta la mina. Se tarda aproximadamente una hora y cuarto de vuelo.

—De acuerdo —dije—. ¿Y cuánto dura el trayecto hasta la mina?

—Ah, no estoy muy seguro, Jason —contestó mientras miraba su reloj y ponía la quinta marcha—. Por lo que he oído, entre ocho y quince horas. Un camino muy duro.

—¿Pero se utiliza de vez en cuando? —pregunté.

—Oh, sí —respondió—, mano de obra, maquinaria, combustible. Todo va y viene por carretera. Desde aquí, Windhoek, o desde Walvis Bay, en la costa, según las dunas y el estado de la carretera.

—¿Y nunca lo has conducido? —le pregunté.

—No —respondió con una sonrisa—. No, lo mío son los cielos.

Asentí y miré el paisaje a mi alrededor. A la izquierda estaba la línea de montañas que había visto desde el aire. El suelo rocoso era marrón y estaba totalmente seco, lleno de matorrales de espinos de camello y cubierto de matorrales de hierba seca tostada por el sol. A la derecha, el paisaje se ondulaba y descendía hacia unas colinas lejanas. Abrí ligeramente la ventanilla para que entrara la brisa y me recosté en el asiento. Quince minutos después subimos una colina, viramos a la izquierda, y por debajo de nosotros apareció la pequeña ciudad de Windhoek. Era una mezcla de viejos edificios coloniales alemanes y modernos bloques de tamaño medio. El tráfico estaba ordenado y los bordes y senderos peatonales eran pulcros.

—Bueno —dijo Danny—, ésta es nuestra ciudad.

—Mucho más pequeña de lo que imaginaba —dije—. Y más limpia.

—Sí —respondió—. Comparada con muchos otros países africanos, Namibia es muy limpia.

Danny llegó a un semáforo y se detuvo antes de girar a la izquierda para bordear la ciudad.

—Podría darte un breve recorrido, pero me temo que estamos un poco justos de tiempo —dijo—. El Sr. Klopp nos espera para comer.

—Por supuesto —dije—, quizá en otra ocasión. ¿Conoces bien al Sr. Klopp?

—No, la verdad es que no —dijo moviendo el volante. Era como si mi pregunta lo hubiese desconcertado y no supiera qué decir.

—¿No lo conoces, Jason? —dijo.

—No, no lo conozco —respondí.

—Oh —replicó—, naturalmente pensé que estabas con Apex y lo conocías.

—No —contesté mientras abría la ventanilla para que entrara más aire en el vehículo, que estaba cargado—. No, sólo estoy con la compañía de seguros. He venido a echar un vistazo. Eso es todo.

—Ah, está bien —dijo alegremente al llegar a otro semáforo—, el señor Klopp es un tipo un poco difícil.

—¿Difícil en qué sentido? —le pregunté.

Se movió en el asiento y, una vez más, percibí su incomodidad ante mis preguntas.

—Puedes hablar abiertamente conmigo, Danny —le dije con indiferencia—. No tengo ninguna relación con Apex Resources ni con el señor Klopp. Sólo soy un inspector de seguros independiente de Londres. Eso es todo. Me interesa oír lo que piensas, sobre todo ahora que dices que tampoco tienes relación con Apex.

Danny me sonrió y me di cuenta de que por fin tenía su confianza.

—Bueno, Jason —dijo riendo entre dientes—, digamos que el Sr. Klopp es un poco raro.

—¿Extraño en qué sentido? —le pregunté.

—Para ser sincero, no me cae nada bien —dijo—. Es uno de los clientes más groseros y antipáticos para los cuales he trabajado.

—Continúa, por favor —lo alenté.

—Pues apenas puedes sacarle una palabra cuando hablas con él —dijo—. Lo he intentado en muchas ocasiones y es como sacar sangre de una piedra. Es muy estricto con la pulcritud y con la puntualidad, por eso te dije que no te podía enseñar Windhoek... y, para ser sincero, por lo que veo, el personal de la mina lo odia. Dicen que es un hombre cruel.

Hizo una pausa y miró las casas de los alrededores mientras conducíamos, luego se dirigió de nuevo a mí.

—No es un tipo muy agradable que digamos —dijo con una media sonrisa—. Lo siento, Jason, pero eso es lo que pienso.

—En absoluto, Danny —dije despreocupadamente—. Te agradezco el aviso.

La carretera bajaba por un frondoso barrio residencial de lujo y, una vez más, me sorprendió el orden de las calles y la limpieza del lugar. Las casas y los jardines estaban bien cuidados y las veredas recién pintadas. Era pintoresco, encantador e inesperado al mismo tiempo.

—Ahora estamos en las afueras de la ciudad —dijo Danny—. Hay algunas tiendas justo delante, por si quieres comprar algo antes de que salgamos volando. ¿Cuánto tiempo vas a estar en la mina?

—No tengo ni idea, Danny —respondí con sinceridad—. Mi misión es simplemente ir a la mina y echar un vistazo. ¿No hay nada allí? ¿No hay tiendas?

—Hay una pequeña tienda en la mina —dijo—. Allí puedes conseguir cigarrillos y otros productos básicos, pero te alojarán en el recinto de los jefes y también comerás allí.

—Bueno, en ese caso no —dije—, creo que podemos irnos.

—Genial —dijo el joven—. Iremos directamente al aeropuerto.

La carretera siguió bajando por el suburbio hasta tocar fondo en un pequeño centro comercial donde giramos a la izquierda. A la derecha había una valla alta con una gran extensión llana de

hierba detrás.

—Éste es el aeropuerto de Eros —dijo Danny—. La mayor parte del tráfico de avionetas de Namibia transita por aquí.

La carretera se extendía durante un kilómetro y avanzamos por el alquitrán descolorido bajo la brillante luz del sol hasta que llegamos a una gran puerta de ladrillo con guardias y una barrera mecánica. Danny mostró una tarjeta de identificación a un guardia uniformado, la barrera se levantó y entramos. Un minuto después llegamos a un estacionamiento situado detrás de un edificio blanco de poca altura con una torre de control en el centro. A ambos lados del edificio había una serie de hangares para avionetas que se extendían cientos de metros en ambos sentidos.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Danny mientras apagaba el motor y abría la puerta—. Sólo necesito hacer una llamada rápida antes de irnos.

—No hay problema —dije mientras salía del coche y recogía mis equipajes del asiento trasero.

Me puse a la sombra de un ciruelo pajarero y encendí un cigarrillo mientras Danny hacía su llamada. El calor seco del día era agobiante, pero no dejaba de ser un cambio agradable en comparación con las gélidas mañanas londinenses.

Un minuto después, Danny se acercó a la parte trasera del vehículo con una sonrisa cansada en la cara y habló.

—Mi novia insiste en que la llame antes y después de cada vuelo. Se preocupa demasiado.

—No hay problema, Danny —le dije—. ¿Está aquí en Windhoek?

—No, vive en Ciudad del Cabo —contestó—. Yo también soy de allí. Llevamos juntos dos años. En fin, ¿nos vamos?

—Vamos —dije.

Llevé el equipaje detrás mío mientras atravesábamos el estacionamiento y nos adentrábamos en el fresco interior del edificio. Estaba bien iluminado y tenía aire acondicionado, y había carteles indicadores de las distintas zonas y oficinas. Seguí a Danny hasta pasar las oficinas de Aduanas e Impuestos Especiales y él hizo una pausa cuando llegamos a una pequeña tienda a la derecha.

—Creo que voy a comprar agua —dijo—. Siempre es una buena idea cuando se vuela por el desierto. Será sólo un minuto.

—No hay problema —respondí.

Mientras él entraba en la tienda, yo me detuve y eché un vistazo al edificio. Había una mezcla de turistas y lugareños, algunos trabajando, otros esperando sus vuelos. El ambiente era tranquilo, relajado y agradable. Danny salió un minuto después con una bolsa de plástico y seis botellas de agua.

—Bueno -dijo —ya está todo listo—. ¿Nos vamos?

—Después de ti —dije.

Atravesamos un par de puertas dobles y salimos a una gran sala de espera abierta, rodeada de ventanas que iban del suelo al techo. Detrás había una pequeña zona de hierba verde con un cerco bajo y luego la plataforma de la pista de aterrizaje. En la plataforma había unas veinte avionetas estacionadas y algunos helicópteros. La luz del sol destellaba en los detalles cromados de las aeronaves y Danny se recolocó las gafas de sol de aviador antes de detenerse ante un mostrador cercano a la salida. Agarró un bolígrafo y un portapapeles y nos firmó la salida a los dos antes de abrir la puerta de cristal para que yo saliera. Salimos al sol abrasador y caminamos por una pasarela de cemento hasta la plataforma. El Cessna 172 Skyhawk era de color blanco con una cinta roja pintada en los laterales. Estaba entre otras muchas avionetas, a cuarenta metros a la izquierda del edificio del aeropuerto, con unos tacos de goma naranja brillante colocados debajo de sus tres ruedas. El avión monomotor de cuatro plazas y ala alta era nuevo y percibí el orgullo que Danny sentía por él mientras nos acercábamos.

—Ya hemos llegado, Jason —me dijo mientras abría la puerta y tiraba del respaldo del asiento hacia delante para que pudiera cargar el equipaje en la parte trasera—. Por favor, súbete y relájate. La cabina se enfriará cuando estemos en el aire.

El cuero azul oscuro del asiento me quemó la piel al hundirme en él en el estrecho espacio de la cabina, frente al timón o volante de control derecho. Se me formaron gotas de sudor en la frente mientras recorría con la vista la miríada de diales e indicadores del panel de control que tenía delante. Danny se paseaba por la pequeña aeronave haciendo sus meticulosas comprobaciones y anotando los resultados en un cuaderno sobre la marcha. Cuando por fin terminó, quitó los tacos, los colocó detrás de su asiento y se subió.

—Vaya —dijo mientras se abrochaba los cinturones—, ¡hace un poco de calor aquí!

Tras accionar unos cuantos interruptores y pulsar unos cuantos indicadores, descolgó los auriculares de radio que colgaban de del volante de control, frente a él, y se los colocó en la cabeza y en las orejas.

—Vas a tener que ponerte también los tuyos, Jason —dijo—. ¡Esto va a ser un poco ruidoso!

Levanté los auriculares del reposacabezas y me los puse en la cabeza. El cuero negro de los altavoces me quemó los oídos, ya que habían estado expuestos a la luz directa del sol. Danny pulsó otro interruptor y, de repente, oí su voz alta y clara a través de los auriculares.

—Así está mejor —dijo—, mientras se ajustaba el brazo del micrófono para que quedara delante de su boca. ¿Me oyes?

—Alto y claro —contesté.

—Muy bien —contestó—. Vamos.

Danny intercambió unas palabras rápidas con la torre de control y dos hombres con overol, que habían estado de pie en la plataforma delante nuestro, se adelantaron y empezaron a empujar el avión hacia atrás por los puntales de las alas. Una vez que nos alejamos de los otros aviones que había a cada lado, Danny giró el timón de control hasta situarnos frente a la pista. Hizo una señal con el pulgar hacia arriba a los dos hombres, que respondieron con un saludo y se marcharon. Después de revisar por última vez los parámetros, pulsó el botón de arranque y, después de algunos chirridos, el motor rugió y la hélice se desdibujó ante nosotros.

Danny me miró con una sonrisa media burlona.

—¿Te has abrochado el cinturón? —dijo por el micrófono.

—Sí —respondí.

Accionó el acelerador y la avioneta dio un bandazo hacia delante y avanzó a trompicones por el cemento hacia la calle de rodaje que corría paralela a la pista. Observé cómo otra avioneta aterrizaba a mi derecha y escuché la charla distorsionada entre la torre de control y los demás pilotos por los auriculares. La hierba recortada a ambos lados de la pista estaba amarilleada por el sol y más adelante, pasando el perímetro de la valla, el tráfico matutino pasaba a ritmo constante por la carretera.

Finalmente, llegamos al final de la calle de rodaje por donde Danny giró a la derecha para entrar en la pista. Tras una breve pausa y unas rápidas palabras con la torre de control, apretó el acelerador y el motor volvió a rugir. El interior de la cabina se convirtió en una vibrante cacofonía de ruidos cuando la pequeña aeronave avanzó por la pista ganando velocidad. Poco después de pasar la torre de control y los hangares a nuestra derecha, nos pusimos en el aire. Bajo nosotros, la pequeña y pintoresca ciudad se extendía con sus ordenadas calles arboladas que se iban alejando hacia las lejanas colinas. El motor se tensó cuando ganamos altura así que Danny giró bruscamente a la izquierda hacia el Oeste, en la dirección de la que habíamos despegado. En pocos minutos habíamos abandonado los límites de la ciudad y ante nosotros se extendía hacia el horizonte una cadena de colinas rocosas y montañas. Cuando alcanzamos una altitud de 3000 metros, Danny habló finalmente.

—Estamos en lo que se llama el cinturón verde —dijo—. Durante los próximos 40 minutos, viajaremos sobre esta cadena de colinas y montañas y, por último, sobre un lugar llamado el Paso de Boshua. Una vez que pasemos por allí, será como si el mundo se desvaneciera literalmente en el desierto. Si miras hacia abajo a tu derecha, verás la única carretera que conduce a la costa. Se

llama C28 y llega hasta Walvis Bay. También es la única forma de entrar y salir de la mina por carretera.

Miré hacia abajo y vi una delgada franja amarilla que era la carretera que serpenteaba por las escarpadas y resacas colinas de abajo.

—Has dicho cinturón verde —dije—. A mí no me parece muy verde, Danny.

—No —dijo riéndose—, pero créeme, en cuanto pasemos estas montañas, verás el verdadero desierto.

Me senté en el aire fresco de la cabina y contemplé la interminable vista de las colinas accidentadas y las montañas que había debajo. Enseguida me impresionó el aislamiento y la soledad del paisaje. Era casi como si ningún ser humano hubiera puesto nunca un pie allí. Tras accionar unos cuantos interruptores y comprobar algunos indicadores, Danny me miró con cara de satisfacción.

—Ha sido un trabajo sediento. —dijo echando la mano hacia atrás, detrás del asiento—. ¿Te apetece un trago de agua?

—Claro —dije—. Gracias.

Sacó dos botellas de agua de su equipaje y me dio una. Nos sentamos a la plena luz del sol de la cabina y bebimos agua mientras sentíamos el zumbido constante del motor que teníamos delante. Pasé los siguientes quince minutos charlando informalmente con Danny sobre cómo había llegado a ser piloto trabajando en Namibia. Había nacido en Ciudad del Cabo y había tomado clases de vuelo durante sus años en la universidad, para luego trabajar como piloto de monte en el delta del Okavango, en Botsuana. Dos años antes, durante sus vacaciones en Ciudad del Cabo, había conocido a su novia Charmaine. Como no quería alejarse demasiado de ella, encontró un trabajo en la compañía de vuelos charter de Windhoek y allí se quedó desde entonces. La proximidad de Namibia a Ciudad del Cabo y el hecho de que a menudo tuviera que volar hasta allí para recoger a los clientes les permitía pasar más tiempo juntos. Pude ver su entusiasmo cuando hablaba de ella y me quedó claro que el joven estaba muy enamorado. Al poco rato me fijé en una franja de blancura brumosa en el horizonte. Brillaba en la distancia y, al principio, no tenía ni idea de lo que estaba viendo.

—Es el desierto, Jason —dijo Danny—. Nos acercamos al final de la cordillera.

—Vaya —dije sentándome en el asiento para mirar—. Es enorme.

—Lo es —dijo mientras jugueteaba con un mando—, está claro que no te gustaría perderte en ningún lugar de Namibia.

El delgado cordón de blancura en la distancia se agrandaba a medida que nos acercábamos. Se extendía hasta el horizonte y se fundía con el cielo azul pálido en una neblina blanquecina. Salvo algún que otro peñasco negro al pie de las colinas, no presentaba rasgos característicos y era completamente llano. Nunca en mi vida había visto un lugar tan desolado e inhóspito.

—Bien, Jason —dijo Danny—, ahora estamos sobrevolando el paso de Boshua. Adelante puedes ver la pendiente hacia el desierto y a partir de aquí todo será llano hasta que lleguemos al gran agujero.

—Asombroso —dije por el micrófono mientras contemplaba el espectáculo—, ¿y cuánto falta para llegar a la mina?

—Unos cuarenta minutos desde aquí —respondió—, cuarenta minutos a través de un desierto llano y vacío hasta llegar.

—¿Cuántos trabajadores hay en la mina, Danny? —le pregunté—. Personal fijo.

—No estoy muy seguro, Jason —respondió—, quizá trescientas o cuatrocientas personas. Los recintos de los trabajadores están abajo, en dirección a la mina propiamente dicha, pero nosotros nos alojaremos en la parte superior, donde se alojan los directivos. Verás claramente la distribución cuando lleguemos a tierra.

—¿Nosotros? —pregunté—. ¿Tú también te alojarás allí?

—Sí, sólo por esta noche —respondió—. Mañana llevaré al Sr. Klopp a Windhoek. Es la entrega habitual de productos de la mina. Lo llevo cada dos semanas, lo dejo en el aeropuerto y lo traigo de vuelta al día siguiente.

—Entonces, ¿llevas los diamantes en avión? —le dije.

—Así es —respondió—, cada dos semanas como un reloj. En el avión nos acompaña un guardia armado y en el aeropuerto de Windhoek nos recibe un vehículo blindado que transporta al Sr. Klopp y a los diamantes a unas instalaciones protegidas. Desde allí, los diamantes vuelan directamente a Europa. El Sr. Klopp supervisará toda la operación hasta que el paquete salga en el vuelo nocturno del aeropuerto internacional de Windhoek. La única razón por la que me quedo en la mina esta noche es porque has llegado hoy. Normalmente, saldría temprano, recogería al Sr. Klopp y estaría de vuelta en Windhoek a la hora de comer.

—¿Y cómo se transportan en la práctica? —pregunté—. Es decir, los diamantes.

—Bueno, se guardan en una maleta de aluminio sellada —dijo con naturalidad—. Por supuesto, cerrados con llave y esposados con una cadena a la mano izquierda del Sr. Klopp.

—¿En serio? —dije—. Suena a un sistema de seguridad muy serio.

—Oh, sí —respondió—. Tiene que serlo. Toda la operación funciona como un reloj y no hay absolutamente ningún margen para desviaciones o errores. Como te decía, el Sr. Klopp es muy estricto con la puntualidad y la rutina.

Vi cómo se le fruncía el ceño mientras hablaba.

—Para ser sincero, es la única parte de este trabajo que no me gusta —dijo.

—¿Trabajar para la mina en general o sólo para Klopp? —le pregunté.

Se quedó en silencio unos segundos y contempló la extensión deslumbrante de arena blanca y plana que había por debajo.

—Bueno —dijo mirándose—. Para el Sr. Klopp, sí. Lo siento, probablemente sea demasiada información y es muy poco profesional de mi parte decírtelo.

—En absoluto, Danny —respondí—. Como he dicho, te agradezco mucho que me hayas avisado. Gracias.

Mis palabras levantaron un poco el ambiente y los dos bebimos un poco de agua antes de cambiar de tema. Le pregunté por otros aspectos de su trabajo. Resultó que a menudo volaba en safaris aéreos y viajaba a lo largo y ancho del país llevando a los clientes a campamentos de lujo remotos, como las enormes dunas de arena roja de Sossusvlei o los campamentos boscosos del Caprivi y más allá. A menudo solía volar a las cataratas Victoria, en Zimbabwe, donde los turistas terminaban su viaje en un hotel de lujo y, después de pasar una o dos noches, enlazaban con Johannesburgo antes de volar a casa. Con mayor frecuencia llevaba a viajeros adinerados en excursiones de dos horas desde la pequeña ciudad costera de Swakopmund en dirección sureste, sobre las dunas y después de regreso a la costa, donde veían los numerosos restos de antiguos naufragios y las enormes colonias de focas que salpicaban la desolada costa. El joven era ingenioso, sonreía con facilidad y estaba ansioso por hablarme de su trabajo. Mostró aún más entusiasmo cuando le pregunté por sus aspiraciones para el futuro. Me contestó que su sueño era llegar a ser piloto de una compañía aérea internacional y tener una familia.

Me dijo que le había echado el ojo a una pequeña finca en Stellenbosch, donde pensaba construir una casa al estilo Cape Dutch y asentarse con el tiempo. Su conversación era atractiva y su entusiasmo contagioso, y cuanto más hablábamos, más me gustaba. Era un joven con un futuro brillante y toda una vida por delante, que hacía el trabajo que le gustaba y lo hacía bien. Hice una pausa y miré a mi alrededor en busca de algún cambio en el paisaje o de puntos de referencia visibles, pero el desolado paisaje blanco y llano se extendía hasta el horizonte sin nada alrededor. Me encontré parpadeando ante el resplandor incluso con las gafas de sol. Me giré en el

asiento para vislumbrar las montañas que habíamos pasado, pero como tampoco estaban a la vista, me invadió de repente una sensación de aislamiento total.

—Aquí no hay nada —dije en voz baja.

Danny oyó mi murmullo y replicó.

—Sí, un montón de nada —dijo alegremente.

El zumbido constante del motor y el cálido sol que entraba por el parabrisas empezaron a adormecerme y, unos minutos después, sentí que empezaba a dar cabezadas. Poco después me despertó el crepitar de la radio que sonaba a través de los auriculares y la voz de Danny que anunciaba a la torre de Windhoek que estaba iniciando el descenso hacia la mina Apex. Parpadeé con los ojos irritados que tenía detrás de las gafas y bebí un trago de agua antes de hablar.

—Supongo que el largo vuelo de anoche me pasó factura —dije—. Me quedé dormido.

—No te preocupes, Jason —respondió—. Sólo fueron unos minutos y no te perdiste de nada.

Danny ajustó las revoluciones del acelerador y empecé a sentir cómo cambiaba la presión en mis oídos a medida que bajábamos de altitud. Me senté hacia delante en el asiento y busqué alguna señal de nuestro destino, pero no había nada más que la llanura de pálido vacío que nos había rodeado desde que dejamos las montañas.

—Pronto lo verás —dijo Danny—. Es básicamente una delgada línea oscura de suelo rocoso con un enorme agujero en el centro.

Efectivamente, la tenue imagen de la falla geográfica en el paisaje empezó a aparecer entre el borroso espejismo que se veía a lo lejos. Desde arriba parecía una grieta en la tierra, aunque diminuta e intrascendente. Al acercarnos, vi que se trataba efectivamente de un pequeño y delgado cañón con un borde rocoso elevado que se extendía a ambos lados como si fuera una dentellada en la piel deshidratada de la tierra. Más adelante, a la derecha, observé una columna de polvo que se elevaba desde la llana extensión de arena antes de que el viento del suelo la arrastrara hacia la derecha.

—Ése será uno de los vehículos de servicio de camino a la mina —observó Danny—. Probablemente un camión cisterna de combustible. Deberías poder ver la carretera, o lo que ellos llaman la carretera.

Efectivamente, a medida que nos acercábamos vi el destello cromado del camión cisterna mientras avanzaba por el desierto hacia el hito que teníamos delante. La pista apenas se veía en la arena y grandes nubes de polvo se levantaban detrás del vehículo a medida que avanzaba.

—Menudo lugar para conducir un camión —dije cuando pasamos junto al solitario vehículo.

—También es peligroso —dijo Danny—. Si estos camiones se averían pueden pasar días antes de que rescaten al conductor. Allí abajo no hay señal de móvil ni contacto por radio.

Al pasar el camión cisterna, nos acercamos al cañón donde Danny hizo un giro brusco a la izquierda, seguido de otro a la derecha desde donde pude ver a través de la ventanilla. Como él había dicho, era imposible confundir la falla en la tierra que iba de izquierda a derecha. Desde arriba parecía pequeña e intrascendente. Básicamente, un delgado cañón rocoso con un borde ligeramente elevado. No había absolutamente nada que indicara los tesoros que se guardaban debajo. Danny bajó aún más las revoluciones y, por fin, la mina y los compuestos aparecieron a la vista delante nuestro. El «gran agujero» del que había hablado era mucho mayor de lo que yo había previsto. Tenía unos 70 metros de ancho, era perfectamente redondo, y se hundía en la roca a una profundidad de al menos 130 metros. Encima, a la derecha, había dos grandes edificios industriales revestidos y techados con algo que parecían láminas de amianto. Ambos edificios arrojaban constantemente gruesas nubes de polvo. Justo a la izquierda del primer edificio había una gran pala cargadora amarilla, que introducía una enorme pila de rocas rojas y verdes en el edificio. Cada roca debía tener al menos 60 centímetros de diámetro y desde arriba parecía que cada carga que el camión entregaba al edificio tenía un volumen de al menos dos metros cúbicos. A la izquierda del edificio estaba la abertura de un pozo que, imaginé, llevaría al suelo del gran agujero. Al acercarnos, vi salir del pozo un gran camión minero articulado de perfil bajo, que remolcaba una carga completa de rocas y se dirigía al acopio. Al otro lado del edificio, una larga cinta transportadora se extendía desde el nivel del suelo y entraba en el cercano segundo edificio, cerca del tejado. Toda la longitud de la cinta estaba revestida de chapa de acero y vi que los postes de soporte estaban rodeados de alambre de espino desde el nivel del suelo hacia arriba.

Danny giró de nuevo a la derecha directamente sobre el agujero y vi al menos a un centenar de obreros vestidos con overoles azules y cascos amarillos brillantes trabajando en el fondo. Pululaban sobre las ásperas rocas como hormigas, arrastrando una miríada de gruesos tubos y cables polvorientos y colocando sus taladros neumáticos en lugares que habían sido previamente marcados con pintura rosa en aerosol.

—Bueno —dijo Danny por el micrófono—. Ahí está... el gran agujero.

—Eso sí que es algo —dije mirando a mi derecha—. ¿De dónde viene el agua para todo esto, Danny?

—Viene de un antiguo acuífero subterráneo —respondió, bajando aún más las revoluciones del motor—. Creo que la bombean desde trescientos metros bajo la superficie. Al principio, cuando se hizo el descubrimiento, los diamantes eran de aluvión. Entonces llegó Apex y los limpió.

Pronto se dieron cuenta de que en realidad procedían de lo que se llama una tubería de diamantes. Una antigua formación volcánica que salió a la superficie hace millones de años. Fue en esa tubería donde se formaron los diamantes y la forma o contorno de esa tubería es exactamente lo que ves a continuación. Efectivamente, están dinamitando y excavando justo en esa tubería de diamantes, en línea recta hacia abajo, para llegar al mineral.

—¿Y ya no hay nada más alrededor? —pregunté.

—No —respondió mientras pulsaba un interruptor—, ya no.

Levanté la vista y miré hacia delante. A ambos lados había cinco hileras ordenadas de casitas de dos habitaciones, fabricadas únicamente con chapa metálica. Estaban situadas al mismo nivel que los pozos de la mina y yo sólo podía imaginar las terribles condiciones de polvo y calor que soportarían sus desafortunados habitantes. En el centro había lo que parecía ser un comedor. Imaginé que sería donde la mano de obra se alimentaría. Toda la zona estaba vallada y en el perímetro se había plantado una hilera de arbustos de rápido crecimiento para aislarla del mundo exterior. Más allá de los árboles había una carretera asfaltada paralela al límite del recinto. Se extendía hacia la izquierda y se elevaba hasta encontrarse con otra zona vallada con una caseta de vigilancia y una verja. Los edificios de arriba estaban recién pintados y eran mucho más grandes que las chabolas que se ofrecían a la humilde mano de obra de abajo. Vías asfaltadas unían los distintos edificios, muchos de los cuales estaban rodeados de césped verde y palmeras. Los edificios estaban repartidos por la ladera de una colina natural que se elevaba por encima del polvo de las minas.

—Ése es el complejo de la dirección —dijo Danny al girar a la izquierda—. Seguro que nos alojaremos allí.

Pasamos por encima de una zona del tamaño de dos campos de fútbol cubierta de grandes montones de piedra triturada. Imaginé que era el vertedero de la mina, donde se llevaba el material procesado después de extraer los diamantes. A la derecha se extendía una pista directamente detrás de la colina donde se encontraba el complejo de la dirección. Una simple franja plana que había sido nivelada desde el desierto parecía áspera incluso desde arriba. Me agarré al lateral de mi asiento mientras Danny bajaba y aterrizaba hábilmente la avioneta. Tras unos cuantos golpes y sacudidas que me pusieron los pelos de punta, aterrizamos y pude oír los millones de piedrecitas de la pista bajo las ruedas mientras reducíamos la velocidad para rodar.

Más adelante, a la derecha, había un gran hangar o taller de aviones con depósitos de combustible de aviación y equipos de bombeo cerca. La plataforma delante del edificio estaba pavimentada con hormigón y la avioneta volvió a tambalearse al subir al borde de esta para

estacionar. A la izquierda del edificio, dos hombres negros estaban de pie junto a una polvorienta camioneta Toyota de doble cabina. Las palabras «Apex Resources» estaban estampadas en el lateral del vehículo con letras amarillas brillantes.

Ambos llevaban pantalones largos caqui, camisas caqui de manga corta y gafas de sol. En la cabeza llevaban los mismos cascos mineros amarillos que había visto llevar a los trabajadores desde el aire. Los hombres esperaron a que Danny detuviera el motor y empezaron a dirigirse hacia el avión.

—Bien, Jason —dijo Danny mientras pulsaba los interruptores y se desabrochaba el cinturón de seguridad—. Bienvenido a Apex Resources Namibia.

—Gracias, Danny —respondí haciendo lo mismo—. Un vuelo realmente interesante.

Una vez que me había desabrochado el cinturón de seguridad, levanté la vista para ver que el más bajo de los dos hombres se había acercado a mi lado del avión. Se agachó bajo el ala y abrió la puerta con una amplia sonrisa de dientes perfectamente blancos. Inmediatamente me sentí golpeado y abrumado por un torrente de calor seco tan intenso que casi me dejó sin aliento. Era como si el aire del exterior fuera la exhalación de un gran horno. Irradiaba del blanco cegador del hormigón y me envolvió por completo.

—Usted debe de ser el Sr. Green —dijo el joven, aún sonriente con la mano tendida.

Era fornido y apuesto, y su mano estaba seca y firme en la mía.

—Así es —dije mientras estrechábamos las manos—. Jason Green, encantado de conocerte.

El joven se presentó como Temba Zulu, capataz de la mina. Su entusiasmo y simpatía inmediata me recordaron a Danny y supe al instante que me caería bien.

—¡Bienvenido a las instalaciones de Apex, señor! —dijo con entusiasmo, sin dejar de estrecharme la mano—. Permítame que lo ayude con su equipaje.

Salí del avión y me puse a la luz del sol, cerca del ala. Era como entrar en un horno microondas gigante. Estiré los brazos y miré a mi alrededor. Aparte de la escombrera de la mina a mi derecha y la colina estéril de enfrente, el paisaje era completamente llano y sin rasgos característicos. La arena plana y de color crema se extendía hasta el horizonte y se fundía con el cielo azul en un espejismo borroso y confuso. ¡*Maldito infierno!* Inmediatamente se me formaron gotas de sudor en los brazos y en la frente mientras Temba sacaba mi equipaje del asiento trasero del pequeño avión. Me dirigí a la parte delantera del avión para reunirme con Danny y el otro hombre que estaban de pie bajo el sol hablando entre ellos.

—Jason, éste es Max Chawora, uno de los capataces de la mina —dijo Danny.

Me acerqué al hombre y me presenté. En marcado contraste con el joven Temba de rostro fresco, era un hombre corpulento, de más de dos metros de altura y con un ligero sobrepeso. La cara y los brazos le brillaban de sudor y parecía aletargado y ligeramente lúgubre. Tras una breve bienvenida entre dientes y un débil apretón de manos, Danny habló.

—Caballeros, sólo necesito unos minutos para echar un vistazo al avión y luego podremos irnos —dijo.

—No hay problema, señor Meyer —dijo Temba, que había llegado cargado con mi equipaje—. Te esperaremos en el vehículo, donde está más fresco. El Sr. Klopp te espera para comer, así que tenemos algo de tiempo.

Danny asintió y volvió a inspeccionar el avión.

—Sr. Green, sígame, por favor —dijo Temba.

Lo seguí hasta el vehículo estacionado. Abrió rápidamente la puerta trasera de la cabina de fibra de vidrio y colocó mi equipaje dentro antes de abrirme la puerta trasera. El motor diésel del camión estaba en marcha y fue un alivio sentarse en el frescor de la cabina climatizada. Una vez terminada la inspección, Danny se dirigió al vehículo y se unió a mí en el asiento trasero, seguido de Max, que se sentó en el asiento del copiloto.

Temba se sentó al volante y buscó en el reposapiés dos cascos amarillos. Se giró en su asiento y nos los entregó a Danny y a mí.

—Lo siento, caballeros, pero las normas de la mina establecen que todo el mundo debe llevar casco —dijo—. Por supuesto, no tenéis que llevarlos cuando estéis en el recinto de la dirección, pero es norma en todas partes. También tengo estas tarjetas de identidad para ustedes.

Temba metió la mano en la consola central y sacó dos tarjetas plastificadas sujetas con cintas de nailon.

—Sr. Meyer, su tarjeta es para acceder al recinto de la dirección, y Sr. Green, creo que su tarjeta es para acceder a todas las zonas —dijo mientras nos las entregaba.

Danny y yo nos pusimos las tarjetas en el cuello y nos colocamos los sombreros.

—Ahora, caballeros, creo que ya podemos irnos —dijo Temba.

Tras dar marcha atrás por detrás del hangar, Temba giró a la izquierda y se dirigió por un camino de tierra que bordeaba la base de la colina. Tras saludar brevemente a un guardia de seguridad armado, nos pusimos en marcha y dejamos una columna de polvo atrás. Pasamos junto a un pequeño edificio con un cartel en la fachada que decía «Tienda Apex».

—Ésta es nuestra única tienda aquí en la mina —dijo Temba—. No está muy bien abastecida, pero tiene cerveza fría.

—Es bueno saberlo —dije.

El camino conducía a una valla de seguridad con una puerta de brazo y otro guardia armado. Temba detuvo el vehículo y todos tuvimos que mostrar nuestros carnés de identidad al guardia, que anotó nuestros nombres en un libro. Una vez que lo hicimos, levantaron la barrera y nos adentramos en el complejo minero.

Con la colina a nuestra derecha, condujimos por un camino de tierra nivelado que pasaba por numerosos almacenes y depósitos. Todos parecían extremadamente seguros y algunos tenían guardias permanentes vigilando en las inmediaciones.

Como había visto desde arriba, habían plantado árboles en la zona para darle a los habitantes de la mina la impresión de que no estaban en un lugar tan desolado. Pasamos junto a unos cuantos trabajadores, todos con overoles azules y los característicos cascos amarillos. Temba los saludó al pasar mientras Max permanecía sentado en silencio frente a mí. Finalmente, rodeamos la colina y llegamos a la carretera asfaltada que había visto desde el aire. Marcaba el límite del recinto de los trabajadores y, detrás de éste, las explotaciones mineras propiamente dichas. Lo rodeaba una alta valla de seguridad con alambre de espino y una hilera de zarzas verdes. Temba giró a la derecha y subió por la carretera asfaltada hasta llegar a otra valla alta en la base de la colina, a nuestra derecha. Una vez más había una verja con un guardia presente y una vez más nuestros nombres se registraron en un libro antes de que pudiéramos entrar. La zona al otro lado de la verja contrastaba mucho con el resto del recinto. El verde césped se extendía colina arriba y las palmeras rodeaban las pequeñas y ordenadas casas que salpicaban la zona. Un sistema subterráneo de aspersores funcionaba y rociaba una fina niebla de agua en varios puntos de la ladera. Las casas bungalow, a pesar de ser bastante pequeñas, estaban recién pintadas y equipadas con antenas parabólicas y aire acondicionado. La carretera asfaltada ascendía por la colina y permitía ver las explotaciones mineras a nuestras espaldas. Pasamos junto a un edificio a la izquierda, con ventanas de cristal que iban del suelo al techo y un porche sombreado con una zona para sentarse al aire libre.

—Es el comedor de los directivos de la mina —dijo Temba cuando pasamos por delante—. Nos reuniremos allí con el señor Klopp para comer, pero antes te llevaremos a tu alojamiento.

Temba estacionó el vehículo bajo una cochera en el segundo edificio empezando por arriba.

—Bien, caballeros —dijo—, ésta es su casa. Si quieren seguirme, les mostraré las instalaciones y los dejaré instalarse.

Danny, Temba y yo salimos del vehículo dejando a Max en la parte delantera.

Recogimos nuestros equipajes de la parte trasera y seguimos al joven hasta la puerta principal. La habitación principal era luminosa, moderna y ventilada, y fue un alivio entrar en el interior climatizado. En la parte trasera de la habitación había una pequeña cocina con estantes que parecían estar repletos de té, café, fruta y cereales. A ambos lados de la habitación había dos puertas que daban a dormitorios con camas dobles y cuartos de baño privados. Sobre la mesa del centro de la habitación había un papel plastificado con un mensaje de bienvenida y el código del Wi-Fi. Había un salón de color crema y un televisor de pantalla plana colgado en la pared.

—Bueno, caballeros —dijo Temba con una sonrisa—, creo que aquí todo se explica por sí mismo y espero que estén contentos con la casa. El almuerzo es a la una en el comedor de los gerentes y el señor Klopp los espera.

Miró brevemente su reloj.

—Eso es dentro de poco más de una hora —dijo—. ¿Quieres que te pase a buscar?

—No, está bien —dijo Danny mientras bebía de su botella de agua—. Bajaremos a pie. Nos vemos allí.

—Genial —contestó—. Nos vemos.

Temba se marchó y cerró la puerta detrás de él. Me acerqué a la ventana y contemplé la vista que se extendía bajo mis pies. El césped verde y ondulado se extendía hasta la valla de seguridad y, más allá, se veían claramente las relucientes casas de chapa del complejo de los trabajadores. Detrás, se veían los dos edificios de procesamiento y la cima del «gran agujero». Danny se acercó a mí y se quedó bebiendo agua mientras contemplaba las vistas.

—Es impresionante, ¿verdad? —dijo.

—Desde luego que sí —le contesté—. Nunca imaginé que vería un lugar así y mucho menos que trabajaría aquí.

—¡Sí! —contestó con una risita antes de darse la vuelta para sentarse en el sofá—. Tengo que conectarme al Wi-Fi y llamar a mi novia.

Tomé asiento en el sofá de enfrente, abrí el equipaje y empecé a hojear el dossier que me habían dado. Pasé los siguientes cuarenta y cinco minutos leyendo la breve historia de la mina mientras Danny tecleaba en su teléfono. Finalmente, se incorporó, miró el reloj y habló.

—Creo que será mejor que bajemos al comedor, Jason —dijo—. Ya casi es la hora.

—Claro —dije guardando la carpeta en mi equipaje—. Vamos.

Salimos por la puerta principal al calor abrasador del día.

Temba había dejado una llave en la entrada, con la cual cerré la puerta y me la guardé en el bolsillo. Pasamos por el garaje a la sombra y nos dirigimos al camino asfaltado que descendía

junto a otros edificios hacia el comedor.

—¿Alguna vez habías tenido que quedarte aquí en la mina, Danny? —le pregunté mientras caminábamos.

—No —respondió—. Normalmente no estoy aquí más de un par de horas. Por supuesto, he estado en el despacho del Sr. Klopp y he almorzado en el comedor unas cuantas veces, pero nunca me he quedado.

—Sin embargo, la casa está bien —dije.

—Ah, sí —respondió—, no esperaba menos. El Sr. Klopp dirige un barco bastante hermético aquí.

Cuando llegamos a la sombra de la acacia cercana al comedor, tanto Danny como yo sudábamos a mares. Aunque habían colocado mesas y sillas bajo el porche sombreado, estaba claro que hacía demasiado calor para incluso plantearse comer fuera. Cuando nos acercamos a las altas puertas corredizas de la entrada principal, una joven negra vestida con un uniforme de servicio verde y blanco nos sonrió desde detrás del cristal y nos las abrió.

—Hola, Sr. Meyer, bienvenido, ¿cómo está? —dijo con voz musical.

—Oh, hola, Betty —dijo Danny cuando entramos en la habitación—, yo estoy bien ¿y tú?

—¡Estoy muy bien! —respondió ella con una sonrisa radiante y una reverencia—. ¿Usted debe de ser el Sr. Green?

—Sí, hola —le dije estrechándole la mano—. Encantado de conocerte.

La joven cerró la puerta detrás nuestro y entramos en el luminoso y fresco interior del edificio. En la sala había seis pesadas mesas de madera de teca con sillas que hacían juego. Al fondo de la sala, detrás de un mostrador, había un par de refrigeradores altos con frente de cristal repletos de botellas de agua y refrescos. Los accesorios eran caros y el suelo de baldosas rojas estaba pulido como un espejo. En cada mesa había manteles de algodón blanco con cubiertos para seis personas. A Danny y a mí nos condujeron a la mesa de arriba, en la parte trasera, donde nos invitaron a tomar nuestros asientos, marcados con pequeñas tarjetas plastificadas con nuestros nombres. A Danny y a mí nos habían asignado asientos cerca de la cabecera de la mesa y al echar un vistazo rápido a la tarjeta de la cabecera no me quedó ninguna duda de quién se sentaría allí. La tarjeta decía «H. Klopp. Director de la mina». La sala me recordaba en cierto modo a una cervecería bávara, pero con mucha menos alegría. Parecía que todo había sido colocado y medido con precisión, hasta la perfecta colocación de los relucientes cubiertos que teníamos ante nosotros.

—Esto es muy formal —le dije a Danny en voz baja—. No es lo que esperaba de una mina en medio del desierto.

Esbozó una media sonrisa y miró nervioso hacia las puertas corredizas de cristal de la entrada.

—Muy alemán —susurró—, incluso la comida.

Asentí mientras se acercaba la agradable joven que nos había dado la bienvenida.

—Caballeros, ¿qué les sirvo de beber? —dijo aún radiante—. Hoy hace mucho calor. Tengo agua con o sin gas y una completa selección de refrescos.

—¿Tienes cervezas, Betty? —pregunté esperanzado.

—Lo siento, Sr. Green —se disculpó—, pero el Sr. Klopp no permite el alcohol en la mina.

—No hay problema —dije algo decepcionado—, entonces sólo un agua sin gas.

—Yo tomaré lo mismo —dijo Danny.

—Gracias —dijo Betty mientras se dirigía a los refrigeradores—, el Sr. Klopp se reunirá con ustedes muy pronto.

Miré el reloj. Eran las 12:59. Cuando nos trajeron las bebidas, Danny y yo las servimos en los vasos pulidos que teníamos delante. A la 1 en punto, oí el crujido de unos neumáticos fuera del edificio. Al girarme, vi un Mercedes Benz 4x4 negro que se acercaba a toda velocidad a la cochera situada frente al comedor exterior. Los cristales estaban polarizados, así que era imposible ver el interior. En la puerta del conductor se leían las palabras «Apex Resources One» en grandes letras blancas.

Vi cómo Danny se dirigía hacia los ventanales con cara de preocupación.

—Aquí está —murmuró—, justo a tiempo, como siempre.

Vi cómo se abría la puerta del conductor y el hombre salía del vehículo. En la mano izquierda llevaba un maletín de cuero de color tostado claro. Llevaba vaqueros oscuros con una camisa de algodón azul claro a cuadros de manga larga. En los pies llevaba zapatos de cuero del mismo color que el maletín. Cerró la puerta del vehículo y se dirigió hacia las puertas corredizas de cristal con aire de urgencia y determinación. El ambiente de la habitación cambió desde el momento en que entró. Desapareció la sonrisa del rostro de Betty, que se apresuró hacia los refrigeradores para coger una botella de agua mineral con gas. El hombre era alto. Medía más de dos metros, tenía los hombros anchos y los músculos abultados bajo las mangas. Su cabeza cuadrada, de bronceado germánico, se asentaba sobre un grueso cuello con pelo rubio canoso muy recortado. Nos saludó a Danny y a mí con la cabeza mientras permanecíamos sentados, pero sin decir palabra se dirigió al mostrador, donde colocó su maletín en el centro de la mesa y

recogió el agua de Betty. Tras recoger la botella, el hombre se dirigió rápidamente hacia nosotros. Cuando se acercó, Danny y yo nos levantamos para saludarle.

—¿Usted debe de ser el Sr. Klopp? —dije con una sonrisa, ofreciéndole la mano—, Jason Green, encantado de conocerle.

Se detuvo en la cabecera de la mesa y me hizo un gesto seco con la cabeza.

—Heinrich Klopp —dijo bruscamente con voz grave y fuerte acento alemán—. Bienvenido a las instalaciones de Apex Namibia, señor Green.

Finalmente me tomó la mano y la apretó con demasiada fuerza al estrechármela. Era una clara muestra de dominio.

—Tendrás nuestra total cooperación mientras estés aquí —dijo—. Por el motivo que sea.

Su afirmación me dijo inmediatamente que le molestaba mi presencia en la mina y que estaba claro que no era bienvenido. Sonreí y le quité importancia al hecho de que me hubieran enviado allí en primer lugar.

—Gracias, Sr. Klopp —dije alegremente—, estoy seguro de que mi visita será breve y le aseguro que no estorbaré a nadie.

Una vez más, el hombre me saludó con la cabeza antes de volverse hacia Danny.

—Daniel —dijo bruscamente mientras le tomaba la mano—, creo que tú también eres nuestro invitado esta noche.

—Hola, Sr. Klopp —dijo Danny en voz baja—, así es. Estoy en la misma casa que el señor Green.

—Ya veo —dijo Klopp—. Bueno, caballeros. Sentémonos a comer. Mi tiempo con ustedes es breve, pues tengo asuntos que atender.

Nos sentamos juntos y de nuevo fui consciente de que el ambiente era tenso e incómodo. Al sentarse, vi un breve destello de fastidio en el rostro de Klopp mientras miraba los cubiertos. Uno de los cuchillos, a la derecha de su mantel individual, estaba ligeramente descentrado.

Frunció el ceño mientras lo corregía y, satisfecho, abrió la botella de agua y vertió el contenido en el vaso espumoso que tenía delante. Como si nada, Betty, que ahora no sonreía, se acercó y él le entregó la botella vacía sin mirarla. Klopp me miró con sus fríos y penetrantes ojos azules. Los bordes de sus párpados eran de color rosa brillante y sus pestañas eran de un rubio inmaculado. Era como si intentara medirme de algún modo. Sonreí tontamente y miré hacia la ventana, a mi izquierda, en dirección a las obras.

—Menuda operación tiene usted aquí, señor Klopp —dije alegremente, tratando de romper el incómodo *impasse*.

Mi afirmación pareció molestarle un poco y respondió de inmediato.

—Sí, Sr. Green —dijo sarcásticamente—, es toda una operación.

Por dios, ¡qué pedazo de operación! pensé.

Danny y yo levantamos las servilletas pulcramente dobladas y las colocamos sobre nuestros regazos. El incómodo silencio se prolongó durante lo que parecieron siglos, hasta que Klopp volvió a hablar.

—Creo que hoy vamos a comer *bratwurst* —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Es cierto, Betty?

—Sí, señor Klopp —respondió Betty desde detrás del mostrador mientras trabajaba.

—Hmm —dijo Klopp—. ¡Excelente!

En ese momento, otro vehículo se detuvo en el estacionamiento exterior. Reconocí el vehículo como el que nos había recogido en la pista de aterrizaje. Esto se confirmó cuando entraron Temba y Max.

—Buenas tardes —dijeron al unísono mientras se quitaban los cascos amarillos.

Nos sorprendió comprobar que, en lugar de sentarse en nuestra mesa, los dos hombres negros ocupaban una mesa aparte, al otro lado de la sala.

Danny y yo saludamos a los hombres mientras Klopp permanecía sentado en silencio con la mirada perdida. El hecho de que estuvieran separados de nosotros era un claro indicio de antigüedad o de racismo.

De todos modos, era interesante observarlo así que me mantuve en silencio.

El ambiente tenso y el incómodo silencio de la sala continuaron hasta que se abrió la puerta del fondo y Betty salió con una bandeja cargada de bandejas de plata. Su rostro no sonrió hasta que vio a los dos hombres negros al otro lado de la sala. Al ver a Temba su rostro se iluminó brevemente y una vez más la vi sonreír. El joven le devolvió el gesto y supe inmediatamente que había una conexión. Se dirigió directamente a nuestra mesa y procedió a colocar las distintas bandejas en el centro.

Mientras tanto, Klopp la observaba como un halcón, como si intentara descubrir algún fallo en el servicio o en la entrega. Mi formación me había enseñado a leer a la gente y me di cuenta de que aquel hombre le daba miedo. Cuando terminó de poner la mesa, se apartó y habló.

—Por favor, disfruten de la comida —dijo nerviosa.

—Gracias, Betty —dijo Klopp mientras levantaba la tapa de la fuente más grande.

Betty retrocedió y se volvió de nuevo hacia la puerta de la cocina.

—Hmm —dijo Klopp mientras miraba las salchichas—, *¡kostlich!* O delicioso... en inglés.

Procedió a llenar su propio plato con salchichas, junto con una generosa ración de puré y chucrut. Nos indicó con la cabeza a Danny y a mí que nos sirviéramos y empezó a comer. Esperé mientras Danny cargaba en silencio su plato y luego lo hice yo. Poco después, Betty salió de la cocina con una bandeja llena de platos de cristal. Atravesó la habitación en dirección a Temba y Max y, una vez más, percibí una chispa de familiaridad entre ella y el joven Temba. Los dos hombres se sentaron en silencio mientras ella colocaba los platos en su mesa y volvía detrás del mostrador para esperar.

Aunque el ambiente en nuestra mesa era tenso e incómodo, la comida era excelente e hice algunos intentos de entablar una conversación cortés.

La mayoría de estos intentos fueron respondidos por Klopp con gruñidos o respuestas monosilábicas mientras comía vigorosa y ruidosamente. Aunque me esforcé por mantener la mente abierta, me disgustaba este hombre tan arrogante y maleducado. *Danny tenía razón, el hombre es un imbécil.* Al terminar de comer, Klopp colocó los cubiertos ordenadamente en el centro de su plato vacío, se sentó y se limpió la boca delicadamente con la servilleta blanca. Betty se acercó inmediatamente y le retiró amablemente el plato.

—¡*Jawohl!* —dijo con su voz atronadora, mirando al espacio—, ¡excelente Betty!

"Gracias, Sr. Klopp", respondió ella mansamente mientras retrocedía.

Fue entonces cuando me di cuenta de que en su bolsillo superior izquierdo llevaba cuatro bolígrafos Parker idénticos. Sabía que eran idénticos porque podía ver los cuerpos de esmalte negro de los bolígrafos a través del algodón de su camisa. Me extrañó que llevara cuatro bolígrafos idénticos, pero rápidamente decidí que quizá la tinta de cada uno era de un color distinto y que debía de haber alguna razón para ello. Aparté la idea de mi mente y volví a intentar conversar.

—Pues estaba delicioso, Sr. Klopp —dije alegremente—. Gracias.

—Hmm —respondió—. Sr. Green, creo que a las tres de la tarde nuestros capataces le harán una visita guiada por las instalaciones. Así tendrá tiempo para descansar.

—Gracias —respondí cortésmente—. Lo espero con impaciencia.

—Creo que en la oficina central han considerado necesario que tengas un pase de «acceso total» —continuó con una pizca de amargura en el tono—. No sé por qué razón, pero, como ya te he dicho, contarás con nuestra plena cooperación.

Para entonces, el tono sarcástico y la actitud del hombre habían empezado a molestarme, mientras lo miraba a los ojos cuando hablaba. Me sostuvo la mirada con sus fríos y penetrantes

ojos azules y me di cuenta de que, al hacerlo, lo había irritado. Era un desafío directo de mi parte y para entonces ya no me importaba.

—Gracias de nuevo, Sr. Klopp —dije dulcemente, sin dejar de sostenerle la mirada.

El hombretón se erizó y vi que Danny se encogía visiblemente ante lo que era claramente una confrontación pasiva.

Al final, Klopp se hartó y, al levantarse, su silla raspó ruidosamente el suelo de baldosas.

—Discúlpenme, caballeros —dijo bruscamente—, tengo trabajo que hacer. Adiós.

Danny y yo nos levantamos para despedirnos del hombre, al igual que Betty, Temba y Max. Nos sentamos mientras salía del edificio y abría la puerta del Mercedes negro. Danny me miró con las cejas levantadas como diciendo «te lo dije».

—Cristo —le dije en voz baja—, ¡qué imbécil!

Me respondió asintiendo con la cabeza mientras se terminaba la última gota de agua. Terminada la comida, ambos nos levantamos para irnos y, tras darle las gracias a Betty, pasamos junto a los dos capataces que seguían comiendo.

—Nos vemos a las tres de la tarde, señor Green —dijo Temba, que se levantó cuando pasamos.

—Gracias, Temba —dije—. Hasta entonces.

Danny y yo salimos al calor abrasador y seco de la tarde y nos dirigimos por la carretera asfaltada hacia nuestra cabaña.

—Ahora entiendo de qué hablabas, Danny —dije mientras caminábamos.

Se rio en voz baja y sacudió la cabeza, exasperado.

—Ya —dijo—. El viejo y querido Sr. Klopp.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el Mercedes negro había estado estacionado bajo un porche de sombra cerca de la casa, en lo alto de la colina. El jardín que lo rodeaba era lujoso y estaba salpicado de cícadas y palmeras. Un jardinero vestido con el overol azul de la mina estaba ocupado colocando aspersores y trabajando en un elemento rocoso.

—Ésa debe de ser su casa —dije en voz baja.

—Sí —dijo Danny aletargado—. Ésa es la casa del Sr. Klopp. El rey del castillo.

Cuando volvimos al interior climatizado de la casa, tenía la espalda húmeda de sudor. Me asomé a los ventanales y contemplé el pequeño oasis verde en el que me encontraba. *Un pequeño oasis verde en medio de un inmenso agujero infernal.* Danny se desplomó de inmediato en el sofá, encendió la televisión y empezó a escribir en su teléfono.

—Espero que no te importe, Jason —dijo desde atrás mío—, creo que voy a pasar aquí una tarde tranquila.

—En absoluto, colega —contesté sin dejar de mirar por la ventana—. Sigue tú. Me sentaré contigo un rato y luego iré a la gira que Klopp ha organizado para mí.

Volví a sentarme en el sofá de enfrente y saqué la carpeta de mi equipaje. *Será mejor que leas todo lo que puedas, Green.*

5

— • —

Capítulo cinco: El gran agujero

LOS SINIESTROS QUE APEX Resources Namibia había reclamado a la compañía de seguros eran numerosos e inusuales, por no decir otra cosa. En el último año, tres hombres habían caído inexplicablemente en la mina y las indemnizaciones posteriores a sus familias habían sido enormes. En otra ocasión, un hombre había desaparecido aparentemente en el aire y nunca se encontró su cuerpo. El forense tardó seis meses en presentar un certificado de defunción y el paradero del cadáver seguía siendo un misterio. Cabe destacar que el desaparecido era uno de los altos directivos de la sección de clasificación de diamantes. Un trabajo muy bien pagado y respetado. Estos desafortunados incidentes contrastaban fuertemente con los elevados niveles de seguridad que imperaban en las demás explotaciones mineras propiedad del Grupo Apex. También se habían producido varios accidentes con vehículos y equipos enormemente caros. Una mañana, ocho meses antes, se había encontrado destrozado un volquete valorado en más de \$700.000 en el fondo del pozo de acceso a la mina. El personal de seguridad asignado a esa sección de la mina estaba estupefacto y desconcertado sobre cómo había ocurrido realmente este "accidente". Finalmente se decidió que uno de los trabajadores había accedido de algún modo al patio en cuestión y había conseguido conducir el enorme vehículo por el pozo. Después de impuestos y gastos de envío, el siniestro le había costado a la compañía de seguros más de \$1.400.000 para sustituir dicho vehículo. A todo esto, se añadía la turbia cuestión de las pequeñas discrepancias con la salida real de producto de la mina. En más de una ocasión se habían producido "anomalías" con respecto al peso real en quilates de los diamantes enviados a Amberes. Respiré hondo y volví a guardar el expediente en el equipaje. Me acerqué al ventanal y volví a contemplar el verde césped ondulado y el tosco complejo industrial que había debajo. La escena bullía de actividad y polvorienta productividad mecánica. *Mantén la mente abierta,*

Green. Está claro que no eres bienvenido, pero recuerda que estás aquí en nombre de la compañía de seguros. No de Apex y desde luego no de Klopp. Haces tu trabajo y te vas. Sencillo.

Temba llegó a las tres en punto de la tarde. Me puse el casco, agarré el equipaje y me dispuse a marcharme.

—El camión está aquí, Danny —le dije—. Hasta luego.

—Ah, vale —dijo—. Hasta luego, Jason. Estaré aquí.

Salí al ardiente sol de la tarde y caminé hacia el vehículo estacionado. Max se bajó y me ofreció el asiento del copiloto mientras él ocupaba su lugar en la parte trasera. Temba estaba lleno de sonrisas, como de costumbre, y me saludó con entusiasmo cuando tomé asiento en el fresco habitáculo con aire acondicionado.

—Sr. Green, me han dicho que lo lleve a donde quiera —dijo—, ¿hay algún sitio al que le gustaría ir primero?

—Bueno, estoy en tus manos Temba —dije—. ¿Por qué no empezamos por este gran agujero que han cavado en el desierto?

—Por supuesto —dijo mientras arrancaba el motor—. Podemos empezar por ahí.

Hicimos el corto trayecto cuesta abajo por los verdes prados y pasamos por delante del edificio del comedor, hasta llegar a la puerta de seguridad al fondo. El guardia asintió con la cabeza mientras levantaba la barrera y Temba giró a la izquierda por la carretera que discurría paralela a la hilera de zarzos y al recinto de los trabajadores más allá. Pronto llegamos a otro puesto de control a nuestra derecha y, una vez más, un guardia comprobó y registró nuestras placas de identidad antes de que pudiéramos girar y entrar. Al entrar, nos condujeron directamente a través del centro del complejo de los trabajadores. A ambos lados estaban las hileras de viviendas de chapa galvanizada que había visto desde el aire. Aquí no había árboles ni césped cuidado. Salvo por una pequeña antena parabólica en el tejado de cada vivienda, no parecía haber ninguna comodidad ni respiro del ardiente orbe del sol en lo alto. Era un lugar de trabajo y nada más. Polvoriento, desolado y brutal.

Al pasar las hileras de viviendas llegamos a lo que parecía el comedor comunal. Detrás del edificio, vi a varias personas ocupadas descargando alimentos de un camión frigorífico. Los gruesos trozos de carne recubiertos de cartón estaban congelados y los trabajadores vestidos con caquis formaban una cadena humana mientras trasladaban las provisiones a la zona de trabajo del edificio.

—Éste es el comedor de los trabajadores, señor Green —dijo Temba—. Están ocupados preparando la comida de esta noche.

—No veo muchos trabajadores por aquí —dije mientras pasábamos.

—La mayoría están ahora en la mina —respondió—. Preparándose para la explosión de las 6 de la tarde.

—Ya veo —dije.

—Hacemos detonaciones todos los días a las seis en punto de la tarde —continuó—. El polvo se asienta durante la noche y a la mañana siguiente sacamos el mineral para procesarlo.

—¿Y esto ocurre todos los días? —pregunté.

—Todos los días sin falta —dijo con orgullo—. Aquí no hay fines de semana ni vacaciones. Los trabajadores hacen turnos de tres meses y luego tienen un mes libre para ir con sus familias.

Seguimos por el polvoriento camino y pasamos por delante de un pequeño edificio a nuestra izquierda que tenía una gran cruz roja pintada en cada pared.

—Ésta es la clínica de la mina —dijo Temba—. Aquí se trata cualquier enfermedad o lesión.

Quedé maravillado por el marcado contraste entre el lugar donde acababa de estar y el lugar donde nos encontrábamos entonces.

Mientras que el complejo de los jefes había sido un exuberante oasis verde con césped cuidado y palmeras, este lugar sólo podía describirlo como un agujero infernal distópico cubierto de polvo. Tuve que recordarme a mí mismo que se trataba de una mina en funcionamiento y no de un lugar diseñado para la estética o la belleza. Más adelante se alzaban los dos enormes edificios cubiertos de amianto que había visto desde el aire. Ambos se alzaban imponentes con sus altas y sombrías fachadas que arrojaban polvo y humo, y podía oír y sentir el aplastamiento y la trituración de las rocas en bruto a medida que nos acercábamos.

—Vamos a dejar a Max en la planta de trituración —dijo Temba cuando llegamos a la puerta fuertemente custodiada del complejo. Tiene trabajo que hacer. Nosotros seguiremos hasta la mina.

Temba detuvo el vehículo cerca de la puerta del complejo y ambos nos despedimos de Max mientras se bajaba en la nube de polvo fino que habíamos levantado. Cerró la puerta con un gruñido y se dirigió hacia la barrera. Temba giró a la izquierda y condujo en paralelo a la alta valla eléctrica que bordeaba los límites de la planta trituradora.

Pasamos por delante de una gran estructura fabril con enormes elevadores y pórticos a nuestra izquierda que servía de taller y vi varios camiones articulados de mina subterránea estacionados y un equipo de mecánicos trabajando en una pala cargadora frontal. Seguimos bordeando la valla hasta que pasamos el límite de la planta de trituración y delante de nosotros se extendía el borde

sembrado de rocas que marcaba la superficie de las excavaciones. Temba estacionó el vehículo cerca y se giró en su asiento para hablar.

—Bien, Sr. Green —dijo—. Podemos dar un corto paseo desde aquí y podrás ver hasta el fondo de la mina.

—Estupendo —respondí mientras abría la puerta—. Vamos a echar un vistazo.

El sol de la tarde quemaba ferozmente en lo alto y una ráfaga de viento caliente soplaba desde el este mientras nos abríamos paso entre las rocas hacia el borde del gran agujero.

—Hay una barrera de cuerdas de acero en el borde, Sr. Green —dijo Temba mientras caminábamos—. Pero te pido que, por favor, te alejes bastante del borde. Es muy peligroso.

—Eso he oído —dije en voz baja mientras pasaba por encima de una roca.

Al final, coronamos el borde de rocas y se abrió ante nosotros la asombrosa escala del enorme agujero en la tierra que había debajo.

—Dios mío —susurré para mí.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo Temba con una nota de orgullo en la voz.

—Es mucho más grande de lo que pensaba —dije, mientras nos acercábamos a la cuerda de acero que colgaba de las barras de hierro perforadas en la roca del borde.

Inmediatamente me di cuenta de que lo que había visto antes desde el aire no era en absoluto una representación real de la escala de lo que tenía ante mí. Setenta metros de ancho y ciento treinta metros cortados y hundidos en la roca. Era como si simplemente se hubiera eliminado un cilindro perfecto del mundo. Nos acercamos cautelosamente a la cuerda de acero y miramos directamente hacia abajo, a las obras que había debajo. El sonido de múltiples taladros hidráulicos y compresores se filtraba hacia arriba y los trabajadores de abajo se arremolinaban como hormigas mientras corrían para cumplir sus objetivos de perforación del día. La superficie de la base del agujero era un amasijo de grandes rocas dentadas y polvo. Grandes marañas de tuberías y cables polvorientos salían del pozo de acceso como espaguetis, y al instante me asombré de lo lejos que irían los hombres para llegar a las pequeñas piedras, aparentemente intrascendentes. Saqué el paquete de cigarrillos del bolsillo y lo encendí mientras contemplaba la gigantesca cavidad abierta en la tierra.

—Explícame qué es lo que realmente sucede ahí abajo, Temba —le dije.

—Los hombres están perforando —respondió señalando hacia abajo—. Perforarán agujeros de dos metros en la roca en todos los lugares donde veas los círculos rosas marcados con pintura en aerosol. La perforación debe estar terminada a las cuatro de la tarde, después de lo cual se retirará el equipo y vendrán los equipos de demolición a colocar las cargas para los explosivos. A

las seis de la tarde sonará una sirena en toda la mina y se procederá a la detonación. Se dejará que el polvo se asiente durante la noche y, a la mañana siguiente, los trabajadores y los camiones volverán para retirar el mineral y comenzar de nuevo el proceso. Este procedimiento se sigue todos los días exactamente a la misma hora sin falta.

—Es asombroso —dije en voz baja mientras miraba asombrado hacia abajo.

Temba se rio encantado.

—Gracias, señor Green —dijo—, estamos muy orgullosos de nuestro trabajo.

Me aparté de la cuerda de acero y contemplé el paisaje lunar de rocas y polvo. El viento que soplabla desde el este parecía un secador de pelo.

—Entonces —dijo Temba—. ¿Adónde te gustaría ir después?

—¿Quizá podamos echar un vistazo a la planta trituradora? —dije apagando el cigarrillo.

—Por supuesto —respondió—. Podemos echar un vistazo y te lo explicaré lo mejor que pueda. Pero, por desgracia, no puedo llevarte a las instalaciones de clasificación. No estoy autorizado a entrar en esa zona.

Señaló la credencial que colgaba de mi cuello.

—Por supuesto, estás autorizado para todas las zonas —dijo—, pero estoy seguro de que el Sr. Klopp te llevará allí a su debido tiempo.

—Está bien —dije mientras iniciábamos el camino de vuelta al vehículo estacionado—, de momento hagamos un recorrido general por la mina.

El aire acondicionado de la cabina del vehículo fue un bendito alivio contra el calor y el polvo. Temba dio marcha atrás y volvimos por el camino de tierra hacia el taller y la planta trituradora. Cuando llegamos, se detuvo justo antes de la puerta de seguridad y estacionó dejando el motor en marcha. El alto y siniestro edificio revestido de amianto emitía un ruido atronador y escupía polvo por todas sus aberturas. Unas gigantescas palas cargadoras de color amarillo lo alimentaban constantemente con rocas y el sonido de sus motores se mezclaba con el ensordecedor estruendo del edificio.

—Así que la entrada al pozo está por allí —dijo señalando a la izquierda—. El mineral sale en camiones subterráneos articulados y se vierte cerca de la trituradora número uno. Desde allí se entrega con cargadoras frontales y allí comienza el procesamiento. Una vez que la roca se ha reducido a un tamaño de unos 20 cm, sube por una cinta transportadora segura hasta la Trituradora Número Dos. Esa zona es la de mayor seguridad de la mina, ya que es de allí de donde se extrae y clasifica nuestro producto real.

—¿Y cómo se alimenta todo esto? —pregunté mientras contemplaba la escena.

—Tenemos una enorme central de diésel cerca del vertedero de la mina —contestó—. La veremos cuando continuemos nuestro recorrido.

—De acuerdo —dije mientras uno de los camiones volquete daba marcha atrás alejándose del edificio en medio de una nube de polvo que emitía un fuerte pitido electrónico—, he visto un camión cisterna de combustible desde el aire.

—Correcto —dijo Temba—. Aquí utilizamos 40.000 litros a la semana.

—Increíble —dije mientras contemplaba el caos distópico a mi izquierda—. Y pensar que todo esto ocurre aquí, en medio de la nada.

—Oh, sí —dijo Temba con orgullo—. Nos esforzamos mucho para hacer nuestro trabajo. No es fácil, pero lo hacemos bien.

—Efectivamente —dije—. Lo hacen.

—Ahora bien —dijo—, ¿adónde le gustaría ir ahora, Sr. Green?

—Creo que continuaremos con una visita general Temba —dije—. Estoy en tus manos.

Seguimos por el camino hasta pasar la puerta de la planta trituradora. Temba señaló el sistema de cintas transportadoras que trasladaba el mineral al segundo edificio de trituración y a la planta de lavado y la zona de clasificación que había más allá.

Estaba claro que la seguridad en esa sección en concreto era extremadamente alta, ya que había guardias armados apostados por todas partes y más cercas eléctricas. Giramos a la izquierda en el comedor de los trabajadores y bordeamos la parte delantera izquierda del recinto obrero.

—Una cosa me ha llamado la atención Temba —dije mientras conducíamos por la superficie irregular—. No he visto muchas mujeres aquí.

Temba se rio mientras engranaba la tercera marcha.

—Tiene razón, señor Green —dijo—. Salvo la enfermera de la clínica y mi esposa, no hay ninguna mujer en la mina. El Sr. Klopp lo prefiere así.

—¿Tu mujer vive aquí en la mina? —le dije.

—Sí —respondió con una media sonrisa—. Mi mujer Betty trabaja como empleada doméstica para el Sr. Klopp y también como cocinera en el comedor de los jefes. Hoy era ella la que trabajaba allí a la hora de comer.

—Ah, ya veo —dije asintiendo—. Ah, bueno. Bien por ti.

Bordeamos el recinto de los trabajadores por la derecha, pero mi atención se centró en la segunda planta de trituración y los edificios cercanos de la izquierda. Tenía claro que aquella zona era el verdadero negocio de la mina y esperaba con impaciencia el momento en que pudiera echar un vistazo más de cerca.

Cuando perdimos de vista las instalaciones, rodeamos la base de la colina y pasamos por delante de lo que Temba me dijo que era la planta de reticulación de agua. Una vez más, la zona y sus edificios y maquinaria asociados estaban vallados y vigilados. Una agrupación de gruesas tuberías de acero sobresalía del lateral de los muros de hormigón de la caseta de bombeo antes de codearse hacia abajo y dirigirse al subsuelo para abastecer de agua a las instalaciones y los recintos.

—El acuífero puede producir 50.000 litros por hora —dijo Temba mientras pasábamos—. El agua es cristalina y pura.

—Parece que tienen suerte de tener agua aquí, en medio del desierto —dije.

—La mina está situada en un antiguo cauce de agua. Sin el agua subterránea, nuestra explotación sería difícil, por no decir casi imposible.

Seguimos conduciendo por la pista polvorienta hasta que llegamos a la central eléctrica de la mina. Como de costumbre, la zona estaba vallada y bajo vigilancia armada. En el centro del patio había tres enormes depósitos de acero inoxidable y el camión de combustible que había visto desde el aire estaba ocupado descargando su carga a la izquierda. Cerca de la parte delantera había un pequeño edificio con una explanada de hormigón y dos surtidores de combustible, mientras que en la parte trasera había una fábrica que albergaba los gigantescos generadores que alimentaban la mina. Pronto llegamos al límite de la mina y a otro control de seguridad. Una vez que registraron nuestros datos, levantaron la barrera y salimos a la llanura del desierto.

—Ahora nos dirigimos al vertedero de la mina —dijo Temba—. Desde allí pasaremos por la pista de aterrizaje y habremos dado una vuelta completa a las instalaciones.

—Gracias por esta visita, Temba —dije—, ahora me hago una idea bastante clara de la distribución.

—Fue un placer, Sr. Green —respondió.

Mientras conducíamos me di cuenta de que mis instintos sobre el joven habían sido correctos. Me pareció amable, abierto, franco y comprometido con su trabajo. También estaba orgulloso de su trabajo y de su puesto en la mina y decidí en ese momento no cuestionarle nada negativo. Me caía muy bien y decidí que lo mejor sería mantener nuestra relación ligera y cordial. Me recordaba a Danny en muchos aspectos. Joven, entusiasta y con un brillante futuro por delante.

Temba detuvo el vehículo cerca del inmenso vertedero minero que se extendía a nuestra izquierda en el desierto. Salimos del vehículo y encendí un cigarrillo mientras observábamos cómo uno de los gigantescos camiones volquete de la mina se acercaba en medio de una nube de polvo para verter su carga de piedra procesada.

—Lo llamamos finos —dijo Temba secándose el sudor de la frente con un paño.

—¿Finos? —pregunté.

—Sí —respondió—. Básicamente lo que queda tras el proceso de trituración y clasificación. Una arena fina y pulverulenta. También podría llamarse polvo de cantera.

—Ya veo —dije—. Y supongo que no tiene más utilidad aquí, rodeado de miles de kilómetros cuadrados de nada.

Temba se rio a carcajadas de mi observación.

—¡Exacto! —replicó—. Aquí no escasea la arena fina.

El enorme orbe ardiente del sol se abría paso hacia el este cuando apagué el cigarrillo y volví al vehículo. Fue un corto trayecto hasta la pista de aterrizaje y, una vez más, Temba saludó con la mano al guardia que estaba allí apostado. Antes de llegar a la valla del perímetro y a la barrera de entrada a la mina, nos detuvimos ante la pequeña tienda que habíamos visto al llegar.

—¿Le apetece una bebida fría, Sr. Green? —preguntó Temba.

—Claro —respondí—. Antes mencionaste la cerveza.

—Lo siento, Sr. Green, pero todavía estoy de servicio oficialmente —dijo—, pero puedo recogerte después de cenar si quieres y podemos volver a tomar una cerveza. Para esa hora ya no estaré de servicio.

—Me parece bien —dije—. De momento tomaré una Coca-Cola.

Me senté en el frescor del coche mientras él se adentraba en la penumbra oscura de la tienda. El resplandor del sol poniente brillaba a través del parabrisas y se reflejaba en el alambre de espino de la valla fronteriza que había delante de mí. El suelo arenoso del exterior de la tienda estaba lleno de paquetes de patatas fritas tirados y los cubos de basura rebosaban de latas vacías. Bajé el parasol para eliminar el resplandor y respiré hondo mientras observaba a mi alrededor. Dios Green. Sin duda acabas encontrándote en lugares insólitos.

Temba volvió con bebidas enlatadas heladas. Nos dirigimos a la puerta y comprobamos y registramos nuestros pases antes de entrar de nuevo en el complejo minero.

—Espero que el viaje de esta tarde te haya dado una idea de cómo funcionan las cosas aquí, Sr. Green —dijo Temba—. Ahora te llevaré a tu cabaña.

—Desde luego. Gracias, Temba —dije—. ¿A qué hora es la cena?

—Será a las 18.30 —respondió.

—Te veré allí —dije.

Hizo una pausa y se removió incómodo en su asiento.

—En realidad, Sr. Green, sólo almuerzo en el comedor de la dirección —dijo—. La cena la tomo en mi casa. Pero como habíamos quedado, te recogeré después de cenar, digamos a las 19.30, e iremos a tomar esa cerveza.

Me pareció insólito que él y Max almorzaran en el complejo de la dirección, pero no cenaran. Al percibir su incomodidad al respecto, decidí no cuestionarlo y dejarlo pasar.

—Perfecto —dije alegremente—, lo espero con ganas.

Eran las 16:45 cuando por fin subimos la colina y pasamos por delante de los pastos verdes y los aspersores del complejo de la dirección para llegar a mi casa. Me despedí de Temba y entré en el salón para encontrar a Danny trabajando con el ordenador en el escritorio junto a la ventana principal. Aún tenía el pelo mojado de la ducha y se había cambiado la ropa por un atuendo más informal. La televisión estaba sintonizada en un canal de noticias y había una cafetera recién hecha en la encimera de la cocina.

—Hola, Jason —dijo levantando la vista de la pantalla—, ¿qué tal la gira?

—Impresionante —contesté mientras me servía un café—. Debo decir que es toda una operación.

Lo dejé trabajar y me senté en el sofá a leer algo más del expediente. El sol descendía por el Oeste y enviaba intensos haces de luz amarilla a través de las ventanas. Era mucho para asimilar, sobre todo después del largo viaje, así que, a pesar de la cafeína, empecé a sentir somnolencia.

—Voy a tumbarme un rato —dije mientras me dirigía a mi habitación—. Despiértame media hora antes de cenar, ¿te parece, Danny?

—¡Claro que sí! —dijo girándose en la silla.

Me tumbé en la cama y me quedé mirando el techo blanco con los dedos entrelazados detrás de la cabeza. La habitación estaba en completo silencio, excepto por el suave susurro del aire acondicionado.

¿Qué has aprendido hoy, Green? Hay un agujero enorme en medio de la maldita nada. El trabajo es duro y caluroso y aquí hay poco espacio para la comodidad. ¿La gente que has conocido? En su mayoría agradables, aparte de unos cuantos huevos podridos evidentes. Es demasiado pronto para hacer suposiciones. Es evidente que no eres muy bien recibido, pero ¿a quién carajo le importa? Un trabajo es un trabajo y tampoco estás aquí para ser un huésped agradable. Mis pensamientos vagaban a medida que el sueño me invadía y veía las caras de los hombres que había conocido durante el día. No tardé en sumirme en un sueño profundo y confortable. Danny me despertó exactamente a las seis de la tarde, como había prometido. Fue entonces cuando oí la sirena de la que Temba había hablado aquella tarde. Como me sentía

aturdido, me fui directamente a la ducha y salí renovado y con energía. Tras cambiarme de ropa, me reuní con Danny en el salón para ver las noticias en la televisión. Al sentarme oímos las explosiones de la detonación en la mina. Eran profundas y ensordecedoras y hacían temblar los cimientos del edificio. Nos sentamos y esperamos unos segundos a que terminara el estruendo.

—¿Qué planes tienes para esta noche, Danny? —pregunté al sentarme.

—No tengo ningún plan —respondió—. Supongo que volveré a casa después de cenar y descansaré bien antes del vuelo de mañana. Tengo que estar en la pista a las 6:45 de la mañana para preparar el avión.

—Y mañana llevarás a Klopp y a un cargamento de diamantes a Windhoek, ¿correcto? —dije.

—Sí —respondió—. Es bastante normal. Es como un reloj y estaré aquí al día siguiente para traer de vuelta al Sr. Klopp. Aunque no sé si te veré. Sólo estaré aquí una hora como mucho. Después tengo que volar a Swakopmund.

—¿Turistas? —le pregunté.

—Sí —dijo—, un grupo de clientes japoneses. Los llevo a Etosha de safari.

—Qué bien —dije.

Estuvimos charlando hasta las 18:25, momento en el que Danny frunció el ceño y miró el reloj.

—Bueno —dijo con un suspiro y una expresión resignada en la cara—, supongo que será mejor que bajemos a cenar.

Sonreí para mis adentros sabiendo muy bien qué era lo que estaba temiendo.

—Vamos —dije poniéndome en pie.

El aire estaba quieto y cálido mientras bajábamos la colina por el asfalto. Encendí un cigarrillo mientras caminábamos y me maravillé de la puesta de sol sobre los trabajos de la mina. El polvo de las voladuras se había levantado y creaba dramáticos remolinos psicodélicos de púrpuras, rojos y amarillos en el horizonte. Abajo, las labores estaban en silencio y se respiraba un aire de paz y tranquilidad en la cruda penumbra de nuestro entorno. Llegamos al edificio del comedor con la acogedora sonrisa de Betty, que nos condujo a los mismos asientos que habíamos utilizado en el almuerzo. Danny y yo ocupamos nuestros sitios y esperamos mientras Betty traía botellas de agua fría a la mesa.

—Esta noche vamos a comer *Eisbein* —dijo orgullosa—. Uno de los favoritos del señor Klopp.

—Me parece bien, Betty —dije—. Gracias.

Heinrich Klopp llegó mientras me servía el agua. Noté que Danny se relamía nerviosamente y miraba hacia la puerta al oír el crujido de las ruedas del Mercedes sobre el asfalto exterior. El hombretón seguía vistiendo la ropa que había llevado en el almuerzo y entró en la habitación con

decisión y fanfarronería. Al igual que antes, el ambiente de la sala cambió instantáneamente a su llegada.

—Daniel, Sr. Green —dijo con severidad mientras retiraba su silla.

—Buenas noches, Sr. Klopp —dijo alegremente mientras Danny murmuraba un saludo.

—Confío en que su visita de esta tarde a nuestras instalaciones haya sido satisfactoria, Sr. Green —dijo sin mirarme mientras se ajustaba de nuevo los cubiertos.

—Muy impresionante —dije—. No tenía ni idea de la magnitud de la operación.

—¿Quiere decir que ha venido aquí sin investigar lo suficiente, Sr. Green? —replicó con un tono de sarcástica malicia.

Vi que los ojos de Danny se alzaban hacia los míos esperando mi respuesta al desafío. Decidí que lo mejor sería hacerme el tonto y matarlo con amabilidad.

—Pues la verdad es que no, señor Klopp —le dije—, me temo que todo ha sido un poco precipitado.

—Mmmm —contestó antes de girarse para buscar a Betty.

Betty se dirigía a la mesa con una botella de agua fría. La colocó en la mesa delante de Klopp y retrocedió nerviosa.

—*Dankeschon* —dijo Klopp sin mirarla, con la mirada perdida en el espacio.

—Daniel —dijo de repente—. ¿Está todo en orden para el viaje de mañana?

—Sí, Sr. Klopp —dijo Danny—. El avión está cargado de combustible y debemos partir a las siete y media de la mañana. Creo.

—Así es —respondió Klopp, de nuevo con la mirada fija en el espacio.

En ese momento Betty se acercó de nuevo a la mesa y habló con voz mansa y suave.

—Disculpe, señor Klopp —dijo—, ¿puedo servir ya la cena?

—Sí, Betty —respondió él con voz atronadora y arrogante—. Estoy seguro de que nuestros estimados invitados tienen hambre y espero que disfruten de nuestra fina cocina alemana.

—Gracias —contestó ella mientras retrocedía y se volvía hacia la cocina.

Los minutos siguientes transcurrieron en un incómodo silencio mientras esperábamos. Klopp, una vez más, tenía la mirada perdida hacia las ventanas y golpeaba con impaciencia el mantel blanco con los dedos de la mano derecha. Fue un gran alivio cuando Betty llegó con una fuente de plata con tres enormes codillos de cerdo fritos. La colocó en el centro de la mesa e inmediatamente Klopp alargó la mano y levantó el más grande con un tenedor de plata.

—¡Ja! —se dijo en alemán—. *Das ist gut*.

Danny y yo cargamos nuestros platos con los enormes trozos de carne crujiente mientras Betty se acercaba llevando una bandeja con dos fuentes más. Cuando las puso sobre la mesa, noté que le temblaban las manos. La miré brevemente a la cara y enseguida me di cuenta de que tenía miedo. Esto se confirmó cuando dejó caer accidentalmente una de las cucharas de servir, que cayó estrepitosamente sobre la bandeja de la carne. Se quedó paralizada con una expresión de horror en el rostro y enseguida me sentí fatal por ella.

—¡*Dummkopf!* —gritó Klopp a todo volumen—. ¡Idiota!

El estallido fue fuerte e inesperado.

—Gracias, Betty —dije en un intento de calmar la situación—. Esto es precioso.

La pobre mujer retrocedió temblando y parpadeando mientras se le caían las lágrimas de los ojos. Sentí que la ira aumentaba en mi interior, pero con un esfuerzo conseguí calmarme mientras esperaba a que Klopp sirviera su propio puré de patatas y chucrut. *Menudo hijo de puta.*

A pesar del disgusto inicial, la comida estaba buenísima así que conseguí terminármela casi entera. Al terminar la suya, Klopp colocó ordenadamente el cuchillo y el tenedor en el centro de su plato y se levantó.

—Caballeros, si me disculpan —dijo con una dura reverencia—. Volveré a casa para terminar un trabajo. Daniel, te veré a las siete de la mañana. Buenas noches.

El hombretón abandonó la sala sin decir palabra a Betty, que esperaba entre bastidores. Miré a Danny, que estaba sentado con cara de satisfacción y resignación.

—Por Dios, Danny —dije—, ¡qué imbécil!

El joven se llevó la mano derecha a la boca para contener la risa.

—Lo sé —se rio mientras su cuerpo temblaba de risa—, te lo dije.

Aunque nos ofrecieron postre, tanto Danny como yo lo rechazamos porque estábamos demasiado llenos.

—Ha estado espectacular, Betty —dije mientras recogía la mesa—. Muchas gracias.

Mis palabras parecieron animarla un poco y vi que la sonrisa volvía a su cara.

—Bueno, Danny —dije—. ¿Nos ponemos en marcha?

—Sí —respondió—. Vamos.

En el camino de vuelta por la colina hasta la casa, le pregunté al joven si quería venir a tomar una cerveza con Temba y conmigo. Declinó amablemente la invitación diciendo que quería dormir bien antes de su vuelo de la mañana. Sospeché que prefería charlar con su novia, pero no podía echárselo en cara.

—Iré contigo a la pista de aterrizaje por la mañana —le dije mientras entrábamos en el fresco del salón.

—Claro que sí —respondió mientras encendía la televisión.

Temba llegó unos minutos después y vi las luces del vehículo mientras subía la colina.

—Ése es mi vehículo, Danny —le dije—. Nos vemos por la mañana.

El aire era cálido y tranquilo mientras caminaba hacia la camioneta que me esperaba. Encima de mí, las estrellas cubrían el cielo con una claridad que nunca había visto antes. Miré hacia la colina, a mi derecha, y vi el Mercedes negro de Klopp estacionado bajo la sombra del cobertizo junto a su casa. *Heinrich Klopp. El rey del castillo.*

—Buenas noches, Temba —dije al subir al asiento delantero.

—Hola, Sr. Green —dijo con una sonrisa—. Espero que hayas cenado bien.

—Muy bien, gracias —respondí.

Se me pasó por la cabeza decir algo sobre el arrebato de Klopp en la mesa, pero decidí no hacerlo. Al fin y al cabo, se había dirigido a la mujer del joven y no me pareció oportuno sacar el tema tan pronto en nuestra amistad. *No, con el tiempo Green sabrá cuáles son sus lealtades y sus verdaderos sentimientos. Por ahora, no te pases.*

—Hay una pequeña caseta de bombeo cerca de la cima de la parte trasera de esta colina —dijo Temba—. Podríamos tomar unas cervezas y conducir hasta allí. En realidad, no está en los terrenos de la mina y el camino es duro, pero habrá una vista incluso de noche.

—Me parece bien, Temba —dije mientras nos acercábamos a la puerta—. Hagámoslo.

El trayecto hasta la puerta principal duró cinco minutos y el guardia volvió a registrar nuestra salida. Temba se detuvo frente a la tienda y estacionó en medio de una nube de polvo. Un pequeño grupo de hombres estaba sentado fuera, en la oscuridad, en sillas de plástico, bebiendo cerveza y escuchando música. Todos se pusieron en pie y saludaron calurosamente a Temba cuando entró en la tenue luz amarilla del interior de la tienda. Era evidente que era una figura popular en la mina. Salió unos minutos después llevando un paquete de seis cervezas Windhoek Lager que colocó en una nevera portátil en el asiento trasero.

—Hacía tiempo que no subía —dijo mientras ponía el vehículo en marcha—. Puede que tengamos que utilizar la tracción a las cuatro ruedas, pero creo que le gustará, Sr. Green.

—Allá vamos —dije.

La subida por la parte trasera de la colina fue empinada, lenta e increíblemente accidentada. En dos ocasiones Temba tuvo que utilizar el cuatro por cuatro para sortear zonas especialmente rocosas, pero finalmente llegamos a un punto llano cerca de la cima. Temba estacionó el

vehículo cerca de una estructura baja de bloques de hormigón que albergaba una bomba de agua y ambos salimos del vehículo para echar un vistazo. Los millones de estrellas que había encima brillaban como resplandores plateados y proyectaban una luz etérea sobre el desierto que había debajo. Una brisa cálida y constante soplabla desde el sur y me maravillé ante el espectáculo mientras tomaba asiento en el muro de hormigón de la casa de la bomba.

—Esto sí que es algo, Temba —dije mientras me pasaba una cerveza helada de la nevera.

—Me alegro de que le guste, Sr. Green —dijo mientras la tapa de mi cerveza se rompía y la cerveza silbaba.

El joven se sentó en el cemento cercano y ambos permanecemos en silencio contemplando la vasta extensión del desierto del Nambí a la luz de las estrellas. Finalmente, empezamos a charlar y, hablando sin prisas, le pregunté por su historia en la mina. Habló abiertamente de cómo se había incorporado a la empresa poco después de licenciarse en ingeniería en la universidad de la capital. Me habló de su origen humilde y de cómo sus padres habían trabajado en las fábricas de conservas de pescado de Walvis Bay para que él pudiera ir a la escuela. Pronto me di cuenta de que, aunque fuera una persona humilde, con la cual era fácil hablar, era totalmente leal a la mina, y supe que sería impropio preguntarle por los insólitos acontecimientos que me habían llevado allí.

Decidí, en cambio, mantener nuestra amistad amable y ligera, y disfrutar del momento en el impresionante entorno en el que me había encontrado. Cuando me pasó la segunda cerveza, sacó una bolsa de papel marrón del bolsillo superior y me la ofreció.

—¿Le apetece un poco de biltong, Sr. Green? —dijo.

—Me gustaría —le dije tomando el paquete—. Hace tiempo que no como biltong.

Las finas tiras de carne seca y curada estaban perfectamente condimentadas con pimienta negra, cilantro, sal y vinagre.

—Este biltong es magnífico, Temba —dije mientras masticaba un trozo—. ¿Dónde lo has conseguido?

El joven se rio mientras bebía un sorbo de cerveza.

—Me alegro de que le guste, Sr. Green —dijo—. La hago yo mismo.

—¿De verdad? —dije volviéndome hacia él—, ¿Qué es, carne de vaca?

—Biltong de caza —respondió—. *Klipspringer*. Voy de caza en mis días libres.

Sabía que se refería a un pequeño antílope común en las colinas del África subsahariana.

—¿Dónde vas a cazar por aquí? —le pregunté.

—Está a unos cuarenta kilómetros al sur de aquí —dijo—. Hay un cañón y unas cuantas colinas rocosas. A veces me gusta ir allí para tomar un respiro. Podría llevarte allí si quieres. Si tienes tiempo.

—Claro —contesté—, sería estupendo. Supongo que veremos cómo van las cosas en la mina.

Estaba claro que el joven no tenía ni idea de las verdaderas razones por las cuales yo estaba allí y no tenía intención de estropear las cosas contándoselo. Estaba más que contento por la compañía y el descanso de las instalaciones de la mina.

—Hombre —le dije—, tengo que comerme otro trozo de tu biltong, Temba. Es realmente magnífico.

Me lo ofreció encantado y nos sentamos en un cómodo silencio mientras terminábamos las cervezas. Eran las 9:40 de la noche cuando subimos la colina y atravesamos el recinto de los jefes para llegar a mi casa.

—Muchas gracias por esta velada, Temba —dije al bajar del vehículo—. Lo he disfrutado mucho.

—Un placer, Sr. Green —dijo sonriéndome desde el asiento del conductor—. Te traeré un paquete de biltong mañana por la mañana.

—Ahora sí —dije mientras cerraba la puerta—. Buenas noches.

Vi cómo el vehículo daba marcha atrás y se dirigía colina abajo a través del frondoso césped verde. Cuando me volví para dirigirme a la puerta principal de la casa de campo, eché un vistazo a la casa de Heinrich Klopp. Las luces seguían encendidas y el vehículo estaba estacionado donde había estado cuando me marché. Sacudí brevemente la cabeza y me dirigí hacia la puerta. Mi entrada sobresaltó a Danny, que había estado dormitando en el sofá frente al televisor.

—Jason", dijo bostezando—. Has vuelto.

—Hola, Danny —dije cerrando la puerta tras de mí—. Ha sido muy agradable. Nos tomamos unas cervezas en un mirador de la colina.

—Oh, excelente —dijo sentándose.

—Creo que me voy a sentar un rato en mi habitación a trabajar un poco —dije agarrando mi equipaje del sofá de enfrente—. Nos vemos por la mañana.

—Hasta entonces —contestó—. Buenas noches.

Cerré la puerta tras de mí y enchufé el ordenador portátil a un enchufe que había cerca del escritorio, junto a la ventana. Debajo de mí, las luces del complejo obrero titilaban a través de la hilera de arbustos de zarzo y las siniestras siluetas oscuras de las plantas trituradoras se elevaban para obstruir el horizonte inmediato. Levanté la pantalla y contemplé la escena mientras esperaba

a que arrancara el portátil. *Joder, Green. Sí que te encuentras en lugares extraños.* Me senté y escribí mis impresiones generales sobre la mina y la gente que había conocido aquel día. También escribí mis impresiones sobre el Sr. Heinrich Klopp, aunque, obviamente, las depuraría para mi informe oficial. Media hora más tarde, el cansancio me venció, cerré el portátil y me tumbé en la cama. Cerré los ojos brevemente con la intención de levantarme para apagar la luz, pero nunca lo hice. Casi inmediatamente, caí en un profundo sueño sin soñar nada en particular.

Capítulo seis: Secretos

ME DESPERTÉ A LAS seis en punto de la mañana y al principio no tenía ni idea de dónde estaba. Me quedé tumbado y miré alrededor de la habitación durante un rato mientras todo volvía a mi mente. Me senté en el borde de la cama y me estiré antes de dirigirme al cuarto de baño para ducharme y afeitarme. Después de vestirme, entré en el salón y encontré a Danny preparando café en la cocina. Llevaba una camisa blanca de algodón de manga corta recién planchada con las charreteras de piloto en los hombros.

—Buenos días, Jason —me dijo con una sonrisa—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, Danny —le contesté—. Sí, gracias, ¿cómo estás hoy?

—Estoy muy bien —dijo—. ¿Te apetece un café?

—Sí —le dije—. Muchas gracias.

Ambos nos sentamos con nuestras tazas de café y hablamos de la mañana. Para él, sería el vuelo corto con Klopp y los diamantes a Windhoek. Decidí que lo acompañaría a la pista de aterrizaje para presenciar cómo se realizaba el traslado. No habría nada malo en hacerlo y, aunque Klopp me pareciera repulsivo, pensé que al menos sería interesante verlo. Decidí que más tarde, por la mañana, me adentraría en la propia mina, hasta el fondo del gran agujero, para ver exactamente cómo se extraía el mineral. Luego habría que echar un vistazo al proceso inicial de trituración. En cuanto al resto del día, tenía mucho que hacer y ya estaba preparando un plan para una excursión nocturna esa misma noche. Klopp había dejado claro que mi presencia en la mina no era bienvenida, pero no dejaría que eso me impidiera hacer mi trabajo.

Tenía la intención de escudriñar todos los aspectos de la operación desde la base y nadie me lo impediría. Eran exactamente las 6:30 de la mañana cuando oímos el crujido de los neumáticos de

los vehículos sobre el asfalto exterior. Danny se levantó y se acercó a la ventana para echar un vistazo.

—Ése es nuestro coche —dijo mientras se dirigía al dormitorio—. Es hora de irnos.

Después de agarrar nuestros cascos, ambos salimos y vimos que era Temba quien había venido a recogernos. Eché un rápido vistazo colina arriba para ver que el Mercedes de Klopp seguía estacionado bajo el toldo de la cochera.

—Klopp lo deja un poco tarde —murmuré a Danny mientras nos acercábamos al vehículo.

—Oh, ya llegará —contestó con pesar.

El trayecto hasta la pista de aterrizaje duró menos de diez minutos y, una vez más, la compañía de Temba me pareció refrescante y exuberante. Me planteó algunas opciones y aceptó encantado mi sugerencia de que nos adentráramos por el pozo hasta la base de los trabajos aquella mañana. Incluso a esa hora tan temprana, el calor era agobiante cuando todos salimos del vehículo junto al hangar. Los horizontes lejanos habían empezado a brillar en la bruma y me acerqué a esperar a la sombra en la parte delantera del edificio mientras Danny empezaba sus comprobaciones previas al vuelo del avión. A las siete en punto oí que se acercaban los vehículos. Eran tres y circulaban a toda velocidad en convoy por el camino de tierra dejando a su paso una columna de polvo amarillo. El primer vehículo era una camioneta minera blanca estándar con dos guardias armados apostados en el compartimento de carga abierto. El segundo vehículo era el Mercedes negro de Heinrich Klopp, conducido por el hosco Max, y detrás iba otra camioneta, de nuevo con dos guardias armados.

Los tres vehículos entraron en la zona de estacionamiento próxima al hangar y aparcaron en paralelo en el límite. Inmediatamente, los hombres armados saltaron de las camionetas y miraron a su alrededor en una demostración de fuerza y autoridad. Al comprobar que todo estaba despejado, hicieron una señal y los dos ocupantes del Mercedes salieron de detrás de las ventanas polarizadas. Heinrich Klopp se dirigió hacia el avión que esperaba mientras los guardias y Max observaban desde la barrera. Klopp llevaba un grueso maletín de aluminio sujeto a la muñeca por una larga cadena.

Con la mirada fija en el frente, caminó decidido hacia el avión. Desde mi punto de vista, parecía un proceso muy bien ensayado, llevado a cabo con precisión militar y bajo estrictas medidas de seguridad. Y con razón, teniendo en cuenta el enorme valor de las piedras que llevaba en el maletín. Klopp no me vio hasta que salí de la sombra del hangar.

—Buenos días, Sr. Green —dijo con una expresión de disgusto en su rostro recién afeitado.

—¡Buenos días, Klopp! —dije alegremente mientras caminaba con él hacia donde Danny estaba realizando la última de sus comprobaciones previas al vuelo en la parte delantera del avión.

Sin saludar a Danny, abrió la puerta de pasajeros del avión y subió al interior, colocando con cuidado el grueso maletín plateado en el suelo junto a él. Me quedé cerca de la puerta con las manos en las caderas y una sonrisa tonta en la cara. Sacó un par de caras gafas de sol del bolsillo superior de su camisa y se volvió hacia mí mientras se las ponía.

—Sabes que en realidad no era necesario que vinieras aquí esta mañana. Sr. Green —dijo mirándome con el ceño fruncido.

—Claro que sí, Sr. Klopp —le dije cariñosamente—, quiero verlo todo.

El hombre tiró de la puerta en dirección a él y la cerró de golpe. Vi a Danny hacer una mueca de dolor al oír el ruido. Sonreí por lo teatral de la escena y me acerqué a la parte delantera del avión para despedirme del joven piloto.

—Que tengas un buen vuelo, Danny —le dije—, y gracias por todo. Supongo que te veré mañana cuando vuelvas.

—Gracias, Jason —respondió mientras nos dábamos la mano—, sólo estaré aquí una hora como mucho, ya que tengo que volar a Swakopmund, pero si no te veo, volveré a recogerte cuando termines tu trabajo aquí.

Asentí con la cabeza y regresé a la sombra del hangar mientras él subía al avión y comenzaba los últimos preparativos previos al vuelo. Los hombres armados situados a mi derecha permanecían en silencio observando el proceso desde la plataforma. Finalmente, el motor se encendió y la hélice giró hasta convertirse en un remolino. Con un último gesto, Danny empujó el acelerador hacia delante y la pequeña aeronave se desplazó hacia la izquierda para abrirse paso por la pista. Inmediatamente me vi envuelto por una pared de polvo procedente del lavado de las hélices. Una vez terminado su trabajo, los hombres armados empezaron a regresar a los vehículos en los que habían llegado. Volví hacia donde me esperaba Temba y encendí un cigarrillo mientras el avión giraba en la distancia para mirar hacia nosotros. Pronto se oyó el lejano rugido del motor cuando el pequeño aparato inició la carrera de despegue. Sólo cuando estuvo paralelo al edificio del hangar, abandonó por fin el suelo, y ascendió hacia el cielo perfectamente azul.

Fumé y observé cómo el avión giraba hacia la izquierda y se dirigía al este, hacia Windhoek. Al poco rato, era una mancha distante en el cielo y un gran silencio descendió sobre el lugar. Apagué el cigarrillo y abrí la puerta del vehículo.

—Bueno —le dije a Temba—. Ha sido mucho más rápido y fácil de lo que pensaba.

—Sí, Sr. Green —respondió—, el mismo proceso se repetirá dentro de no mucho tiempo. Así es la naturaleza del negocio minero. ¿Adónde puedo llevarte ahora?

—Creo que deberíamos empezar con un desayuno —dije hambriento.

—Buena idea, señor —dijo con una sonrisa—. Mi esposa Betty prepara un desayuno excelente.

Sonreí mientras cerraba la puerta y atravesábamos la verja y entrábamos en el camino de tierra que conducía de nuevo a la verja principal. Con Klopp ya fuera de escena, sentí una cierta sensación de calma y libertad mientras tomábamos el accidentado camino que pasaba junto a la colina donde Temba y yo nos habíamos sentado la noche anterior. En el control de seguridad se realizaron las formalidades habituales, pero enseguida entramos en las instalaciones de la mina y nos dirigimos por la hilera de zarzos hacia el complejo de la dirección. Tras entrar, estacionamos el vehículo cerca del comedor y fuimos recibidos por la radiante sonrisa de Betty, que nos abrió la puerta. Percibí cierta timidez por su parte cuando se dio cuenta de que iba a desayunar con su marido. Inmediatamente la tranquilicé explicándole que la noche anterior habíamos compartido una cerveza en la colina. Como toda una profesional, nos condujo a la mesa, nos sentó y nos sirvió café. Temba y yo nos decidimos por el desayuno inglés completo, que nos sirvieron 15 minutos después, seguido de una cafetera recién hecha.

El ambiente era relajado e informal y, una vez más, disfruté de mi conversación con el joven. Sus conocimientos sobre la industria minera de Namibia eran insuperables y su disposición a compartirlos conmigo fue bienvenida, dado que básicamente me habían dejado caer en medio del desierto con muy poca preparación. Sin embargo, había cierta ingenuidad en él. No es que pensara que le faltara ambición, pero parecía claro que era más que feliz en su puesto actual en la empresa, con su mujer trabajando cerca, y que seguiría haciéndolo con mucho gusto. Eran las 8:15 cuando terminamos. Temba me dijo que me recogería en la cabaña una vez terminada la extracción inicial de mineral de la explosión de la noche anterior. Me dio tiempo para ver las noticias y consultar mis correos electrónicos, así que subí la colina a pie mientras él se marchaba para ocuparse de unos asuntos. Para entonces, el sol estaba pegando fuerte y fue un alivio entrar en el interior climatizado de la casa. Encendí la televisión y saqué el portátil del dormitorio. Sentado en el sofá, escribí más impresiones iniciales sobre la mina y el personal que había conocido hasta entonces. Envié un rápido correo electrónico a la central de la compañía de seguros para informarles de que había llegado sano y salvo y de que mi trabajo avanzaba según lo previsto. Cuando terminé, me dirigí a la cocina y me preparé una taza de café recién hecho. Me asomé a la ventana delantera y miré por encima del cuidado césped las altas estructuras de

las torres gemelas de abajo. Ambos edificios estaban envueltos en un manto de polvo y casi podía sentir el rechinar de la piedra en bruto vibrando bajo mis pies. Temba llegó mientras terminaba el café, agarré mi casco y salí al horno que era la mañana.

—Bien, Sr. Green —dijo mientras me sentaba en la parte delantera del vehículo—, he dispuesto que bajemos por el pozo en mi quad personal, será mucho más rápido y fácil que caminar, y también más seguro.

—Me parece bien, Temba —dije—, vamos.

El trayecto por el recinto hasta el vertedero de mineral y la entrada al pozo duró diez minutos. Las formalidades de seguridad en la valla fronteriza fueron minuciosas y complicadas, pero al final nos dejaron pasar. Delante de nosotros había una actividad confusa, ruidosa y llena de polvo, mientras las gigantescas palas cargadoras amarillas levantaban cargas gigantescas de piedra en bruto del vertedero y las llevaban a las cintas transportadoras y a las enormes mandíbulas de la planta trituradora de primera fase. Los gigantes vehículos no paraban de moverse y levantaban cegadoras nubes de espeso polvo mientras emitían fuertes pitidos electrónicos al dar marcha atrás y maniobrar en el espacio entre el vertedero y la planta trituradora. Al menos un centenar de hombres con sus familiares trajes de trabajo azules y cascos amarillos corrían de un lugar a otro colocando mangueras de agua gigantes para sofocar el polvo mientras soplaban en silbatos plateados para dirigir el caos controlado del lugar. Todos llevaban sucias máscaras antipolvo de color marrón sobre la nariz y la boca. Temba giró a la izquierda y bordeó la valla fronteriza para evitar el tráfico y el caos, y condujo por la parte trasera del gigantesco montón de piedra en bruto que era el resultado de la explosión de la noche anterior. Una vez que hicimos esto, giramos a la derecha y pasamos por delante de los numerosos camiones subterráneos estacionados, algunos de los cuales estaban en manos de los mecánicos del taller mecánico cercano. Delante de nosotros estaba la entrada al pozo. Estaba asentada en hormigón rugoso y pintada con chevrone amarillos y negros brillantes. En la parte superior del enorme orificio había una hilera de luces amarillas giratorias y grandes sirenas que, obviamente, se utilizaban durante las detonaciones nocturnas. Una vez terminada la extracción, había una barricada metálica que bloqueaba el frente y un flujo constante de trabajadores que, cargados con mangueras gigantes y taladros neumáticos, la rodeaban y se dirigían a las entrañas de la tierra. La escena era un caos ordenado. Una enorme máquina bien engrasada diseñada para hacer estallar la propia tierra en trozos dentados y moler esos trozos hasta convertirlos en polvo. *Maldito infierno. Esto es increíble.* Temba estacionó el camión en una zona a la izquierda de la entrada del pozo.

Un grupo de hombres acababa de rociar la zona con una enorme manguera de agua que había dejado el suelo convertido en un lodo cremoso de color amarillo. Cuando salimos del vehículo, una ráfaga de aire sofocante me golpeó de nuevo y casi me dejó sin aliento.

—¡Mi quad está estacionado aquí! —gritó Temba por encima del estruendo.

El polvo espeso y húmedo era pegajoso y rechinaba bajo mis pies mientras seguía al joven hacia la izquierda del pozo, donde había otro grupo de hombres descansando. Nos saludaron alegremente al pasar y caminaron hacia el lado izquierdo del pozo. Allí cerca, estacionado al sol y cubierto de una gruesa capa de polvo, había un quad Honda de aspecto potente.

—¡Aquí está! —gritó Temba con una amplia sonrisa mientras se subía a cuestras de la máquina—. ¡Sube, Sr. Green!

Subí a la parte trasera e inmediatamente Temba encendió el motor. La máquina se tambaleó hacia delante en el barro y nos pusimos en marcha. Hizo un amplio giro a la izquierda y permitió que los trabajadores de la boca del pozo retiraran la barricada metálica de la entrada. Una vez que lo hicieron, avanzamos hacia la húmeda penumbra del pozo y empezamos a descender en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Todo alrededor era un confuso amasijo de paredes de piedra dentada que destilaban una humedad resbaladiza, y la cacofonía de los compresores y los cientos de taladros de roca que había debajo subía hacia nosotros como un sólido muro de ruido. A lo largo de las escarpadas paredes del pozo había brillantes luces industriales amarillas para guiar a los camiones y peatones que hacían el trayecto de subida y bajada todos los días. A la izquierda del pozo había una profunda zanja excavada en la roca que albergaba una enorme maraña de tuberías y cables que suministraban energía, aire y agua a las obras de abajo. Me agarré a las barandillas laterales de la parte trasera del asiento mientras Temba sorteaba con cuidado la superficie irregular y resbaladiza. Finalmente, llegamos a la base del agujero. Temba estacionó el quad en un puesto de capataz a la izquierda del pozo. Allí trabajaban al menos doscientos hombres, que trepaban por gigantescas rocas dentadas tirando de mangueras de aire y portando gigantescos taladros neumáticos. El ruido era casi insoportable así que fue un gran alivio cuando Temba sacó de su bolsillo superior dos nuevos juegos de tapones de espuma blanda y me ofreció uno.

—Estos ayudarán al Sr. Green —gritó por encima del estruendo.

Rompí la pequeña bolsa de plástico y al introducir los tapones en mis oídos sentí un alivio instantáneo.

—¡Así está mejor! —le grité—. ¡Gracias!

Aunque lo había visto desde arriba, nada podría haberme preparado para el caos total que era el fondo del gran agujero. Las paredes dentadas se elevaban 130 metros por encima de nosotros como un cilindro perfecto hacia el cielo. Aunque comprendía que la gente que trabajaba allí todos los días probablemente estaba acostumbrada, seguía siendo un shock para mí. El calor, el ruido, el polvo, el agua... todo me resultó abrumador al principio así que me quedé de pie unos cinco minutos para asimilar todo.

—¿Quieres ver cómo perforan un agujero de carga? —gritó Temba mientras se secaba el sudor de la cara.

Le devolví el gesto con la cabeza y lo seguí mientras trepaba por un montón de rocas cerca de la pared izquierda y avanzaba por un grueso tubo de aire hasta el lugar donde tres trabajadores estaban perforando. Nos detuvimos a pocos metros de los hombres y observamos cómo el metal embotado de la tosca máquina vibraba violentamente y sacudía el cuerpo empapado de sudor del operario mientras perforaba. Un flujo constante de agua salía de una boquilla cercana a la broca y salpicaba de lodo amarillo y espeso a todo y a todos los que estaban cerca. Unos minutos más tarde, los hombres habían terminado de perforar y marcaron el agujero terminado con una gran «X» de pintura rosa en aerosol sobre la roca. Temba y yo seguimos caminando por el muro perimetral y nos detuvimos junto a un grupo de hombres que estaban trabajando en una gran cavidad en la pared lateral.

Tenía al menos dos metros de altura, alrededor de un metro de ancho y se extendía tres metros dentro de la roca sólida.

—¿Qué es esto? —grité por encima del estruendo.

—Es una cámara de exploración —respondió—. Volamos unas cuantas de vez en cuando para comprobar que sigamos correctamente la línea de la vía de diamante.

Asentí con la cabeza en señal de comprensión y ambos nos detuvimos para mirar hacia el centro de los trabajos. Para entonces, el polvo y el calor me habían afectado y sentí que ya había visto suficiente.

—¿Volvemos arriba? —gritó Temba.

—Sí, creo que sí —respondí—. El trabajo aquí abajo da mucha sed.

Asintió y señaló hacia la abertura del pozo. Ambos iniciamos la ardua tarea de volver por la superficie áspera y desigual. Cuando llegamos al puesto del capataz, cerca de la boca del pozo, yo estaba chorreando sudor y todo mi cuerpo estaba cubierto de una película de polvo pálido. Temba y yo nos subimos al quad y nos adentramos en la penumbra del pozo, para ascender en un ángulo de 45 grados hacia la superficie. Salimos al sol abrasador en donde la carga del mineral

en la primera planta de trituración seguía en marcha. Aun así, fue un alivio salir del puro caos y de las pésimas condiciones del fondo del pozo. Temba condujo la moto alrededor de la barricada metálica y se dirigió hacia donde había estacionado el vehículo. Cuando llegamos, sacó dos botellas de agua fría de una nevera que había en el asiento trasero.

—Creo que a estas alturas necesitarás una de éstas, Sr. Green —dijo con complicidad.

—Por Dios, Temba —respondí mientras tomaba una de las botellas —tienes razón, la necesito.

El agua helada fue un bendito alivio para mi garganta reseca así que bebí casi la mitad de la botella.

—Bueno —dije—, no creo haber visto nada igual en mi vida. Las condiciones allí abajo son bastante duras.

Se rio mientras volvía a enroscar la tapa de plástico en la parte superior de la botella.

—Ahh —dijo—. Con el tiempo te acostumbras.

El aire acondicionado tardó unos tres minutos en enfriar el interior de la cabina, así que mientras nos sentamos con el motor en marcha y las ventanillas cerradas, con el constante ruido sordo de la mina de fondo.

—Entonces —dijo—. ¿Adónde le gustaría ir ahora, Sr. Green?

—Creo que me gustaría echar un vistazo a la primera planta de trituración, si te parece bien —contesté.

—Por supuesto —dijo amablemente—. Podemos dirigirnos allí ahora mismo.

Temba dio marcha atrás y volvió a rodear la valla perimetral esquivando el enorme montón de rocas y otros vehículos. Pasamos el taller mecánico a nuestra derecha y al final estacionamos cerca de la fachada del alto edificio que era la Trituradora Número Uno.

—Creo que va a volver a necesitar esos tapones para los oídos, Sr. Green —dijo mientras apagaba el motor.

—Seguro que sí —dije mientras me introducía los esponjosos tapones de goma en los oídos—. Bien, vamos.

La escena era similar a la de los trabajos en el fondo del pozo en lo que respecta al polvo y el ruido. Las gigantescas palas cargadoras entraban una tras otra y vertían sus enormes cargas de piedra en bruto en una gigantesca tolva de acero. La enorme máquina vibraba sobre enormes muelles y terminaba escupiendo una hilera de rocas sobre una cinta transportadora de gran resistencia que subía hacia las mandíbulas abiertas de la trituradora. Aunque el proceso estaba automatizado en su mayor parte, había grupos de hombres en las altas pasarelas de acero que supervisaban y controlaban el flujo de material. El ruido dentro del edificio de la Trituradora

Número Uno era casi insoportable. Desde el traqueteo de la tolva hasta el chirrido de los rodillos de la cinta transportadora y el terrible estruendo adormecedor de la trituradora, todo parecía como si hubiera entrado en una especie de infierno muy particular. Si a eso le añadimos el polvo y el espantoso y sofocante calor, era una combinación perfecta para una incomodidad muy auténtica. A pesar de todo, Temba y yo seguimos caminando por debajo de la pasarela de acero hasta llegar a la base de la trituradora gigante. Había extractores industriales colocados por todas partes para proteger la máquina del inevitable desgaste provocado por el polvo. En la base de la máquina, en el lado más alejado, llegó un flujo constante de rocas del tamaño de un puño. Caían a través de una gruesa pared de malla de acero que estaba perfectamente dimensionada con el calibre correcto necesario para la segunda etapa. Las rocas rechazadas que no tenían el tamaño correcto vibraban por un eje acodado y volvían al transportador principal para ser trituradas de nuevo. El proceso era continuo y estaba claro que los hombres encargados de la planta tenían instrucciones estrictas de que no hubiera averías ni interrupciones del trabajo. Me quedé de pie unos minutos y me maravillé de la magnitud de la operación. Una vez más, me asombró hasta qué punto podían llegar los hombres por esas piedrecitas. En aquel momento parecían tan insignificantes y minúsculas comparadas con las máquinas gigantescas que se utilizaban para encontrarlas.

A partir de ese momento se reforzó la seguridad en la segunda fase del proceso. La cinta transportadora que transportaba las rocas del tamaño de un puño estaba envuelta en una jaula de acero que se elevaba en un ángulo de 45 grados y ascendía hacia el segundo edificio, no lejos de donde estábamos Temba y yo. Desde allí podía ver la valla eléctrica y los guardias armados que rodeaban la alta estructura. Más allá había una serie de edificios bajos de hormigón, ninguno de los cuales tenía ventanas. Quise interrogar a Temba sobre ellos, pero el ruido se estaba volviendo insoportable, así que le hice señas de que ya había visto suficiente. *Eso puede esperar hasta que salgamos de aquí, Green.* Ambos volvimos a atravesar el edificio por debajo de la pasarela de acero y salimos al sol batiente de la entrada. Bebí otro trago de agua y me saqué los tapones de espuma de los oídos cuando volvimos al vehículo.

—¿Has dicho que no tienes acceso a la segunda fase de procesamiento? —le dije a Temba.

—Así es, señor Green —respondió—. Pero podrás inspeccionarla a fondo cuando el Sr. Klopp vuelva mañana, estoy seguro. Está la segunda trituradora, seguida de la planta de lavado, las salas de clasificación y la bóveda.

—Mmm —dije mientras volvía a beber de la botella de agua—. No veo la hora de ver todo.

Cuando eran casi las doce y cuarto, Temba habló después de mirar brevemente su reloj.

—Ahora, señor —dijo—. El almuerzo será a las 13:00. Le sugiero llevarlo de vuelta a su alojamiento para que pueda asearse antes y luego podremos continuar esta tarde.

—Me parece bien, Temba —dije—. Vamos.

Eran las 12:45 cuando salí de la ducha y entré al dormitorio. Me quedé junto a la ventana con una toalla alrededor de la cintura mientras me secaba el pelo. Abajo, en la mina, el machaqueo continuaba sin cesar, así que era un gran alivio oír el susurro del aire acondicionado por encima de la ventana. *Éste es un lugar duro, Green. Posiblemente el más duro que hayas visto nunca. Y peligroso. Estos hombres están aquí para trabajar y eso es todo lo que hacen. Hasta ahora parece un barco hermético. Tendrás que indagar bastante más para averiguar qué ocurre aquí exactamente.* Almorcé en compañía de Temba en el comedor de los directivos. El menú de *schnitzel* de pollo estaba magnífico y fue servido por Betty, que parecía muy feliz y relajada. Era como si la ausencia de Klopp le hubiera levantado el ánimo y nos cuidara a los dos como una gallina madre, asegurándose de que todo estuviera perfecto. Después, pasé una hora en el salón de la casa leyendo más sobre el expediente de Apex Resources Namibia. Al final había un interesante gráfico que mostraba el uso comparativo de consumibles en cada mina de Apex en el sur de África. Marcadas en rojo, para subrayar la diferencia entre ellas, estaban las cifras exactas de casi todos los equipos y repuestos utilizados. Las cifras mostraban claramente que la mina de Namibia consumía casi el doble que las demás minas similares. Me quedé mirando la hoja de papel durante cinco minutos mientras lo asimilaba todo. Las cifras no mentían. Para una producción similar, esta mina utilizaba casi el doble y tenía que haber una razón para ello. Esto era aparte de las indignantes denuncias al seguro que se estaban haciendo. Pero por lo que había visto hasta entonces, la mina era un modelo de eficacia y orden. No había visto nada que indicara prácticas tardías o descuidos. Como me sentía algo confuso, volví a dejar la carpeta en el sofá y me quedé mirando la pantalla de televisión en blanco. *Hay una razón Green. Es un enigma. Pero tiene que haber una razón.* Pasamos la tarde recorriendo un gran edificio fabril que servía de almacén de la mina. Todo, desde enormes motores eléctricos y diésel hasta mangueras y diminutas juntas de goma, estaba alojado en el edificio y cada uno de los artículos que contenía estaba presente y contabilizado mediante un avanzado sistema informático de control de existencias.

Mientras inspeccionaba la recepción, llegó un técnico de refrigeración a recoger un compresor nuevo para uno de los congeladores que se había averiado en el comedor del personal. La unidad averiada fue descargada de la parte trasera abierta de su camión con una carretilla elevadora y enseguida se comprobó y se sustituyó por otra nueva con la misma carretilla elevadora. La

unidad averiada se almacenó en una zona vallada en la parte trasera del edificio, junto con todo lo demás que había funcionado mal o que se había averiado. No había ni una sola pieza de maquinaria o equipo que no pudiera sustituirse inmediatamente. Todo estaba en su sitio para garantizar el buen funcionamiento y la eficacia de la operación. Salí del almacén algo perplejo. No parecía haber lagunas. Ninguna razón evidente por la cual esta operación en particular fuera diferente de las demás. Algo estaba pasando, pero no era capaz de verlo. Pasé las siguientes dos horas en mi alojamiento planeando la noche que me esperaba. En el fondo de mi mente estaba la posibilidad de que el viaje pudiera convertirse en un fracaso y eso era algo que quería evitar por completo. Mi informe incluía la instrucción de inspeccionar bien al Sr. Heinrich Klopp, y su ausencia era una oportunidad perfecta para hacerlo. Deshice el equipaje y coloqué sobre la cama el material que iba a utilizar antes de darme una ducha antes de cenar. El sol se estaba poniendo y brillaba como un orbe de color naranja intenso a través de los faros de la mina, detrás de los árboles, cuando me dirigí colina abajo hacia el comedor. Me decepcionó ver la figura hosca e imponente de Max que entraba arrastrando los pies con Temba para cenar, pero la comida de rabo de toro estofado y puré lo compensó con creces. Betty, como de costumbre, fue servicial y atenta, y cuando terminamos quedé con Temba a las ocho de la noche para tomar otra cerveza en la colina. Mientras lo esperaba en la cabaña, seguí trabajando en mi informe preliminar de lo que había visto hasta entonces. El proceso era un tanto frustrante, ya que hasta ahora no había conseguido ver realmente cómo y por qué me habían enviado allí en primer lugar. Me faltaba algo y tenía la sensación de que los árboles no me dejaban ver el bosque. Finalmente, me volví a sentar en la silla y miré el equipo que había colocado antes sobre la cama. *Quizá más tarde Green encuentre algunas respuestas. Todo se revelará.* Temba llegó a las ocho en punto, así que atravesamos las oscuras instalaciones de la mina y salimos por la puerta principal. Tras agarrar un paquete de seis cervezas de la tienda, nos dirigimos colina arriba hacia el mismo mirador en el cual nos habíamos sentado la noche anterior.

—¡Oh! —dijo sacando una bolsa de papel marrón de su bolsillo—, olvidé entregarte esto antes. El paquete de biltong estaba abultado y tenía un sabor increíble con la cerveza fría.

—¿Dices que lo cazas tú mismo? —le pregunté.

—Sí —respondió—, sobre todo cuando tengo tiempo libre, me llevo el quad y me adentro en el desierto. Hay una zona rocosa con un cañón a unos cuarenta kilómetros de aquí. Allí hay algo de fauna.

Cuarenta kilómetros por el desierto —dije en voz baja—. Suena peligroso. ¿Hay alguna carretera?

No, señor —respondió—. Encontré el lugar hace un año. Lo guardo para mí. Mi lugar secreto, por así decirlo. Es tranquilo y me permite pasar un poco de tiempo a solas, lejos de mi trabajo. Echa un vistazo.

Sacó el teléfono del bolsillo y empezó a enseñarme una serie de fotos del lugar. Desolado y seco como un hueso, tenía cierta belleza y encanto.

—¿Cómo sobreviven estos animales sin agua? —le pregunté.

—Hay agua —respondió—. No mucha, pero en el fondo del cañón hay algo de agua.

—Bueno —dije masticando un palito fresco de carne seca—. El biltong está magnífico. Muchas gracias.

La siguiente hora transcurrió con una agradable conversación, mientras las constelaciones titilaban en lo alto. La noche era tranquila y soplaba una brisa cálida y constante procedente del oeste. Cuando terminamos, volvimos lentamente en coche a los terrenos de la mina y subimos la colina hasta mi cabaña. Le di las buenas noches a Temba y le dije que nos veríamos por la mañana para desayunar. Cuando se marchó, me dirigí a la habitación y empecé a empaquetar el equipo que había colocado antes en una pequeña mochila negra. Cuando terminé, miré el reloj. Eran sólo las diez de la noche y tenían que pasar al menos dos horas antes de que lleve a cabo mi plan. Intenté en vano ver algo de televisión, pero terminé navegando por Internet y bebiendo café hasta que, finalmente, a medianoche llegó la hora de moverme. Tras ponerme ropa oscura, me embadurné la cara y el dorso de las manos con betún negro y me coloqué el equipaje sobre los hombros. Por último, me miré una vez más en el espejo de cuerpo entero que había en un rincón del dormitorio.

—Bien —dije en voz baja—. Hora de irse.

Salí de la cabaña por la puerta trasera que daba a la cocina. Antes de abrir la puerta, apagué la luz amarilla del interior. Me detuve y me puse en cuclillas en la oscuridad, cerca del desagüe, y esperé a que mis ojos se adaptaran a la oscuridad. Poco a poco todo se hizo visible a la luz de la luna. Delante de mí, la colina se elevaba constantemente hacia su cima, mientras que cincuenta metros más arriba, a la izquierda, se alzaba la casa del Sr. Heinrich Klopp. Mi intención era entrar por la puerta trasera y echar un buen vistazo al interior. Sabía con certeza que el recinto de los directivos estaba bajo vigilancia armada, pero también sabía que pasaban la mayor parte del tiempo abajo, en la puerta de entrada. En caso de que uno de ellos patrullara por la valla perimetral, seguramente vería acercarse la luz de la linterna y tendría tiempo de sobra para pasar desapercibido y esconderme. En cualquier caso, mi intención era entrar en la casa lo antes posible, donde tendría libertad para moverme y tiempo para hacerlo. Me acerqué sigilosamente a

la esquina del edificio y asomé la cabeza en busca de señales de movimiento. No había nada y todo estaba en silencio. Agachado, subí por el césped de la parte trasera de la casa hasta que llegué a la altura de la parte trasera de la casa de Klopp. Me detuve y miré detrás mío, luego me senté un rato a escuchar, pero todo estaba en silencio. Manteniéndome agachado, me desplacé hacia mi izquierda en dirección a la casa y, al cabo de unos minutos, llegué a la esquina trasera. Jadeando ligeramente, me deslicé por la esquina hacia la oscuridad y me quedé allí en silencio mientras escuchaba. Tras comprobar que había recorrido el camino sin ser detectado, me quité la mochila de los hombros y la coloqué en el suelo a mis pies. Con una linterna de lápiz, saqué de la bolsa el dispositivo de localización global por satélite GPS. El diminuto dispositivo japonés era magnético y tenía una batería de seis meses de duración una vez activado. Había debatido si utilizarlo o no aquella misma tarde, pero había decidido que, como la empresa cubría todos mis gastos, no había nada malo en hacerlo. Parte de mi misión consistía en investigar a Heinrich Klopp y esto era parte de ello. En cuclillas en la oscuridad, pulsé el diminuto botón de la carcasa de acero del dispositivo, que inmediatamente emitió un agudo pitido electrónico para indicar que estaba activo. Al comprobar que estaba listo para ser instalado, asomé la cabeza por la esquina para echar un vistazo. La costa estaba despejada y, al ver que una franja de nubes pasaba junto a la luna, salí por el lateral de la casa hacia el Mercedes que estaba estacionado bajo la tela de sombra de la cochera cercana. El dispositivo se adhirió a la parte superior del interior del paso de rueda delantero con un ruido metálico satisfactorio. Sabía que no sería detectado durante mucho tiempo y que, si no era capaz de recuperarlo, lo más probable es que simplemente se cayera del vehículo en algún momento en los próximos años. Me arrastré rápidamente por el lateral de la casa hasta el lugar oscuro cerca de la parte trasera donde había dejado el equipaje. Saqué una linterna frontal que me puse sobre la cabeza y recuperé el juego de ganzúas. Al parecer, la distribución de la casa era similar a la de la casa de campo en la que me alojaba, aunque más grande, con una puerta trasera y un fregadero en la parte posterior. Dejé el equipaje en la oscuridad, me acerqué sigilosamente a la puerta trasera, encendí la linterna frontal y me puse a trabajar en la cerradura. Resultó ser una cerradura estándar Yale y sólo tardé cuatro minutos en abrirla. Retrocedí sigilosamente para recuperar el equipaje y, con una última mirada a mi alrededor, regresé, entré en la cocina de la casa y cerré la puerta detrás mío. Me senté de espaldas a la puerta y apagué la linterna frontal. La oscuridad era absoluta y cerré los ojos mientras recuperaba el aliento y escuchaba cualquier movimiento. El silencio era abrumador y el único sonido era el de mi corazón que latía en mi pecho. *Eso es, Green. ¡Estás adentro!* Un minuto después encendí la linterna frontal, y mantuve el haz de luz bajo y alejado de las cortinas. Era

muy consciente de la posibilidad real de que hubiera detectores de movimiento infrarrojos internos instalados. Con cuidado, desplacé el haz de luz por el suelo hacia mi derecha y lo levanté lentamente para comprobar las esquinas de la habitación. No había nada. Me fijé que las cortinas de la izquierda sean gruesas y de color oscuro. Esto evitaría que me viera cualquier guardia que patrullara. Mantuve la luz baja, me levanté lentamente y me dirigí hacia el centro de la cocina. El silencio era ensordecedor y mis zapatos rechinaban en el suelo de baldosas a medida que avanzaba. La cocina estaba impoluta y era moderna, pero no había nada que me interesara. Caminé hacia la puerta y giré lentamente el picaporte. La habitación delantera era un salón comedor de planta abierta similar al mío, sólo que más grande. Una vez más, comprobé si había detectores de movimiento en las esquinas de la habitación. No había ninguno. De nuevo, las cortinas eran pesadas y de color oscuro, así que pude moverme con libertad. La decoración de la habitación era claramente bávara, con paneles de madera en las paredes y cabezas de ciervo montadas entre las cortinas. Estaba claro que intentaba imitar la construcción medieval de entramado de madera de las grandes casas alemanas de antes. Había esculturas de madera de osos y otros animales que imaginé que procedían de la zona de la Selva Negra de Alemania. En la parte superior de la cortina había filas de jarras de cerveza antiguas. La mesa del comedor era de madera oscura y pesada, y me recordaba a la de una cervecería de Munich. A la derecha de la habitación había una gran librería que me llamó la atención de inmediato. *Se puede saber mucho por lo que lee una persona Green, ése podría ser un buen punto de partida.* Me acerqué a la estantería y empecé a ojear los títulos de izquierda a derecha. Había un montón de libros sobre mantenimiento de aviones, y muchos otros mucho más antiguos con títulos en alemán que no podía entender. La segunda fila estaba poblada principalmente de libros sobre minería, algunos en inglés y otros en alemán, pero fue la tercera fila la que realmente atrajo mi atención. Ocupaba un lugar destacado una gran colección de libros de primera edición sobre el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial en Alemania. También había cuatro ejemplares de primera edición del *Mein Kampf* de Adolf Hitler. Muchos de los otros libros tenían títulos en alemán, pero no necesité traductor. El emblema de la esvástica estaba en muchos de los lomos. *Vaya, vaya, vaya, ahora entiendo, Sr. Klopp. Esto explica muchas cosas. Debería haber sabido desde el principio que eres un maldito nazi.* En el centro de la estantería había una vitrina de cristal y madera con una colección de medallas montadas sobre terciopelo verde. Con la luz de la linterna escudriñé cada una de ellas y reconocí la Cruz de Hierro de Primera Clase entre ellas. Aunque la librería y su contenido decían mucho del Sr. Heinrich Klopp, no era lo que había venido a ver. Necesitaba encontrar su despacho privado, el centro neurálgico de sus operaciones. Tras echar un último

vistazo a la habitación, me dirigí hacia una pesada puerta de madera de teca que estaba seguro de que conduciría al pasillo principal de la casa. Las bisagras de la puerta chirriaron al abrirla y el haz de luz de la linterna reveló un largo pasillo con una serie de puertas a ambos lados. Una vez más, el espacio estaba diseñado para imitar el interior de una antigua mansión bávara, con techos de vigas de madera y escudos y cabezas de ciervo en las paredes. Avancé sigilosamente por el pasillo y abrí cada puerta a medida que avanzaba. Como era de esperar, parecía haber varios dormitorios y cuartos de baño libres, pero tres de las puertas estaban cerradas y éstas eran las que más me interesaban. Al estar en un pasillo no había riesgo de que el haz de la linterna se viera desde fuera. Me la até a la cabeza y me puse a trabajar en la cerradura de la primera habitación. El mecanismo era más sofisticado que el de la simple puerta de la cocina, pero al cabo de 10 minutos loforcé y oí el suave chasquido de la cerradura al abrirse. Lo que había más allá era claramente un despacho o un espacio de trabajo privado. Las paredes estaban llenas de libros y archivos de todo tipo, y a la izquierda de la habitación había un escritorio antiguo con un centro de cuero verde. Con plena conciencia de que la habitación daba al frente, mantuve bajo el haz de luz de la linterna y me acerqué a las ventanas para inspeccionar las cortinas. Afortunadamente, estaban hechas del mismo material pesado y oscuro y tenían un grueso respaldo detrás que me permitiría moverme libremente por la habitación. *Bien. Muy bien. Es hora de ponerse a trabajar, Green.* Con la linterna atada a la cabeza, me senté en el escritorio y empecé a mirar los archivos que tenía más cerca. La mayoría parecían ser recibos y documentos relativos a ciertas propiedades de Namibia. Al principio, era confuso y tardé un rato en darme cuenta de lo que estaba viendo en realidad.

Cinco de estas propiedades eran casas de lujo en la capital, Windhoek, mientras que las otras tres eran propiedades frente al mar en Swakopmund y Walvis Bay. Al principio me extrañó que tuviera semejantes archivos en su despacho personal, pero pronto me di cuenta de que debía de ser el propietario de dichas propiedades. Muchas de las facturas y recibos estaban a nombre del propio Klopp, mientras que otras estaban a nombre de una empresa llamada Coburg Holdings. Coburg Holdings era un nombre que aparecía en cada uno de los expedientes. Al parecer, Heinrich Klopp era un hombre muy meticuloso que archivaba todo lo relacionado con estas propiedades. La mayoría de las facturas y recibos correspondían a mejoras y reparaciones, y muchas llevaban adjuntas fotografías de las obras en curso y de sus resultados finales. Las propiedades eran grandes y caras. Me pregunté si realmente eran suyas y cómo había conseguido el dinero para comprarlas. No había nada en el expediente que me habían dado que indicara que poseía propiedades en Namibia, así que, naturalmente, me sorprendió ver esto. Una y otra vez

aparecía el nombre de Coburg Holdings, muchas veces también con el nombre de Heinrich Klopp. Con mi teléfono, tomé varias fotografías de las distintas facturas y recibos hasta creer que eran suficientes. Volví a colocar los expedientes donde los había encontrado, en la estantería de la parte superior del escritorio. Fue entonces cuando me fijé en un archivo cerca de la torre del ordenador, a la izquierda, que decía «Contratos de alquiler». Esto despertó mucho mi interés así que lo saqué para echarle un vistazo. En el expediente, como se indicaba, había varios contratos de alquiler entre Coburg Holdings y varios inquilinos. Los contratos parecían tener una duración de 3 años cada uno y los alquileres eran considerables si se convertían a libras o dólares estadounidenses. Una vez más, tomé numerosas fotografías antes de volver a colocar el expediente donde lo había encontrado. Lo que había visto era interesante, pero en ningún caso indicaba que Klopp estuviera tramando algo malo. No tenía ni idea de que poseyera propiedades en Namibia, ya que el expediente que me habían dado no decía nada de eso, pero las fotografías que había tomado y lo que había averiguado hasta entonces era potencialmente importante. Me senté en la silla y miré alrededor de la habitación. A la izquierda, rodeado de estanterías de madera, había un archivador de acero. Me acerqué e intenté abrir el cajón, pero estaba cerrado. Me senté hacia delante en la silla y estudié el minúsculo mecanismo de la cerradura. Intenté abrirlo con el juego de ganzúas. Al principio resultó complicado y frustrante, pero al final oí el clic y lo abrí. El interior era un tesoro de información. Uno de los expedientes contenía un certificado de constitución registrado en el país de Namibia. El certificado correspondía a una empresa llamada Coburg Holdings, registrada tres años antes en la capital, Windhoek. Como administradores figuraban dos personas. El Sr. Heinrich Klopp y otro hombre llamado Ivan Cavallera. Coloqué el certificado sobre el escritorio y le hice una fotografía. Cada vez estaba más claro que Klopp era, en efecto, un hombre bastante rico. Otro de los expedientes del armario era el de un chalet en las montañas de Heidelberg, en Alemania. Una vez más, el nombre de la sociedad era Coburg Holdings. De nuevo, había numerosas fotografías de la propiedad, contratos de alquiler, facturas y recibos de varios contratistas. Me recosté en la silla y lo asimilé todo antes de volver a colocar las carpetas y cerrar el armario. Si Apex Resources desconocía el verdadero alcance de la cartera de propiedades de Klopp, sin duda sería una sorpresa para ellos. Miré fijamente el escritorio y me fijé en un porta bolígrafos de cuero que había en un rincón. Dentro había un montón de dieciséis bolígrafos. Desconcertado, los agarré todos y los extendí sobre el escritorio que tenía delante. Todos eran Parker y había cuatro juegos de cuatro bolígrafos idénticos. Mi mente volvió a los bolígrafos que había visto en el bolsillo de Heinrich Klopp en el comedor. *Había cuatro bolígrafos, todos idénticos, en su bolsillo. ¿Qué carajo?* Miré alrededor

de la habitación y fue entonces cuando empecé a ver el patrón. Me levanté para mirar un conjunto de viejas medallas alemanas que colgaban en una vitrina en la pared. Colgadas en una hilera ordenada había cuatro Cruces del Mérito de Guerra alemanas idénticas. Habían sido pulidas hasta dejarlas brillantes, colgaban en perfecta simetría y las esvásticas se alzaban orgullosas. *Cuatro de cada. Otra vez.* Me di la vuelta para echar un vistazo a la estantería de la pared que había detrás de mí. Estaba llena de revistas de minería y manuales de geología. Y una vez más, había cuatro de cada una. Sacudí la cabeza, me levanté y volví al salón para mirar más de cerca las jarras de cerveza que decoraban la parte superior de las cortinas. No me sorprendió que hubiera cuatro de cada una, una al lado de la otra. Con el ceño fruncido, volví al despacho para asegurarme de dejarlo como lo había encontrado. Cuando estaba a punto de volver a cerrar la puerta, me fijé en el cuadro. Era una antigua representación al óleo del famoso castillo de Neuschwanstein, construido en una escarpada colina del suroeste de Baviera. El marco antiguo tenía un aspecto ornamentado y pesado y, por alguna razón, me pareció que merecía una investigación más a fondo. Efectivamente, cuando intenté moverlo, descubrí que había unas bisagras ocultas que se abrían a su izquierda y resultó que había una pequeña caja fuerte de pared hábilmente escondida detrás del cuadro.

Por desgracia, era una caja fuerte de combinación muy resistente y no había forma de que mis rudimentarias habilidades para forzar cerraduras me ayudaran a abrirla. Con cierta frustración, eché un último vistazo al despacho para asegurarme de que todo estuviera como lo había encontrado y salí al pasillo. Miré el reloj y me di cuenta de que llevaba hora y media absorto en los expedientes. Era la 1:45 y aún quedaban dos habitaciones cerradas por investigar. *Será mejor que te pongas en marcha Green. Ésta será probablemente tu única oportunidad aquí.* Pasé a la siguiente habitación. La cerradura era idéntica a la de la oficina y en pocos minutos la abrí. Entré en lo que parecía un dormitorio muy sencillo. Por supuesto, estaba decorada en el mismo estilo bávaro que el resto de la casa, pero no había nada destacable en su interior. Sin embargo, no me sorprendió que al abrir uno de los armarios encontrara la ropa pulcramente colgada y apilada en conjuntos idénticos de cuatro prendas cada uno. Esto se repetía hasta en la ropa interior, los calcetines y los zapatos. *Cuatro de cada cosa, todas idénticas y todas pulcramente apiladas y colgadas. Este hombre tiene una obsesión muy extraña, Green. Muy extraña.* Tras no encontrar nada más de interés, salí al pasillo y cerré la puerta. Eché un vistazo a mi reloj antes de dirigirme a la última puerta cerrada, más adelante en el pasillo. Una vez más, la cerradura era similar y sólo tardé unos minutos en abrirla, pero fue lo que encontré dentro de la habitación lo que realmente me sorprendió. Heinrich Klopp había creado para sí una cámara de tortura privada. Una especie

de mazmorra. La habitación carecía de ventanas y, al igual que el resto de la decoración, las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura. En las paredes había una serie de inquietantes pinturas al óleo que representaban diversos actos de tortura sexual de épocas pasadas. En el centro de la habitación había una cama de bondage de cuero negro con ataduras para tobillos y muñecas y un soporte para estiramientos. A la izquierda de la habitación había un espejo de cuerpo entero con un marco de madera oscura. Cerca colgaba un columpio sexual de tamaño natural suspendido de una gran anilla en forma de "O" atornillada a una de las vigas del techo. Cerca de él había una gran caja de artillería antigua que contenía todo tipo de látigos, cadenas y colas de gato. Una amplia colección de consoladores con correas, mordaza de esferas, máscaras, compactadores de cremallera, látigos y ataduras colgaban de todos los espacios disponibles en las paredes, y la habitación tenía una atmósfera tenebrosa y siniestra.

—¡Dios me guarde! —me dije en voz baja—. Muy pervertido, Sr. Klopp.

El aire estaba impregnado del aroma dulzón del látex y el caucho, y de los lubricantes y humectantes que había sobre un armario antiguo en el rincón más alejado de la habitación. Inmediatamente sentí repulsión por la habitación, que hizo que se me erizara la piel y ahí es donde sentí el impulso de marcharme inmediatamente. *Espera Green. Las cámaras. Tienes que colocar las cámaras.* Salí de la habitación y me acuclillé en el pasillo para recuperar los diminutos dispositivos de mi equipaje. Las lentes de los caros dispositivos no eran mayores que dos cabezas de cerilla, pero proporcionaban una clara visión de pecera de la habitación donde se colocaran. Se activaban por movimiento o sonido y proporcionaban visión infrarroja en caso de que hubiera alguna actividad sin luces. A sus impresionantes capacidades se les añadía la opción de activar la grabación de sonido en cada dispositivo. Lo había probado en algunas ocasiones y, aunque era débil y metálico, era fácil captar las conversaciones que se producían cerca. En resumen, si los colocaba correctamente y no eran descubiertos, los dispositivos transmitían y grababan vídeo y sonido durante toda la vida útil de sus pilas de litio. Aproximadamente 100 horas cada uno. Lo único que necesitaba era conectar mi teléfono u ordenador portátil al código WIFI preestablecido para los dispositivos y podría ver y escuchar lo que ocurría en las zonas objetivo desde cualquier parte del mundo. Los dispositivos eran enormemente caros, pero eso no me preocupaba lo más mínimo en aquel momento. Coloqué la primera cámara estenopeica en la parte superior derecha del espejo de cuerpo entero de la cámara de tortura de Heinrich Klopp. La delgada batería de litio encajaba perfectamente en la resistente cinta adhesiva de doble cara situada detrás de la pesada madera del marco. Incluso con la inquietante luz amarilla tenue encendida en la habitación sin ventanas, sería totalmente invisible a simple vista. Una vez

satisfecho, volví al despacho, donde coloqué la lente sobre uno de los diarios de minería de la estantería. Pasé el dedo por la parte superior de los libros y salió levemente polvoriento, lo cual me dio una mínima seguridad de que también pasaría desapercibido. La tercera la coloqué cerca de la base de una de las jarras de cerveza, en el centro de la moldura de la cortina frontal del salón. Su altura ocultaba perfectamente la delgada batería y sabía que haría falta un esfuerzo coordinado para encontrarla. Abrí la aplicación de las cámaras en mi teléfono. Tardó unos segundos en encontrarlas, pero al final apareció un emoji de un ojo en la pantalla. Lo toqué una vez con el pulgar y al instante mostró que había tres cámaras activas. Volví a la mazmorra de Klopp y toqué el icono de la primera cámara. El dispositivo respondió emitiendo un pitido electrónico apenas audible. Al instante, la pantalla de mi teléfono mostró una imagen nítida de mí, de pie, mirándola fijamente.

—Probando uno dos tres —dije en voz baja.

Una serie de barras a la derecha de la pantalla se levantaron mientras hablaba para indicar que el sonido funcionaba. Repetí el proceso con las otras dos cámaras antes de comprobar de nuevo que hubiera dejado las habitaciones tal y como las había encontrado. Por último, volví al pasillo con la ganzúa puesta para asegurarme de que todas las puertas que había abierto estuvieran de nuevo cerradas. Sintíendome satisfecho de haber terminado mi trabajo de la noche, me dirigí de nuevo a través de la cocina hacia la puerta trasera. Miré el reloj antes de abrirla. Eran las 2:45 de la madrugada y me quedaba una última prueba antes de ponerme a salvo. Corrí la cortina ligeramente hacia un lado y eché un vistazo a la colina que se elevaba detrás de la casa. La ladera estaba bañada por la luz de la luna desde arriba y no había señales de ningún guardia patrullando. Con confianza, empujé la puerta lentamente, salí a la calurosa noche y la cerré tras de mí. Tardé tres minutos en girar el juego de ganzúas, pero finalmente la puerta quedó cerrada, tal como la había encontrado. Con el equipaje atado a la espalda, me dirigí silenciosamente a la esquina trasera del edificio y eché un vistazo a la cochera y al camino que bajaba por la colina hasta la caseta del guarda. Parecía que todo estaba tranquilo desde donde yo estaba. Volví en silencio a la oscuridad de la parte trasera de la casa para prepararme para cruzar la colina hasta mi cabaña. Con una última mirada a mi alrededor, me adentré en la oscuridad avanzando en ángulo diagonal colina abajo. Cuando llegué a la mitad del camino, oí el silbido y vi el primer movimiento del haz de la linterna a mi izquierda. Era un guardia de patrulla. Estaba haciendo la ronda de la valla perimetral y había decidido regresar a su puesto justo en mi camino. Al instante, me paralicé y me agaché. Era más que probable que estuviera tan acostumbrado a su ruta que no se hubiera molestado en utilizar la linterna al subir la colina. El silbido silencioso se hizo más fuerte, me

puse boca abajo y me tumbé en la hierba todo lo que pude. *¡No puede ser! Después de todo esto, no puede ser, Green.* Mis miembros se tensaron mientras el hombre se acercaba totalmente ajeno a mi presencia. Contuve la respiración e hice todo lo posible por hundirme en la mismísima tierra mientras el vaivén del haz de la antorcha se acercaba cada vez más. Di un silencioso suspiro de alivio cuando pasó de largo, a menos de tres metros de donde yacía. No tenía ni idea. Lo observé mientras descendía por la colina hacia la carretera asfaltada y sólo cuando estuvo a veinte metros me atreví a respirar de nuevo. *Mierda. Qué cerca estuvo.* Esperé a que llegara a la carretera para levantarme y dirigirme rápidamente a la puerta trasera de la casa. Cerré la puerta en silencio tras de mí y respiré con alivio. Tras una larga ducha y un cigarrillo, me tumbé en la cama al fresco del aire acondicionado y me quedé mirando el techo. Había aprendido mucho. Klopp no era un pobre hombre. Desde luego, era raro. Su extraña obsesión por el número «cuatro» era una de las cosas más extrañas que había visto en mi vida. No cabía duda de que tenía simpatías nazis y de que era obviamente un perverso sexual. Pero no había nada que sugiriera que el hombre fuera un delincuente. Había más preguntas que responder y, para eso, tendría que indagar un poco más para encontrar las respuestas. Tenía que esperar. Era tarde y estaba totalmente agotado. Mientras me dormía en los últimos vestigios de conciencia, una escena de película se repetía en mi mente. Heinrich Klopp estaba sentado en el despacho de su casa. Sobre la superficie del escritorio había un reluciente montón de diamantes. En la mano izquierda llevaba una pequeña bolsa de terciopelo negro. Uno tras otro, levantó un solo diamante con la mano derecha y lo dejó caer en la bolsa. Mientras lo hacía, contaba en voz alta. Uno, dos, tres, cuatro.

7

— • —

Capítulo siete: Mal tipo

ME DESPERTÉ A LAS siete en punto y los ojos me picaban por la luz del día que se filtraba a través de las cortinas. Me sentía exhausto, pero los recuerdos de los extraños descubrimientos que había hecho la noche anterior llenaron inmediatamente mis pensamientos. Me senté en el borde de la cama y bostecé antes de levantarme para poner a hervir la tetera para el café. Mientras esperaba, busqué en Google el fenómeno de la gente obsesionada con los números o con un número en particular. Los resultados fueron interesantes. Resultó que en la mayoría de los casos era una simple expresión de un trastorno obsesivo-compulsivo o TOC. En los casos más graves se conocía como aritmomanía. Un trastorno neurológico que a veces se convierte en un complejo sistema en el que el enfermo asigna valores o números a objetos o personas para deducir su coherencia. Sacudí la cabeza al oír hervir la tetera y volví a la cocina para preparar café. Tras fumar un cigarrillo rápido en la puerta trasera, volví al ordenador portátil y envié un correo electrónico a mis superiores de la compañía de seguros. En esencia, sólo quería informarles de que mi trabajo avanzaba a buen ritmo, pero incluía una pregunta en la que les pedía que averiguaran si Apex Resources tenía conocimiento o relaciones con una empresa llamada Coburg Holdings. No les dije por qué lo preguntaba, pero sabía que se ocuparían directamente de ello y que volverían a ponerse en contacto conmigo en cuanto lo supieran. Sencillamente, la cuenta era demasiado valiosa para que desestimaran cualquier cosa que pudiera tener que ver con ella. Una vez que terminé, me duché y me afeité antes de dirigirme al comedor a las ocho de la mañana. Eché un vistazo a la casa de Klopp mientras caminaba por la ya sofocante mañana y recordé una vez más el inquietante recuerdo de su "habitación secreta". El desayuno de la sonriente Betty fue estupendo y volví a comer con Temba, que estaba ansioso por conocer mis planes para el día. Como no quería estar en la oficina como la tarde anterior, le

sugerí que quizá me gustaría ver las instalaciones de almacenamiento de combustible antes de ir a reunirme con Klopp a la hora prevista de su llegada, las 11:00. Quedamos en que me recogería a las 9:30 así que le di las gracias a Betty cuando nos fuimos. Después de otro cigarrillo, volví a mi ordenador portátil para hojear las noticias. Sabía que era demasiado pronto para obtener una respuesta de la compañía de seguros, pero mientras estaba sentado en el escritorio vi, a través de la ventana, que Betty se dirigía a casa de Klopp. Temba me había dicho que trabajaba como criada para él, además de sus tareas principales en el comedor, así que no me sorprendió. Sentí una punzada de ansiedad al verla caminar y supe que, en cuanto entrara, si el equipo seguía funcionando como yo lo había dejado, recibiría una notificación tanto en mi teléfono como en el ordenador de que las cámaras ocultas estaban grabando y transmitiendo vídeo en directo. Me senté a esperar mientras golpeaba la superficie de teca oscura del escritorio con los dedos. No había pasado ni un minuto cuando el teléfono sonó en mi bolsillo y el diminuto icono de las cámaras parpadeó en la esquina inferior de la pantalla del portátil. Hice clic en él e inmediatamente aparecieron tres pequeñas pantallas. Betty había entrado por la puerta principal y se había acercado a la cámara que yo había colocado en la persiana. De repente, la habitación se llenó de luz diurna cuando ella abrió las cortinas que habían ocultado mi actividad nocturna sólo unas horas antes. Hice clic en la pequeña pantalla, que se abrió a pantalla completa, y vi cómo inspeccionaba la habitación para asegurarse de que todo estuviera en orden para el inminente regreso de su jefa. Por un momento me preocupó que viera algo fuera de lugar y se diera cuenta de que alguien había estado allí, pero mis temores eran infundados. Vi cómo se dirigía a la cocina y pude oírla tararear una melodía para sí misma. *¡Dios mío!* pensé, *¿hará lo mismo con la habitación especial de Klopp?* Por suerte, ni siquiera intentó abrir las puertas cerradas y, luego de cinco minutos de inspección rudimentaria, salió de la casa dejando abiertas las cortinas del salón. La observé mientras se dirigía por el asfalto hacia el comedor, donde sin duda comenzaría los preparativos para el almuerzo. Temba llegó unos minutos después y yo cerré el portátil, agarré mi casco y salí a su encuentro. Una densa capa de polvo cubría las plantas trituradoras a lo lejos, más allá de la hilera de zarzas, y me alegré en secreto de que fuéramos en dirección contraria. La seguridad a la entrada del depósito de combustible era estricta, así que pasaron unos minutos antes de que registraran nuestros datos y nos permitieran el acceso. Temba estacionó el vehículo a la sombra del taller del depósito y ambos salimos para reunirnos con el jefe de turno. El hombre hablaba muy poco inglés, pero fue acogedor y nos dio vía libre para inspeccionar todo lo que quisiéramos. Al igual que el día anterior en el almacén de las tiendas, cada lote de

gasolina o gasóleo que se bombeaba se registraba tanto en un sistema informático como en un comprobante de entrega físico que se firmaba en cada fase.

Temba y yo vimos cómo se llenaba de combustible un camión volquete cubierto de polvo y se dirigía de nuevo a la planta trituradora. En aquel momento, casi me parecía que me estaba limitando a seguir la rutina y me resultaba difícil apartar de mi mente los extraños sucesos de la noche anterior. Eran las diez y media de la mañana y el calor se estaba volviendo insoportable cuando Temba me recordó que era hora de dirigirme a la pista de aterrizaje para reunirme con Klopp. Me dio una botella de agua fría antes de arrancar el motor y dirigirse a la puerta. Antes de llegar a la barrera, llegó un gran camión cisterna de gasóleo para hacer una entrega. Con 30.000 litros de combustible en el depósito de aluminio, tenía un aspecto similar al que había visto desde el aire cuando habíamos llegado.—¿De dónde habrá salido esto, Temba? —pregunté antes de dar un trago a la botella.

—Habría venido del puerto de Walvis Bay, Sr. Green —respondió mientras se aparcaba a la izquierda para permitir la entrada del camión gigante—. El conductor habría tardado unas ocho o diez horas en llegar hasta aquí. La carretera es bastante dura con las arenas movedizas del desierto.

—Seguro —dije mientras crujían los engranajes del camión y empezaba a entrar en el patio. Observé cómo la cabina cubierta de polvo pasaba por delante de la ventanilla cerrada de Temba y fue entonces cuando me fijé en el nombre de la empresa pintado en pequeñas letras negras debajo de la puerta. Decía «Cavalera Logistics, P.O. 6459 Windhoek», seguido de un número de teléfono. *Interesante, pensé. Anoche vi ese mismo nombre en los archivos. Ivan Cavalera, socio del Sr. Heinrich Klopp y codirector de Coburg Holdings.*

—Logística Cavalera —dije cuando pasó el enorme camión y entró en el depósito—. ¿Suministran gran parte del combustible a la mina?

—Ah, sí —respondió Temba con naturalidad, mientras engranaba la primera marcha y se dirigía de nuevo a la puerta—. No sólo combustible, sino prácticamente todo lo que hay en la mina. Todos los repuestos de nuestras instalaciones y maquinaria, desde las trituradoras hasta las mangueras y juntas. Y también todos los alimentos. Una empresa muy grande aquí en Namibia.

—De acuerdo —dije mientras el vehículo pasaba y Temba avanzaba. *Tendrás que investigar eso, Green.* Temba giró a la izquierda y salimos de las instalaciones de la mina por la salida cercana al vertedero. El suelo arenoso y las rocas de la colina de la derecha brillaban bajo el sol de media mañana mientras acelerábamos hacia la pista de aterrizaje dejando una columna de polvo tras nosotros. Cuando llegamos y atravesamos la verja, ya nos esperaba un pequeño equipo

de bienvenida formado por Max y otro guardia de seguridad. Sin prestar atención a nuestra llegada, Max siguió lustrando el Mercedes negro mientras estacionábamos. Temba y yo nos sentamos en el frescor de la cabina con las ventanillas ligeramente bajas para poder escuchar. Eran exactamente las once de la mañana cuando oí por primera vez el zumbido lejano del avión. Apareció como una mancha centelleante en el cielo, hacia el este, que aumentaba de tamaño a medida que se acercaba. La visión de la diminuta aeronave en el vasto vacío que nos rodeaba fue un duro recordatorio de que allí estábamos totalmente aislados. Como había hecho cuando llegamos, Danny inclinó el avión hacia el norte en la aproximación y voló alrededor de la mina para alcanzar la pista por el sur. Temba y yo salimos del vehículo y nos pusimos a la sombra del edificio del hangar mientras la avioneta aterrizaba a nuestra izquierda y rebotaba por la superficie rugosa de la pista de aterrizaje. Vimos cómo Danny llevaba la avioneta hasta la plataforma de hormigón y se detenía bajo el pleno resplandor del sol frente a nosotros. La puerta del pasajero se abrió antes de que la hélice dejara de girar y vi cómo Heinrich Klopp fruncía el ceño con impaciencia mientras esperaba a que Danny apagara el motor. Un gran silencio llenó el aire cuando la hélice se detuvo por fin con un tirón, e inmediatamente Klopp se bajó y empezó a dirigirse hacia el Mercedes estacionado. Una vez más, llevaba el maletín de aluminio plateado, pero esta vez la cadena no estaba sujeta a su muñeca. Lo primero que pensé fue en ofrecerle la mano a modo de saludo, pero estaba claro que no estaba de humor para la cordialidad.

—Buenos días, Sr. Klopp —le dije alegremente al pasar.

El corpulento hombre volvió a fruncir el ceño y se limitó a gruñir en señal de reconocimiento de mi presencia mientras caminaba hacia el vehículo. Decidí apartarlo de mi mente y me dirigí hacia el avión, donde Danny seguía realizando las comprobaciones posteriores al vuelo. Abrió la puerta cuando me acerqué y me saludó con una cálida sonrisa.

—Buenos días, Jason —me dijo con la mano extendida—. ¿Cómo va todo aquí en el gran agujero?

—Va bien, gracias —respondí mientras le estrechaba la mano—. ¿Qué tal el vuelo?

—Hoy sin problemas —dijo—. Ahora tengo que dar un pequeño salto hasta Swakopmund. Estaré listo para partir en veinte minutos o menos.

—¿Qué tal Klopp? —pregunté con una media sonrisa.

Danny enarcó las cejas detrás de sus gafas de sol Rayban y murmuró en voz baja.

—Hoy está de mal humor —respondió—. No me dirigió la palabra en todo el trayecto.

—Me he dado cuenta —dijo—. Parece que esta mañana se ha levantado del lado equivocado de la cama.

—Eso seguro —dijo al salir del avión—. ¡Hombre! Esto está que arde.

—Desde luego que sí —respondí.

Ambos nos dirigimos a la sombra del edificio del hangar, donde nos sentamos durante diez minutos y bebimos una botella de agua cada uno. Danny me preguntó cómo iba mi trabajo, y yo le contesté que creía que terminaría dentro de unos días. Me dijo que, como estaba de guardia permanente en la mina, podría volver para llevarme a Windhoek en cuanto terminara. Por un breve instante, deseé irme con él ese mismo día. La idea de pasar más tiempo con Heinrich Klopp no me atraía lo más mínimo, pero sabía que había más trabajo que hacer. Cuando terminó de revisar el avión, nos despedimos y me retiré a la sombra del hangar para verlo rodar por la pista y despegar en dirección oeste hacia la costa. Volví caminando bajo un calor sofocante hasta donde Temba me esperaba en el vehículo y subí.

—Pronto será la hora de comer, Sr. Green —dijo mirando el reloj—. Te llevaré a tu casa y después podremos hablar de tus planes para la tarde.

—Claro —dije—. Vámonos.

Apenas regresé, abrí el ordenador portátil para consultar mis correos electrónicos. Como esperaba, la compañía de seguros me había contestado al instante. El mensaje era breve y claro. Se habían puesto en contacto con la central de Apex Resources y les habían dicho categóricamente que no tenían conocimiento de ninguna empresa u organización con el nombre de Coburg Holdings. Volví a sentarme en la silla, miré fijamente hacia abajo y repiqueteé con los dedos sobre el escritorio. *Ningún conocimiento. Ninguna conexión con Coburg Holdings.* Volví a sentarme, abrí Google y tecleé las palabras «Cavalera Logistics Namibia». Los resultados aparecieron y llenaron la página de inmediato. Todos dirigían al sitio web de la empresa, que resultó ser bastante sencillo en cuanto a contenido. Navegué por él durante unos minutos, haciendo clic en varios enlaces, pero a pesar de que era elegante y profesional, parecía que no había mucho que ver. Volví a los resultados de la búsqueda inicial y bajé la página en busca de cualquier información que pudiera encontrar. Aparte de algunos artículos antiguos de periódico que aparecían más abajo en los resultados de la búsqueda, parecía que la empresa prefería tener una presencia discreta en Internet. De repente, mi navegación se vio interrumpida por la visión del Mercedes negro que atravesaba la verja de abajo y se detenía en el estacionamiento cercano al comedor. Miré la hora y vi cómo Heinrich Klopp se bajaba del vehículo y entraba rígidamente en el edificio. *Puntual, como siempre. Hora de irse, Green.* El menú de filete con salsa de champiñones estaba delicioso, y se servía con patatas *dauphinoise* y alubias verdes. El ambiente, sin embargo, quedó arruinado por el silencio sepulcral y la atmósfera tensa que provocó Heinrich

Klopp. Me senté en mi lugar habitual, junto a él, en la cabecera de la mesa, y mientras comía clavó una mirada helada en el espacio, sin decir ni una palabra. La única conversación era el murmullo apagado de Temba y Max, que también estaban en su mesa habitual al otro lado de la sala. Mi propio conocimiento de su vida secreta como simpatizante nazi y pervertido sexual aumentaba aún más mi incomodidad, y hacía que la experiencia general de estar cerca de él fuera aún más desagradable. A pesar de todo, seguí actuando con alegre ignorancia, comentando de vez en cuando la comida y dándole las gracias a Betty, que parecía muy nerviosa, mientras la servía.

Fue un gran alivio cuando, al final, el hombretón colocó los cubiertos ordenadamente en el centro del plato, se levantó y empujó la silla hacia atrás, debajo de la mesa.

—Buenas tardes, Sr. Green —dijo secamente—. Tengo trabajo que atender. Si consideras necesario inspeccionar las instalaciones finales de trituración y clasificación, estaré en mi despacho hasta las cinco y media.

—Gracias, Sr. Klopp —dije sin pensar—. Sería muy interesante.

El hombre se estremeció visiblemente ante mi respuesta, pero se recuperó de inmediato e hizo una sacudida antes de marcharse sin dirigir la palabra a nadie más. El mero hecho de que hubiera abandonado la sala pareció un alivio para todos los que quedaban allí. Inmediatamente el ambiente se animó y la conversación de la mesa de Temba se hizo más ruidosa.

Me senté y bebí un trago de agua fría mientras observaba cómo el Mercedes daba marcha atrás y se alejaba colina abajo hacia la puerta. Eran las 13:50 cuando me levanté, le di las gracias a Betty y me dirigí hacia donde estaban sentados Temba y Max.

—Creo que me gustaría ver el proceso final de trituración y clasificación esta tarde, Temba —le dije—. El Sr. Klopp me ha dado el visto bueno.

—Por supuesto, Sr. Green —respondió mientras se levantaba—. Te recogeré a las 14:30, si te parece bien.

—Perfecto —contesté mientras me dirigía hacia la puerta corredera—. Hasta luego.

El camino de vuelta a la cabaña fue sin aire y abrasador bajo el sol ardiente. Todavía agotado por la falta de sueño, luché contra las ganas de tumbarme en la cama y volví al ordenador portátil. La página de Google seguía abierta en los resultados de búsqueda de Logística Cavallera. Bostecé mientras recorría los resultados y cuando estaba a punto de darme por vencido me fijé en un oscuro sitio web que aparecía en la quinta página. Resultó ser el sitio web del Registro Mercantil de Namibia, en la capital, Windhoek. Aunque era primitivo y parecía haber sido actualizado por última vez a mediados de los años 90, mostraba datos sobre mi término de

búsqueda. No fue hasta después de hacer clic y desplazarme durante tres minutos que tuve mi momento eureka. Al parecer, la legislación de Namibia exigía que todas las empresas registradas en el país aparecieran en el sitio web, junto con una lista de los directores y entidades tenedoras de dichas empresas. En el breve párrafo de información figuraban dos nombres que me resultaban familiares. El Sr. Ivan Cavallera figuraba como administrador único de Cavallera Logistics, mientras que la propia empresa era propiedad de otra entidad llamada Coburg Holdings. *Es esto, Green. Pues mira tú que cosas más raras.* Me senté en la silla y me quedé mirando la pantalla mientras lo asimilaba todo. Temba me había dicho que Logística Cavallera era el principal proveedor de bienes y materiales de la mina. Había visto llegar desde Walvis Bay el camión de combustible que llevaba ese mismo nombre. Apex Resources había declarado categóricamente que no tenía tratos con ninguna empresa llamada Coburg Holdings. Una empresa que yo sabía muy bien que era propiedad del Sr. Heinrich Klopp y del misterioso Ivan Cavallera. Así que, en efecto, Klopp estaba ocultando su participación a sus principales empleadores y ordeñando el sistema para obtener enormes beneficios junto con su socio. Esto explicaría los elevados costes de explotación de la operación de Namibia en comparación con las otras minas y también explicaría la fuente de financiación de la enorme cartera de propiedades que habían acumulado. *Muy inteligente, Sr. Klopp. Muy inteligente.* El cansancio había desaparecido, así que abrí una nueva ventana en la pantalla y busqué en Google el nombre «Iván Cavallera». Los resultados no se hicieron esperar y seleccioné uno que parecía prometedor. Se trataba de la página web de un periódico de Brasil llamado «Estado De Sao Paulo». Aunque la página estaba en portugués, había una opción para traducirla cerca de la parte superior. Me costó dos intentos, pero al final apareció en inglés. El artículo se había escrito cuatro años antes y relataba un negocio fraudulento de diamantes en el que estaban implicados un hombre de negocios de los Emiratos Árabes Unidos y el magnate minero local Iván Cavallera. El acuerdo consistía en un envío de diamantes industriales por valor de más de 50 millones de dólares estadounidenses. El trato no se llevó a cabo y se dice que ambos jugadores se vieron perjudicados, y posteriormente se abrió una causa penal en Brasil contra Cavallera. En la parte superior del artículo había una foto granulada de un hombre de pie en una playa, con el pelo negro rizado, barba y gafas de sol oscuras. Parecía la caricatura de un playboy sudamericano. Llevaba la camisa desabrochada para mostrar una gruesa cadena de oro alrededor del cuello. El pie de foto decía: «Ivan Cavallera fotografiado en Río de Janeiro en tiempos más felices». El caso se había desvanecido sin resolución, ya que varios expedientes cruciales habían «desaparecido» de los juzgados y comisarías de policía. En aquel momento se sospechaba que se hubieran

pagado sobornos a los agentes encargados de la investigación, y era bien sabido que los tribunales brasileños eran notoriamente corruptos. Se decía que el propio Cavalera había viajado poco después a Suiza, donde estaba concentrado en la construcción de otra empresa minera. *Pues bien. Parece que lo ha conseguido. Y con mucho éxito, con su socio Heinrich Klopp.* Había otros artículos con la misma imagen del hombre, pero parecía que, tras la debacle con los emiratíes, Cavalera había pasado a la clandestinidad y mantenía un perfil muy bajo. *Hasta ahora.* Me quedé mirando por la ventana el manto de polvo que se cernía sobre las instalaciones de la mina mientras pensaba. *Será muy fácil, Green. Pide las cuentas de la mina de los tres últimos años y hablarán por sí solas. Un auditor puede hacer una simple comparación de precios y un análisis de costes en cuestión de días. Las pruebas serán fáciles de descubrir y estarán ahí en blanco y negro. ¡Lo has descubierto Green! Klopp es un estafador y tienes las pruebas para demostrarlo. El trabajo está hecho.* Una vez decidido, me senté y empecé a escribir un correo electrónico a mi oficina central. Fui breve, pero les informé de que creía haber hecho un gran avance en la investigación y pedí que se organizaran lo antes posible mi traslado y regreso a Londres. Sabía muy bien que mi petición sería atendida de inmediato debido a lo importante que era para ellos la cuenta de Apex. Danny me había dicho que estaba de guardia para asuntos de la mina en cualquier momento y que la oficina central estaría esperando mi informe ansiosamente. Tras enviar el correo, cerré el ordenador portátil y salí a fumar un cigarrillo a la sombra de la cochera que había junto a la casa. Soplabla una brisa constante procedente del este que parecía un gigantesco secador de pelo silencioso. Entonces supe que cualquier otra inspección o visión de la mina o de sus procesos sería simplemente un ejercicio de «seguir la corriente». La idea de pasar más tiempo con el Sr. Heinrich Klopp me repugnaba, pero sabía que tenía que hacerlo. *Tú sigue actuando, Green. Hazte el tonto un día más y luego lárgate de aquí. ¿Quizás pasar un día o dos en un hotel de Windhoek mientras redactas el informe? Podría ser agradable.* El vehículo de Temba atravesó la puerta de seguridad por debajo mientras yo apagaba el cigarrillo y volvía al interior de la cabaña para recuperar mi casco.

8

— • —

Capítulo ocho: Lucy en el cielo

AUNQUE MI MENTE ESTABA preocupada por mi reciente descubrimiento, sabía que era importante para mí participar en el proceso y tenía un interés genuino en ver el resultado final. Sentí como si me hubieran excluido a propósito hasta entonces, pero lo atribuí a que Klopp simplemente demostraba su autoridad y control. El joven me saludó con una sonrisa mientras me entregaba una nueva tarjeta de autorización plastificada.

—A mí también me han dado una —me dijo—. La seguridad en esa sección de la mina es muy estricta.

—Me imagino —respondí mientras me la guardaba en el bolsillo—. ¿Con qué frecuencia entras ahí?

—Quizá una vez al mes, Sr. Green —contestó mientras daba marcha atrás al vehículo—. Paso la mayor parte del tiempo supervisando los trabajos de demolición y excavación de kimberlita.

—Háblame del proceso final mientras conducimos, por favor Temba —dije—. Me gustaría tener una idea básica de lo que estoy viendo antes de que lleguemos.

—¡Por supuesto! —respondió con su entusiasmo habitual.

Mientras bajábamos la colina, Temba me explicó la historia de la extracción de diamantes en Namibia. Me dijo que el procesamiento inicial de la roca kimberlita no había cambiado desde que se descubrieron las piedras preciosas. Las rocas gigantes se volaban, se extraían y se tamizaban, y luego comenzaba el proceso de trituración mediante gigantescas machacadoras y una serie de molinos de bolas.

Se utilizaban balsas de lodo silíceo para hacer flotar cualquier material con una gravedad específica inferior a 2,5 y, una vez más, tras secarse, el material se hacía pasar por otra serie de molinos de bolas.

Los largos cilindros revestidos de acero giraban constantemente y las bolas de acero, del tamaño de un puño, daban vueltas y trituraban hasta convertir en polvo fino cualquier material más blando que 4 en la escala de dureza de Moh.

—¿Y ese proceso es el mismo hoy en día? —pregunté.

—Exactamente igual, Sr. Green —respondió—. Realmente no hay una forma fácil de hacerlo.

—¿Y qué ocurre después? —le pregunté—. ¿Cómo lo hacían los antiguos?

Temba continuó explicando cómo, hace años, se cubrían con grasa espesa una serie de mesas de acero en ángulo y se hacían vibrar mediante motores y ejes con contrapesos desplazados. La grava procesada se mezclaba con agua y se hacía correr por las mesas a un ritmo constante y controlado.

—Grasa —dije—. ¿Por qué grasa?

—Para atrapar los diamantes —respondió—. La grava húmeda fluirá sobre la grasa, pero un diamante nunca puede mojarse. Tampoco la grasa. Así que, en efecto, los diamantes que haya en esa grava se pegarán a la superficie engrasada de las mesas como un chicle a una manta.

—Ya veo —dije mientras girábamos para atravesar el recinto obrero—, ¿y supongo que este viejo método, este proceso de hacer vibrar las mesas engrasadas ya no se utiliza?

—Correcto —respondió con una sonrisa—. No, ahora está todo informatizado. Muy tecnológico. Te guiaré por todo el proceso.

—Lo espero con impaciencia —dije mientras nos acercábamos a la barrera de la planta de trituración inicial.

El primer control de seguridad se hizo en cuestión de minutos y atravesamos el terreno polvoriento con la imponente estructura de la primera planta trituradora a nuestra izquierda. Como de costumbre, los gigantescos camiones volquete transportaban un flujo constante de rocas. Podía sentir el estruendo de la tierra bajo el vehículo mientras nos acercábamos a la entrada fuertemente vigilada de la zona de procesamiento de la segunda fase. Temba y yo tuvimos que presentar nuestras nuevas tarjetas de identidad y, una vez más, se registraron nuestros datos antes de que levantaran la barrera y pudiéramos continuar. Pasamos una alta valla eléctrica más allá de la cual había otra valla de alambre de espino. La mina se había asegurado de que fuera extremadamente difícil entrar por cualquier otro medio que no fuera la entrada oficial. En cada poste de la valla había montada una cámara de circuito cerrado sobre detectores de movimiento claramente marcados. Temba estacionó el vehículo a la sombra de un zarzo y ambos nos bajamos con los cascos puestos. Delante de nosotros había un moderno edificio de una sola planta con fachada de ladrillo y ventanas polarizadas con marcos de aluminio gris. Había

cámaras montadas en cada esquina y otra en la puerta de entrada. Temba y yo nos acercamos a la puerta y él pulsó un botón verde situado sobre una pequeña pantalla en la pared. El zumbido electrónico fue respondido inmediatamente por una voz humana procedente del interior del edificio.

—¿Sí? —dijo la voz.

—Temba Zulu y el Sr. Jason Green —dijo Temba—. Venimos a inspeccionar las instalaciones de trituración y clasificación.

—Por favor, miren a la cámara y levanten sus pases de identidad —dijo la voz.

Así lo hicimos y nos tomaron fotografías antes de que se oyera un fuerte zumbido procedente de la puerta.

—Por favor, ingresen —dijo la voz del altavoz.

Temba empujó la puerta y entramos al edificio.

El interior era luminoso, moderno y estaba impecablemente limpio. Sólo podía suponer que el edificio había sido insonorizado, ya que el único ruido era el susurro del aire acondicionado. Al fondo había una zona de recepción con un amplio mostrador de granito negro y un guardia uniformado sentado detrás de una pantalla de ordenador. Nos saludó formalmente y pidió inspeccionar nuestros pases, cosa que hizo por separado. Una vez satisfecho, señaló a su izquierda una serie de puertas. Encima de cada puerta había dos luces. Una roja y otra verde. Entre ellas había un cartel en letras rojas que decía «Vestuarios».

—Por favor, pasen a los vestuarios, caballeros —dijo.

Temba y yo nos dirigimos hacia las puertas.

—Sr. Green, en la habitación encontrará un par de monos blancos, un casco y unas botas de goma nuevas —dijo Temba mientras nos acercábamos—. También habrá una gran caja de cartón. Por favor, quítate toda la ropa menos la ropa interior y vístete con la ropa que te han proporcionado. Mete la ropa y los zapatos en la caja y llévatelos contigo. Me reuniré con ustedes en la recepción.

—¿Todo quitado menos la ropa interior? —dije.

—Me temo que sí, Sr. Green —respondió—, la mía reglamentaria.

—No hay problema —dije mientras abría la puerta—. Hasta pronto.

La pequeña habitación carecía de ventanas y, como había prometido, sobre un banco de pino, cerca de un espejo de cuerpo entero, había una gran caja de cartón. En el interior de la caja había un casco nuevo, un par de botas de goma y un mono impecablemente limpio. Miré brevemente alrededor de la habitación y vi una cámara discretamente colocada en la esquina más alejada,

cerca del techo. Siguiendo las instrucciones, empecé a quitarme la ropa hasta quedarme en ropa interior. Quienquiera que hubiera elegido las botas y el mono había escogido la talla correcta y, una vez que terminé, me puse delante del espejo y me subí la cremallera. Después de guardar la ropa y el casco original en la caja, salí de la habitación y me dirigí hacia la recepción. Las suelas de las botas nuevas chirriaron en el suelo de baldosas mientras caminaba cargando la caja que le entregué al guardia. Temba me esperaba ya vestido con su mono de trabajo.

—¿Todo listo? —me preguntó mientras le entregaba la caja al guardia.

—Sí —respondí.

El guardia colocó la caja bajo el mostrador, se levantó y habló.

—Sígueme, por favor, caballeros —dijo dirigiéndose a otra puerta a la izquierda de la recepción.

Introdujo un código en un teclado cerca de la puerta y oí el ruido metálico del mecanismo de cierre al abrirse. En el centro de la sala había un escáner de cuerpo entero similar a los que hay en los aeropuertos. El guardia me indicó que me colocara dentro de la unidad mientras él se sentaba ante la pantalla de control. Puse los pies en la superficie de goma del interior de la unidad y levanté las manos como indicaba el diagrama que tenía delante. El escaneo duró menos de diez segundos y, una vez terminado, el guardia me indicó que pasara. Esperé mientras Temba pasaba por el mismo proceso y finalmente se unió a mí en el otro extremo de la sala. El guardia tecleó otro código y oí cómo se abría la cerradura de la puerta cercana.

—Gracias, caballeros —dijo—. Que tengan una tarde agradable.

Temba y yo salimos por la parte trasera del edificio y caminamos bajo el sol abrasador hacia la planta de trituración secundaria que había a unos cien metros.

—Eso sí que es seguridad —dije en voz baja.

—Ah, sí —dijo Temba riendo—. Tiene que ser así, Sr. Green. Cuando salgamos, el guardia examinará incluso las suelas de las botas. Sólo para asegurarse de que no hay piedras encajadas. Antes de que llegara el escáner corporal, comprobaban incluso el interior de la boca de la gente.

—Todo por una buena razón, supongo —dije.

—Sí —respondió—. Muy poca gente llega a ver lo que estamos a punto de ver.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté mientras caminábamos.

—Bueno, en primer lugar, veremos el segundo edificio triturador. Es muy parecido al primero, sólo que más sofisticado y automatizado. Después echaremos un vistazo a las piscinas de silicio y, por último, al edificio de ciclones y rayos X. Después creo que el Sr. Klopp nos enseñará las bóvedas.

—Me parece bien —dije—. Hagámoslo.

Como Temba había descrito, el edificio de la segunda planta trituradora estaba casi desértico, pero había un guardia armado para escoltarnos por las obras. Una serie de cintas transportadoras cerradas con múltiples sensores garantizaban un flujo constante de material hacia los cuatro molinos de bolas, que parecían cohetes de ciencia ficción de los años 50 tumbados sobre sus costados. Los cuatro giraban lenta y continuamente y se alimentaban entre sí a través de una compleja serie de cintas y tolvas. En comparación con la primera planta trituradora, había mucho menos ruido y polvo, y estaba claro que se trataba de un espacio altamente automatizado y controlado, en el que sólo unos pocos ingenieros con trajes de trabajo patrullaban y vigilaban desde las pasarelas elevadas. Dondequiera que Temba y yo camináramos, éramos constantemente escrutados por el guardia y las numerosas cámaras que había por todo el edificio. Fue un alivio quitarnos por fin las orejeras que nos habían dado y salir de nuevo al exterior para permanecer a la sombra del edificio. Nos dirigimos hacia las piscinas de silicona después de recoger agua embotellada en el puesto de guardia cercano. La breve interrupción del ruido le permitió a Temba contarme más cosas sobre la historia de los diamantes de África. Me habló de las piedras raras. Diamantes tan grandes o inusuales que habían alcanzado un estatus legendario y habían recibido sus propios nombres.

Los diamantes Jonker y Jubilee y, por supuesto, los dos más famosos: el diamante Cullinan y la gran Estrella de África, que forman parte de las joyas de la corona de Inglaterra. Aunque el joven hablaba con cierta ingenuidad, no cabía duda de la pasión y los conocimientos que tenía por su trabajo. Sus vívidas descripciones eran tan fascinantes que desviaron mis pensamientos de mis recientes descubrimientos. Si no hubiera sido por el calor casi insoportable, podría haberlo escuchado hablar toda la tarde. Las piscinas de silicio estaban formadas por cuatro estanques poco profundos, cada uno del tamaño de una pista de tenis. Estaban situados en la parte trasera de la segunda planta de trituración y no había podido verlos desde el suelo. Todo el espacio estaba rodeado por un alto muro de hormigón y dos gruesas barreras de alambre de espino con cámaras de seguridad colocadas a intervalos de cada diez metros. Temba y yo subimos seis metros a una de las torres de vigilancia para ver el interior. Unas gigantescas marañas de tuberías emergían del suelo por ambos extremos como espaguetis y se oía en el aire el zumbido sordo y constante de las bombas de agua. Unos agitadores mecanizados avanzaban y retrocedían lentamente a lo largo de cada piscina, dejando tras de sí remolinos burbujeantes.

—Todo lo que tiene una gravedad inferior a 2,5 flota en esta fase —dijo Temba—, de ese modo, cuando el material llega al Ciclón tiene menos trabajo que hacer.

—Ya veo, ¿y qué es exactamente el Ciclón? —pregunté—. ¿Cómo funciona?

—¿Conoces un separador de nata? —respondió.

—Lo conozco —dije mientras miraba el barro arremolinándose debajo.

—Pues el principio es el mismo —respondió—. El material de cierta gravedad se hace girar en un cilindro gigante y lo que queda pasa a la etapa final.

—¿Y qué es la fase final? —dije bebiendo un trago de la botella de agua.

—La etapa final es el proceso de rayos X —respondió—. Lo que sale del Ciclón se seca y se esparce y luego pasa por debajo de una máquina de rayos X. Cada diamante se vuelve fluorescente bajo esa máquina y el ordenador localiza su ubicación. A continuación, el ordenador retira todos y cada uno de los diamantes mediante un complejo sistema de chorros de aire comprimido y tubos de succión. Una vez hecho esto, la sección de material vuelve a pasar por los rayos X para asegurarse de que se hayan extraído todos los diamantes. El sistema es lo suficientemente preciso como para extraer piedras tan diminutas como un grano de azúcar.

—Asombroso —dije sacudiendo la cabeza—. No tenía ni idea de que fuera un proceso tan complicado.

—Lo es —respondió—. De hecho, a partir de aquí hay muy poco contacto humano con el material, por no decir ninguno, hasta que llega a las bóvedas. Todo el proceso está automatizado y es 100% seguro.

—Bueno, creo que deberíamos seguir adelante, Sr. Green —dijo secándose el sudor de la frente—. Estamos a punto de entrar en la zona más segura de toda la mina, aparte de las bóvedas.

—Bien —dije—. Vamos.

El camino hasta la instalación oculta duró diez minutos. Una vez más, era una zona completamente invisible a menos que se viera desde el aire. Protegido por hileras de zarzas y múltiples vallas, el exterior me recordaba a las fotos que había visto de Fort Knox. El edificio de hormigón gris, ancho y bajo estaba rodeado de afilados muros de estacas empalizadas y estaba seguro de que la tierra del interior estaría armada con sensores subterráneos. El proceso de entrada duró otros diez minutos hasta que, por fin, entramos en el fresco y sorprendentemente lúgubre interior de hormigón de la recepción. Nos recibió un guardia armado que nos indicó que tomáramos asiento en un banco de madera situado a la derecha de la sala.

—El Sr. Klopp estará con ustedes en breve —dijo.

En el centro de la sala había un muro bajo de hormigón revestido de acero. Medía un metro y medio de alto y un metro y medio de ancho.

—Ése es el transportador que conduce al Ciclón —dijo Temba en voz baja—. Como puedes ver, en esta fase hay poca o casi ninguna intervención humana.

Asentí con la cabeza mientras la puerta de mi derecha se abría en silencio. Heinrich Klopp salió de su despacho y se dirigió hacia nosotros con el ceño fruncido. Temba y yo nos levantamos para saludarlo. Antes de que pudiéramos decir una palabra, se detuvo en seco y habló.

—Temba, no creo que haya ningún motivo para que nos acompañes al Sr. Green y a mí en lo que será una inspección muy breve de las instalaciones —dijo con auténtica malicia.

—No, señor Klopp —respondió Temba—, puedo esperar aquí.

—Señor Green —dijo Klopp con una dulce sonrisa sarcástica—, si quiere seguirme, por favor.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia una gran puerta corredera de acero situada en el otro extremo de la sala. El hombretón introdujo un código en un teclado y la pesada puerta se abrió con un siseo. La sala que había más allá era cavernosa y estaba brillantemente iluminada, con una enorme estructura cilíndrica blanca en el centro. El transportador revestido de acero que atravesaba la sala de recepción detrás de nosotros terminaba en la base de la estructura y una tubería de 20 cm. se elevaba del hormigón y estaba unida a la base. Numerosas tuberías y conexiones adicionales estaban unidas a la máquina de aspecto extraño a lo largo de toda su longitud. Cerca de la parte superior de su forma cónica había una única tubería de acero. A la derecha de la sala había un centro de control situado tras una pared de cristal insonorizada. Klopp habló por encima del zumbido de la gigantesca máquina.

—Pase por aquí, Sr. Green —dijo.

Dos hombres con bata blanca estaban sentados detrás de una serie de pantallas y controles. Una vez que se cerró la puerta, pude oír mejor lo que Klopp tenía que decir.

—Sr. Green, aunque estoy muy ocupado, me he visto obligado a permitirle ver esta parte de la operación —dijo con evidente desdén—. Le agradecería que lo hiciera lo antes posible.

Era más una afirmación que una pregunta. Decidí seguirle el juego una vez más.

—Por supuesto, Sr. Klopp —dije—. No deseo perturbar su trabajo. Una breve visita será suficiente.

Apretó la mandíbula y continuó.

—Ahora estás viendo los controles para la extracción final del producto de esta mina. Delante de ti está lo que llamamos el Ciclón. Desde aquí, el material que necesitamos se transporta a través de una serie de hornos para su secado y luego pasa a una sala de rayos X. Por supuesto, esa sala está revestida de láminas de plomo para protegerla de la radiación y no podremos entrar, pero puedes ver el proceso en esta pantalla de aquí.

Me incliné hacia delante para ver una vista de la sala de rayos X en la pantalla. Había una gran mesa metálica giratoria con una serie de formas de panal en la superficie. Mientras se movía constantemente, vi soplos rápidos de aire que salían de debajo de ella. Recordé la descripción que Temba había hecho del proceso, pero la sensación de la prisa que tenía Klopp me abrumaba. No vi la necesidad de darle más vueltas.

—¿Dónde está esta sala, Sr. Klopp? —le pregunté.

—Esta sala está después de los hornos de alta temperatura, Sr. Green —respondió impaciente—. Desde allí las piedras se transportan automáticamente a las bóvedas una vez que tienen un peso determinado. No interviene ni una sola mano humana hasta que las piedras llegan a las bóvedas. El sistema registra constantemente todas y cada una de las actividades. El proceso es infalible e incapaz de cometer errores.

Había una clara nota de orgullo en su voz mientras hablaba. Era como si intentara demostrar algo. Una vez más, le seguí la corriente.

—¿Hay alguna posibilidad de ver las bóvedas, Sr. Klopp? —le dije.

El hombre suspiró profundamente.

—Si insiste, señor Green —respondió.

Lo seguí fuera de la sala de control y volví al barullo de la zona del Ciclón. Salimos de la sala por el otro lado y caminamos por un pasillo con puertas de acero a la izquierda. Klopp se detuvo brevemente y abrió una de ellas. Detrás había un pequeño mirador con una gruesa pared de cristal. Los hornos estaban dispuestos en fila y se podía sentir el calor residual del proceso. Klopp cerró la puerta y seguimos caminando por el pasillo, pasando por delante de una alcoba con una gran puerta de plomo, en cuyo interior había varios carteles que decían «Alerta de radiación». No había duda de que se trataba de la sala de rayos X. Llegamos a la entrada de la bóveda. La puerta era similar a las que se ven en bancos e instituciones financieras. Tenía forma circular y una rueda cromada en el centro. Encima había una serie de luces y a la izquierda un teclado y una pantalla empotrados en la pared fuertemente blindada. Heinrich Klopp tecleó despreocupadamente un código y la rueda empezó a girar silenciosamente hacia la izquierda. Heinrich Klopp se balanceó sobre las puntas de los pies y miró el reloj en una teatral muestra de impaciencia. Finalmente, se oyó un fuerte ruido metálico y un silbido de aire comprimido, y Klopp tiró de la gruesa manilla cromada situada a la derecha de la puerta. Por el esfuerzo físico, supuse que sólo la puerta debía de pesar al menos una tonelada.

Al fondo había una sala sorprendentemente pequeña, con el suelo y el techo de mármol pulido. Una sutil iluminación brillaba en los paneles del techo y ambos entramos. El aire era fresco y

limpio, y el espacio estaba en completo silencio. Las paredes de ambos lados estaban formadas por una serie de cajas rectangulares grises con dos sencillos cerrojos en el centro de cada una. El guardia entró detrás de nosotros y tanto Klopp como él procedieron a abrir una de las cajas del lado izquierdo. En cuanto oí el clic de las cerraduras, la caja se deslizó lentamente hacia fuera y se iluminó una luz en el centro de la cámara.

—Éste es nuestro producto, Sr. Green —dijo Klopp con un suspiro—. Seguro que te guste verlo.

Di un paso adelante y miré dentro de la caja. Al principio, la visión era decepcionante y aparentemente insignificante. En la parte posterior de la caja había un pequeño montón de piedras que brillaban apagadamente. En total, había unas doscientas. Sus tamaños oscilaban entre unos 2 milímetros y aproximadamente el tamaño de una arveja pequeña.

Sus formas eran variadas, pero observé muchos octaedros, así como otras piedras amorfas sin formas definidas. Algunas eran de aspecto plateado, mientras que otras parecían opacas y jabonosas, y al principio me chocó que se hicieran esfuerzos tan gigantescos para extraerlas.

—¿Eso es todo? —pregunté, incrédulo.

—No, señor Green —dijo Klopp con impaciencia—. El proceso depositará piedras de distintos tamaños en cajas separadas. He elegido algunas de las más grandes para mostrártelas. Muchas de las piedras son de calidad industrial y no son más grandes que un grano de arena.

Por supuesto, sabía perfectamente que la magnitud de la operación justificaba plenamente el valor final del producto. Que una vez cortadas y pulidas brillarían y centellearían y ganarían un valor centuplicado, pero lo que había visto parecía insignificante. *¡Parece tan pequeño! Minúsculo incluso. ¡Todo ese calor, sangre, sudor y lágrimas para esto! Increíble.* Asentí y me aparté de la caja.

—Gracias, Sr. Klopp —dije—. Ahora dejaré que vuelvas a tu trabajo.

Sin decir una palabra, el hombretón deslizó la caja para cerrarla y él y el guardia volvieron a echar el cerrojo. Salimos de la bóveda y vi cómo Klopp cerraba la pesada puerta redonda y tecleaba un código en el teclado cercano. La rueda brillante de la gran puerta empezó a girar lentamente hasta que escuché el ruido metálico de los pesados cerrojos al golpear la placa de cierre. El guardia nos acompañó a Klopp y a mí en nuestro camino de vuelta a la recepción, donde nos encontramos a Temba esperando, tal como nos había prometido. Se levantó mientras caminábamos.

—Ahora volveré a mi trabajo —dijo Klopp—. Buenas tardes, caballeros.

Veinte minutos después, Temba y yo salimos del edificio de ladrillo a la vista, donde nos habíamos cambiado de ropa. La meticulosa seguridad había terminado con otro escáner corporal completo y el guardia examinó las suelas de nuestras botas usadas una vez.

—Bueno, Temba —dije mientras caminábamos hacia el vehículo estacionado bajo el sol de la tarde—. Ha sido toda una lección.

—Un placer, Sr. Green —respondió—. Creo que ya has visto la mayor parte de la mina.

—Sí —contesté mientras subía y cerraba la puerta—. Creo que sí.

Capítulo nueve: Días extraños

AL VOLVER A LA cabaña, había quedado con Temba después de cenar para tomar otra cerveza en la colina que hay detrás de la mina. Me recogería a las siete y media de la tarde y nos detendríamos, como de costumbre, en la tienda de la mina para comprar unas latas por el camino. La tarde me había abierto los ojos y me di cuenta entonces de que la escala real y el valor de la operación eran asombrosos. La ingeniosa malversación y el aprovechamiento del sistema por parte de Heinrich Klopp habían quedado demostrados sin lugar a duda, así que cuando entré en el dormitorio y abrí el ordenador portátil noté un fuerte respingo. Como esperaba, había un correo electrónico de la oficina central. En pocas palabras, me expresaban su gratitud por haber completado mi investigación y me informaban que al día siguiente por la mañana me trasladarían de la mina a Windhoek y que el avión saldría a las once de la mañana. El correo electrónico continuaba y me preguntaban cuándo podría tener listo un informe para ellos y también cuándo quería que reservaran mi vuelo de regreso a Londres. Sabía perfectamente que la fecha concreta de mi regreso a Londres les importaba relativamente poco; lo que esperaban ansiosamente era mi informe. Escribí una rápida respuesta agradeciéndoles la información e informándoles que elaboraría un informe completo en 48 horas. Me senté brevemente en la silla para pensar cuándo debía volver a Londres. Tras unos segundos de contemplación, me senté hacia delante y añadí que sólo les pediría la reserva de Londres una vez que hubiese enviado el informe. *Buena idea, Green. Londres es miserable en esta época del año. Tómate un descanso. Haz algo de turismo.* Fue al pulsar el botón «Enviar» cuando oí y sentí las explosiones de la detonación en el gran agujero de abajo. Miré el reloj antes de mirar por la ventana. El sol poniente había vuelto a atrapar el polvo de las instalaciones situadas bajo la colina y había convertido el horizonte en un enorme remolino de color púrpura y naranja. *Las seis de la tarde. Justo a tiempo.* Cerré el

portátil y me dirigí al cuarto de baño para darme una ducha antes de cenar. Hubo muy poca conversación durante la excelente comida de *Rinderroulade* y *Kartoffelkloesse*, pero me consoló saber que sería una de las últimas veces que tendría que sentarme con el Sr. Heinrich Klopp. Para entonces, él ya sabía que me iban a trasladar de la mina al día siguiente y me pregunté si había percibido cierta sensación de alivio en sus modales. Puede que se tratara simplemente de su habitual actitud brusca y hosca.

Klopp se marchó pronto del comedor y yo me quedé veinte minutos charlando con Betty después de terminar mi postre. Temba llegó unos minutos después de que yo regresara a la cabaña y dimos un lento paseo en coche por los terrenos de la mina hasta la tienda situada al otro lado de la puerta principal. Las cervezas estaban heladas y corría una brisa fuerte y constante procedente del este que hacía aún más agradable la cálida velada mientras nos sentábamos bajo la hilera de estrellas en la roca del mirador.

—Mañana me iré de la mina, Temba —dije entre sorbo y sorbo de mi cerveza—. Quería darte las gracias por tu hospitalidad. Te lo agradezco.

—Un placer, Sr. Green —respondió—. Eso me recuerda que tengo algo para ti en el vehículo. Dejó la cerveza sobre el cemento, se dirigió al vehículo y volvió con otro paquete de biltong.—Ahh, fantástico —dije mientras me lo entregaba—. Muchas gracias, Temba.

—Este fin de semana iré a cazar a mi lugar secreto —dijo mientras tomaba asiento—. Es una pena que te vayas, podrías haber venido conmigo.

—Hmm —dije pensando en el miserable tiempo de Londres—. Lamentablemente, tengo que volver al trabajo. Las horas siguientes transcurrieron con conversaciones ligeras intercaladas con largos ratos de cómodo silencio. Tenía un persistente sentimiento de inquietud por el hecho de que iba a dejar tanto el dispositivo de seguimiento en el vehículo de Klopp como las cámaras estenopeicas en su casa. No habría oportunidad de recuperarlas, pero me consolé con el hecho de que Heinrich Klopp sería despedido muy pronto de su puesto de director de la mina y yo me encargaría de informarle a la central para que, mediante Apex, recupere los dispositivos. Que lo hicieran o no era irrelevante, ya que de lo contrario se imputarían a gastos. Eran las 21:45 cuando Temba y yo emprendimos el lento camino de vuelta al recinto de los gerentes y él detuvo el vehículo en la cabaña.—Gracias, Temba —le dije—. Te veré por la mañana. Creo que el Sr. Meyer volará alrededor de las 11:00 para recogerme.—Buenas noches, Sr. Green —dijo mientras ponía la marcha atrás.

Me quedé fuera cinco minutos después de que se marchara y me fumé un último cigarrillo antes de entrar. Todo a mi alrededor estaba en silencio y me sentía agradablemente lleno y

cansado. *Trabajo hecho Green. Hora de ponerse en marcha.* Miré colina arriba hacia la casa del Sr. Heinrich Klopp mientras apagaba el cigarrillo. *Muy inteligente, Sr. Klopp. Pero no lo bastante.* Abrí el portátil y lo dejé iniciándose mientras me daba una ducha rápida. Fue después, cuando volví y me senté a revisar mis correos electrónicos, cuando vi el diminuto icono de la cámara parpadeando en la parte inferior derecha de la pantalla. Después de la agradable tarde que había pasado en la colina, era lo último que esperaba o que quería ver. Me debatí entre hacer clic o no en el icono durante unos diez segundos, hasta que la curiosidad me venció y sucumbí. Aparecieron tres pequeñas pantallas, pero sólo una mostraba movimiento en ese momento. Me incliné hacia delante para mirar, pero era demasiado pequeña, así que hice clic en ella para ponerla a pantalla completa. De repente, sonó un pitido y la pantalla se amplió a tamaño completo para mostrar una asombrosa retransmisión en directo. Heinrich Klopp estaba de pie, rígido, en el centro de su habitación «mazmorra», vestido únicamente con un tanga de cuero negro con tachuelas, abierta por delante.

Su pene semierecto sobresalía por el agujero de la parte delantera de la tanga y estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero. En la mano derecha sujetaba un látigo de bondage «gato de nueve colas», que agitaba alternativamente sobre los hombros cada cuatro segundos. Lo hacía con una fuerza considerable y era evidente que se estaba infligiendo un dolor considerable. Su pálida piel parecía brillar en la sombría luz de la habitación y sólo al examinarla más de cerca me di cuenta de que se había untado todo el cuerpo con algún tipo de lubricante. El shock inicial de presenciar esta extraordinaria actuación se amplificó cuando me di cuenta de que movía los labios mientras se azotaba. Hipnotizado, moví el dedo por el panel táctil del portátil hasta encontrar el control deslizante del volumen. Aunque era ligeramente metálico, el sonido aumentó de volumen e inmediatamente fui testigo de un espectáculo más extraño que cualquier otra cosa que hubiera podido imaginar. Heinrich Klopp estaba contando del uno al cuatro en alemán repetidamente. Su voz era alta, tensa y aguda debido al dolor y a su evidente excitación. Al llegar al número cuatro, sustituyó la palabra alemana «vier» por la palabra «Klopp». Mientras lo hacía, descargó el reluciente látigo con gran fuerza sobre uno de sus hombros y pude oír claramente el escozor y el crujido cuando las finas tiras de cuero entraron en contacto con la piel desnuda.

—¡Eins, Zwei, Drei, Klopp! —gritó al pasar el látigo por encima del hombro.

—¡Eins, Zwei, Drei, Klopp! —volvió a azotarse, pero ahora por encima del otro hombro.

Tenía una mirada maníaca y el ceño fruncido por la ávida concentración. Con cada golpe repetido su cuerpo se estremecía y su pene semierecto se bamboleaba y se balanceaba.

—¡Eins, Zwei, Drei, Klopp! —repetía—. Eins, Zwei, Drei, Klopp.

Volví a sentarme en la silla e intenté apartar la mirada de aquella grotesca exhibición de autoflagelación, pero resultaba demasiado extraña y, dadas las circunstancias, algo convincente. *¿Pero qué carajo? Qué diablos.*

Pasó un minuto entero hasta que no pude controlarme más. La risa empezó como una carcajada silenciosa que me sacudía el cuerpo y fue creciendo hasta convertirse en grandes jadeos de alegría. En un momento dado, conté en voz alta y me di una palmada en la rodilla al ritmo del grito de «¡Klopp!» y casi me caigo del asiento mientras las lágrimas rodaban literalmente por mis mejillas. Finalmente, me volví a sentar en la silla y me quedé mirando al techo mientras luchaba por controlar las sacudidas de la risa. Me obligué a apartar la vista de la pantalla y me limpié los ojos una vez más mientras decidía salir a fumar un cigarrillo. *Gracias a Dios que sales de aquí, Green. Por Dios.* Fue entonces cuando los repetidos cánticos de Heinrich Klopp cesaron de repente y me volví de nuevo para mirar la pantalla. La escena de la sala de las «mazmorras» que se retransmitía en mi ordenador había dado de repente un giro escalofriante y siniestro. El hombre parecía estar hablando con alguien fuera del campo de visión de la cámara oculta. Me senté hacia delante yladeé la cabeza para oír con quién hablaba. La voz femenina era débil pero familiar, y mis peores temores se confirmaron cuando vi la figura de Betty entrar en la habitación. Heinrich Klopp colocó el látigo sobre el mueble cercano y señaló hacia el antiguo proyectil de artillería que había en un rincón.

—Toma el aguijón, Betty —dijo con voz tensa.

Observé cómo ella se acercaba en silencio al alto proyectil de latón y sacaba un largo bastón cónico y delgado. Mientras lo hacía, Heinrich Klopp se tumbó en la cama de bondage de cuero negro que le llegaba hasta la cintura y se puso cómodo. Parecía que lo que estaba presenciando era algo bien practicado y casi rutinario para Klopp, aunque no podía decir lo mismo de Betty. Aún vestida con el uniforme del comedor, parecía temerosa y reacia a participar en aquello. *¿Qué carajo?*

Con la cabeza apoyada en la protuberante joroba de cuero de la parte superior de la cama de bondage, Heinrich Klopp empezó a masturbarse lentamente con la mano derecha.

—Ya puedes empezar, Betty —dijo.

Observé horrorizado cómo Betty se colocaba a los pies de la cama y empezaba a contar con el bastón levantado en la mano derecha.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! —dijo en voz baja.

A la cuenta de «cuatro», acercó la vara rápidamente y la punta chocó con las plantas de los pies descalzos de Heinrich Klopp con un agudo chasquido. El cuerpo de Klopp se estremeció de dolor

y empezó a masturbarse más deprisa.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! —contó Betty con otro golpe de la vara.

—¡Más fuerte! —gritó Klopp mientras su cuerpo se estremecía y temblaba.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! —dijo Betty mientras descargaba otro golpe seco.

Para entonces todos los recuerdos de mi risa se habían desvanecido y sentí que las náuseas me subían por la garganta. Sentí un impulso irrefrenable de cerrar el portátil y bloquear la visión de mi mente, pero era tan completamente escandalosa y chocante que me encontré pegada a ella.—
¡Ja! —gritó en alemán Klopp—. Otra vez... ¡Más fuerte!

—¡Uno, dos, tres, cuatro! —dijo Betty mientras la vara encontraba su blanco, pero esta vez con un fuerte chasquido. El cuerpo de Heinrich Klopp se estremeció y su mano derecha se convirtió en un borrón de movimiento mientras alcanzaba el clímax.

—*¡Jaaaaa!* —gritó en alemán con fuerza—. *¡Jaaaaa!*

Al darse cuenta de que había terminado, Betty regresó en silencio hasta el proyectil de artillería y volvió a colocar el bastón antes de abandonar inmediatamente la habitación. Heinrich Klopp yacía convulsionándose y retorciéndose sobre la superficie ahora grasienta de la cama de bondage. Sintiéndome completamente estupefacto y asqueado, minimicé la pantalla y pulsé la ventana que mostraba la vista del salón. Vi cómo Betty se dirigía a la cocina y era evidente que sollozaba en voz baja. Se acercó al lavamanos y empezó a frotarse las manos enérgicamente bajo el grifo. Era como si intentara borrar el recuerdo de lo que acababa de ocurrir. Cuando terminó, se secó las manos y se quedó en silencio, mirando al vacío en la cocina. Dos minutos más tarde, Heinrich Klopp salió del pasillo y entró en el salón con una bata de seda y zapatillas. Se dirigió directamente a la cocina y se acercó a Betty, que permanecía inmóvil con la cabeza inclinada.—
Gracias, Betty —dijo mientras sacaba un sobre blanco del bolsillo—. Como siempre, aquí tienes tu propina. Betty aceptó el sobre con una breve reverencia. Sabía que ésta era una tradición común entre las mujeres de ciertas tribus del sur de África y que solía ser un gesto de agradecimiento. En aquel momento, sin embargo, me revolvió el estómago.

—Espero que mantengamos nuestro pequeño secreto —dijo Klopp en voz baja.

Con la mirada baja, Betty asintió y salió rápidamente de la casa por la puerta trasera. Me levanté inmediatamente y me dirigí a la habitación delantera, donde separé ligeramente las cortinas y esperé. Observé cómo bajaba rápidamente la colina hacia mi derecha, a la luz de la carretera. Mientras caminaba, su cuerpo temblaba ligeramente y se secaba la cara periódicamente con un pañuelo. Betty Zulu sollozaba. Profundamente conmovido, esperé a que se perdiera de vista y me llevé los cigarrillos de la habitación. Me quedé de pie, aún envuelto sólo en una toalla,

en la cálida brisa del exterior y fumé. *Este hombre es un monstruo, Green. No sólo es un ladrón, sino también un monstruo masoquista profundamente perturbado.* Giré a mi derecha y miré colina arriba, hacia la casa de la cima. *Pero no estás aquí para juzgar su vida privada, Green. Concéntrate. ¡Concéntrate, hombre! Has venido a hacer un trabajo y ese trabajo ya está hecho. No es asunto tuyo. En cualquier caso, pronto se habrá ido.* Suspiré profundamente y pensé en Temba. *¡Es su mujer! ¿Lo sabe él? Probablemente no. El intercambio de dinero lo indicaría. Eso y las lágrimas. Jesús. ¡Qué cosas hay que presenciar! Qué vergüenza.* Aquella noche permanecí mucho tiempo despierto e intenté apartar de mi mente las imágenes que había visto. Al final, sólo el hecho de saber que me iría al día siguiente me permitió dormir. Me desperté a las seis y media de la mañana y me duché antes de abrir el ordenador portátil para consultar mis correos electrónicos. El pequeño icono parpadeante de las cámaras me distrajo y hasta que no me serví una taza de café no hice clic en él. Por suerte, Heinrich Klopp estaba realizando rutinas matutinas similares a las habituales y minimicé rápidamente la pantalla, pues no veía ninguna utilidad en seguir observándole. Sabía que habría una última reunión antes de que Danny llegara para llevarme en avión y, por lo que había visto, la estaba temiendo. Vi algunas noticias en la televisión hasta que llegó la hora de bajar a desayunar. Mientras caminaba pensé en la pobre Betty y en la espantosa escena de la noche anterior. *Cara de póker, Green. Nunca ocurrió. Comportate con normalidad.* Fue cuando estaba en el camino de entrada, cerca del comedor, cuando el Mercedes negro se detuvo a toda velocidad y estacionó cerca de mí. Heinrich Klopp salió del vehículo con una expresión de satisfacción y arrogancia en el rostro. Llevaba una camisa a cuadros de algodón claro de manga entera y pasó junto a mí en dirección a la puerta corredera. No tengo ni idea de lo que me pasó, pero su sola visión activó un interruptor en mi cerebro. Fue algo totalmente espontáneo e imprevisto, pero cuando pasó junto a mí le di una palmada amistosa pero firme en la espalda, que sabía que le dolería por la noche anterior.

—¡Buenos días, Klopp! —dije sonriendo alegremente mientras caminaba—. Bonito día, ¿verdad? De repente, el hombretón se paró en seco y giró la cabeza para mirarme. Su rostro se puso morado de rabia y su ojo izquierdo se agitó de forma incontrolable.

—No me toques nunca —siseó apretando los dientes.

—¿Qué pasa, Klopp? —dije en voz alta—. Hoy pareces un poco inestable. ¿Estás bien?

El hombretón se inclinó hacia delante y acercó su cara a la mía. Vi cómo se le hinchaban las venas del cuello y la sien mientras luchaba por controlar su furia.

—Señor Green —gruñó—, sea lo que sea lo que has venido a ver aquí, espero sinceramente que ésta sea la última vez que nos veamos. Fuera de mi mina.

—Comparto su opinión, Sr. Klopp, y vi muchas cosas —dije en voz baja manteniéndome firme y aguantándole la mirada—. Vi mucho más de lo que crees.

Los ojos del hombre se entrecerraron ligeramente cuando pronuncié las palabras. Sus fríos ojos azules buscaron los míos. Fue como si, por un breve instante, hubiera tenido una ligera sospecha o se hubiera dado cuenta de que tal vez había algo de verdad en lo que acababa de decir. Que tal vez, sólo tal vez, no era simplemente el empleado alegre y desenvuelto de la compañía de seguros que había dado a entender que era. En una fracción de segundo, desapareció la duda de su rostro y, con una mueca de desprecio, giró sobre sí mismo y se dirigió hacia la puerta. Aquella mañana desayuné solo. Aunque Betty estaba preocupada por este hecho, fui educado y agradecido como de costumbre y, al marcharme, le di las gracias por todo lo que había hecho durante mi estancia en la mina y le deseé lo mejor para el futuro. Pasé el resto de la mañana empacando y preparándome para el vuelo a Windhoek a las 11:00. Recibí un correo electrónico de la compañía de seguros preguntando cuándo debían reservar mi vuelo de regreso a Londres. Les envié una respuesta informándoles de que deseaba pasar unos días en Namibia al regresar a Windhoek, pero también les dije que, como les había prometido, les enviaría un informe en 48 horas. *Así estarán contentos*. Fue a las 10:40, mientras paseaba impaciente por la habitación delantera, cuando vi que el vehículo de Temba subía por la colina para recogerme. Salí por la puerta principal con mis equipajes antes de que apagara el motor.

—¿Listo para irnos, Sr. Green? —dijo alegremente.

—Sí —respondí mientras me subía al fresco del taxi—. Vámonos.

Tardamos diez minutos en llegar a la pista de aterrizaje. Temba aparcó a la sombra del hangar y dejó el motor en marcha mientras esperábamos solos la primera visión del avión. Fue entonces cuando me fijé por primera vez en la borrosa banda blanca del horizonte hacia el este. Continuaba hasta donde alcanzaba la vista y parecía bloquear el punto en que la tierra se unía con el cielo. Me quité las gafas de sol de la cara y entorné los ojos para ver mejor.—¿Qué es eso Temba? —pregunté—. En el horizonte.

El joven abrió la puerta, salió del vehículo y se llevó la mano a los ojos para protegérselos del sol.—Parece una tormenta de polvo —dijo—, he visto unas cuantas, pero no tan grandes. Pero el señor Meyer debe estar en camino porque si no ya me lo hubiesen comunicado.

— Mmm —dije algo preocupado.

Pasó un minuto cuando señaló a su izquierda y habló.

—¡Ahí está, Sr. Green! —dijo—. Viene del noreste.

Torcí el cuello y vi el pequeño destello en el cielo a mi izquierda. Me sentí algo aliviado, así que coloqué el casco en el asiento trasero y salí del vehículo para fumar un último cigarrillo antes de que Danny aterrizara. El calor abrasador del día se veía agravado por un viento constante que soplaba desde el este y, mientras fumaba, podía ver que la banda blanca del horizonte se hacía cada vez más grande. Apagué el cigarrillo mientras observaba cómo el nuevo y reluciente avión se disponía a aterrizar. Como el viento ya era más fuerte, vi cómo se balanceaban las alas mientras Danny se esforzaba por nivelar el avión para el aterrizaje. Temba y yo sacamos el equipaje del asiento trasero del vehículo y ambos entramos en la plataforma de hormigón mientras el avión se acercaba y se detenía delante del hangar. Desde donde yo estaba, pude ver claramente que Danny tenía la frente arrugada por la preocupación mientras apagaba el motor y completaba las comprobaciones posteriores al vuelo. Abrió la puerta y se quitó los auriculares mientras yo me acercaba al avión.

—Buenos días, Jason —dijo—. Parece que tenemos un frente de ráfagas ahí detrás. Está levantando una nube enorme.

—Llevo un rato observándola —dije—. ¿Es un problema? ¿Podemos salir?

—No estoy seguro —respondió—. Tengo que ponerme en contacto con la torre de Windhoek.

—Tenemos Wi-Fi aquí en el hangar, Sr. Meyer —dijo Temba.

—Ah, genial, gracias Temba —dijo Danny mientras salía del avión y cerraba la puerta—. Entremos rápido y los llamaré.

Seguimos a Danny mientras caminaba rápidamente hacia la sombra del hangar. Se paseó impaciente por delante mientras hacía la llamada sin dejar de mirar su reloj y la creciente tormenta de arena en el horizonte. Finalmente, colgó y se volvió hacia nosotros para hablar.

—Jason, me temo que tendremos que esperar a que pase este frente meteorológico —dijo resignado—. La buena noticia es que avanza deprisa y, con un poco de suerte, deberíamos poder salir a última hora de la tarde.

—Está bien, Danny —respondí—. ¿Podemos hacer algo?

—Me gustaría llevar el avión al hangar antes de que llegue el polvo —respondió—. Los tres deberíamos poder hacerlo.

Para cuando habíamos metido el avión en el hangar y sellado la puerta corredera, todos estábamos chorreando sudor. En ese momento, la franja de polvo al este se había convertido en lo que parecía un gigantesco tsunami amarillo y blanco que amenazaba con tragarse todo a su paso.

—Creo que deberíamos ir a la cabaña y esperar a que pase —dijo Danny—. Puedo seguir el frente meteorológico en mi portátil y mantenerme en contacto con la torre de Windhoek desde allí. Además, estaremos más frescos.

—Desde luego, señor Meyer —dijo Temba—. ¿Nos vamos?

Danny y yo pasamos las cuatro horas siguientes en la cabaña del complejo de la gerencia. Temba había pedido que nos subieran un plato de bocadillos del comedor y nos había dicho que nos pusiéramos en contacto con él en cuanto Windhoek nos diera el visto bueno para partir. Al otro lado de las ventanas delanteras, las zarzas se sacudían con el viento aullante, y hasta las verdes briznas de hierba estaban cubiertas de una fina capa de polvo gris. Eran las tres y media de la tarde cuando Danny colgó el teléfono y me dio la noticia que tanto temía.

—Bueno, Jason —dijo—, parece que será demasiado tarde para cuando pase este polvorón. La torre acaba de decirme que esperemos a la mañana antes de partir. Ha sido inesperado y te pido disculpas. Les he informado de que tenemos intención de partir a las seis de la mañana de mañana. Para entonces esta tormenta se habrá adentrado en el mar.

—Oye, no es culpa tuya, colega —le dije—. No te lo he dicho, pero esta mañana he tenido un encontronazo con Klopp.

—Ah, ¿sí? —respondió con una media sonrisa.

No tenía intención de contarle al joven el motivo. Mis asuntos con la mina eran estrictamente confidenciales y habría sido poco profesional y más que impropio contarle cualquiera de mis averiguaciones.

—Sí —le dije—. No ha sido nada grave, pero esperaba no verlo más.

—Eso no es problema —dijo con una sonrisa cómplice—. Podemos organizar un *braai* aquí en la cabaña para cenar esta noche. Seguro que Betty nos preparará un festín.

—Bien —dije—. Bueno, está decidido. Lo haremos.

Danny levantó inmediatamente el teléfono y cumplió su promesa. Al cabo de una hora llegó una camioneta con una parrilla y una pequeña carga de carbón. Los hombres que la entregaron la instalaron en una zona enladrillada a la derecha de la cabaña y poco después vino desde la cocina una nevera con filetes, *boerewors* y diversos embutidos y ensaladas. A las cinco de la tarde, la tormenta de polvo ya había pasado, y todo a su paso había quedado cubierto por una fina película de polvo gris. El inusual fenómeno meteorológico había dado lugar a lo que se había convertido en una espectacular puesta de sol que parecía una pintura artística de manchas púrpuras, rojas y naranjas en el horizonte sobre las instalaciones de la mina. Danny y yo encendimos el fuego a las seis de la tarde, cuando ya había refrescado, y nos sentamos cerca, en sillas plegables, mientras

esperábamos a Temba, que se reuniría con nosotros para cenar. Me había dado cuenta durante el día de que parecía estar especialmente animado y alegre, y decidí preguntarle el motivo mientras esperábamos.

—Hoy pareces muy animado, Danny —le dije—. ¿Qué pasa?

Me miró y vi el brillo en sus ojos mientras sacaba un sobre del bolsillo y me lo entregaba.

—¿Qué es esto? —pregunté mientras abría el sobre.

—Las escrituras de mi casa de Stellenbosch —dijo—. Por fin han llegado.

—¡Qué bien! —dije mientras echaba un vistazo al documento.

—Pero hay más... —dijo mientras sacaba una cajita negra de otro bolsillo.

Danny abrió la caja y sacó a la luz un anillo de compromiso de diamantes, pequeño, pero perfectamente formado.

—Voy a pedirle a Charmaine que se case conmigo.

—¿De verdad? —dije con una sonrisa—. Felicidades, amigo.

—Mmm —contestó—. Espero que diga que sí.

—Bueno —dije yo—, por la forma en que ustedes dos se llaman y se envían mensajes constantemente, ¡estoy seguro de que lo hará!

Temba llegó a las 6:30 con un pack de seis cervezas frías y los tres pasamos las próximas dos horas asando la carne y hablando tranquilamente en el relativo frescor de la noche. Cuando Temba se marchó, Danny se instaló en el sofá frente al televisor mientras yo empezaba a recopilar y mecanografiar mi informe para la compañía de seguros. Habíamos pasado toda la noche sin mencionar ni una sola vez al Sr. Heinrich Klopp y yo me sentía agradablemente lleno y contento cuando Danny se levantó, se estiró y anunció que se retiraba a la cama.

—Buenas noches, Jason —me dijo—. Gracias por una velada tan agradable. Te veré mañana a las 5 de la mañana en punto.

—Hasta entonces, Danny —dije mientras cerraba el portátil—. Yo también me ducharé y me iré a la cama.

Aquella noche no tenía absolutamente ningún motivo ni deseo de ver lo que pasaba en la casa de Klopp. Hasta donde yo sabía, mi trabajo en la mina había terminado y, de no haber sido por la extraña tormenta de polvo, habría estado a cientos de kilómetros de aquí, felizmente instalado en uno de los mejores hoteles de Windhoek. Por ese motivo había evitado a propósito hacer clic en el diminuto icono parpadeante de la cámara que aparecía en la pantalla de mi teléfono y de mi portátil. La noche había sido agradable y tenía sueño cuando me metí en la ducha. Mientras me secaba en el dormitorio, vi a través de las cortinas las luces de un vehículo que subía por la

colina. La noche estaba en completo silencio, salvo por el susurro del aire acondicionado, pero justo ahí escuché el crujido de los neumáticos sobre el asfalto. Unos segundos después, llamaron con fuerza a la puerta principal. Miré el reloj. *Las 23:30, ¿y ahora qué?* Atravesé el salón con la toalla enrollada en la cintura y abrí la puerta para encontrarme a Temba de pie. Tenía la cara brillante por el sudor y los ojos muy abiertos por la alarma.

—Temba —le dije—. ¿Qué ocurre?

—Lo siento, Sr. Green —dijo—. No quería molestarte.

En ese momento salió Danny con nada más que calzoncillos.

—¿Qué pasa? —dijo frotándose el sueño de los ojos.

—Oh, eres tú Temba. ¿Qué pasa?

—Siento mucho molestarte —dijo—, pero acabo de llegar de la clínica.

—Sí —dijo Danny—, ¿y...?

—Es uno de mis jefes de turno —contestó—. Volvió de baja hace sólo diez días. La enfermera dice que tiene malaria cerebral. Está en coma. La enfermera ha dicho que, a menos que llegue a un hospital en las próximas 24 horas, morirá. Sólo tiene 21 años. Sé que no debería haber venido a preguntar, pero tenía que intentarlo.

—¿Me estás preguntando si podemos llevárnoslo con nosotros a Windhoek? —le dije mirando a Danny.

—Bueno —respondió—, sé que va estrictamente en contra de las normas, pero tenía que intentarlo.

Danny se puso las manos en las caderas y suspiró profundamente.

—Mira, Jason —dijo—, no me importa. Se trata de una chárter de Apex, pero es específicamente para ti. Hay sitio de sobra en el avión. Pueden ponerlo en el asiento trasero y puedo hacer que una ambulancia lo espere en el aeropuerto. Sin embargo, Temba tiene razón. Si Klopp se enterara...

—¡A la mierda Klopp! —dije—. No me importa. No me importa en absoluto. Si puede salvarle la vida, ¿por qué no? Me parece bien, Danny.

Temba suspiró y bajó la cabeza aliviado.

—¿Y el guardia de la pista de aterrizaje? —dijo en voz baja.

—El avión está en el hangar —dijo Danny—. El guardia permanecerá en su puesto en la puerta. Podemos pasar por delante, meterlo en el avión y marcharnos sin que nadie se entere.

—Sí —dijo Temba mientras sus ojos se iluminaban de esperanza—. Sí, eso funcionará.

—Estate aquí como acordamos a las cinco de la mañana —dijo Danny—. Tú y la enfermera pongan al paciente en la parte trasera de su vehículo. Ni una palabra a nadie. Los cristales son polarizados y el guardia nos estará esperando. No verá nada. Pasaremos fácilmente y yo lo llevaré en avión a Windhoek, sin problemas.

Temba bajó la cabeza en señal de gratitud y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Gracias —dijo en voz baja—, estaré aquí a las 5:00 en punto.

Capítulo diez: Movimientos nocturnos

HEINRICH KLOPP ESTABA TUMBADO en la cama, mirando el techo y de vez en cuando su reloj. El enfrentamiento con Green por la mañana en el comedor lo había enfurecido al principio, pero poco después los sentimientos de preocupación y miedo habían empezado a invadir su conciencia. Durante toda la mañana había sido incapaz de concentrarse en su trabajo y había pasado el tiempo paseándose por su despacho y luchando contra esos sentimientos. *¿Qué había querido decir? Dijo que había visto mucho más de lo que creía. Había una mirada en sus ojos que indicaba que había un poco de verdad en aquella afirmación.* Hasta ese momento de la mañana, Heinrich Klopp había descartado al molesto hombre de Londres y se había limitado a tolerar sus estúpidas preguntas y su entusiasmo con ojos muy abiertos. Sin embargo, la paranoia y la preocupación se habían apoderado de él y a las nueve de la mañana ya estaba distraído hasta el punto de la desesperación. Una y otra vez se había dicho a sí mismo que debía concentrarse y centrarse en el trabajo que tenía entre manos. *Es imposible que sepa algo. El sistema es a prueba de balas. Todo seguirá con normalidad.* Recién a las doce y cuarto del mediodía se enteró de la tormenta de polvo y del retraso de su vuelo de regreso a causa de ella. Este giro del destino había despertado una idea en la mente de Heinrich Klopp, que se había pasado la tarde pegado al ordenador estudiando los patrones meteorológicos de la zona y deseando que la tormenta se intensificara. Finalmente, a las cinco de la tarde llegó el mensaje que esperaba. La torre de Windhoek había cancelado el vuelo y no despegaría hasta la mañana siguiente. *Ya. Pensó. Ahora me ocuparé de él como se debe.* Era la 1 de la madrugada cuando finalmente se levantó y se dirigió a la sala de estar, donde recogió su caja de herramientas. Con un traje de chándal oscuro, se escabulló por la puerta principal y se detuvo para comprobar si las luces de la casa de invitados cercana estaban apagadas. Lo estaban. *Que duerman bien, amigos míos.* Pensó

mientras abría silenciosamente la puerta del Mercedes. Heinrich Klopp dio marcha atrás silenciosamente y se deslizó por la pendiente hacia la verja con las luces apagadas. Al pasar junto a la casa de invitados, echó un vistazo a la fachada del edificio para comprobar que las luces estuviesen apagadas. Al comprobar que Green y el piloto dormían, encendió los faros y, tras atravesar la puerta de seguridad, giró a la izquierda y rodeó la base de la colina en dirección a la entrada principal de la mina.

El guardia de la puerta principal se levantó somnoliento al ver las luces del vehículo que se acercaba y, al reconocer el Mercedes, saludó con rigidez y rápidamente levantó la barrera sin decir palabra. Sólo tardó unos minutos en llegar a la puerta de la pista de aterrizaje y, una vez más, el guardia la abrió sin hacer preguntas. Heinrich Klopp estacionó el Mercedes en la plataforma de hormigón situada delante del hangar y entró en él por la puerta lateral. El interior estaba iluminado por hileras de luces de neón lo suficientemente brillantes como para parecerse a la luz del día. La repentina luminosidad hizo que le dolieran los ojos durante unos segundos, pero pronto se adaptaron y se centró en el reluciente avión nuevo que había en el centro del hangar. Klopp se acercó al lado derecho de la aeronave, dejó la caja de herramientas en el suelo y abrió el capó del compartimento del motor. El espacio estaba inmaculadamente limpio y era evidente que tanto el piloto como los mecánicos se habían esmerado en la revisión y el mantenimiento de la aeronave. Torció el cuello mientras seguía el tubo de cobre del combustible que bajaba por encima del cortafuegos y entraba en el compartimento del motor. Agarró el fino tubo de cobre con la mano derecha y lo bajó por debajo del motor hasta sentir el escudo térmico cerca del colector de escape. Hacía muchos años que Heinrich Klopp no trabajaba en un avión, pero encontró la pequeña placa metálica exactamente donde esperaba encontrarla. *Bien*, pensó. Agachado, buscó el mini trinquete en la caja de herramientas y le colocó la llave del tamaño adecuado. Con los dos brazos en el compartimento del motor, Heinrich Klopp palpó el tornillo situado en el lado derecho del escudo térmico. Lo encontró con el dedo índice de la mano izquierda y lo rodeó rápidamente con esa llave. Encajaba perfectamente. Con un esfuerzo considerable, el tornillo se aflojó con un chasquido metálico y Klopp aflojó las tuercas con un movimiento de vaivén del trinquete de la mano derecha. Después de un tiempo que pareció eterno, el tornillo se soltó y Klopp sacó con cuidado tanto el trinquete como el tornillo por el lateral del capó del motor. El segundo tornillo resultó más difícil de aflojar, por el ángulo incómodo, así que, cuando lo liberó, estaba sudando a mares y maldiciendo en alemán. Tanto el escudo térmico como el perno cayeron y repiquetearon ruidosamente sobre la chapa inferior del motor así que tuvo que sentarse debajo con el brazo levantado bajo el cono para recuperarlos.

Mientras estaba en esa posición, sacó el martillo de la caja de herramientas y, con la base del mango de goma, golpeó repetidamente el tubo de cobre del conducto de combustible hasta desplazarlo permanentemente a una nueva posición, más cerca del colector de escape.

Heinrich Klopp sabía perfectamente que sin el escudo térmico que lo protegía, el tubo de cobre del combustible se iba a calentar cada vez más hasta que el preciado líquido que transporta al carburador empiece a evaporarse y sabía que esto provocaría lo que comúnmente se conoce como bloqueo por vapor. El mero hecho de que el avión volara en un entorno naturalmente caliente, más el efecto obvio de la falta del escudo térmico y la posición desplazada del tubo de combustible, sería suficiente. Pero Heinrich Klopp sabía que había más trabajo por hacer. Cuando se produjera el fallo del motor, como él sabía que ocurriría, el piloto encendería casi con toda seguridad la bomba de combustible de emergencia. Esto forzaría físicamente al combustible a llegar a su destino, a pesar del bloqueo de vapor. Sólo había una forma de evitar que esto ocurriera y era instalar un fusible oculto en el sistema eléctrico de 28 voltios. El fusible de 25 voltios garantizaría que, durante las comprobaciones previas al vuelo, todos los sistemas eléctricos parezcan funcionar según lo previsto, pero al momento de encender la bomba de combustible de emergencia, el fusible se quemaría en un minuto, inutilizándolo por completo. El trabajo fue complicado y llevó más de media hora de rastrear cables y soldar, pero al final se hizo. El fusible se colocó entre los cables y Heinrich Klopp ocultó su trabajo envolviéndolo con cinta aislante negra para que no lo viera ni el ojo más agudo. Eran las 2:15 de la madrugada cuando Heinrich Klopp cerró y fijó el capó del motor del avión y se apartó para limpiar la superficie brillante con un paño. Caminó lentamente alrededor del avión buscando cualquier cosa que pudiera haber dejado en el brillante suelo de hormigón y, finalmente, con aire satisfecho, dejó caer el pequeño escudo térmico y los dos tornillos en su caja de herramientas. Cerró la puerta lateral del hangar al salir, dejó todo exactamente como lo había encontrado, y se detuvo brevemente para hablar con el guardia de la puerta por el camino.

—Estoy muy contento con tu trabajo —le dijo al joven de ojos muy abiertos—. ¿A qué hora finaliza tu turno?

—Mi relevo llega a las 5:00 —contestó.

—De acuerdo —dijo Klopp—. He decidido darte una gratificación y unos días de vacaciones. Por favor, ven a mi despacho a las 9:00 y trae tu cuaderno de bitácora para que podamos tramitarlo.

El joven esbozó una amplia sonrisa y saludó rígidamente.

—¡Sí, señor! —dijo alegremente.

Quince minutos después, Heinrich Klopp volvió a tumbarse en la cama y se quedó mirando al techo. Había subido la colina hasta su casa con las luces apagadas y la cabaña de invitados había quedado envuelta en la oscuridad, tal como estaba cuando se marchó. La misión había sido un éxito y, aunque estaba cansado, tenía una media sonrisa de satisfacción en la cara mientras buscaba el vaso de agua de la mesita de noche.

Ya. pensó. Eso lo arreglará.

Capítulo once: El ascenso de Ícaro

ME DESPERTÉ A LAS 4:20 de la mañana y me di una ducha rápida antes de ir a la cocina a preparar café. Danny se me había adelantado y ya estaba completamente vestido con su uniforme de piloto.

—Buenos días, Jason —me dijo—. La tetera está hirviendo, ¿te preparo un café?

—Gracias, Danny —le contesté—. ¿Estamos listos para salir?

—Sí —contestó mientras llenaba la taza—, sólo unas comprobaciones previas al vuelo y nos pondremos en marcha.

Pasé los siguientes veinte minutos haciendo la maleta mientras Danny veía las noticias en la televisión. Temba llegó pronto y se quedó en la puerta principal ansioso cuando la abrí.

—Buenos días, caballeros —dijo en voz baja—. El paciente está estable en la parte trasera del vehículo.

—Bien —dijo Danny—, creo que ya podemos irnos.

Danny y yo llevamos nuestros equipajes al vehículo y los colocamos en el asiento trasero. El paciente estaba tendido sobre un delgado colchón en la bandeja de carga de la parte trasera. Del techo de la cubierta colgaba un gotero que la enfermera le había colocado en el brazo con una cánula. Era un hombre pequeño, ya demacrado por la malaria, y yacía inmóvil cubierto con una sábana blanca.

—Espero que el gotero esté bien en el avión —dijo Temba mientras mirábamos al hombre inconsciente.

—Está bien —dijo Danny—. Lo colgaremos en uno de los ganchos que hay sobre la ventanilla trasera. No hay problema.

El trayecto hasta la pista de aterrizaje duró diez minutos y pasamos sin problemas todos los controles de seguridad. Las ventanas polarizadas de la cubierta trasera del vehículo garantizaron que nuestro paciente pasara desapercibido así que Temba estacionó el vehículo fuera de la vista en la parte delantera del hangar. Danny abrió rápidamente las puertas del hangar, y a continuación la del lado derecho de la aeronave.

—Vamos a meterlo adentro enseguida —dijo mientras caminaba rápidamente hacia el vehículo—. Haré las comprobaciones previas al vuelo después de empujar el avión.

Temba y yo cargamos al hombre utilizando las esquinas del delgado colchón mientras Danny sujetaba el gotero. Sólo tardamos unos minutos en meterlo en el asiento trasero del avión y toda la operación pasó desapercibida para el guardia, que seguía en su puesto cerca de la puerta. Danny colgó el gotero que estaba sujeto al brazo del hombre en un gancho de ropa situado encima de la ventanilla izquierda y con eso, ya habíamos terminado.

—Bien —dijo Danny—. Saquemos el avión a la plataforma.

A los tres nos resultó bastante fácil empujar el avión fuera del hangar. Incluso a esa hora tan temprana de la mañana, el calor era intenso y yo ya estaba sudando cuando lo pusimos en posición. Temba y yo nos quedamos atrás mientras Danny empezaba las comprobaciones previas al vuelo. Empezó quitando el seguro contra ráfagas de detrás del mando y luego comprobó que los interruptores de encendido y aviónica estuvieran apagados.

A continuación, accionó el interruptor general y comprobó los indicadores eléctricos y de combustible antes de apagarlo de nuevo y sacar el depósito de combustible. Recorrió el exterior del avión comprobando cuidadosamente puertas, remaches y antenas altas y bajas. A continuación, comprobó los *flaps* y las superficies inferiores de las alas siguiendo los alerones. Danny tomó una muestra de combustible de la parte inferior del ala y sostuvo la pequeña botella transparente hacia el cielo para comprobar si había agua o sedimentos. Tras comprobar el tren de aterrizaje, abrió la trampilla de inspección del capó del motor y retiró la varilla para comprobar los niveles de aceite. Tras tirar del pomo del filtro de combustible durante cuatro segundos, se desplazó para comprobar la hélice, el rotor y las tomas de aire. Por último, se volvió hacia nosotros y habló.

—Bien, caballeros —dijo—. Ya podemos irnos.

Danny y yo nos despedimos de Temba, que nos dio las gracias a los dos una vez más por haber ayudado al compañero enfermo. Volvió hacia el hangar y se quedó mirando mientras subíamos al avión y nos poníamos las correas. El motor se encendió al primer intento y la hélice se desdibujó ante nosotros. Con un último saludo a Temba, Danny empujó el acelerador hacia

delante y la avioneta empezó a rodar por la plataforma hacia la pista. El interior de la cabina estaba cargado y había un fuerte olor corporal procedente del hombre comatoso que estaba detrás nuestro. Danny y yo abrimos las ventanillas para que entrara el aire y ambos nos pusimos los auriculares mientras nos alejábamos del hangar. Con una última vista de las escombreras de la mina a nuestra izquierda, Danny giró el avión hacia el sur y el largo tramo arenoso de la pista se extendió ante nosotros. Tras echar un último vistazo a los instrumentos, apretó el acelerador y la cabina se llenó con el sólido rugido del motor mientras el avión avanzaba a trompicones. El viaje fue accidentado y vi cómo el ala situada a mi derecha temblaba y se balanceaba a medida que ganábamos velocidad, pero finalmente, tras lo que pareció una eternidad, abandonamos el suelo y ganamos altura lentamente. Debajo de mí, a la derecha, la colina rocosa y el complejo minero que había más allá se hacían cada vez más pequeños a medida que ascendíamos. Danny inclinó bruscamente el avión hacia la izquierda y la mina se perdió de vista.

El sol de la mañana brillaba en la interminable extensión de color crema del desierto y el aire de la cabina empezó a enfriarse notablemente. Danny se volvió para mirarme y sonrió desde detrás de sus gafas de sol Rayban. Levantó la mano derecha y me hizo el gesto del pulgar hacia arriba, que yo le devolví. Una vez más, me sorprendió lo aislada que estaba la mina. Miré a mi alrededor y me giré en el asiento para maravillarme ante la magnitud del paisaje llano y sin accidentes. Sentí un alivio palpable al salir de los confines de la mina y una sensación adicional de logro por haber terminado el trabajo y estar seguro al 100% de que mi informe desenmascararía a Klopp y sus corruptelas. Los auditores forenses se pondrían manos a la obra y la compañía de seguros estaría agradecida de mantener su cuenta con Apex Resources. *No fue fácil Green. Pero fue un éxito. Ahora vuelve a la civilización y a un poco de descanso en Windhoek mientras preparas tu informe.* Danny niveló el avión a 9.000 pies y se volvió para hablar.

—¿Qué tal un poco de agua, Jason? —dijo acercándose detrás del asiento para sacar unas botellas de plástico.

—Claro, gracias —respondí.

—¿Te alegras de salir del gran agujero? —preguntó.

—Sí —contesté mientras abría la botella—. Creo que me tomaré unos días libres en Windhoek y veré algunos lugares de interés antes de volver a Londres.

—Estupendo —dijo—. Seguiremos en contacto y, si estoy en la ciudad, podríamos quedar para tomar algo o cenar.

—Claro —le contesté—. Puede ser.

Los quince minutos siguientes transcurrieron con una conversación informal. Danny me contó sus planes para la pequeña finca que había comprado y describió la casa que terminaría construyendo. El joven sabía que no debía preguntar demasiado sobre la razón por la cual yo había venido a la mina en primer lugar y parecía lo bastante contento como para saltarse el tema. A lo lejos, vi una neblina azul en el horizonte. Me levanté las gafas de sol y entorné los ojos para ver mejor.

—Eso es el paso de Boshua y las montañas que hay más adelante —dijo—. Pronto dejaremos el desierto.

El paisaje empezó a cambiar y en el desierto sin rasgos empezaron a aparecer afloramientos rocosos y matorrales. Las estribaciones de las montañas que teníamos delante se hicieron más claras y, antes de que me diera cuenta, habíamos dejado atrás el desierto y estábamos rodeados por las montañas secas y escarpadas, con sus formaciones rocosas de color gris y ocre y sus picos dentados. El cambio de paisaje fue estimulante y el contraste entre los colores terrosos del terreno abrupto y el cielo azul y despejado de la mañana me dejó sin aliento.

La primera vez que oí el chisporroteo del motor fue exactamente dos minutos después. Fue breve y sólo duró una fracción de segundo, pero se notó. Al oírlo, Danny colocó inmediatamente su botella de agua detrás del asiento, se sentó delante y estudió los indicadores. Yo no le di importancia y me senté a contemplar las montañas a mi derecha, pero en menos de quince segundos volvió a ocurrir.

—Maldita sea —dijo Danny en voz baja—. Bloqueo de vapor.

El motor volvió a petardear, pero esta vez durante dos segundos y luego sentí la repentina caída de altitud.

—¿Va todo bien? —pregunté en voz baja.

—Todo irá bien —respondió—. Voy a enriquecer la mezcla de combustible.

Adelantó la mano hacia un mando rojo del panel de control y lo apretó lentamente.

En cuanto lo hizo, el motor se aceleró de nuevo y el sonido volvió a la normalidad. Le miré brevemente mientras lo hacía y noté al instante las arrugas de su frente. Pasaron tres segundos cuando el motor volvió a tartamudear y vi que sacudía la cabeza, frustrado.

—Mierda —murmuró para sí—. Bomba de combustible de emergencia.

Danny accionó un interruptor, pero el motor sólo se encendió en breves intervalos y sentí que me estallaban los oídos por la caída de altitud. De repente, el motor se paró por completo y sólo se oía el ruido del aire al pasar por el cuerpo del avión. La respiración de Danny se volvió rápida y pesada y me di cuenta de que ahora estaba entrando en pánico. La hélice ya sólo giraba debido

a nuestro propio movimiento hacia delante y el sonido del aire que corría era cada vez más fuerte.

—¡Tenemos un grave problema, Jason! —dijo con voz tensa.

—¿Puedes volver al desierto, Danny? —le dije—. ¿Como planear hasta allí?

—¡De ninguna manera! —gritó mientras accionaba frenéticamente el mando de la mezcla de combustible—. ¡Estamos perdiendo altitud rápidamente!

Sentí una fría sensación de deslizamiento en el estómago mientras observaba cómo el joven intentaba desesperadamente volver a arrancar el motor. Pero fue en vano. El único sonido era el correr del aire y la respiración frenética y aterrorizada de Danny.

—¡Abrochate el cinturón todo lo que puedas! —gritó con la voz distorsionada en mis auriculares—. Voy a hacer un aterrizaje de emergencia.

De repente, todo mi mundo cambió al comprender el verdadero terror de nuestra situación. Las escarpadas montañas que había debajo eran abruptas, irregulares y estaban cubiertas de rocas y pequeños árboles, y se acercaban cada vez más. Danny giró la cabeza frenéticamente de un lado a otro buscando un espacio donde posarnos mientras luchaba por controlar el avión en el calor abrasador de las térmicas que se precipitaban desde la tierra quemada.

—¡Maldita sea! —gritó una vez más—. No hay donde aterrizar.

Tenía razón. Delante de nosotros, un pico de rocas irregulares sobresalía de una montaña y podía decir, dada nuestra trayectoria descendente actual, que chocaríamos con él a toda velocidad si no tomábamos medidas. Me agaché a ambos lados de mi asiento y apreté los cinturones de seguridad como me habían indicado. Se me secó la boca de miedo cuando los acontecimientos parecían suceder en cámara lenta. En el último momento, Danny inclinó la aeronave averiada hacia la derecha y vi los vivos líquenes de color naranja quemado de las rocas de la cima mientras pasaban a unos metros por debajo nuestro con un silbido todopoderoso. Delante de nosotros había una colina baja cubierta de rocas y pequeños árboles. La tierra era del color del café con leche y en algunos lugares estaba cubierta de mechones de hierba seca.

A la izquierda había un valle relativamente llano, pero lleno de árboles, que serpenteaba al pie de las colinas sin líneas rectas. Era como si el mundo a mi alrededor hubiera enmudecido y me sentía flotar tranquilamente por el hermoso paisaje como en un sueño.

—¡Prepárate! —gritó Danny cuando nos acercamos—. ¡Vamos a descender!

Una vez más, los acontecimientos parecían suceder en cámara lenta y, de algún modo, me sentí ajeno a la horrible realidad en la que nos encontrábamos. El suelo subió más rápido de lo que

esperaba y de repente estábamos en el fondo del valle, justo por encima del nivel de los árboles. Lo último que oí fue la voz de Danny, que hablaba en voz baja por el micrófono.

—Que Dios nos ayude —dijo en voz baja.

El impacto, cuando se produjo, fue precedido por el violento azote de las ramas sobre el tren de aterrizaje del avión. Aunque sólo fue durante uno o dos segundos, me dio la impresión de que había durado una eternidad. Me volví hacia mi izquierda, pasé el brazo por el respaldo del asiento y tiré con todas mis fuerzas para evitar salir despedido hacia delante, hacia el panel de instrumentos. De repente, mi mundo se transformó en un confuso borrón de movimientos y una espantosa cacofonía de metal que se retorció y de cristales rotos. El ala derecha del avión chocó con una roca saliente del cañón y se desprendió instantáneamente. Esto hizo que el fuselaje cayera de lado y boca abajo mientras nos estrellábamos repetidamente contra los árboles que bordeaban el fondo del valle. Mi cuerpo fue golpeado repetidamente contra la puerta, por mi espalda y de nuevo contra el asiento. La fuerza me desgarró los tendones del brazo y me rompió las costillas donde me sujetaba el cinturón de seguridad. El golpe final llegó cuando el avión raspó y chirrió sobre las rocas y la arena y se estrelló contra un montón de rocas en el lecho seco de un río. El golpe de la parada repentina me azotó un lado de mi cuello y mi visión se llenó de estrellas, por la conmoción cerebral.

El avión, maltrecho, permanecía erguido bajo el brillante sol de la mañana, con el tren de aterrizaje arrancado unos cien metros más atrás. Fui consciente de un fuerte siseo y de un abrumador olor a combustible de aviación. Abrí los ojos y vi que el parabrisas había desaparecido y que el interior, destrozado, estaba lleno de cristales y de polvo que seguía asentándose. Mi visión empezó a desvanecerse hasta que por fin recuperé el aliento y me di cuenta de que me había quedado sin aliento por la fuerza brutal del choque. El aire me llegaba en grandes sollozos sibilantes mientras tanteaba el mecanismo de liberación rápida del cinturón de seguridad. Se soltó al primer intento. Miré a Danny mientras movía la mano derecha hasta encontrar el pestillo de la puerta. El joven parecía confuso y parpadeaba repetidamente en su asiento, con el rostro muy pálido. En ese momento el pestillo de la puerta arrugada cedió y caí del avión de espaldas sobre la arena. *Danny. Pensé. Danny. Tienes que sacarlo ahora, Green.* Incluso en aquella hora de la mañana, la arena caliente me quemó las manos mientras me arrastraba por la ruinosa parte delantera del avión hasta que, eventualmente, conseguí ponerme en pie. Me tambaleé hasta llegar a la puerta de Danny, que estaba medio arrancada. Agarré el metal arruinado y tiré de él con todas mis fuerzas hasta que cedió y se abrió con un fuerte crujido. Mientras estaba dentro del avión no me había dado cuenta del verdadero alcance de la

terrible mutilación que había sufrido el joven. Las resistentes empuñaduras de plástico del timón se habían roto y el eje de acero que lo rodeaban le había atravesado el estómago y le había destrozado la columna vertebral. Se había formado un enorme charco de sangre entre sus piernas destrozadas y su olor espeso y dulzón se mezclaba con el penetrante olor del combustible de aviación. Aun así, permaneció sentado en silencio, con la misma expresión de perplejidad en su rostro blanco y fantasmal.

—Alguien debe haber manipulado el avión —dijo en voz baja—. Es muy raro que pase algo así.

—Danny —dijo aún sin aliento—. Tenemos que sacarte de aquí, amigo.

El joven giró y me miró y, por un breve instante, su pensamiento se aclaró y recuperó sus facultades.

Con la mano izquierda se metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó el sobre caqui y la cajita forrada de terciopelo negro que contenía el anillo que había comprado para su novia.

—Jason —dijo suavemente mientras me tendía los objetos—, Jason, prométeme que se lo darás a Charmaine. Dile que la amo. Por favor, Jason.

—Se lo darás tú mismo, Danny. grité enfadado mientras tomaba los objetos y me los metía en el bolsillo—. Voy a sacarte de aquí.

La explosión se produjo cuando metí la mano para agarrar el eje del timón cerca de su estómago. Fue repentina y envolvente, y me hizo retroceder cinco metros desde donde estaba. El ardiente calor blanco me chamuscó el vello de los brazos y me arrancó una capa de piel del lado derecho de la frente. Nunca sabré cuánto tiempo estuve inconsciente, pero me desperté brevemente y levanté la cabeza para presenciar el infierno y la macabra danza de la muerte mientras el cuerpo de Danny se retorció y convulsionaba entre las furiosas llamas. Después de eso, sólo hubo oscuridad.

Capítulo doce: Oom Piet

RECUPERÉ LENTAMENTE LA CONCIENCIA. Era consciente de que la piel de la frente me ardía bajo el pleno resplandor del sol de mediodía. Sentía los miembros pesados y como si me hubieran drogado. A continuación, me di cuenta de que había voces. Eran voces de hombre y estaban cerca, pero no entendía nada de lo que decían. Hablaban en el suave dialecto de los bosquimanos San. Había visto películas y documentales sobre ellos en el pasado. A continuación, sentí que me levantaban el cuerpo por las axilas y los tobillos. Sus manos eran poderosas, así que gemí cuando mis costillas agrietadas y lastimadas se movieron por el movimiento y mantuve los ojos cerrados por el resplandor del sol que me cubría. Los dos hombres me llevaron a treinta metros de donde estaba tirado y me colocaron a la sombra de una acacia al pie del valle. Uno de los hombres me colocó un equipaje debajo de mi cabeza y me acercó a la boca la parte superior abierta de una botella de plástico. El agua estaba caliente y salobre, pero deliciosamente húmeda, así que abrí los ojos tras el primer trago. Los restos ennegrecidos del avión aún humeaban y crujían a medida que se enfriaba el cuerpo de aluminio. Uno de los hombres volvió a sostener la mugrienta botella delante de mí, la agarré y bebí un litro entero del preciado líquido. Me obligué a incorporarme sobre el codo derecho y luego me senté con cuidado. Fue entonces cuando eché un vistazo a los hombres. Su piel era del color del chocolate con leche y sus cuerpos pequeños y ágiles. Sólo llevaban unos pantalones cortos hechos harapos y collares de pequeñas cuentas blancas alrededor de sus delgados cuellos. Los dos hombres se pusieron en cuclillas junto a mí, con sus pies planos y desnudos, y tararearon, chasquearon y jugaron entre ellos mientras me estudiaban. Sus cabezas estaban cubiertas de pequeños rizos tupidos de pelo negro que parecían granos de pimienta, y sus rostros estaban arrugados con pliegues y líneas de risa. El hombre de mi izquierda habló y, al hacerlo, me di

cuenta de que le faltaban los dos dientes delanteros. No entendí nada de lo que dijo y me limité a negar con la cabeza mientras le entregaba la botella de agua. El hombre de mi derecha levantó la mano y simuló el descenso de un avión. Al hacerlo, añadió efectos de sonido infantiles que culminaron con una explosión al bajar la mano. Asentí con la cabeza y señalé el cascarón humeante del avión, ante lo cual ambos silbaron y arrullaron con asombro. Miré detrás mío hacia el nudoso tronco del árbol cercano y gemí en voz baja mientras desplazaba mi cuerpo hacia él en la arena para poder apoyarme.

Los dos hombres me siguieron y se acucillaron cerca, como lo habían hecho antes. Permanecimos sentados en silencio durante los siguientes cinco minutos, y ambos hombres esperaron pacientemente mientras yo miraba fijamente el avión, asimilando todo. *Alguien debe haber manipulado el avión. Ésas fueron las palabras de Danny. Alguien debe haber manipulado el avión.* Fue entonces cuando me palpé los bolsillos. Tenía el teléfono móvil y la billetera. En mi bolsillo trasero estaba el sobre y la cajita que contenía el anillo que Danny me había dado justo antes de la explosión. Saqué el teléfono móvil y lo comprobé. Aún estaba completamente cargado, pero no había señal. *Dios, Green. ¿Qué diablos pasa?* Sólo entonces recordé a aquel hombre enfermo que habíamos metido en la parte trasera del avión. Hasta entonces no había pensado en él. Los árboles de alrededor estaban llenos de insectos que silbaban y chasqueaban bajo el sol del mediodía y el calor era espantoso, pero parecía tener poco efecto en los dos bosquimanos que ni siquiera habían sudado. Ambos seguían en cuclillas cerca, observándome pacientemente mientras yo pensaba. *Hay dos muertos en ese avión Green. Ambos se han calcinado hasta quedar irreconocibles. Esto podría jugar a tu favor, sobre todo si Danny tenía razón y el avión fue sabotado deliberadamente. Piensa y hazlo rápido. Podrían pasar días, incluso semanas, hasta que se encuentren los restos. No hubo tiempo de informar de una emergencia. Danny no tuvo tiempo de llamar por radio. Está aquí fuera, en medio de la nada, con esos dos hombres. ¿Y ahora qué?* Rebusqué en el bolsillo superior y encontré los cigarrillos y el mechero. Los dos hombres aceptaron uno con amplias sonrisas desdentadas y zumbidos de gratitud. *Tienes que salir de aquí, Green. Tienes que irte lejos. Las autoridades, cuando finalmente lleguen, te darán por muerto. Aléjate, llega a la civilización y escóndete. Esa es la prioridad número uno ahora mismo. Si Danny tenía razón y alguien manipuló el avión, sólo puede ser una persona. Klopp. Nadie más en este planeta tendría motivos para hacer eso salvo él, y será mejor que piense que estás muerto. Aléjate Green. Ahora.* Una vez que me decidí, intenté hablar con los hombres con la esperanza de que alguno de ellos me entendiera.

—¿Alguien habla inglés? —pregunté—, ¿inglés?

Los dos hombres me miraron perplejos y murmuraron algo entre ellos. No me entendían nada. Tenía que hacerles entender que buscaba una carretera. Al igual que había hecho el hombre que había simulado el avión, levanté ambas manos como si sostuviera un volante e hice el ruido de un coche. Fue una farsa que comprendieron enseguida y ambos hablaron al unísono.

—*Oom Piet* —dijeron alegremente.

—*Oom Piet* —dije desconcertado.

—*Oom Piet* —dijo el hombre de mi derecha antes de copiar mi simulación del coche con sus manos y los efectos de sonido que la acompañaban.

Fue entonces cuando me di cuenta de que debían de referirse a una persona. La palabra «*Oom*» significaba «tío» en afrikáans y ¿*Piet*» era un nombre común en afrikáans.

—¿Dónde está *Oom Piet*? —dije levantando las manos en un gesto abierto.

Los dos hombres señalaron inmediatamente hacia el norte y volvieron a hablar al unísono.

—¡*Oom Piet*! —dijeron ambos con absoluta certeza.

Una vez más, tuve que utilizar un lenguaje de signos rudimentario y, tras unos cuantos intentos, ambos hombres comprendieron que intentaba preguntarles «¿a qué distancia?».

El de la derecha me indicó con el brazo que «*Oom Piet*» estaba, de hecho, en el norte y al otro lado de las colinas. Los señalé a ellos dos y a mí y simulé a un hombre caminando con mis dedos en la arena que tenía delante. Los dos hombres sonrieron desdentados y asintieron enérgicamente mientras copiaban mi simulación.

—Perfecto —dije mientras me ponía lentamente en pie—. *Oom Piet*, vamos.

Los dos hombres se levantaron también y me hicieron señas para que los siguiera. El mayor de los dos cogió el viejo equipaje en el que me había apoyado y metió en él la botella de agua. Se la colgó de su huesudo hombro desnudo y empezamos a caminar. Nuestro camino nos llevó cerca de la aeronave aún humeante y pude ver y oler los cuerpos carbonizados que había en su interior y, por un momento, sentí que la bilis me subía a la garganta. El camino nos llevó valle abajo por el cauce de arena que se había secado hacía tiempo. Varios árboles ribereños nos daban sombra mientras avanzábamos bajo un sol abrasador. Vestidos sólo con sus raídos pantalones cortos, los hombres caminaban deprisa y sin esfuerzo, a menudo mirando detrás de ellos para ver cómo me encontraba. Me dolía el cuerpo y sentía un martilleo constante en la cabeza, pero mantuve el ritmo y seguí las instrucciones. Pasó una hora entera cuando me detuve y me desplomé sobre una roca a la sombra de una acacia, jadeando y sudando profusamente. Apoyé las manos en las rodillas y agaché la cabeza mientras recuperaba el aliento. Los dos hombres estaban allí de pie, estudiándome con cara de preocupación. El hombre del equipaje sacó la botella de agua y me la

ofreció. Bebí el agua turbia con gratitud antes de volver a taparla y devolvérsela. Ninguno de los dos hombres mostraba cansancio ni transpiración. Me quedó claro que estaban totalmente adaptados a su entorno y que eran plenamente capaces de caminar largos kilómetros de un tirón.

—Oom Piet —dije limpiándome la boca.

—¡Oom Piet! —dijeron los dos al unísono, señalando una vez más hacia el Norte.

Y así continuó el esfuerzo. Lo único que nos salvó fue que permanecimos en el fondo del valle y el terreno que recorrimos era principalmente llano. Las colinas y montañas que nos rodeaban eran todas parecidas y no había puntos de referencia reconocibles. Mi destino estaba directamente en manos de los dos pequeños bosquimanos que caminaban rápida y constantemente delante mío. Me pareció que en esta zona en concreto había pocos humanos, si es que había alguno. La sensación de aislamiento total y absoluto era abrumadora y algo inquietante. Debían de ser las 3 de la tarde cuando por fin, en un pliegue sombreado del lecho seco del río, los hombres se detuvieron y se acuclillaron en la arena bajo un espino de camello. Me dolía el cuerpo mientras bajaba para sentarme cerca de ellos. El hombre del equipaje lo abrió y sacó tres largos palos de biltong. Me dio un trozo junto con la botella de agua que se había agotado bastante. La carne seca era salada y chiclosa, pero yo estaba hambriento y mi cuerpo necesitaba desesperadamente las proteínas. Uno de ellos empezó a cavar en la arena cerca de una roca del lecho seco del río. Utilizó un palo para empezar y luego la sacó con las manos. El otro hombre estaba sentado feliz masticando su biltong y tarareando una melodía repetitiva. Al final, la arena que estaba sacando el hombre empezó a cambiar de color y vi que había humedad en ella. Murmuró algo al hombre sentado, que le arrojó despreocupadamente la botella de agua casi vacía. Me levanté para echar un vistazo a lo que estaba haciendo. En el fondo del agujero se estaba formando un charco de agua amarilla turbia y cada vez se filtraba más. El hombre abrió la botella y la mantuvo de lado en el agujero para que se llenara. Yo, personalmente, nunca habría imaginado que hubiera agua en aquel entorno reseco y tórrido, pero aquellos eran bosquimanos y conocían bien los caminos de la tierra. Diez minutos después, y algo reabastecidos por la comida y el agua, abandonamos los confines del valle y ascendimos hacia nuestra derecha por una empinada colina cubierta de mechones de hierba seca y cantos rodados de color ocre. El terreno era rocoso y la marcha difícil, pero los dos hombres mantuvieron el ritmo y continuaron como si fuera perfectamente normal. En dos ocasiones me resbalé y me caí sobre las manos, que se quemaron en las rocas. Cuando por fin llegamos a la cima, me sentí desconcertado y frustrado por el espectáculo que me esperaba.

Kilómetros interminables de colinas y montañas similares se extendían hasta el horizonte. Una vez más, no había puntos de referencia ni nada que indicara la presencia de seres humanos, y mucho menos del misterioso «*Oom Piet*».

Me senté en una roca para recuperar el aliento. El sol había empezado a descender por el oeste, dejando la campiña circundante bañada en un inusual resplandor anaranjado.

—*Oom Piet* —dije—. ¿Dónde está?

Ambos hombres repitieron su nombre y señalaron hacia el norte.

—¿A qué distancia? —dije exasperado.

Los dos hombres sonrieron e indicaron que estaba al otro lado de la siguiente colina. Para entonces ya sabía que su idea de la distancia era completamente distinta a la mía. Llevábamos caminando cerca de cinco horas y debíamos de haber recorrido al menos veinticinco kilómetros desde que salimos del lugar del accidente. Una vez más, los dos hombres se limitaron a sonreír y a señalar. El descenso de la colina fue traicionero y me resbalé tres veces sobre las piedras rotas y el pedregal. Nos esperaba otra subida, aunque con una pendiente algo menos dura. Llegamos a la cima veinte minutos más tarde, cuando ya me había resignado a que el viaje podría no terminar ese día. Los dos hombres se detuvieron y se rieron cuando subí los últimos metros y miré hacia abajo.

—¡*Oom Piet!* —dijeron alegremente señalando colina abajo.

Debajo de nosotros, al pie de la colina, había un terreno llano del tamaño aproximado de un campo de fútbol. A la derecha había un gran prado cercado con postes toscos y alambre de espino. Había un granero de madera destartado en el extremo más alejado y un largo bebedero de hormigón en el centro.

Desde donde estaba, podía ver al menos cincuenta vacas y numerosas cabras pastando en fardos de heno que habían colocado cerca del granero. A la izquierda había una casita que parecía haber sido construida en los años treinta. Era un bungalow construido con ladrillos de color naranja pálido, con una galería baja que sobresalía de la fachada. El viejo tejado de hojalata del edificio se había quemado y había adquirido un color naranja oxidado por los incontables años de sol abrasador. De la pequeña chimenea salían finos hilillos de humo. A la izquierda de la casa había un antiguo molino de viento construido con ángulos de hierro corroídos. Sus aspas estaban hechas de piezas cortadas de chapa que se habían oxidado con el mismo color naranja quemado del tejado. Delante de la galería había una parcela de hierba verde cubierta de maleza y cerca de un cobertizo, en la parte trasera de la casa, estaba estacionada lo que parecía una camioneta Ford muy vieja.

—*Oom Piet* —dije sin aliento.

—¡*Oom Piet!* —repitieron los dos hombres.

La simple visión de algo de civilización real fue un enorme alivio para mí así que asentí con la cabeza y le sonreí a los dos hombres antes de iniciar el descenso por la colina. Llegamos al terreno llano diez minutos después y los tres nos dirigimos hacia la fachada de la vieja casa.

Cuando estábamos a menos de veinte metros de la sombría y oscura galería, oí el chirrido repetitivo de la vieja mecedora de madera. Los dos bosquimanos se detuvieron a pocos metros de los escalones de la entrada y yo los seguí.

—*Hoe gaan dit* —me dijo una voz atronadora desde el interior.

Reconocí inmediatamente que el idioma era el afrikáans. El hombre había dicho «¿Cómo estás?».

Di un paso adelante y vi a un anciano sentado en la mecedora cerca de la puerta, en la parte trasera de la veranda. Su gran barriga casi se salía de la camisa de algodón a cuadros desteñida que llevaba y no llevaba zapatos en los pies. Sus poderosas piernas estaban bronceadas y tenían el color de la miel, y su larga y enmarañada cabellera gris estaba alborotada y desordenada. Su larga barba gris estaba manchada de amarillo alrededor de la antigua pipa que sostenía entre los dientes. El anciano me estudió con ojos suspicaces y la pipa emitió un gorgoteo al inhalar el penetrante tabaco.

—Buenas tardes —dije—. ¿Eres *Oom Piet*?

—¿Quién pregunta? —respondió con su voz atronadora.

—Me llamo Green —dije—. Hubo un accidente de avión, estos dos hombres me trajeron aquí.

El anciano giró la cabeza para mirar a los dos bosquimanos que permanecían pacientemente en el fondo. Se quitó la vieja pipa de la boca con su enorme mano y empezó a hablar en un khoisan perfectamente fluido. Los dos hombres que estaban detrás de mí se rieron y le contestaron al anciano, explicándole obviamente las circunstancias en las que me habían encontrado.

Con un gesto de la mano, los despidió a ambos y ellos se alejaron rodeando la casa y perdiéndose de vista.

—Parece que eres un hombre afortunado, Sr. Green —dijo el anciano con su marcado acento afrikáans.

—Sí, *Oom Piet* —dije—. Muy afortunado.

—¡El baño está al final del pasillo! —gritó señalando detrás de él con el pulgar—. Ve a asearte y luego podrás acompañarme a tomar un coñac. Parece que lo necesitas.

No se me pasó por alto el hecho de que me encontraba en una situación extremadamente extraña mientras cruzaba la galería y entraba en el oscuro edificio. Sabía que estaba en estado de shock y ciertamente agotado, pero seguí sus instrucciones. Los viejos suelos de madera crujían bajo los pies, las habitaciones desprendían un olor rancio y los muebles parecían comprados hace cien años. Encontré el cuarto de baño, como me había prometido, al final del pasillo, a la izquierda. Me quité la ropa, me sacudí el polvo y me coloqué bajo una única tubería abierta que servía de ducha. Cuando terminé, me sequé con una toalla vieja que encontré en un armario. Era rígida y la sentí como papel de lija sobre la piel. Salí de la casa sintiéndome algo reanimado y vi que el anciano había colocado una silla y una mesita cerca de donde lo había encontrado.

—¡El viajero regresa! —dijo con voz grave mientras me evaluaba.

—Gracias por eso, Oom Piet —dije mientras tomaba asiento—. Ha sido un día muy largo.

El anciano metió la mano en una caja de madera que tenía a la derecha y sacó una botella de brandy Klipdrift. La abrió y tiró el tapón a una papelera que tenía a su izquierda. Luego procedió a verter dos grandes medidas en un par de vasos de cristal antiguos que había colocado sobre la mesa. Me examinó durante unos segundos con sus oscuros ojos color avellana, ocultos tras unas pobladas cejas.

—Pareces un hombre que tiene una historia que contar, Sr. Green —dijo mientras encendía su pipa con una cerilla—. ¿Por qué no empieza por el principio?

Para entonces ya había calculado que el anciano, aunque de aspecto temible, era en realidad amable y probablemente estaba un poco solo. Tomé un sorbo del rico licor afrutado, que me quemó la garganta al tragar. El sol había pasado por detrás de la cordillera, dejando la galería aún más oscura que cuando la había encontrado. Me senté, bebí otro sorbo del fuerte licor y saqué el paquete de cigarrillos del bolsillo. La visión de la llama del mechero me trajo a la memoria las horribles imágenes de aquella mañana. Exhalé una columna de humo en el aire tranquilo del atardecer y hablé.

—Supongo que empezaré por el principio —dije en voz baja.

El anciano permaneció con el rostro pétreo durante las siguientes dos horas. Su única respuesta fueron gruñidos de comprensión, y sólo me detuve cuando se acercó para llenar nuestros vasos con el ardiente espíritu oscuro. Le conté mi historia en África y mi vida actual en Londres. Le expliqué detalladamente el encargo que me había hecho la compañía de seguros y los descubrimientos que había hecho en la mina. Le hablé del enfrentamiento con Heinrich Klopp y de las últimas palabras que Danny había pronunciado antes de morir. Le expliqué mis motivos para abandonar el lugar del accidente y le expresé mi gratitud por su inesperada hospitalidad. El

anciano me dijo que en realidad conocía bien a los dos hombres que me habían rescatado y que de vez en cuando realizaban trabajos ocasionales en su pequeña finca.

Le expliqué que muy pronto se realizarían labores de búsqueda y rescate, y subrayé la importancia de que las autoridades me creyeran muerto. El anciano comprendió el razonamiento y llamó a los dos hombres del recinto cercano utilizando una campanilla de mano que tenía cerca de su silla. Llegaron al cabo de unos minutos y el anciano habló con ellos en khoisan durante cinco minutos antes de que se marcharan de nuevo.

—Les he dicho que no deben volver allí —dijo—. Les he explicado que hay hombres malos que volverán y que existe un gran peligro. Te aseguro que se mantendrán lejos y, de todas formas, tengo trabajo para ellos durante las próximas semanas.

—Gracias, Oom Piet —dije agradecido—. Mi prioridad ahora es llegar a Windhoek y arreglarme.

—Por supuesto —dijo—. Te llevaré a la carretera principal por la mañana. Está a sólo sesenta kilómetros de aquí y allí te podrán llevar.

—*Dankie Meneer* —respondí en afrikáans—. Te lo agradezco mucho.

—¡No quiero problemas! —advirtió con su voz grave.

—Claro que no —respondí—. No, me habré ido hace tiempo y nadie sabrá que he estado aquí.

Aquella noche nos sentamos y bebimos brandy a la luz de una lámpara de parafina. No había electricidad, ni Internet, ni señal de teléfono en la remota granja del anciano. Me contó que su mujer había muerto hacía diez años y que vivía solo desde entonces.

Hacia las ocho de la tarde apareció una criada y puso la mesa con los cubiertos. Cenamos *bobotie*, un conocido plato sudafricano a base de carne picada especiada horneada con una cobertura de huevo. Antes de comer, el anciano insistió en dar las gracias, y lo hizo en afrikáans. Eran las 21:45 cuando la botella estaba casi vacía y Oom Piet se levantó y anunció que se retiraba a dormir.

—Saldremos a las 6:00 en punto —dijo mientras cruzábamos la puerta—. Prepárate. Puedes ocupar la segunda habitación de la derecha.

—Gracias, Oom Piet —contesté.

Incluso con el brandy, aquella noche dormí mal y me acosaron pesadillas confusas y aleatorias y visiones del accidente de avión. El colchón era antiguo y sentí que dormía sobre un saco de hortalizas. Aun así, agradecí la comprensión y la hospitalidad del anciano después de una serie de acontecimientos realmente desconcertantes. A las 5:00 en punto oí los pasos de Oom Piet

sobre el suelo de madera del pasillo. Se oyeron tres fuertes golpes en la puerta, seguidos del familiar y atronador acento afrikáans.

—¡Despierta, Jason! —dijo—. Hora de desayunar.

Capítulo trece: Búsqueda y rescate

—¡HORA DE LEVANTARSE, JASON! —sonó la voz estridente del anciano al llamar con fuerza detrás de la puerta—. Te he dejado una camisa limpia en el baño. Debería quedarte bien.

Me picaban los ojos por el cansancio cuando pestañeé y miré el reloj. Eran las cinco de la mañana y apenas había dormido. Me dolía todo el cuerpo cuando me levanté de la cama desnivelada y me dirigí al baño. Permanecí cinco minutos bajo el chorro de agua fría antes de secarme con la misma toalla áspera que había utilizado el día anterior. Encontré al anciano sentado donde lo había encontrado en la galería. Asintió al ver la camisa blanca que me había dado. A primera hora de la mañana aún estaba fresquito y, mientras tomaba asiento, me sirvieron un desayuno a base de huevos y tocino apilados en antiguas fuentes de plata. El viejo tenía un apetito de caballo y engulló al menos cinco huevos antes de sentarse con un café solo y encender la primera pipa del día.

—Saldremos a las 6:00 —dijo—. Habrá un autobús a las 8:00 que te llevará a Windhoek.

—Te agradezco todo lo que has hecho, Oom Piet —dije mientras encendía un cigarrillo—. Supongo que hoy habrá bastante tráfico aéreo por aquí.

—Bueno —gruñó—. Nadie sabrá que estuviste aquí. Te doy mi palabra.

En ese momento aparecieron los dos bosquimanos que me habían encontrado en el lugar del accidente.

Empezaron a cortar la larga hierba de la parte delantera de la granja con unas toscas cuchillas y me miraban de vez en cuando con una sonrisa desdentada en el rostro. Nos sentamos en silencio y bebimos el café negro y amargo hasta que el anciano se levantó y se fue arrastrando los pies hacia la puerta.

—Nos vemos en la parte de atrás de la casa dentro de cinco minutos —dijo.

Esperé a que desapareciera en la casa antes de levantarme y acercarme a los dos bosquimanos. Saqué mi billetera y les di un par de billetes a cada uno para darles las gracias por sus esfuerzos del día anterior. Ambos hombres mostraron una inmensa gratitud y hablaron en afrikáans.

—*¡Dankie meneer!* —dijeron al unísono.

Volví a atravesar la casa y salí por la puerta trasera para encontrar al anciano que me esperaba en una vieja camioneta Ford F100 de 1968. La pintura original, azul celeste, se había desgastado en algunas partes y dejaba ver la capa inferior roja. El motor gimió y arrancó cuando me acerqué y una nube de humo azul salió del tubo de escape por la parte trasera.

—¿Todo listo? —dijo el viejo cuando tomé asiento y cerré la puerta.

—Sí —respondí por encima del traqueteo del motor—. Vámonos.

La vieja camioneta traqueteaba por el estrecho camino de tierra mientras serpenteaba por las rocosas y áridas colinas.

La gigantesca barriga de Oom Piet casi tocaba el volante y su pipa permanecía firmemente sujeta entre sus dientes mientras tiraba del volante con sus enormes brazos bronceados por el sol. En ocasiones, pasamos junto a señales oxidadas colocadas cerca de otros caminos de tierra. Los nombres descoloridos de las señales estaban todos en afrikáans y me dijeron que había algunos rancheros y ganaderos más en la zona. Tardamos una hora y media en llegar a la carretera principal, la C28, y cuando la vieja camioneta se detuvo en medio de una nube de polvo, ya hacía calor.

—Pasaré un autobús a las 8:00 Jason —dijo el viejo—. ¿Tienes dinero?

—Tengo, Oom Piet —respondí mientras le ofrecía la mano—. Gracias de nuevo.

—De nada —refunfuñó mientras su mano envolvía la mía y la agarraba con enorme fuerza—. Te deseo suerte, Jason. *Totsiens*.

Vi cómo hacía girar la vieja camioneta y se dirigía por la carretera hacia la granja. Cuando el sonido del motor se desvaneció, me di cuenta de que no habíamos visto a ningún ser humano desde la partida. De nuevo me invadió una abrumadora sensación de aislamiento mientras el silencio y el calor me envolvían. Crucé el áspero camino de tierra y me senté en una roca a la sombra de un árbol de espino de camello. Saqué el teléfono del bolsillo, pero, como era de esperar, no había señal. Miré a mi alrededor, el paisaje austero y el contraste de color entre el cielo perfectamente azul y los secos tonos africanos de las colinas. *Relájate Green. Esto va a ser un largo viaje*. Pasó media hora cuando, como había prometido, oí por primera vez el lejano estruendo del autobús que se acercaba por el oeste. El destartado vehículo apareció finalmente a la vista mientras avanzaba a toda velocidad por la base de una colina dejando una espesa estela

de polvo a su paso. Me puse de pie y esperé al sol mientras llegaba. Había una cabra atada a la rejilla del techo, cerca de una tosca jaula de alambre llena de gallinas. El conductor se detuvo y subí a bordo.

Evidentemente estaba sorprendido de ver a un hombre blanco en medio de la nada, pero se limitó a asentir con la cabeza mientras recibía el dinero y me indicaba que tomara asiento en la parte trasera. El interior del autobús estaba caliente y olía a olor corporal y a estiércol de animal, así que tomé asiento cerca de la puerta abierta para asegurarme un poco de aire fresco. Después de mucho chirrido de engranajes, el motor resopló y el autobús se tambaleó hacia delante. Fue entonces cuando vi la primera de las muchas avionetas que volaban por encima. Volaba a baja altura y surcaba lentamente el cielo. *Están buscando el lugar del accidente. De eso no hay duda, Green. Lo encontrarán y cuando lo localicen enviarán los helicópteros. Menos mal que estás fuera y lejos.* El calor y el movimiento entrecortado del viejo autobús al atravesar las colinas y los valles me adormecieron y, al poco rato, me dormí. Mi cuerpo estaba agotado y yo seguía en estado de conmoción por el choque. En las pocas ocasiones en que me desperté, comprobé si mi teléfono tenía señal, pero no la tenía. Pasaron seis horas cuando vi la primera señal de civilización. Delante de nosotros, a la derecha, había una gran casa abandonada. Estaba situada en una colina y resplandecía en un azul descolorido; debía tener al menos cien años y estaba construida en el clásico estilo colonial alemán. Se alzaba como un faro de una época pasada mientras se calentaba bajo el sol de primera hora de la tarde. Consulté mi teléfono para comprobar que, por fin, había señal. Inmediatamente busqué en los sitios de noticias locales cualquier novedad sobre el avión desaparecido. No había nada, así que busqué alojamiento. Me decidí por un hotel boutique llamado The Old Fort. Situado en el frondoso barrio de Suiderhof, en Windhoek, disponía de habitaciones de lujo, jardines tranquilos, un bar privado y una piscina. Los llamé inmediatamente y reservé una habitación para pasar la noche.

—¿Cuánto falta para Windhoek? —le pregunté al conductor por encima del ruido del motor.

—Falta una hora —me contestó.

Cuando me senté a esperar el resto del viaje, vi otra avioneta en el cielo. Miré el reloj y vi que apenas eran las dos de la tarde.

Pronto llegará Green. Si no lo han encontrado ya, será pronto. Un plan empezaba a formarse en mi mente. *Era una posibilidad remota, pero si Danny tenía razón y había habido algún complot en el avión, quizá yo pudiera ayudar a demostrarlo. De ser así, Heinrich Klopp se enfrentaría casi con toda seguridad a un delito de homicidio. Necesitas un ordenador, Green. Y un vehículo. Y ropa nueva.* Tocaba con los dedos mi pierna con impaciencia mientras miraba por la

polvorienta ventanilla. La pequeña ciudad de Windhoek apareció de repente una hora más tarde. El autobús se detuvo cerca de un mercado local y rápidamente llamé a un taxi y le dije al conductor que me llevara al centro comercial del elegante barrio de Olympia. Le dije al conductor que esperara mientras yo entraba a comprar ropa, equipaje y un ordenador portátil. Salí cuarenta minutos después y, después de meter el equipaje en el asiento trasero, le pedí al conductor que atravesara el tráfico de la zona para llegar a la sucursal más cercana de Okavango Car Hire. La empresa estaba especializada en vehículos 4x4 equipados para el desierto y para los montes. Llegué a sus oficinas poco después de las 16:45 y me apresuré a entrar después de pagarle al taxista. El interior era fresco y moderno y sonaba música suave de fondo.

—Buenas tardes —le dije a la joven que estaba detrás de la recepción—. Necesito un buen vehículo. Algo totalmente equipado para el monte y el desierto.

—Desde luego, señor —respondió alegremente—. Podemos encontrar algo para usted.

Eran las 17:45 cuando los neumáticos del Toyota Land Cruiser crujieron por fin sobre las piedras del estacionamiento del Hotel Boutique The Old Fort. El sol se estaba poniendo cuando entré en la recepción para registrarme y el recepcionista levantó ligeramente los ojos al ver la camisa vieja y mal ajustada de Oom Piet.

—Me llamo Green —dije—. Quiero hacer el *check-in*.

El proceso duró veinte minutos y, finalmente, un portero que llevaba algunos de mis equipajes me condujo a mi habitación climatizada del segundo piso. Después de darle propina, pasé al cuarto de baño para darme una ducha. Me dolía el cuerpo y me sentía arenoso y sucio por el viaje. Me acerqué al lavabo y apoyé las manos en él mientras me miraba al espejo. El rostro que me devolvía la mirada estaba demacrado, sin afeitar y seco. La quemadura de la frente empezaba a cicatrizar, pero tenía manchas moradas de agotamiento bajo los ojos. *Dios... Mira cómo estás Green*. Después de ducharme, me vestí con ropa nueva y cené un filete en el restaurante del patio de abajo. Después, mientras estaba sentado en el bar mirando el teléfono, vi la noticia en un sitio web sudafricano de que se habían localizado los restos del avión. Era evidente que al día siguiente enviarían helicópteros y me alegré de haber podido salir sano y salvo. Mientras leía el artículo, mi vista empezó a nublarse por el cansancio y supe que tenía que acostarme. Aparté la cerveza, saludé con la cabeza al camarero y subí a mi habitación. Sabía que tenía mucho que hacer y que necesitaba desesperadamente conectarme a Internet, pero mi cuerpo se resistía. Recosté lentamente mi dolorido cuerpo en la cama y me quedé mirando el estuco del techo. *Descansa Green. Descansa unas horas y luego podrás empezar*. Cerré los ojos y en unos segundos caí en un profundo sopor sin sueños.

Capítulo catorce: Temba Zulu

EL JOVEN CAPATAZ DE la mina, Temba Zulu, se enteró de que el avión había desaparecido a las 14:30 horas del mismo día en que el hombre gravemente enfermo había sido trasladado en secreto a Windhoek. El mensaje había llegado de la enfermera de la clínica, que le había enviado un mensaje de texto utilizando el sistema Wi-Fi de Apex. Frunció el ceño preocupado por los tres hombres que sabía que iban a bordo del avión, pero se lo quitó rápidamente de la cabeza, pues estaba ocupado supervisando un cambio de turno del equipo de perforación en la boca del túnel. Cuando terminó el cambio, sacó el teléfono del bolsillo y le contestó a la enfermera.

«No te preocupes» tecleó en su lengua vernácula. «Pasaré por la clínica después de mi turno. No le digas nada a nadie».

Temba Zulu dejó de pensar en el mensaje y continuó con su programa de tareas para el resto de la tarde. Habían sido dos largas semanas y, aunque su rutina se había visto alterada por la llegada del Sr. Green, su breve estancia y su posterior marcha, estaba deseando que llegaran sus dos días libres, que empezaban al día siguiente. Temba Zulu disfrutaba de las excursiones de caza que hacía por el desierto a solas. Su posición de capataz superior le permitía el privilegio de utilizar el quad para estas salidas periódicas. Se trataba de un descanso de los sofocantes confines de la mina y le proporcionaban la soledad y el tiempo de reflexión que tanto necesitaba. Por supuesto, también estaba el delicioso biltong que preparaba al día siguiente de la caza. Desde que comenzó a prepararlo, la demanda había sido constante, y disfrutaba regalarles la succulenta carne seca a sus amigos. A las 16:30, cuando terminó su turno, Temba condujo de vuelta a su humilde casa de un dormitorio en las afueras del recinto obrero. Detuvo el vehículo ante los polvorientos muros de la clínica y entró para hablar con la enfermera que le había enviado un mensaje a primera hora del día. La noticia de que el avión había desaparecido había jugado en su mente y, de todas

formas, él y la enfermera deberían tener planeada su historia por si se descubría que ellos habían subido al enfermo a bordo.

El ciudadano de Botsuana, negro y de mediana edad, levantó la vista de su pequeño escritorio cuando entró Temba.

—Gracias a Dios que has venido, Zulu —dijo poniéndose en pie—. Estoy preocupado por mi trabajo. Sabía que estaba mal pedirles a los blancos que llevaran a ese hombre a Windhoek.

—Son buenos hombres, hermano mío —dijo Temba. En todo caso, fui yo quien les pidió que lo hicieran. Intenta no preocuparte. Tu trabajo está a salvo.

Temba Zulu, con la enfermera ya calmada, emprendió el corto y accidentado trayecto hasta su casa. Se sentó en el sofocante calor del pequeño salón y encendió la televisión. Mientras que esperaba a que su mujer, Betty, regresara de su trabajo en el comedor de la dirección, limpió el viejo rifle Remington calibre 22 que utilizaría en la cacería del día siguiente. Aunque estaba maltrecho y desgastado, había afinado bien las miras y podía volarle la cabeza a una paloma a cien metros. Pero no iba a cazar pájaros. Lo que buscaba era el escurridizo *Steenbok*. En sus lugares secretos de caza había cazado muchos a lo largo del tiempo, y la carne era magnífica cuando se secaba y se curaba. Su amada esposa Betty regresó más tarde y preparó una comida a base de papilla y estofado, y luego ambos se retiraron a dormir. Se despertaron como de costumbre a las 6:00 y, antes de salir para el trabajo, Betty le había preparado a Temba un almuerzo para su viaje de caza.

—Ten cuidado con la moto —le advirtió en khoisan mientras le daba un beso de despedida—. Hasta luego.

Temba Zulú empaquetó con emoción su mochila de lona gruesa con el agua embotellada, un par de prismáticos, las municiones y los bocadillos. Miró el reloj y vio que eran más de las 7:00 de la mañana. Calculó que si conducía el quad a una velocidad constante de 40 km. por hora llegaría al conocido afloramiento rocoso a las 8:00 y allí empezaría la caza.

Salió de la pequeña casa, cerró la puerta y utilizó cuerdas elásticas para atar la mochila y el rifle al portaequipajes de la parte trasera del potente quad. El viaje hasta la puerta cercana al vertedero de la mina sólo duró diez minutos y, finalmente, giró hacia el oeste y se adentró en el vasto y llano vacío del desierto del Namib.

Temba Zulu aceleró la máquina y la puso a toda velocidad. Instintivamente, utilizó el sol para medir su dirección y se alegró con aquella familiar sensación de libertad y de expectativa por la caza. Cuarenta y cinco minutos más tarde, la silueta familiar del afloramiento rocoso que marcaba el lugar de caza apareció en el horizonte a través del espejismo del calor de primera

hora de la mañana. Al llegar, apagó el motor, se desató la mochila y el rifle y tomó asiento apoyando la espalda contra una roca. El silencio era completo y envolvente. Saboreó el momento mientras sacaba la botella de agua de la mochila y bebía de ella. Una hora más tarde, vio por primera vez un movimiento en el horizonte. Se acercó los prismáticos a los ojos y giró lentamente la rueda de enfoque hasta que la imagen fuera nítida.

—Sí —susurró al ver el pequeño grupo de antílopes—. Ahí están.

Temba Zulu sopesó sus opciones. Los animales estaban lejos. Más lejos incluso de la distancia normal para hacer un disparo. Sabía que podía ir en moto, pero al hacerlo corría el riesgo de asustar a las temerosas criaturas y salir perdiendo. *No. Pensó. Iré a pie.* Se puso en marcha y se aseguró de estar a contraviento de la brisa cálida y constante que soplabla desde el oeste. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, se acucilló sobre la arena cegadora y tostada por el sol y se llevó los prismáticos a los ojos. El pequeño grupo de animales seguía allí, pero era la distancia lo que le confundía. Se volvió para echar un vistazo al afloramiento rocoso donde había dejado la moto y vio que había recorrido al menos 800 metros. *Tendrás que viajar más lejos, Zulu.* pensó. Habían pasado diez minutos cuando Temba Zulu decidió que estaba lo suficientemente cerca como para efectuar el disparo. Si se acercaba más, correría el riesgo de alertar y dispersar a los animales. Lentamente, se tumbó en la arena ardiente y se llevó los prismáticos a los ojos. Los animales parecían detenerse alrededor de lo que parecía un montículo de arena cubierta de hierba. Supuso que se trataba de algún accidente geográfico que había desconocido hasta entonces. En silencio, y con gran paciencia, sacó una sola bala del bolsillo y la introdujo con cuidado en la recámara del arma. Temba Zulu estudió a su presa a través de las sencillas miras del viejo rifle.

Eligió al más grande del grupo, cerró el ojo izquierdo y apretó el gatillo mientras dirigía la mira hacia la cabeza del animal. El disparo sonó con un fuerte chasquido y al instante los demás animales huyeron despavoridos. Temba estaba seguro de haber hecho un buen disparo limpio a la cabeza, pero el animal que había elegido no aparecía por ninguna parte. Al sentirse algo confuso, se llevó los prismáticos a los ojos donde estaba tumbado y exploró la zona. No había ni rastro del cadáver ni de nada. Se puso en pie y se sacudió el polvo antes de dirigirse hacia donde se habían reunido los animales pequeños. Sólo cuando llegó al lugar vio el profundo barranco que se extendía bajo él. Examinó el suelo del cañón y vio que había brotes verdes de hierba en el suelo arenoso que había debajo. *Por eso estaban aquí,* pensó para sí. Fue entonces cuando vio al animal al que había disparado. Yacía al pie del barranco, cerca de una curva del antiguo lecho del río. Tenía un pequeño y limpio agujero en el cráneo, justo debajo de la oreja grande. Temba Zulu

sonrió para sus adentros. Había sido un disparo limpio y el animal había muerto al instante. *Qué bien.* Caminó por la ladera del cañón hasta que encontró un lugar por el cual podía descender sano y salvo. Aunque era empinado, había numerosos puntos de apoyo en las paredes y espinos de camello secos de los cuales agarrarse con las manos. En una ocasión, mientras descendía, se resbaló y se cayó sobre la mochila, pero pronto recuperó el equilibrio y llegó al fondo del barranco donde giró a la derecha para encontrar al animal muerto. El aire era más fresco allí abajo y cuando por fin llegó al lugar donde había caído el Steenbok, se sentó a la sombra y apoyó la espalda en la pared del cañón para recuperar el aliento. Con la mano derecha, palpó el suave vello del costado del animal. Era un buen ejemplar gordo y su carne aún estaba caliente por la matanza. Temba Zulu levantó la vista y pensó en la forma en la cual sacaría al animal muerto del barranco. Decidió que simplemente se lo cargaría al hombro y saldría por donde había entrado. Entonces se dio cuenta de que tenía mucha sed. Sacó la mochila de su espalda, sacó la botella de agua y bebió profundamente de ella. Al sentirse satisfecho, volvió a taparla y colocó la botella sobre la dura arena, cerca de la cabeza del animal. Fue entonces cuando vio la piedra. Estaba medio cubierta de arena fina y polvo, pero enseguida supo que era distinta de las demás. Las partes expuestas tenían un característico tono azulado y aspecto jabonoso. Temba Zulu se agachó y levantó la piedra del suelo con la mano derecha. Se liberó con cierto esfuerzo y la levantó para estudiarla con más detenimiento. La piedra era casi tan grande como una pelota de tenis y enseguida supo que era especialmente pesada. Con los dedos de ambas manos empezó a apartar de su superficie incontables años de polvo y tierra apelmazada, y a medida que lo hacía su excitación iba en aumento.

—Esto no puede ser real —se susurró a sí mismo en khoisan—. Seguro que estoy soñando.

Frenéticamente, volvió a abrir la botella de agua y empezó a verter el líquido sobre la piedra mientras la frotaba con los dedos y con la parte inferior de la camisa. Al hacerlo, se hizo más visible su color y se reveló la verdadera magnitud de su descubrimiento. La respiración de Temba Zulu se aceleró y levantó la piedra hacia el cielo con manos temblorosas. El extraño color azul pálido era espectacular incluso en su forma en bruto, sin cortar, y por lo que pudo ver, también tenía una claridad asombrosa. La bajó y la sujetó fuertemente con ambas manos mientras pensaba. Su mente bullía de posibilidades, pero estos pensamientos entraban en conflicto con su dedicación al trabajo y a la empresa. *¿Qué voy a hacer con este descubrimiento?* pensó. *Debo mantenerlo en secreto. Nadie debe saber nada. Ni siquiera Betty. Debo enseñárselo a mi jefe. Sí, Sr. Klopp, él sabrá qué hacer. Y me recompensará bien...*

Capítulo quince: Disparado

ME DESPERTÉ A LAS 6:00 de la mañana en punto y me senté de golpe en la cama. Aún estaba vestido y ni siquiera me había tapado con el edredón durante la noche. Maldije en voz baja, puse el agua a hervir y enchufé el nuevo portátil que había comprado. El proceso inicial de arranque fue tedioso, así que encendí la televisión y me di una ducha caliente mientras arrancaba. Cerré los ojos mientras el agua humeante corría por mi cuerpo y en mi mente oía una y otra vez las palabras de Danny. «Alguien debe haber manipulado el avión», había dicho con su cara de asombro y palidez mortal. «Es de lo más extraño». Sabía que, si tenía razón, existía la posibilidad de demostrarlo. El dispositivo de seguimiento que había colocado en el Mercedes negro del Sr. Heinrich Klopp era la clave. Era una posibilidad remota, pero sin duda merecía la pena intentarlo. Llamé al servicio de habitaciones mientras me secaba y pedí el desayuno. Después de vestirme, tomé una taza de café en el exterior y subí por una escalera hasta una de las torrecillas de la esquina del viejo edificio con aspecto de castillo. La mañana era fresca y clara y el cielo perfectamente azul. Mientras encendía mi primer cigarrillo, contemplé las colinas y montañas del oeste, donde estaba situada la mina Apex y había descendido el avión. Me di cuenta de que había estado en un estado de profundo shock desde el accidente y que desde entonces había actuado puramente por instinto. *Es hora de que te pongas las pilas, Green. Hay mucho que hacer.* Me encontré con el camarero mientras empujaba un carrito con mi desayuno y regresaba a la habitación. Le di una propina cuando se marchó y me senté a comer delante del portátil. Para ese entonces, la máquina había arrancado correctamente y pude conectarme fácilmente. Había un artículo en la portada del sitio web de un periódico local en el cual se decía que esa mañana estaba prevista una misión de rescate de un avión accidentado. El periodista añadía que, debido a la remota ubicación, se utilizarían helicópteros, pero advertía que, por los

avistamientos iniciales, había pocas esperanzas de que alguien hubiera sobrevivido. Y lo que es más importante, el artículo decía claramente que había dos personas a bordo. *Bien. Esto te sirve por ahora, Green.* A continuación, fui al sitio web del dispositivo de rastreo e inicié sesión. La seguridad del sitio era estricta y, antes de poder descargar la aplicación, me enviaron un código a mi teléfono. Cuando lo introduje, por fin pude descargarla. Golpeaba impacientemente el escritorio con los dedos mientras esperaba a que se abriera y se cargara. Recordé el día en que Danny llegó para llevarme a Windhoek desde la mina. Había sido hacia el mediodía, cuando él, Temba y yo habíamos metido el avión en el hangar para protegerlo de la tormenta de polvo que se avecinaba. Si Klopp había manipulado el avión, habría tenido menos de dieciocho horas para hacerlo. Sabía, por lo que recordaba del expediente de la compañía de seguros, que Klopp había trabajado como mecánico de aviones en las Fuerzas Aéreas alemanas antes de iniciar su carrera en la minería. Sin duda era posible que lo haya hecho y, de ser así, puede que el dispositivo de rastreo lo demuestre. Con esa idea en mente, introduje la fecha prevista para nuestra salida de las instalaciones de Apex. El programa de seguimiento tardó unos segundos en recopilar la información y exponerla en la pantalla, inicialmente muy pixelada, pero una vez que lo hizo, tuve un registro detallado de los movimientos del Mercedes negro durante todo aquel día. Me eché hacia delante en el asiento y estudié la pantalla. Los puntos de referencia familiares de las plantas trituradoras y el gran agujero estaban claros. Los movimientos del vehículo se trazaban en la pantalla con finas líneas azules. A la izquierda había un registro de tiempo que mostraba el tiempo que el vehículo había estado estacionado en cada lugar. El registro mostraba los movimientos del vehículo desde las 00:00 del día hasta la medianoche. Al ampliar la imagen, reconocí todos los lugares. Estaba la casa principal del complejo de los directivos, el comedor, la planta de trituración y las bóvedas. Klopp los había visitado todos, pero ni una sola vez se había aventurado a acercarse a la pista de aterrizaje o al hangar. Me sentí algo decepcionado, volví a sentarme en el asiento y me quedé mirando la pantalla mientras me alejaba. Danny, Temba y yo habíamos cenado juntos aquella noche y recordaba claramente haber visto el coche de Klopp estacionado frente a su casa por la noche. Volví a sentarme hacia delante y tecleé la fecha del día siguiente. Una vez más, la pantalla se pixeló y la información tardó en cargarse. Hasta que no se aclaró no lo vi. La información que tenía ante mí era tan clara como el día y las finas líneas azules lo confirmaban. Heinrich Klopp había salido de su casa en la oscuridad a la 1:02 del día que salimos de la mina. Se dirigió directamente al hangar de la pista de aterrizaje y permaneció allí hasta las 2:15 AM, cuando regresó a su casa. Había pasado por delante de la cabaña donde Danny y yo habíamos dormido.

—No puede ser —me susurré mientras lo asimilaba todo—. Oh, ahora te tengo.

Revisé el registro del resto del día, pero los movimientos del vehículo eran normales y como los del día anterior. *Danny tenía razón, Green. Klopp no tenía absolutamente ninguna razón para ir a ese hangar a esa hora, salvo la de joder a ese avión. Ninguna razón en absoluto. ¿Y ahora qué?* La mente me daba vueltas, agarré el paquete de cigarrillos, salí de la habitación y volví a subir a la torrecilla para fumar. Eran las 8:30 de la mañana y el día empezaba a calentarse. Una vez más, contemplé las montañas del Oeste mientras fumaba. *En el supuesto de que hoy recuperen los cuerpos del avión, aún habrá un largo retraso hasta que los investigadores del accidente aéreo terminen su trabajo. Incluso entonces puede que no sea evidente ni esté probado que algo haya sido manipulado. No hay nada malo en pasar desapercibido por el momento. Te dará tiempo para completar tu informe y estas nuevas pruebas se podrán presentar más adelante. Date tiempo para reflexionar. Cuando Klopp esté finalmente atrapado, podrás asegurarte de que esté bien atrapado. La paciencia es una virtud, Green. Por ahora, mantén la calma.* Volví a la habitación, hice el equipaje y salí del hotel. Mi plan era dirigirme a la pequeña ciudad costera de Swakopmund. Una vez allí, buscaría un hotel tranquilo, escribiría mi informe y esperaría las noticias del lugar del accidente. Una vez allí, decidiría cuándo y cómo presentar a mis superiores de la compañía de seguros mi experiencia como superviviente del accidente. La noticia sería sin duda una gran conmoción, pero no podía hacer nada al respecto. *Todo lo que necesitas es tiempo Green.* Sabía que Swakopmund estaba a unas tres horas y media en coche de la capital, Windhoek, así que escribí el destino en mi teléfono mientras subía al gran vehículo 4x4. Para entonces el calor era sofocante así que accioné el interruptor del aire acondicionado mientras el gran motor diésel retumbaba bajo el capó ante mí. Los enormes neumáticos todoterreno del vehículo crujieron sobre las piedras del estacionamiento mientras me adentraba en los agradables suburbios de la capital bajo el sol abrasador de la mañana.

Las indicaciones de mi teléfono me llevaron por un centro comercial y, finalmente, por una carretera circular que pasaba por el desvío de la sombría carretera C28 que había recorrido el día anterior. La miré con temor mientras conducía por la superficie asfaltada. Finalmente, salí a una autopista que pasaba junto a una universidad y salía de la ciudad en dirección norte. La autopista era moderna y había muy poco tráfico mientras pasaba a toda velocidad junto a las colinas y montañas áridas que había a ambos lados. El terreno montañoso continuó durante los siguientes cuarenta minutos, hasta que tuve que reducir la velocidad del vehículo para pasar por la pequeña ciudad de Okahandja. Una vez que me alejé, volví a aumentar la velocidad hasta llegar al cruce de Karibib. A partir de ahí, el paisaje circundante empezó a cambiar notablemente y se hizo más

llano y seco. Me detuve en una solitaria estación de servicio, compré un café y fumé un cigarrillo cerca del vehículo mientras bebía. Hacía un calor diferente al de la capital, Windhoek. Me recordaba a la mina. Allí el viento era como la ráfaga de un secador de pelo así que fue un alivio volver a subir al vehículo. El viaje continuó hasta llegar a la pequeña ciudad minera de piedras preciosas de Usakos. Este remoto puesto marcaba el final de la arboleda y el comienzo del desierto. Aunque estaba un poco deteriorado, el pequeño pueblo estaba limpio y la señal que marcaba el desvío a la derecha hacia Swakopmund era clara. La carretera era larga y recta; las arenas planas brillaban a la luz del sol y temblaban en los espejismos del horizonte. Finalmente, pasé la solitaria montaña Spitzkop a la derecha. Sus afilados picos de granito sobresalían del desierto circundante y los puestos de lona harapienta y plástico de los comerciantes de piedras semipreciosas ondulaban al viento polvoriento en el desvío. A partir de ahí todo era desierto y nada más. La carretera estaba tranquila, salvo por la presencia de algún vehículo pesado que transportaba mercancías desde el puerto de Walvis Bay. El paisaje llano y sin rasgos distintivos era crudo y brutal en su vacío, y durante un rato tuve una sensación de aislamiento similar a la que había experimentado en la mina. Pero mi mente estaba preocupada por el recuerdo de la pantalla del portátil con las líneas azules que mostraban el camino que había seguido Klopp aquella noche cuando había visitado el hangar. Mis pensamientos permanecieron en él mientras conducía por la larga carretera recta que parecía llevar a ninguna parte. Pasó una hora cuando vi por primera vez las dunas en el horizonte frente a mí. Al principio, no estaba seguro de lo que estaba viendo, pero a medida que me acercaba se revelaba su verdadera magnitud. Más tarde supe que eran de las más grandes del mundo. Espectaculares por su tamaño y su belleza barrida por el viento, los gigantes amarillos se extendían hasta donde llegaba mi vista y marcaban el punto en donde el desierto del Namib se encontraba con el océano Atlántico. Poco después, llegué a las afueras de la diminuta ciudad costera de Swakopmund.

La carretera principal conducía directamente a la ciudad y enseguida quedé sorprendido por lo que parecía una aldea bávara perfectamente conservada que parecía haber sido físicamente sacada de Alemania y colocada en medio del desierto. El pueblo era un surrealista vestigio colonial con edificios alemanes de entramado de madera y estaba claro que los arquitectos habían decidido que se pareciera lo más posible a la patria alemana. Seguí conduciendo lentamente por la pintoresca ciudad hasta que llegué al final de la carretera, junto al océano. Las frías aguas verdes del Atlántico rompían en olas en la playa de arena que había debajo. Estacioné el vehículo frente al largo muelle que se extendía hacia el mar. Mientras una bandada de gaviotas revoloteaba con la brisa marina, me sentí aliviado al notar que la temperatura había bajado

considerablemente en comparación con el calor del desierto. A mi derecha había un gran edificio de madera levantado sobre pilotes de hormigón que parecía un restaurante. A la izquierda, una franja de hierba verde con palmeras recorría el paseo marítimo hasta el final de la ciudad, donde las dunas se encontraban con el océano. Salí del vehículo y me estiré mientras respiraba el aire salado del mar. Abajo, en la playa, los niños jugaban y varios grupos de turistas deambulaban por la playa recogiendo caracolas. Encendí un cigarrillo y busqué en mi teléfono algún alojamiento decente. Había varios hoteles, algunos modernos y caros, pero me decidí por un alojamiento llamado Keystone Lodge. Situado en una casa antigua a un par de calles del paseo marítimo, parecía limpio y cómodo. Llamé al número de teléfono y me atendió inmediatamente una señora de habla inglesa que hablaba con acento afrikáans. Una vez que reservé la habitación, volví al vehículo e introduje la dirección en mi teléfono. No necesitaba preocuparme, pues encontré el lugar a unos doscientos metros de donde había estacionado. El edificio era una antigua casa colonial que había sido renovada y tenía habitaciones nuevas. Los jardines eran verdes y agradables, y delante había un patio con una pérgola y una fuente. Aparqué el vehículo ante la puerta principal y entré en la recepción. Me recibió la señora que había contestado a la llamada y rellené el formulario de reserva. Una vez que terminé, me condujo a mi habitación, que tenía una galería privada en la parte delantera. El espacio era luminoso y estaba equipado con todas las comodidades modernas que uno puede esperar. La señora me entregó un mapa brillante de la ciudad y me preguntó si quería estacionar dentro de la propiedad, en la parte trasera.

—Es una ciudad tan pequeña —me dijo—. Puedes ir andando a todas partes y el vehículo estará seguro.

Acepté y conduje el vehículo por la parte trasera de la propiedad, donde un guardia de seguridad me abrió una puerta corrediza. El guardia me ayudó a bajar el equipaje y a llevarlo a mi habitación, donde encendí el ventilador de techo y coloqué el portátil en el escritorio, cerca de la ventana. Por último, me senté en la silla y me quedé mirando el tranquilo jardín aislado con la cascada que goteaba en el exterior. *Esto es perfecto Green. Tendrás la paz y la tranquilidad que necesitas para hacer el informe y nadie se dará cuenta.* Me conecté a Internet y busqué noticias del lugar del accidente. No había actualizaciones disponibles, así que encendí la televisión para ver si había alguna mención al respecto en las noticias locales. De nuevo, no había nada. Toqué el escritorio con los dedos con impaciencia y miré el reloj. Eran las 14:30 y estaba hambriento. Levanté el mapa brillante que me había dado la recepcionista y lo miré. En él figuraban varios

hoteles, tiendas turísticas y restaurantes y, como me había dicho la señora, todos estaban a poca distancia a pie. Una vez que me decidí, cerré el portátil, cerré la puerta con llave y salí a pie.

La tarde había empezado a nublarse y entraba una brisa fresca y constante procedente del océano. Con el mapa en la mano, subí por la calle entre las hileras de edificios y casas antiguas. Finalmente, llegué a la calle principal y pasé junto a las antiguas fachadas de vigas de madera de la iglesia luterana y la Woermannhaus. A la izquierda, colina abajo, pude ver el faro con sus características bandas rojas y blancas brillantes y su cúpula. Las anchas calles estaban impecables y se respiraba un aire de tranquilidad. Me relajé por primera vez en mucho tiempo. Pronto encontré un viejo pub llamado Cookie's a la derecha de la calle. Al entrar, los desgastados suelos de madera crujieron bajo mis pies. El local estaba casi vacío, pero detrás de la barra había un joven camarero mirando el móvil. Se levantó en cuanto entré.

—Buenas tardes, señor —dijo.

—Hola —le contesté—. Quería comer algo. ¿Está abierta la cocina?

—Por supuesto, señor. Por favor, siéntese donde quiera.

Pasé para ver la zona del restaurante. Era una gran sala oscura con altos techos de vigas de madera y mesas con bancos. Estaba claro que lo habían diseñado para que pareciera una cervecería bávara. Me decidí por una mesita en la barra, cerca de las ventanas delanteras, y me senté. El camarero me preguntó si quería tomar algo, y le contesté que tomaría una pinta de cerveza. Me la entregaron en una jarra junto con el menú. Me decidí por el rosbif y le hice el pedido al joven, que se dirigió a la cocina para decírselo al cocinero. Encontré el Wi-Fi gratuito en mi teléfono y volví a buscar noticias del lugar del accidente. Aun así, no había nada, así que le di un sorbo a la cerveza mientras miraba por la ventana la calle del fondo mientras el sol empezaba a descender sobre el océano. *Tranquilo Green. Esta noche habrá noticias, sin duda. Estás aquí sano y salvo y nadie lo sabe. Tranquilo.*

El rosbif estaba excelente, servido con verduras, salsa y una potente salsa de rábano picante. La ración era enorme y cuando terminé ya había pedido una segunda cerveza. Eran las 16:00 cuando por fin salí del pub y me adentré en el aire fresco de la tarde para fumar un cigarrillo. En lugar de volver directamente a la pensión, decidí dar un breve paseo por la ciudad. Terminé girando a la derecha y pasé por delante de la antigua estación de ferrocarril, convertida en un hotel de lujo. El edificio, resplandeciente de blanco y verde, era posiblemente el más grandioso de todos los edificios antiguos, rodeado de césped verde y palmeras. Seguí caminando por la calle hasta llegar a la carretera de la playa, donde giré a la izquierda. Pasé junto al museo y el faro, crucé el rompeolas hasta la arena y continué hacia el muelle. Los últimos vendedores de artesanías

estaban recogiendo sus cosas mientras yo subía y pasaba por debajo del restaurante elevado de la cabecera del muelle.

Eran casi las cinco de la tarde cuando regresé a la habitación y coloqué el portátil sobre el escritorio para escribir mi informe. Antes de empezar, consulté los sitios de noticias e inmediatamente vi que había actualizaciones. La noticia principal del principal sitio web de noticias de Namibia detallaba un proceso de licitación fallido para un proyecto chino de construcción de carreteras, pero el accidente aparecía justo debajo. El artículo decía: «Esta tarde se han recuperado los cadáveres de dos hombres en el lugar donde se estrelló una avioneta. La avioneta había caído hace dos días en una remota zona montañosa entre Windhoek y Walvis Bay. Ambos cadáveres estaban calcinados y prácticamente irreconocibles. Los investigadores del accidente aéreo habían iniciado las comprobaciones preliminares, pero debido a la remota ubicación del lugar, tardarán un tiempo en finalizar su trabajo. Sin embargo, los primeros resultados indican que el accidente se debió a un fallo del motor».

Me senté después de releer el breve artículo. *Es como esperabas Green. Es como todos esperaban. Esto es bueno. Ahora sigue con tu trabajo.* Empecé a mecanografiar mi informe, en el que resumía mis actividades desde el momento en que llegué a Namibia. Sabía perfectamente que la empresa esperaba que fuera minucioso. Mis descubrimientos tendrían que demostrar, sin lugar a duda, que realmente había negocios turbios en la operación de Apex Resources en Namibia. El informe sería minuciosamente examinado por muchos, si no todos, los altos cargos de las diversas organizaciones, y no habría lugar para el error. En el proceso participarían auditores forenses y contables, así que lo que yo produjera tendría que ser completamente hermético. Eran las 17:56 cuando vi parpadear el diminuto icono de la esquina inferior derecha de mi pantalla. Había movimiento en casa de Heinrich Klopp. Aunque mi instinto me decía que lo ignorara, me picó la curiosidad y lo pulsé. Como era de esperar, las pequeñas ventanas que mostraban la vista de cada cámara oculta se ampliaron y volví a hacer clic en la que mostraba movimiento. Heinrich Klopp estaba de pie en la cocina, cerca del salón de su casa. Observé cómo se servía un vaso de agua de una botella que había sacado de la nevera. El hombretón iba vestido con su atuendo habitual y permanecía de pie junto a la encimera mirando a la cámara mientras bebía. Cuando terminó el agua, dejó el vaso con cuidado sobre la encimera y, apoyándose en ambas manos, se quedó mirando hacia lo que imaginé que eran las cortinas abiertas de las ventanas de su casa. Parecía algo melancólico o quizá sumido en sus pensamientos. *Has leído las mismas noticias que yo, ¿verdad, Klopp? Sobre el accidente y los dos cadáveres. Aunque no parece haberte preocupado demasiado. Un día más, ¿no? Bueno, por*

ahora puedes relajarte. Pero te aseguro que quedarás al descubierto. En ese momento, Klopp se levantó la muñeca izquierda y miró el reloj. *Poco antes de las seis de la tarde. Hora de cenar para Heinrich. No llegues tarde.* Justo a tiempo, levantó el vaso vacío de la encimera y se volvió para depositarlo en el lavabo, detrás de él. Después atravesó el salón y se perdió de la vista de la cámara al salir del edificio. Observé cómo parpadeaba el icono de seguimiento del vehículo. Como de costumbre, Klopp había decidido ir en coche al comedor en lugar de dar el corto paseo cuesta abajo. *Eso es lo que me gusta de ti, Klopp. Eres predecible. Aparte de eso, no tienes muchas más cualidades que te rediman.* Minimicé las pantallas de las cámaras de la casa, ahora inactivas, y continué con mi informe. A las 18:30 me senté y miré lo que había escrito. Calculé que tal vez había terminado una cuarta parte, pero ya me sentía rígido y cansado. Me levanté y salí al fresco atardecer para fumar un cigarrillo cerca de la pérgola del jardín. El sol había desaparecido por detrás de los edificios del otro lado de la calle y la luna estaba saliendo por el este. La somnolienta ciudad de Swakopmund estaba en silencio y no había tráfico en la carretera. Escuché el goteo del agua de la fuente y, mientras fumaba, mis pensamientos se volvieron hacia Danny, su familia y su novia. Suspiré profundamente al imaginar su angustia ante las noticias del lugar del accidente. Pensé en los títulos de propiedad y en el anillo de compromiso que me había mostrado con tanto orgullo y que me había entregado justo antes de la explosión. *Puedes entregárselos personalmente, como prometiste Green. Todo a su debido tiempo.* El sol se había puesto por completo cuando volví a entrar en mi habitación. Lo último que me apetecía era seguir con el informe, pero me obligué a trabajar durante una hora más hasta que el icono de las cámaras volvió a parpadear en la esquina inferior derecha de la pantalla. Luché contra el impulso de hacer clic en él, pero sucumbí al cabo de unos segundos. Heinrich Klopp había vuelto de cenar y estaba sentado en su mesa del estudio atendiendo unos asuntos. El pequeño micrófono de la cámara emitía un leve ruido, así que ajusté el volumen de mi propio aparato para oír mejor. Una vez que lo hice, me quedó claro de qué sonido se trataba. El hombre silbaba suavemente para sí mismo mientras trabajaba en su ordenador particular, pero yo no tenía ni idea de qué melodía se trataba. Así es, Klopp. Tú y yo. Nos estamos poniendo al día con un trabajo importante. Disfruta de la velada. Minimicé la pantalla de visualización de la cámara, bajé el volumen un par de niveles para que el sonido no me molestara y seguí con mi propio trabajo. Pasaron exactamente diez minutos cuando oí el débil pero claro timbre de la puerta. El sonido procedía de la habitación delantera de la casa de Klopp e inmediatamente dejé de hacer lo que estaba haciendo y pulsé el icono de la cámara para que apareciera el conjunto de pantallas. Al principio, sentí curiosidad por saber quién había llegado a casa de Klopp, pero entonces

volvieron a atormentarme los recuerdos de los sádicos sucesos que había presenciado en su «calabozo». No deseaba volver a presenciar nada parecido, pero vi cómo Klopp salía del despacho y atravesaba el salón para abrir la puerta principal. Volví a subir el volumen mientras él salía de mi campo de visión para saludar a quienquiera que estuviera en la puerta. Se oyeron dos voces apagadas, ambas masculinas, y me incliné hacia delante para escuchar. Al cabo de un rato, los dos hombres entraron en mi campo de visión y entonces vi quién era el visitante. No podía equivocarme. Era mi amigo, el joven capataz, Temba Zulu. Estaba allí de pie, todavía en traje de faena, con una pequeña mochila colgada del hombro derecho. Por fin, los dos hombres estaban lo bastante cerca de la cámara oculta para que pudiera oírlos hablar con claridad.

—No estoy nada contento, esto es de lo más inusual Temba —dijo Klopp, claramente molesto—. ¿No podía haber esperado a mañana?

—Le pido disculpas, pero es importante, señor. Muy importante —dijo Temba con serenidad—. Si me concede cinco minutos de su tiempo, se lo enseñaré.

—¿Dices que tiene que ver con nuestro trabajo aquí en la mina? —preguntó Klopp.

—Sí, señor —respondió Temba—. He hecho un descubrimiento.

—Muy bien —dijo Klopp con un suspiro dramático—. Siéntate a la mesa.

Hizo un gesto hacia la mesa del comedor situada detrás de la zona de asientos. Temba se acercó y tomó asiento a la izquierda de la mesa, mientras Klopp se sentaba frente a la cámara. La luz que había sobre la mesa me permitía ver perfectamente la reunión. Como despertó mi interés, me senté adelante del ordenador y esperé. Temba se sacó la pequeña mochila del hombro y la colocó sobre la mesa, frente a él.

—Señor Klopp, no sé si sabe que, en mis días libres, de vez en cuando voy a cazar al desierto —dijo Temba.

—No —respondió Klopp con impaciencia—. No lo sabía, pero continúa, por favor.

—Bueno, señor —dijo Temba—, hace dos días salí a cazar con el quad. Fui a mi lugar habitual, a unos cuarenta kilómetros de aquí. Mi caza me llevó más lejos de lo habitual y, al final, tuve que bajar por un cañón. Pero mientras estaba en ese cañón encontré esto.

Temba abrió la cremallera de la mochila y sacó algo redondo y pesado envuelto en un paño de cocina. Colocó el objeto en el centro de la mesa y empezó a desenvolverlo metódicamente. Klopp lo observó con una ceja levantada, pero se sentó en cuanto lo descubrió. Yo hice exactamente lo mismo, pero a mí me pareció simplemente un trozo de roca. Heinrich Klopp levantó el objeto hacia la luz y lo hizo girar en su mano.

—*Ich glaube es nicht* —dijo en voz baja—. No me lo creo.

El silencio en la sala era ensordecedor mientras el hombretón giraba la piedra una y otra vez a la luz. Finalmente, volvió a colocarla sobre el paño de cocina en el centro de la mesa y habló.

—Por favor, siéntate aquí un momento, Temba —dijo con calma—. Necesito buscar algunas herramientas.

—Por supuesto, señor —respondió Temba.

Klopp se levantó y oyó cómo la silla rozaba las baldosas al hacerlo. Se dio la vuelta y caminó por el pasillo, y vi el destello de la cámara que indicaba que había entrado en su despacho. Con un simple clic en la alfombrilla del ratón, mi vista cambió al despacho y vi cómo Klopp rebuscaba en el cajón de su escritorio. Sacó dos objetos y salió rápidamente de la habitación. Hice clic en el icono de la cámara del salón y vi cómo volvía a sentarse a la mesa y colocaba los dos objetos delante de sí. Levantó el más grande de los dos y habló.

—Esto es un comprobador de diamantes Temba —dijo Klopp con calma—. Comprobaré las propiedades térmicas junto con otros factores. Ahora probaré esta piedra.

—Sí, señor —dijo Temba—. Adelante, por favor.

Heinrich Klopp pulsó un botón de la pequeña máquina portátil. Emitió un pitido y vi claramente la pequeña luz roja que se iluminaba en su lateral. Una vez más, levantó la piedra y la acercó a la luz. Con la mano derecha, acercó la punta del instrumento a la superficie de la piedra. Una hilera de luces rojas, amarillas y verdes se iluminó en el lateral del aparato y éste emitió un único pitido agudo. Al cabo de un segundo se volvió a encender la luz verde y se emitió otro pitido. Heinrich Klopp repitió este proceso en varias superficies de la piedra hasta que quedó satisfecho. Volvió a colocar el comprobador sobre la mesa y cogió el segundo objeto más pequeño. Resultó ser una lupa de joyero que se colocó en la cuenca del ojo derecho. Se acercó la piedra a la cara y la estudió minuciosamente, haciéndola girar en la mano. Por último, retiró la lupa y volvió a colocar la piedra sobre el paño de cocina. Heinrich Klopp apoyó ambas manos en el borde de la mesa y se sentó en silencio a contemplar la piedra que tenía delante. Para entonces yo estaba totalmente hipnotizado, sentado pegado a la pantalla.

—Temba —dijo Klopp.

—Sí, señor.

—Se trata de un diamante y me gustaría felicitarte por este descubrimiento —dijo en voz baja con su acento alemán—. Puede que sea uno de los más importantes de la historia del sur de África.

—Gracias, señor Klopp —dijo Temba—. Sabía que tenía que traértelo directamente.

Heinrich Klopp se movió nervioso en su asiento, pero sus ojos no se apartaron de la piedra que tenía sobre la mesa.

—Temba —dijo en voz baja—. ¿Se lo has contado a alguien?

—No, señor —respondió—. Eres el primero en saberlo.

—¿Ni siquiera a tu esposa Betty? —preguntó Klopp.

—No se lo he contado a nadie, señor —respondió Temba—, ni siquiera a mi esposa.

—Ya veo —dijo Klopp rascándose la barbilla, pensativo—. ¿Y dices que hiciste este descubrimiento en el desierto, no muy lejos de aquí?

—Sí, señor —respondió Temba—. A unos cuarenta o cincuenta kilómetros de aquí.

—¿Y serías capaz de llevarme hasta allí, o tal vez enseñármelo en un ordenador? —preguntó Klopp.

—Sí, señor —respondió Temba con diligencia—. Puedo enseñártelo.

Estaba claro que la actitud de Klopp había cambiado. Ya no era enérgico e impaciente en su trato con Temba. Desde que vio la piedra, era como si se hubiera vuelto enfermizamente dulce. Esto me alarmó un poco, pues sabía muy bien de lo que era capaz cuando se trataba de dinero. Los dos hombres permanecieron sentados unos minutos más discutiendo el lugar del hallazgo. Klopp preguntó otras tres veces si Temba se lo había dicho a alguien. Una vez más, se mostró completamente resuelto e insistió en que no se lo había dicho a nadie. Al parecer, esto tuvo un efecto tranquilizador en Klopp, pero yo, por mi parte, estaba preocupado. Allí estaba yo, sentado a cientos de kilómetros de los acontecimientos que estaba presenciando en directo a través de las cámaras, y no podía hacer nada. Era fascinante y alarmante al mismo tiempo. En un momento dado, a Temba incluso le ofrecieron una bebida. Se negó educadamente y la conversación continuó. Una de las preguntas de Klopp fue si Temba había visto indicios de otros diamantes en el yacimiento. Contestó que no, y que al encontrar el que había presentado, había vuelto a la mina inmediatamente. A Klopp le pareció verosímil esta declaración, teniendo en cuenta el gran tamaño de la piedra. Sentí unas ganas desesperadas de fumar un cigarrillo, pero no podía dejar de mirar la pantalla. La conversación se desvió una vez más hacia la ubicación del hallazgo. Era evidente que Klopp estaba haciendo todo lo posible por tranquilizar a Temba. Una y otra vez levantaba la piedra y la acercaba a la luz.

—¡*Tolle!* —repetía en alemán como asombrado—. Asombroso.

Finalmente, acordaron traer un ordenador para que Temba señalara la ubicación exacta del hallazgo en Google Maps.

—Es importante que esto quede debidamente registrado antes de proceder a cualquier trabajo de exploración —explicó Klopp.

Temba accedió con su habitual y educada profesionalidad y permaneció sentado a la mesa mientras Klopp regresaba al despacho. Inmediatamente hice clic en la cámara correspondiente para mirar. Lo que ocurrió a continuación fue lo que me produjo un escalofrío helado e hizo que mi cuerpo se pusiera rígido de miedo. Al llegar al despacho, Heinrich Klopp abrió inmediatamente el armario y sacó la pistola Luger que yo había visto. Miró por encima del hombro, sacó el cargador y comprobó la recámara antes de colocarla en la estantería.

—Oh, por Dios, no —susurré para mis adentros—. No, no, no. Por favor, no.

A continuación, desenchufó su propio portátil y lo llevó de vuelta a la sala de estar, donde Temba estaba esperando. Miré alrededor de la sala donde estaba sentado sintiendo que tenía que estar haciendo algo. Pero no podía hacer nada. Nada excepto observar y esperar. Heinrich Klopp colocó el ordenador delante de Temba y se colocó detrás de él, inclinándose sobre su hombro izquierdo mientras empezaba a trabajar.

—Ahora Temba —dijo—. Voy a mostrar nuestra ubicación actual aquí en la mina en Google Maps y luego ambos podremos intentar localizar el lugar donde encontraste esta piedra.

—Sí, señor —dijo Temba mientras se inclinaba hacia delante y estudiaba la pantalla.

La pantalla proyectaba un tono azulado sobre sus rostros al empezar. Temba se sentó pacientemente mientras Klopp trabajaba con la alfombrilla del ratón murmurando de vez en cuando. Lo que Temba no podía ver eran los ojos de Klopp. Pasaban constantemente de la pantalla a la gran piedra redonda que aún yacía sobre el paño de cocina frente a ellos.

Estaba claro que aquel hombre estaba obsesionado. A pesar de la frescura de la costa, yo sudaba profusamente y me temblaban ligeramente las manos mientras miraba. La escena que se desarrollaba ante mí era completamente surrealista y en más de una ocasión tuve que luchar contra el impulso de pellizcarme. Los dos hombres permanecieron en su posición mientras miraban la pantalla murmurando en voz baja. Al cabo de lo que pareció una eternidad, ambos hombres señalaron la pantalla y Klopp se irguió.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que éste es el lugar Temba? —preguntó.

—Conozco muy bien este lugar, señor —respondió—. He pasado muchos días allí cazando y conozco este afloramiento de rocas como la palma de mi mano.

—¿Y el barranco donde encontraste esta piedra? —preguntó Klopp.

—Eso es, señor —dijo Temba señalando de nuevo la pantalla—. Cien por ciento.

—Perfecto, bien —dijo Klopp—. Antes de registrar estas coordenadas necesito traer algo de mi despacho. Espera aquí, por favor.

—Sí, señor —dijo Temba alegremente.

Observé horrorizado cómo Klopp se alejaba de la línea de visión de la cámara y mi mano tembló al pulsar el icono parpadeante de la cámara del despacho. Mi respiración se volvió rápida y pesada al ver cómo tomaba la pistola de la estantería y se la metía en el cinturón por detrás de la espalda.

—¡Dios mío, no! —dije en voz alta mientras levantaba las manos y me las pasaba por el pelo—. ¡Por favor, no!

En ese momento se me secó la boca y las cosas empezaron a aparecer a cámara lenta. Vi cómo salía de la habitación y se volvía hacia el salón. Se fue con calma y en silencio, y mi mano tembló violentamente al pulsar la cámara del salón. La vista mostraba a Temba sentado tranquilamente donde le había visto por última vez, en la mesa, mirando la pantalla del ordenador. Heinrich Klopp entró en la sala y habló sin interrumpir su discurso.

—Tengo una pregunta más Temba —dijo mientras llegaba detrás del hombre sentado y señalaba la pantalla—. Este afloramiento rocoso...

En el momento exacto en que Temba se sentó hacia delante para mirar la pantalla, Heinrich Klopp sacó la pistola del cinturón que llevaba a la espalda con la mano derecha. Con una precisión perfectamente calmada, la levantó y la apuntó a la nuca del joven. El disparo fue repentino y su sonido se distorsionó en mi altavoz. Esperaba que la cabeza del joven se moviera violentamente hacia delante, pero no fue así. La bala le atravesó la nuca y se detuvo en algún lugar de la cavidad craneal. Su cuerpo se desplomó inmediatamente hacia delante y un espeso río de sangre oscura brotó del limpio agujero de la nuca. Inmediatamente, Klopp llevó la mano izquierda hacia atrás y le agarró la frente mientras caía hacia delante. Llevó suavemente el cuerpo hacia atrás para permitir que el chorro de sangre cayera sobre las baldosas de abajo. La cabeza de Temba colgaba hacia atrás drenando sin cesar la espesa mezcla de sangre y sesos. Me quedé atónito ante la repentina tranquilidad y el silencio de la escena que acababa de reproducirse en directo desde la pantalla que tenía delante. Con los ojos clavados en el espectáculo, suspiré profundamente y me llevé la mano derecha a la boca para reprimirme. No me resultaba extraña la muerte violenta, pero ésta era de algún modo diferente y bastante inusual por su calma. Heinrich Klopp se dirigió rápidamente hacia las cortinas que había bajo la cámara y se perdió brevemente de vista mientras miraba al exterior. Parecía satisfecho y volvió a la mesa y colocó la pistola junto al ordenador portátil.

Ignorando por completo al muerto que tenía al lado, se sentó y cogió la piedra del centro de la mesa. Una vez más, la acercó a la luz y la estudió durante un buen minuto. Me quedé observándolo en un silencio hipnotizador. Fue entonces cuando mi respiración empezó a calmarse, miré brevemente alrededor de la habitación y parpadeé. *¿Qué demonios?* Al final, Heinrich Klopp se volvió y miró al muerto que estaba sentado a su lado. Estudió el cadáver durante un momento, como si estuviera decidiendo qué hacer a continuación. Su rostro carecía por completo de emoción. Luego, con una última mirada a la piedra, se levantó y caminó en silencio por el pasillo. Hice clic en el icono parpadeante de la cámara de la oficina y vi cómo apartaba tranquilamente el cuadro de la pared para dejar al descubierto la caja fuerte oculta. Con unos cuantos giros hábiles de la combinación, la gruesa puerta se abrió y él colocó cuidadosamente la piedra en su interior. Heinrich Klopp salió del despacho y caminó por el pasillo en dirección al salón. Lo vi pasar junto a la mesa del comedor y entrar en la cocina. Salió un minuto después con una bolsa de plástico y una cuerda elástica en la mano. Rápidamente colocó la bolsa sobre la cabeza de Temba y le rodeó el cuello con la cuerda elástica para impedir que siguiera saliendo sangre y materia cerebral. A continuación, desapareció en su dormitorio para salir unos minutos después con un traje de trabajo azul oscuro. En una clara demostración de su fuerza, levantó el cuerpo inerte de la silla sujetándolo por debajo de los brazos. Lo arrastró por la cocina y salió por la puerta trasera. Los zapatos que arrastraba dejaron una mancha oscura de sangre en las baldosas. Heinrich Klopp regresó por la puerta trasera un minuto después. En las manos llevaba un balde y una mopa. De espaldas a la cámara, abrió la canilla del lavabo y esperó a que se llenara de agua. Vi cómo movía lentamente la silla en la que se había sentado Temba y empezaba a fregar el suelo. Lo hizo lenta y cuidadosamente a lo largo del rastro de sangre, enjuagando la mopa con regularidad, hasta limpiar el suelo. Después de volver a enjuagar la mopa y el balde, recogió tranquilamente su ordenador portátil y regresó a su despacho como si no hubiera pasado absolutamente nada. Miré el reloj y vi que acababan de dar las once y media de la noche. Volví a mirar mi pantalla y vi que Klopp se había puesto a trabajar en su ordenador al igual que antes. No había ni rastro de tensión o preocupación en su rostro. El resplandor azulado de la pantalla acentuaba sus brutales rasgos angulosos y sus labios crueles parecían aún más finos. De repente, la realidad de lo que acababa de presenciar me golpeó y sentí que la bilis me subía por la garganta.

Cerré los ojos, sacudí la cabeza y salí de la habitación hacia el jardín. Mi mente daba vueltas así que paseé por el jardín a la luz de la luna, confundido y con el estómago revuelto. El aire fresco era un tónico, así que decidí dar un paseo. Cerré la habitación y salí de la residencia por la

puerta principal. Las calles estaban bañadas por el vapor amarillo de la niebla que llegaba del océano. En el cruce giré y me dirigí hacia el embarcadero, el olor a sal llenaba mis fosas nasales. Cruzé la carretera desierta frente al mar y me dirigí hacia el embarcadero. Los trescientos metros de camino hasta el final estaban iluminados por antiguas farolas de hierro a ambos lados y las barandillas de madera estaban blanqueadas con excrementos de gaviota. Debajo mío, en la oscuridad, las olas chocaban repetidamente, y en más de una ocasión oí los ladridos y graznidos de las focas en el agua. El viento que llegaba del océano era fresco y estaba cargado de humedad, pero me ayudó a despejar la mente. Llegué al final del muelle y saqué el paquete de cigarrillos del bolsillo. Protegí el mechero del viento, encendí el cigarrillo y me quedé mirando el oleaje gris y espumoso. *Este hombre es un psicópata, Green. Un delincuente, un sádico, un psicópata y un homicida despiadado. Durante tu guardia, ha acabado con la vida de dos jóvenes brillantes que tenían un gran futuro por delante. Ha intentado matarte. Es un megalómano y no se detendrá ante nada. Por su culpa ha habido y habrá mucho dolor y sufrimiento. Hay que detenerlo.* Medité mis próximos movimientos mientras fumaba, y finalmente saqué el teléfono del bolsillo. Me desplazé hacia abajo hasta encontrar el número guardado de Heinrich Klopp y empecé a escribir un mensaje de texto.

«Klopp, soy Green. Estoy vivo. Sé todo. Iré a buscarte...»

Capítulo dieciséis: Green

ERA LA UNA DE la madrugada cuando volví a la residencia y estaba hirviendo de rabia. Inmediatamente abrí el portátil y entré en la aplicación del conjunto de cámaras de la casa de Klopp. Todas estaban activas, pero no había ningún movimiento. *¿Quizá en la cama? Seguro que no.* A continuación, abrí la aplicación de seguimiento de vehículos y me senté impaciente mientras la pantalla pasaba de estar pixelada a mostrar la ubicación y el historial de viajes del Mercedes negro. Mientras esperaba, golpeé con los dedos la superficie del escritorio. Finalmente, la información se procesó y la pantalla se despejó. El mapa mostraba el terreno con luz diurna para facilitar su uso, aunque en realidad era plena noche. Estaba claro que el vehículo se había movido y había recorrido una buena distancia desde la mina. Acerqué el mapa y vi la delgada línea azul que indicaba que Klopp había salido de la mina por la salida Norte, cerca de los vertederos, y se había adentrado en el desierto unos veinte kilómetros. *Está tirando el cuerpo, Green. Deshaciéndose de él donde cree que nunca lo encontrarán. De eso no hay duda.* Me quedé mirando la imagen durante unos minutos, preguntándome qué era exactamente lo que estaba haciendo en aquel preciso momento. Al final, me di cuenta de que simplemente estaba perdiendo el tiempo. Las coordenadas exactas del viaje de Klopp quedarían registradas y almacenadas en la nube, y sin duda se utilizarían cuando llegara el momento de procesarlo. También existía la posibilidad de que el cuerpo del clasificador de diamantes desaparecido también estuviera allí. *Un perro siempre vuelve a su vómito.* A continuación, abrí Google Maps para buscar indicaciones sobre cómo llegar a la mina Apex. Resultó que la carretera que iba a tomar era la misma carretera de tierra C28 que había utilizado para volver a Windhoek desde el lugar del accidente. De sólo pensarlo me venían un montón de malos recuerdos. En la pantalla, la carretera era una pista de grava sin asfaltar que conducía al este a través de los páramos llanos

del desierto hasta llegar finalmente a las montañas del paso de Boshua. Desde allí ascendía por una empinada cuesta y serpenteaba por las colinas hasta llegar finalmente a la capital. Una rápida búsqueda en Google confirmó que se trataba de una de las carreteras menos transitadas del mundo, clasificada como «peligrosa», con interminables tramos de desierto, charcos de arena, grandes desniveles y pronunciadas pendientes. *Será mejor que el vehículo esté en buenas condiciones para este recorrido, Green.* Me levanté, cerré la puerta que había detrás mío y rodeé la parte delantera de la residencia hasta llegar a la zona de estacionamiento.

El guardia de seguridad se sorprendió al verme llegar tan temprano y se levantó inmediatamente para preguntarme si todo iba bien. Le dije que todo estaba bien, pero que me iría pronto y que quería echarle un vistazo al vehículo antes de partir. Inmediatamente accionó un interruptor en la pared trasera que iluminó la zona de estacionamiento. Abrí el enorme 4x4 y empecé a revisarlo a fondo con la ayuda del guardia, que me sostuvo la linterna. Afortunadamente, todo lo que me había prometido la empresa de alquiler de coches estaba allí y funcionaba correctamente. Incluso había una fuente de alimentación para un ordenador portátil, un mini compresor de aire y un kit de reparación para neumáticos pinchados, además de una caja de herramientas bien surtida. En caso de situaciones pegajosas o arenosas, había un juego de raíles de aluminio para arena en el portaequipajes y un montacargas eléctrico de alta resistencia atornillado a la barra delantera.

—Ahh —dijo el guardia en voz baja cuando me aparté—. Este coche puede ir a cualquier parte, jefe.

—Eso parece —respondí.

Le di las gracias y le pregunté dónde estaban las dependencias del encargado. Me indicó una casita situada en la parte trasera de las instalaciones. Me acerqué y llamé silenciosamente a la puerta. La misma mujer que me había registrado se acercó frotándose los ojos con cara de alarma. Le pedí disculpas por despertarla, pero le expliqué que me habían llamado por un asunto urgente y tenía que marcharme inmediatamente. Me dijo que estaba bien y que dejara la llave sobre la cama. Le di las gracias y caminé con el guardia de seguridad de vuelta a mi habitación. Sólo tardé unos minutos en hacer el equipaje y el guardia me ayudó a llevarlo de vuelta al estacionamiento. Di las gracias al hombre y le di una generosa propina antes de subir al vehículo y arrancar el motor. Deslizó el portón sobre sus ruedas y salí marcha atrás a la calle oscura.

La arena que había soplado desde el océano crujió en el asfalto bajo los neumáticos mientras me alejaba y giraba a la derecha hacia la calle principal. La niebla vaporosa ocultaba la luna y no se veía ni un alma. Conduje durante diez minutos hasta que por fin encontré una gasolinera

abierta. Le dije al somnoliento empleado que llenara de combustible el depósito y los cuatro bidones que llevaba en el portaequipajes, mientras yo entraba en la tienda. Como las brillantes luces de neón me irritaban los ojos, parpadeaba repetidamente mientras recorría los pasillos. Salí diez minutos después cargado con dos bolsas llenas de provisiones. Coloqué los seis litros de agua embotellada, diez latas de Red Bull, un kilo de biltong de caza y unos bocadillos en el reposapiés del asiento del copiloto. Antes de pagar el combustible, comprobé los niveles de aceite y agua en el compartimento del motor. Eran las 3:45 cuando por fin salí de la pequeña ciudad de Swakopmund y me dirigí hacia el este en busca de la carretera C14 que unía la pequeña ciudad con el puerto de Walvis Bay. Según los mapas, este tramo de cincuenta kilómetros normalmente lo utilizaban los vehículos pesados. No había ningún enlace desde la pintoresca carretera oceánica hasta la famosa C28 que conducía a la mina. Mientras conducía, recordé que Temba me había dicho que los gigantescos camiones cisterna de combustible que abastecían a la mina solían tardar entre ocho y quince horas en llegar desde el puerto. Obviamente, el factor tiempo dependería del estado de la carretera y de las dunas que cambiaban constantemente. Supuse que, dado que iba en un vehículo mucho más ligero y rápido, podría llegar a la mina en seis horas o menos. Encontré el desvío de la C14 a unos diez kilómetros de las afueras de la ciudad. Al girar a la derecha, el sol empezó a salir por el horizonte del desierto al este. A mi derecha, las colosales formas esculpidas por el viento de las dunas empezaron a brillar en amarillo y rosa. La imagen parecía un paisaje marciano de una película de ciencia ficción. Pisé el acelerador y el potente motor turbodiésel gruñó bajo el capó que tenía por delante. A medida que el sol seguía saliendo, se revelaba la verdadera escala del descarnado vacío que era el Namib. No había nada vivo a la vista. Ni siquiera un tallo de hierba seca. Quince minutos más tarde encontré el desvío de la remota carretera C28. Estaba marcada por una señal verde oxidada y llena de agujeros de bala. Me detuve en una nube de polvo frente a ella y giré para mirar el desolado tramo de grava que se difuminaba en el horizonte a mi izquierda. *Si giras aquí, te comprometes a seguir este camino, Green. Mejor estar seguro.* Agaché brevemente la cabeza y cerré los ojos enrojecidos por el escozor. En mi mente, vi los rostros juveniles y sonrientes de Danny Meyer y Temba Zulu. Abrí los ojos y volví a mirar hacia la carretera mientras encendía un cigarrillo.

—A la mierda —dije—. Vamos.

Capítulo diecisiete: Klopp

HEINRICH KLOPP SE DETUVO en seco en el pasillo.

—¡*Schweinhund!* —chilló con total incredulidad mientras miraba su teléfono.

Por un segundo se creyó que estaba soñando, pero leyó el mensaje tres veces: «Klopp, aquí Green. Estoy vivo. Sé todo. Voy a buscarte».

Además del cansancio, el mensaje lo había sorprendido mucho. *Este hombre está muerto. Sé que está muerto. ¿Qué está pasando?* Volvió a la oficina y volvió a buscar la noticia en Google para tranquilizarse. Estaba a la vista de todos.

Se han recuperado los cadáveres de dos hombres», decía.

—¡Mierda! —gritó mientras empezaba a pasearse por la oficina mirando repetidamente su teléfono—. ¡Bastardo! ¿Cómo es posible?

Heinrich Klopp volvió a sentarse frente al ordenador, pero sus ojos se fijaron en la cámara web integrada en la parte superior de la pantalla. Su visión le provocó una inmensa oleada de miedo y paranoia.

Con una brusca inspiración, giró bruscamente la cabeza y miró las cortinas de la ventana situada a su derecha. ¡*Alguien me está observando!* pensó con los ojos muy abiertos por el pánico. Heinrich Klopp se levantó de golpe y la silla en la que estaba sentado se cayó detrás suyo. El ruido lo asustó aún más y, una vez más, miró asustado a su alrededor. Con el teléfono en la mano, empezó a pasearse frenéticamente por el pasillo y el salón, deteniéndose sólo para leer una y otra vez el aterrador mensaje. *¿Cómo, cómo, cómo es posible? ¿Por qué me atormentan así?* Para entonces su cuerpo zumbaba literalmente de alarma. Estaba agotado y extremadamente sediento, pero no podía pensar en otra cosa. *Tengo que tumbarme. Pensó. Debo descansar. Todo debe continuar con normalidad. Debo descansar.* Heinrich Klopp entró en su dormitorio, dejó el

teléfono en el cajón de la mesita de noche y se tumbó en el colchón. Cerró los ojos e intentó relajarse, pero fue completamente inútil. La paranoia y el miedo se lo estaban comiendo vivo y empezó a darse cuenta de que podía correr un peligro muy grave. «Sé todo...», decía el mensaje. *Todo*. Abrió los ojos inyectados en sangre y miró al techo. *Si ese desgraciado está vivo y sabe todo, estoy en problemas*. Giró la cabeza y vio, a través del hueco de las cortinas, que el sol empezaba a salir. Al hacerlo, dejó escapar un largo gemido de desesperación. Se dio cuenta de que estaba viendo cómo los frutos del trabajo de su vida se desvanecían ante sus ojos. La idea de una prisión africana empezó a rondarle por la cabeza, y esto lo impulsó a actuar. A pesar del cansancio, se levantó de un salto y entró temblorosamente en la oficina. Con manos temblorosas, giró la combinación de la caja fuerte hasta que la pequeña puerta se abrió.

—Ahh, sí —susurró para sí mientras sacaba la pesada piedra de su interior—. Ahí estás, mi belleza.

Heinrich Klopp acunó la piedra contra su torso desnudo y la miró fijamente mientras la hacía girar entre sus manos. En su mundo de confusión y miedo, la veía como su único consuelo.

Era el escape del terror que sentía y su única garantía de un futuro seguro y próspero. Cerró los ojos e intentó imaginar su vida fuera de la mina. Pero pronto su visión fue sustituida por la imagen de un rostro. Un rostro burlón y cómplice. La cara del inglés. Jason Green.

—¡Bastardo! —chilló con furiosa exasperación.

La sensación de miedo de Heinrich Klopp empezaba a alternarse con una ira hirviente. Se acercó a la ventana y abrió las cortinas para contemplar el amanecer. Sus ojos rojos se movieron en busca de alguna pista. Cualquier señal de cómo estaba ocurriendo realmente aquella pesadilla. Irrumpió en el salón maldiciendo en voz alta y se quedó allí buscando cualquier cosa que pareciera fuera de lugar. Recorrió el perímetro de la habitación, escrutando cada centímetro cuadrado hasta que sus ojos se posaron en la moldura de la cortina situada sobre las ventanas principales. Había algo cerca de una de las antiguas jarras de cerveza. Un minúsculo punto negro. Una anomalía diminuta e inconsecuente que bien podría haber sido simplemente un insecto muerto.

—*Was is das?* —susurró para sí—. ¿Qué es eso?

Se acercó a la moldura, se puso de puntillas y agarró el extraño objeto que había cerca de la jarra de cerveza. Lo sintió duro en la mano y, al tirar de él, la delgada batería de litio salió con él. La cara de Heinrich Klopp se hinchó y se puso morada de rabia.

—¡Imbécil! —gritó mientras sostenía la diminuta cámara entre sus temblorosas manos.

Erizado de rabia, cruzó el salón dando pisotones hasta la cocina y rompió en pedazos el diminuto aparato con un pesado rodillo de madera. Pero fue entonces cuando empezó a sentir verdadero miedo. Con los ojos muy abiertos, empezó a mover la cabeza de izquierda a derecha mientras escrutaba todo lo que tenía a la vista.

En un estado de pánico ciego, corrió por el pasillo hasta su despacho y marcó el número de la única persona en quien realmente confiaba en las instalaciones de la mina. El capataz, Max Chawora, contestó inmediatamente.

—Sí, señor —dijo.

—¡Max! —gritó Klopp—, necesito que hagas el equipaje y vayas a mi casa inmediatamente.

—¿Hay algún problema, señor?

—¡Sí! —fue la respuesta a gritos—. ¿No me has oído? ¡Te doy diez minutos! Ven inmediatamente.

Heinrich Klopp colgó y miró una vez a su alrededor. Para entonces su paranoia era tan extrema que veía ojos ocultos que lo observaban desde todas partes. Con manos temblorosas, levantó del suelo, junto a su escritorio, el maletín de aluminio para transportar diamantes. La robusta cadena y las esposas sujetas al asa traquetearon cuando la colocó sobre la superficie de madera que tenía delante. Tras tantear un poco las cerraduras de combinación, el maletín se abrió y él colocó con cuidado la piedra gigante en su interior. A continuación, se dirigió a la caja fuerte de la pared y sacó un fino equipaje de papel marrón con piedras más pequeñas que había robado de extracciones anteriores. La colocó en la caja cerca de la piedra grande y la cerró firmemente. A continuación, se dirigió a su dormitorio y se vistió mientras repasaba mentalmente una lista de los objetos que llevaría consigo. Colocó dos bolsas grandes sobre la cama y llenó una con ropa y artículos de aseo. La otra la llevó a su despacho y la llenó con sus archivos y su ordenador portátil. Por último, colocó la pistola Luger recién usada en una funda de cuero antiguo y se la ató al cinturón. Heinrich Klopp jadeaba pesadamente, con las manos en las caderas, y observaba sus preciadas pertenencias. Los libros, la parafernalia militar-alemana, los cuadros, las antigüedades. Eran el producto de toda una vida de coleccionismo. Para él, artefactos de valor incalculable y objetos de deseo. Y por culpa de un hombre, podría perderlo todo. Lágrimas de rabia brotaron de los ojos inyectados en sangre de Heinrich Klopp.

—Pero tengo la piedra —susurró para sí—. Tengo la piedra.

En ese momento se oyó un fuerte golpe en la puerta principal. Se sobresaltó brevemente, pero enseguida se dio cuenta de que era el capataz Max Chawora. Se guardó en el bolsillo el juego de

llaves y se dirigió a la puerta principal cargado con los dos pesados equipajes. Abrió la puerta con violencia y miró al hombre negro, corpulento y asustado, que estaba fuera.

—Abre el Mercedes —ladró, entregándole las llaves—. Pon tu equipaje y estos dos en la parte trasera del vehículo y espérame en el asiento del conductor.

—Sí, señor —dijo Max con voz temblorosa.

Heinrich Klopp regresó furioso a su despacho y recogió la cadena y las esposas del maletín de transporte de diamantes de aluminio. Comprendiendo que probablemente sería la última vez que viera su casa, marchó de nuevo por el pasillo, atravesó el salón y salió al sol radiante de la mañana. Max había dado marcha atrás al vehículo y estaba sentado, como le habían ordenado, en el asiento del conductor. Sin vacilar, Klopp abrió la puerta del copiloto, colocó la maleta de aluminio en el hueco para los pies y subió.

—¡Conduce! —gritó.

—¿Adónde, señor? —respondió.

—¡A Windhoek! —chilló Klopp impaciente—. ¡Conduce ya!

Capítulo dieciocho: Green

LOS ENORMES NEUMÁTICOS TODOTERRENO giraron en la grava cuando tomé el desvío de la izquierda hacia la carretera C28. Aceleré el potente motor hasta alcanzar una velocidad de 100 km por hora. El asfalto estaba muy bacheado y todo el vehículo temblaba violentamente mientras conducía. Al cabo de quince minutos, miré por el retrovisor y vi que las enormes dunas de la región costera se habían perdido de vista y que ahora estaba completamente rodeado por un páramo sombrío y distópico. En algunas ocasiones, intenté empujar el vehículo con más fuerza y aumentar la velocidad a 120 km/h, pero el resultado fue una peligrosa pérdida de control del volante que se vio agravada por el ocasional tramo oculto de arena profunda que hizo que el vehículo se desviara precariamente. En un momento dado, el vehículo estuvo a punto de volcar y fue entonces cuando decidí que lo mejor era proceder con precaución. *Paso a paso, Green*. El terrible calor del desierto apareció con fuerza mientras conducía. Era exactamente igual al que había experimentado en la mina y su recuerdo me produjo una sensación de premonición y aislamiento extremo. Los rayos del sol abrasador se reflejaban en los incontables copos de sílice de la arena del desierto. Me ardían los ojos incluso con las gafas de sol. Media hora más tarde me detuve para responder a la llamada de la naturaleza. Mientras hacía mis necesidades, saqué el teléfono del bolsillo para comprobar si había cobertura. Me sorprendió comprobar que incluso a esa distancia aún había cuatro barras de señal. Sólo podía atribuirlo al hecho de que no había literalmente nada entre las estaciones base de Walvis Bay y el lugar donde me encontraba. Sabía a ciencia cierta que, debido a la distancia, esto no iba a ser así durante mucho más tiempo, pero se me ocurrió una idea. Volví a subir a la cabina y saqué el ordenador portátil de su funda. El vehículo estaba equipado con un inversor de corriente alterna que suministraba energía para este tipo de dispositivos. Lo enchufé y lo coloqué en el asiento del copiloto. A continuación, conecté

el teléfono al ordenador mediante un cable USB. El proceso duró cinco minutos, pero cuando terminé estaba efectivamente conectado. Sabía que estaba perdiendo un tiempo precioso, pero la curiosidad me había podido y, mientras pude, no pude evitar echar un vistazo a los movimientos del vehículo de Klopp. El Internet móvil era mucho más lento que el Wi-Fi normal y el programa de seguimiento tardó tres minutos en cargarse. Bebí de una de las botellas de agua y mastiqué un palito de biltong mientras esperaba.

Una vez que se cargó el programa, hice clic en el icono del dispositivo de seguimiento del Mercedes negro de Heinrich Klopp. Saqué otro palito de biltong de la bolsa mientras esperaba a que se cargara y se borrara la pantalla, muy pixelada. Cuando por fin se despejó, no era la imagen habitual de la mina a la que me había acostumbrado. En su lugar, la pantalla mostraba que el vehículo estaba rodeado por un interminable paisaje llano de desierto. Y lo que era más importante, la imagen mostraba que el vehículo se movía, y que lo hacía a gran velocidad. Rápidamente volví a enroscar la tapa en la botella de agua y me senté hacia delante para mirar más de cerca. En la pantalla no había ni un solo punto de referencia que reconociera. Con la ayuda de la alfombrilla del ratón, alejé el zoom de la imagen para hacerme una idea clara de la ubicación del vehículo. Sólo al hacerlo lo vi con claridad. Heinrich Klopp viajaba hacia el norte por el desierto, en dirección a la carretera C28. La escala del mapa mostraba que había recorrido unos 80 km desde que salió de la mina y que le quedaban aproximadamente otros 80 km para llegar al desvío.

—Se está moviendo —susurré para mis adentros—. Está huyendo.

Me apresuré a encender un cigarrillo mientras pensaba qué hacer. Sabía que estaba a unos 100 km del desvío a la mina. Al llegar al cruce de la C28, sólo tenía dos caminos. *Tendrá que seguir mi camino hacia la costa o huir hacia Windhoek. Son las únicas opciones que tiene. Si viene hacia mí, lo localizaré inmediatamente. Si se dirige hacia la capital, le encontraré utilizando el rastreador. En cualquier caso, ¡tienes que ponerte en marcha, Green!* Puse el motor en marcha y los neumáticos levantaron una nube de polvo a mi paso. El hecho de que Heinrich Klopp saliera corriendo me hizo darme cuenta de la urgencia de la situación. La sensación de agotamiento había desaparecido, al igual que el ardor de mis ojos. El enfrentamiento se produciría, y quizá antes de lo que había previsto. Miré el velocímetro y vi que volvía a viajar a 100 km por hora.

Tranquilo, Green. Mantén la calma.

Capítulo diecinueve: Klopp

HEINRICH KLOPP APRETÓ LOS dientes furiosamente mientras esperaba a que el guarda de seguridad abriera la barrera de la entrada de la mina. Incluso a esas horas de la madrugada, había gotas de sudor formándose en su frente y en la de su conductor, Max Chawora. Cuando por fin terminaron y emprendieron el viaje por el largo tramo de 160 km hasta la carretera C28, se sentó y suspiró aliviado. Con los músculos de la mandíbula contraídos, miró fijamente hacia delante, a la gran extensión de vacío, y pensó. Serán siete u ocho horas de viaje hasta Windhoek. Le pagaré a Max y le enviaré de vuelta a la mina. Me esconderé y mañana tomaré un vuelo para salir del país.

—¡Más deprisa, Max! —le espetó al hombre de mirada confusa—, ¡pisa el acelerador!

Heinrich Klopp nunca había hecho este viaje por carretera. Siempre había ido y vuelto en avión de su trabajo en la mina Apex. El potente Mercedes SUV negro traqueteó sobre la superficie llena de baches, dejando a su paso una nube de pálido talco. Sin embargo, era un gran alivio haber abandonado la mina y el terrible tormento que había sufrido por parte del inglés Green. Echó un vistazo a su teléfono y vio que no había señal. *Ja, schweinhund*. Pensó. Veremos quién se ha fijado en quién. Con la mente acelerada y luchando contra un cansancio extremo, se sentó en un silencio sepulcral mientras conducían a lo largo de la mañana. De vez en cuando, Max lo miraba y luego apartaba rápidamente la vista, asustado. El mero hecho de que lo hiciera empezaba a molestarlo. Era como si cuestionara su autoridad y, en su opinión, eso equivalía a una insubordinación masiva. Al cabo de cuarenta y cinco minutos de viaje, por fin habló.

—Vamos a Windhoek, Max —dijo—. Allí tengo asuntos muy importantes. Me dejarás en el lugar que yo elija y luego volverás a la mina. Por supuesto, te pagaré muy bien. ¿Está claro?

—Sí, señor —dijo Max nervioso—. No hay problema.

Heinrich Klopp empezó a relajarse. En su mente, por fin tenía una sensación de propósito y dirección, en lugar de los terribles sentimientos de paranoia y pérdida. La preocupación y el estrés iban disminuyendo poco a poco, y saber que llevaba el diamante gigante y el arma de fuego atados al cinturón también lo tranquilizaba. Respiró hondo y contempló la blanca y brillante extensión de arena compactada a su izquierda. Su agotamiento se vio contrarrestado por la adrenalina que bombeaba por sus venas. Era un caso clásico de lucha o huida, y él estaba en plena huida. Veinte silenciosos minutos más tarde vio una nube de polvo en el horizonte. No había duda de que procedía de un vehículo que se aproximaba. Heinrich Klopp se sentó de repente y entornó los ojos para ver a través del resplandor. Su mano derecha tocó inconscientemente la culata de la pistola Luger que llevaba al cinto. Resultó ser simplemente un camión cisterna de combustible con destino a la mina así que se recostó con un suspiro de alivio cuando pasaron junto a él. Pasó algún tiempo cuando por fin llegaron al solitario cruce de la C28. Sin decir una palabra, Max frenó el vehículo y giró a la derecha hacia el paso de Boshua y Windhoek. Este punto del viaje fue un hito para Heinrich Klopp. En su mente, estaba un paso más cerca de la libertad y sonrió para sí mismo mientras Max engranaba de nuevo la marcha rápida. No tenía ni idea de que había otro vehículo, conducido por su verdugo, que corría hacia él por detrás. Al cabo de una hora, la extensión sin rasgos del desierto empezó a cambiar ligeramente. Pasaron por delante de algún que otro afloramiento rocoso, macizos de Welwitschia y extraños y grotescos árboles de Quiver. De repente, apareció una bruma azul en el horizonte y Heinrich Klopp se echó hacia delante en su asiento para estudiarla.

—Las montañas del Paso de Boshua, señor —dijo Max—. Ya casi hemos llegado.

—Bien —respondió Klopp—. Muy bien.

El sol brillaba en el cielo perfectamente azul y las formas de las colinas y montañas del paso se iban definiendo. A cada kilómetro que pasaba, la confianza de Heinrich Klopp aumentaba. Atrás quedaban los terribles páramos del desierto abierto y por delante el cinturón verde, la capital y la libertad. Cuando por fin llegaron al pie de las montañas, la superficie de la carretera cambió repentinamente de grava arenosa a piedras más grandes. La marcha era dura y de vez en cuando alguna de ellas salía despedida ruidosamente de los neumáticos hacia los guardabarros. La delgada carretera serpenteaba y ascendía hacia las colinas. Había árboles nudosos y atrofiados que crecían en las laderas rocosas quemadas por el sol. Max redujo la velocidad del vehículo para sortear las numerosas curvas cerradas y los aterradores desniveles a medida que ascendían. Habían pasado cinco minutos cuando Heinrich Klopp se dio cuenta de que Max ralentizaba el vehículo más de lo habitual y miraba repetidamente por el retrovisor. Esta pérdida de velocidad

lo molestó y esto se agravó cuando oyó el incesante ulular de un vehículo que circulaba a sus espaldas. Giró en su asiento y vio un gran Toyota Land Cruiser que se le acercaba a toda velocidad. El pánico ciego invadió su mente cuando se dio cuenta de que Max había reducido aún más la velocidad y se había echado a la izquierda para permitir que el vehículo los pasara.

—¿Qué haces? —gritó—, ¡no lo dejes pasar!

Pero era demasiado tarde. El gran Toyota estaba casi en paralelo a ellos en la delgada carretera y Max estaba con los ojos muy abiertos y confuso sobre qué estaba pasando exactamente. La distancia entre los neumáticos del Mercedes negro y el mortal desnivel de trescientos pies se había reducido a centímetros.

Los ojos de Heinrich Klopp se dirigieron hacia el conductor del otro vehículo. La ventanilla del pasajero de la cabina estaba abierta y el hombre al volante gritaba algo inaudible y lo señalaba directamente. A pesar del calor, el rostro de aquel hombre hizo que un rayo de frío terror recorriera el cuerpo de Heinrich Klopp. Era el rostro del hombre que lo había atormentado y le había destruido por completo el trabajo de su vida. Era la cara de Jason Green.

Capítulo veinte: Green

EL MOTOR TURBODIÉSEL DEL Toyota rugió bajo el capó cuando engrané la marcha rápida. Había aumentado la velocidad a 120 km/h y, como resultado, la dirección se sentía mucho más ligera. En lugar de sentir cada surco en la superficie de la carretera, ahora oía un zumbido constante debajo mío. Pero la velocidad añadida vino acompañada de una notable pérdida de control. En cuatro ocasiones, las ruedas delanteras se incrustaron en la arena gruesa y el vehículo se desvió hacia un lado, de modo que perdí el control por completo y salí rebotando peligrosamente hacia el desierto. La concentración adicional necesaria para conservar una apariencia de seguridad a esa velocidad hizo que empezara a sudar a pesar del fuerte aire acondicionado. Pasaron cuarenta minutos de intensa velocidad cuando miré el tracker y vi que Heinrich Klopp había llegado al desvío de la C28 y había girado a la derecha hacia el paso de Boshua y Windhoek. Tenía la esperanza de que girara a la izquierda y que yo lo interceptara antes, pero no había nada que hacer. *Sigue Green, pero mantente en la carretera, por el amor de Dios.* El sol abrasador del cielo despejado me quemaba la piel de los brazos mientras conducía y yo bebía con frecuencia de la botella de agua. La persecución de Heinrich Klopp se había convertido en una peligrosísima persecución a alta velocidad, pero no estaba dispuesto a perderla. No pasó mucho tiempo hasta que por fin perdí la señal de mi teléfono. La pantalla del rastreador se quedó en blanco y entonces me di cuenta de que sólo volvería a funcionar cuando me acercara a la capital. Estaba conduciendo a ciegas sin tener ni idea de dónde estaba Klopp. Era preocupante, pero me consolé sabiendo que en realidad no había otro sitio adónde ir que al este. Dos horas más tarde, noté que el paisaje circundante empezaba a cambiar. Recordé de los dos vuelos que había realizado sobre la zona que era más que probable que me encontrara fuera del final de las tierras baldías del desierto y cerca de las montañas del Paso de Boshua. Esto se

confirmó treinta minutos más tarde, cuando las escarpadas colinas del paso se revelaron a través de la bruma de calor en el horizonte. Desde que dejé la costa no había visto ni un solo vehículo más en la carretera. La mera escala del desierto y el aislamiento total y absoluto eran inquietantemente bellos y mortales al mismo tiempo.

Finalmente, llegué al pie de las montañas y giré a la izquierda para iniciar el ascenso. El sonido de los neumáticos sobre la superficie cambió notablemente, al igual que su agarre, cuando el vehículo empezó a ascender. La carretera era estrecha, empinada, rocosa y peligrosa, con curvas cerradas en forma de horquilla y desniveles abruptos. *No la cagues aquí Green. Tómatelo con calma.* Al cabo de diez minutos de giros angustiosos, vi el polvo del vehículo que tenía delante. Fuera lo que fuera, acababa de girar a la derecha en una curva cerrada de la pendiente. *Es él. ¡Tiene que ser!* Bajé una marcha e hice girar las ruedas sobre la superficie rocosa para alcanzar al vehículo que aún no había visto. Sólo lo vi cuando llegué a la curva de la pendiente. Estaba cubierto por una fina capa de polvo blanco, pero no había duda de que se trataba del Mercedes negro de Heinrich Klopp. *¡Te he agarrado, desgraciado!* Me acerqué peligrosamente por detrás y empecé a ulular mientras me acercaba. Me sorprendió ver que el vehículo aminoraba la marcha e intentaba apartarse a la izquierda para dejarme pasar. Pulsé el interruptor para bajar la ventanilla del pasajero mientras me acercaba en medio de una nube de polvo y piedras voladoras. Pero sólo cuando estuve en paralelo al vehículo vi que había dos ocupantes. El rostro gordo y sudoroso del capataz de la mina, Max, me miraba con los ojos muy abiertos y temerosos. En el asiento del copiloto, a su lado, iba Heinrich Klopp. Sus fríos ojos azules estaban inyectados en sangre y muy abiertos por la conmoción. Lo señalé con la mano izquierda e intenté gritar por encima del ruido de los motores y el crujido de las rocas bajo los neumáticos.

—¡Escoria asesina! —grité—. ¡Ya te tengo!

En ese momento, Klopp se acercó y giró el volante del Mercedes hacia la derecha. Los dos vehículos chocaron entre sí con un chirrido metálico ensordecedor. El Toyota se precipitó contra la ladera de la colina y, aunque intenté frenar, no pude evitar la gran roca que había en el barranco poco profundo a mi derecha. La parte delantera derecha del vehículo rebotó violentamente hacia arriba y mi cabeza chocó con el lateral de la cabina.

El pesado Toyota cayó sobre sus dos ruedas izquierdas y tuve que girar bruscamente el volante hacia la izquierda para evitar rodar. Esto hizo que me desviara peligrosamente cerca del precipicio del borde de la carretera. Con la visión nublada por el golpe en la cabeza, conseguí enderezar de nuevo el vehículo, pero el Mercedes estaba ahora treinta metros por delante y ganaba velocidad. Fue entonces cuando vi a Klopp con la pistola. Había abierto la ventanilla del

copiloto, se había girado en el asiento y me estaba disparando salvajemente con algo que parecía una pistola Luger. A través del ruido, el polvo y la confusión, vi cómo su mano derecha se sacudía repetidamente por el retroceso. La primera bala impactó en el espejo lateral izquierdo del vehículo. Estalló con un estruendo de cristales astillados. El segundo disparo se estrelló contra el pilar izquierdo, cerca del parabrisas, con un profundo ruido metálico. Aun así, aceleré el Toyota para alcanzarlos, pero fue el tercer disparo el que terminó de derribarme. Golpeó el neumático delantero izquierdo, que explotó inmediatamente. La súbita pérdida de tracción hizo que el volante girara bruscamente y una vez más me encontré en una trayectoria hacia la mortal caída a la izquierda. Frené tan fuerte como pude y, con un crujido ensordecedor sobre las piedras de abajo, el Toyota se detuvo finalmente en el borde. Me quedé atónito, parpadeando en medio de una nube de polvo asfixiante, y observé cómo el Mercedes negro doblaba una curva y desaparecía. Sentí un zumbido agudo en los oídos cuando abrí la puerta y salí a tropezones a la superficie rocosa del puerto de montaña. Rodeé la parte delantera del vehículo y miré el neumático delantero izquierdo reventado y desgarrado.

—¡Mierda! —grité en voz alta mientras un apacible silencio descendía sobre la escena.

La parte delantera izquierda del vehículo colgaba limpiamente sobre el borde de la carretera y el desnivel. Hubiese sido imposible y extremadamente imprudente intentar dar marcha atrás, y mucho menos cambiar la rueda in situ. Un resbalón de los neumáticos en la superficie rocosa y el vehículo caería con toda seguridad por el borde. Me quedé de pie, con las manos en las caderas, reflexionando sobre mi próximo movimiento.

El montacargas. Es lo único que sirve. Caminé hasta la parte trasera del vehículo y cogí el equipo. Estaba el mando a distancia del montacargas, varias correas para árboles, extensiones y grilletes de proa, pero supuse que podría arreglármelas simplemente con las correas. Con una de las correas más largas, me dirigí hacia el lado más sano de la carretera y encontré una roca caída similar a la que había golpeado antes. Era del tamaño de un sillón pequeño y sabía perfectamente que pesaba mucho más que el vehículo. *Perfecto.* Desenrollé la pesada correa amarilla, la arrojé sobre el peñasco y tiré de ella para comprobar que estuviese fija. A continuación, volví al vehículo y conecté el mando a distancia del montacargas al potente dispositivo de cinco toneladas situado en la parte delantera, cerca del parachoques. Con el mando a distancia, puse el montacargas en un carrete libre y tiré de la cuerda de nailon de alta resistencia para separarla del barril. Se desenrolló fácilmente y tiré de ella por la carretera hasta llegar a los dos extremos de la correa. Con el gancho, até la cuerda a la correa y volví hasta donde había dejado el mando en el capó del Toyota. Activé el motor del montacargas e inmediatamente se tensó. A medida que

aumentaba la tensión de la cuerda, salieron múltiples bocanadas de polvo, y finalmente oí el crujido tranquilizador de las piedras bajo el vehículo, que fue retirado sano y salvo del borde del abismo. Cuando el Toyota volvió a estar sano y salvo en el centro de la carretera, desenganché el montacargas y volví a empaquetar el equipo. El proceso me había llevado cuarenta minutos en total. Todo el tiempo fui dolorosamente consciente de que Klopp estaba poniendo valiosos kilómetros de distancia entre nosotros y que yo aún tenía la tarea de sustituir la rueda delantera izquierda. El proceso fue duro y me llevó otros treinta minutos. Cuando terminé, el sol estaba en lo alto del cielo y yo estaba sucio de polvo, grasa y sudor. Con un gruñido, arrojé la pesada rueda estropeada a la parte trasera del Toyota, cerré la puerta de golpe y me aparté para encender un cigarrillo. Volví a sentarme en el asiento del conductor, cerré la puerta y arranqué el motor. *Este hombre no se detendrá ante nada Green. Está asustado y es muy peligroso. Ten mucho cuidado.*

Capítulo veintiuno: Klopp

—¿EN QUÉ ESTABAS PENSANDO, Max? —chilló Klopp al enderezarse en su asiento.

El hombre rotundo y habitualmente dócil que conducía el Mercedes temblaba violentamente y el sudor le corría a chorros por su brillante cabeza negra.

—¡Podrían habernos matado! —continuó Klopp.

Max movía las manos gordas y sudorosas sobre el volante mientras conducía y parecía no saber qué decir. Fue entonces cuando Heinrich Klopp detectó el débil olor a excremento humano en la cabina.

El incidente del puerto de montaña había sido tan aterrador que Max Chawora había perdido el control de sus intestinos.

—¡Por favor, señor! —dijo Max, a punto de llorar—, ¿qué está pasando?

Heinrich Klopp pensó un momento la respuesta adecuada. Con la pistola aún en la mano derecha, giró en su asiento y miró detrás del vehículo mientras éste se alejaba a toda velocidad. Habían llegado a la cima del puerto, el aire se había enfriado y la carretera se había allanado un poco. Tras echar otro rápido vistazo a su espalda, habló.

—Ese hombre intenta matarme, Max —dijo Klopp—. De hecho, quiere matarnos a los dos. Por eso debemos llegar a Windhoek sanos y salvos. En cuanto estemos allí, todo saldrá bien, te lo prometo.

Sus palabras parecieron calmar ligeramente al hombre, que asintió enérgicamente en señal de comprensión.

—De acuerdo, señor —respondió—. Iremos a Windhoek tan rápido como pueda. Espero que no nos alcance.

—Si vas a buena velocidad, Max, no hay ninguna posibilidad —dijo Klopp—. Su rueda delantera se ha reventado y es más que probable que el vehículo esté atascado donde se detuvo. Mantén la velocidad y llegaremos en tres horas.

Max Chawora parpadeó dos veces y miró nervioso por el retrovisor mientras pisaba el pedal del acelerador.

—De acuerdo, señor —dijo.

Heinrich Klopp se enfrentaba a un terrible dilema. Su plan de abandonar Namibia con el diamante a través del Aeropuerto Internacional de Windhoek era ahora demasiado peligroso. Seguramente Green se lo imaginaba. En su mente tenía la firme sospecha de que el Mercedes llevaba instalado un dispositivo de seguimiento. También sabía que el inglés Green era muy decidido, y lo más probable era que se pusiera en marcha y reanudara la persecución rápidamente. *No. Pensó. Prepararé otro plan.*

Sacó el teléfono del bolsillo y comprobó si había señal. Como era de esperar, no había nada, y no esperaba que la hubiera hasta que llegaran a las afueras de la capital. Con otra mirada a sus espaldas, se sentó e intentó pensar. Sentía una mezcla de emociones. Había una sensación de euforia. Alegría por haber detenido al inglés en su camino y por haber estado a punto de matarlo. *Dios, hubiese sido tan hermoso.* Pero también había un profundo temor. *Este hombre es extremadamente decidido y nada estúpido. No lo subestimes.* El delgado camino de tierra serpenteó por las escarpadas colinas del cinturón verde sobre el desierto durante otros doscientos cincuenta kilómetros. El viaje duró exactamente tres horas, y tanto Heinrich Klopp como Max no perdieron de vista la carretera. Para su alivio, en ningún momento vieron acercarse al temido Toyota.

Eran exactamente las 15:00 cuando, por fin, Heinrich Klopp descubrió que tenía una barra de señal en el móvil. No perdió tiempo en llamar a una empresa local de alquiler de coches de la capital para reservar un vehículo.

—No —le dijo a quién estaba al otro lado de la línea—. Sólo un sedán normal. Sólo viajaré por carreteras asfaltadas.

Max Chawora escuchó mientras continuaba la conversación. Finalmente, terminó y Heinrich Klopp se dirigió a él para hablar.

—Max, me dejarás en Regency Car Hire, en la avenida de la Independencia —dijo—. Te daré dinero para un hotel, combustible y gastos. También te daré una gratificación muy generosa por haberme ayudado hoy. Mañana volverás a la mina y no le dirás nada a nadie sobre lo que ha ocurrido hoy. ¿Está claro?

Max Chawora sintió un alivio indescriptible. Desde que salió de la mina a primera hora de la mañana, había estado preocupado. Y desde el aterrador encontronazo en el paso, había estado literalmente petrificado. Por no hablar del pequeño accidente que había tenido en los pantalones en aquel momento. Por su parte, cuanto más se alejara de su jefe, mejor. Siempre pensó que era un sinvergüenza. Incluso había sido cómplice de algunos negocios turbios con él, pero aquel día la cosa se había ido de las manos.

—Sí, señor —dijo aliviado—. No hay problema.

—Bien.

A continuación, Heinrich Klopp llamó a una agencia de viajes de la ciudad. Max escuchó la conversación mientras conducía. Klopp parecía molesto por la ausencia de la señora con la que solía tratar, pero al final terminó hablando con una de las agentes subalternas.

—Me llamo Sr. Klopp, de Apex Resources —habló despacio y con claridad—. Mi empresa tiene una cuenta con ustedes. Me gustaría reservar un vuelo de Livingstone a Johannesburgo mañana por la tarde.

Se produjo una pausa mientras la agente comprobaba su ordenador. Heinrich Klopp se palmeó repetidamente la pierna con la mano libre, claramente impaciente por haberlo hecho esperar.

—¡Sí, por supuesto, Livingstone, en Zambia! —gritó al teléfono—. ¿Dónde si no?

Hubo otra larga pausa mientras esperaba a la agente. Mientras tanto, Max Chawora escuchaba atentamente mientras conducía.

—Mañana a las 16:00, de Livingstone a Johannesburgo —dijo Klopp—. ¿Ya está confirmado?

Hubo otra breve pausa mientras la agente volvía a hablar.

—Gracias —dijo Klopp—. Sí, cárgalo en la cuenta de Apex. Gracias, gracias. Adiós.

Heinrich Klopp respiró hondo y giró en su asiento para comprobar si estaba el temido Toyota. La carretera estaba despejada. El inglés no aparecía por ninguna parte.

Más adelante, los árboles y los edificios de la capital se divisaban por fin en el horizonte. Por fin habían llegado, literalmente desde el medio de la nada, a la civilización. El corto trayecto desde las afueras de la ciudad hasta la Avenida de la Independencia, en el centro, fue rápido en el tráfico previo a la hora pico. Max estacionó en una plaza reservada para él fuera del local de alquiler de coches. Heinrich Klopp se colocó las esposas del maletín de transporte de aluminio con diamantes en la muñeca izquierda y miró alrededor de la concurrida calle en busca de cualquier señal de problemas. Al abrir la puerta del pasajero, habló.

—Quédate aquí con mi equipaje, Max —dijo—. Volveré enseguida.

—Sí, señor.

Quince minutos después, Klopp salió de las oficinas de la empresa de alquiler de coches conduciendo un modesto Toyota Camry color crema. Estacionó junto al Mercedes negro cubierto de polvo. Con el maletín metálico aún sujeto a la muñeca izquierda, bajó del vehículo y abrió la parte trasera del Mercedes. Sacó las dos pesadas bolsas con sus pertenencias y las colocó en el maletero del coche nuevo. Por último, regresó al lado del pasajero del Mercedes y subió.

—Max —dijo sacando la billetera del bolsillo—. Te voy a dar 1000 dólares en efectivo. Esto es para que hagas lo que quieras. Sin embargo, debes volver a la mina mañana y no decir nunca una palabra a nadie sobre lo que has visto hoy. El hombre que nos perseguía es un asesino y hará cualquier cosa para llegar hasta mí. También te estará buscando a ti. Te aconsejo que vayas a buscar un lugar donde descansar ahora y no hagas nada hasta mañana.

—De acuerdo, señor —respondió Max mientras agarraba el fajo de billetes doblado—. Entendido.

Sin mediar palabra, Klopp salió y se dirigió rápidamente a su nuevo vehículo. Max Chawora observó cómo su jefe daba marcha atrás con cuidado hasta la concurrida carretera y se marchaba. Miró el fajo de billetes que llevaba en la mano y enseguida se le levantó el ánimo. Era más dinero del que había visto en su vida. Aunque su título de capataz indicaba que ocupaba un cargo superior, el salario real de los lugareños en dólares namibios era relativamente bajo. Para él, era una paga increíble e inmediatamente se olvidó de los terribles acontecimientos del viaje. Para Max Chawora, sólo había dos cosas en su mente. Cerveza y mujeres. Y tendría ambas.

Capítulo veintidós: Green

ERAN LAS CUATRO Y cuarto de la tarde cuando mi teléfono mostró por primera vez señal de móvil. El viaje había sido largo y yo había conducido como un loco, pero al margen de un par de veces en las que casi me salgo de la carretera, había transcurrido sin incidentes. Tenía la esperanza de que Klopp y Max se hubieran metido en algún lío y me los encontrara por el camino, pero no vi ningún otro vehículo, solo un autobús. Exhausto, me detuve bajo el sol de la tarde para consultar el rastreador de mi portátil. Encendí un cigarrillo mientras esperaba a que se despejara la pantalla y me incliné para estudiar los movimientos de Heinrich Klopp. La delgada línea azul se veía claramente en el mapa de la ciudad y las horas se registraban en una sección a la izquierda de la pantalla. El Mercedes negro se había dirigido a una dirección en el centro de la ciudad y había aparcado allí durante veinte minutos antes de dirigirse de nuevo a un lugar situado a unos treinta kilómetros al oeste. Entorné mis ojos escocidos al leer el nombre de la calle. *Avenida de la Independencia. ¿Qué haces ahí, Klopp? Creo que tengo que echar un vistazo.* Salí brevemente del vehículo para mojarme la cara con agua antes de ponerme en marcha. Cuando llegué a la ciudad, era hora pico y tardé cuarenta minutos en atravesar el tráfico hasta la dirección en la Avenida de la Independencia. Estacioné en el lugar exacto en el que había estado el Mercedes ese mismo día. El denso tráfico y el ruido de la ciudad me resultaban chocantes y extraños después de la soledad y el vacío del desierto. Tenía los nervios de punta y el mal humor a flor de piel por la falta de sueño y la tensión. Las oficinas de Regency Car Hire estaban cerradas, pero me quedé sentado un momento mientras intentaba imaginar lo que podría haber ocurrido. Había muchas posibilidades, pero al final me di cuenta de que no tenía sentido especular. La única opción real era seguir el rastreador hasta el Mercedes y seguir a partir de ahí. Aunque había estado picoteando los palitos de biltong, me moría de hambre, así que me detuve

en un restaurante de comida para llevar para comprar una hamburguesa. Me detuve y estacioné en el borde de la concurrida carretera mientras comía, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador. La ciudad estaba en penumbra y el tráfico empezaba a disminuir. El Mercedes llevaba un rato en el mismo sitio, en lo que parecía un punto de crecimiento rural.

No había nombres de calles y el mapa de los alrededores indicaba muy poco en la pantalla. Por suerte, sólo estaba a 30 km por la carretera principal de Swakopmund y a dos kilómetros por la autopista. Cuando terminé con la comida, tiré el envoltorio en el hueco para los pies de la parte trasera y arranqué. Cuando crucé la ciudad y llegué a la autopista, estaba completamente oscuro. La comida me había producido somnolencia, así que me detuve en una estación de servicio y compré una petaca de viaje que llené de café negro caliente. La expectativa de lo que me podía encontrar me había despertado y mi cuerpo zumbaba de cafeína y adrenalina. Faltaban veinticuatro kilómetros para llegar al desvío, donde tomé a la derecha un camino de tierra. Conducía a un pequeño pueblo rural lleno de chozas de barro, un par de tiendas de comestibles y un próspero bar o *shebeen* en el centro. Las paredes exteriores del lugar estaban decoradas con lucecitas de colores y había varios coches estacionados afuera. Al pasar, oí música sungura distorsionada y risas de borrachos procedentes del patio interior del establecimiento. Varias prostitutas escuálidas y escasamente vestidas se arremolinaban alrededor de la entrada con botellas de cerveza en la mano y trataban de no caerse sobre sus tacones. *No me imagino a Heinrich Klopp frecuentando un lugar así. De ninguna manera, Green.* Una ligera brisa levantó basura y polvo alrededor del estacionamiento y por un momento me asusté pensando que el Mercedes ya no estaba allí. Pero el rastreador funcionaba perfectamente, así que fue un alivio cuando encontré el Mercedes polvoriento aparcado al final de la fila de vehículos, cerca de una acacia de copa plana. Rodeé la parte trasera del edificio y estacioné mi propio vehículo en la oscuridad, fuera de la vista, cerca de un almacén de ramos generales. Antes de salir, saqué una navaja Stanley del juego de herramientas de la parte trasera. La guardé en el bolsillo y cerré el vehículo activando la alarma al mismo tiempo. Caminé por la cálida y oscura noche, sin alejarme del perímetro del estacionamiento para no ser visto. Encontré un lugar seguro para esperar en la oscuridad, cerca de la acacia. A medida que observaba lo que ocurría en la taberna, me convencía cada vez más de que Klopp no estaba allí. *Esto es un prostíbulo rural sucio. Definitivamente, no es su estilo en absoluto, Green.* Pero, nunca se sabe, y no hay nada que hacer. No tienes elección, tendrás que esperar. Los clientes iban y venían, algunos a pie, pero la mayoría en coche.

Parecía que el establecimiento era popular entre los habitantes de Windhoek, pues la música y las risas no cesaban. Fumaba de vez en cuando, ahuecando el cigarrillo en la mano para evitar

que me vieran en la oscuridad. Mi mente fatigada estaba plagada de dudas y temores a medida que se alargaban las horas. Eran las 21:45 cuando por fin vi la corpulenta figura de Max Chawora que salía a tropezones de la entrada de la taberna. Al instante me desperté y me puse en estado de alerta. Llevaba la camisa suelta y una gran botella de cerveza marrón en la mano izquierda. Claramente borracho, avanzó dando tumbos por la pared del establecimiento utilizando la mano derecha para sostenerse contra la pared y llegó a la esquina más cercana al lugar donde yo estaba escondido. Una vez allí, se detuvo en seco, como perdido, y se balanceó sobre sus pies mientras miraba a su alrededor. Por un momento pensé que me había visto escondido en la oscuridad cerca de la acacia, pero en realidad sólo había visto el Mercedes. Se levantó y se bebió lo que quedaba de cerveza antes de arrojar la botella vacía al suelo. La botella se rompió ruidosamente, pero quedó ahogada por el estruendo de la música repetitiva que salía del bar. Max Chawora se giró dónde estaba, se desabrochó la parte delantera de los pantalones y orinó sobre los cristales rotos que había debajo. Cuando terminó, se subió la cremallera y se fue arrastrando los pies hacia el Mercedes. *Ni rastro de Klopp, como pensaba. ¿Dónde diablos estará? Voy a averiguarlo.* Agachado, me arrastré por la oscuridad hasta el grueso tronco nudoso del árbol. Saqué la navaja Stanley del bolsillo y deslicé la hoja hasta una longitud de cinco centímetros. Mis brazos y piernas zumbaban de adrenalina cuando llegué al árbol y asomé la cabeza en la oscuridad para observar. El hombre estaba borracho, pero no tenía ni idea si iba armado o no. Teniendo en cuenta lo que había ocurrido antes, era posible que lo estuviera, así que debía actuar con cautela. Max Chawora arrastró su corpulento cuerpo en la oscuridad hacia la puerta del conductor del Mercedes, a menos de dos metros de donde yo estaba. Gruñó y canturreó para sí mismo mientras se movía. Lo primero que olí fue la cerveza, y luego su olor corporal. Sacó un juego de llaves del bolsillo y accionó el botón del inmovilizador. La alarma del vehículo pitó una vez y las luces de emergencia parpadearon en amarillo en la oscuridad mientras se desbloqueaban las puertas.

Fue cuando se acercó a la manija de la puerta cuando hice mi movimiento. Me abalancé silenciosamente por detrás, le rodeé la cabeza con el brazo y tiré bruscamente de su cuerpo hacia el mío. Le tapé la boca con la mano izquierda y le acerqué la hoja afilada a la garganta con la derecha, ejerciendo la presión justa para que supiera que estaba allí, pero no la suficiente para romper la piel.

—Si haces algún ruido, te cortaré el puto cuello —le susurré al oído con los dientes apretados—. ¿Me entiendes?

El hombre soltó un agudo chillido ahogado mientras yo apartaba su cuerpo del vehículo para que se enfrentara a la oscuridad que había detrás.

—¡Cállate! —le susurré al oído—. ¡Camina ahora!

Conduje al borracho a paso de rana hacia la oscuridad y por el perímetro del estacionamiento. Tropezó en varias ocasiones, pero lo mantuve erguido y lo obligué a avanzar hasta llegar a la parte trasera del Toyota aparcado. Con la hoja en su garganta, lo registré con la mano izquierda. Aparte de su teléfono y un grueso fajo de billetes, estaba limpio. Sin soltar la cuchilla, abrí la parte trasera del vehículo y lo metí adentro con fuerza. Necesitaba alejarnos a los dos de donde estábamos. Había demasiada gente alrededor y sabía que si chillaba daría la alarma inmediatamente. Sujeté al hombre por el pescuezo de la camisa mientras yacía en la parte trasera del vehículo boca abajo. Con la mano derecha, revolví en la caja de herramientas hasta encontrar los cables de arranque de la batería. Me incliné y le hablé al oído.

—Repito, si haces ruido, te mato —susurré.

El proceso de atar al hombre con los cables duró menos de un minuto. Cuando terminé, estaba completamente inmovilizado, con las manos y los pies atados por detrás. Cerré rápidamente la puerta trasera y salté al asiento del conductor. Conduje lentamente por la parte trasera del *shebeen* y los demás edificios hasta llegar al camino de tierra que conducía a la autopista. Por fin no había nadie y pude interrogarlo.

—¿Dónde está, Max? —grité desde el frente—. ¿Dónde está Klopp?

—Vete a la mierda —respondió desde la parte de atrás arrastrando las palabras—. ¡No te diré nada!

—Oh, hablarás —le dije—, créeme, hablarás.

Conduje por la oscuridad hasta llegar a la autopista, donde giré a la derecha. Había querido detenerme a interrogarlo en el camino hacia el *shebeen*, pero había demasiado tráfico de vehículos yendo y viniendo del lugar. *Busca un lugar tranquilo, Green. Algún sitio donde no te molesten.* Tres kilómetros más adelante vi un camino de tierra a la izquierda. La luna había salido lo suficiente como para ver que la hierba seca casi había cubierto la entrada y que parecía no haber habido tráfico en años. En la parte de atrás, Max gruñía y eructaba mientras avanzábamos sobre las rocas y los árboles. Aparte de apestar a cerveza y olor corporal, me di cuenta de que desprendía un inconfundible olor a excremento humano.

Finalmente, llegué a una zona llana cerca de la pista y me detuve junto a una arboleda. La luna había vuelto la hierba de los alrededores de un color plateado pálido y los árboles proyectaban

sombras fantasmales sobre el suelo. Paré el motor, salí y me acerqué a la parte trasera del vehículo.

—Bien, Max —dije mientras abría la puerta, tiraba de él y lo ponía de lado—. Tú y yo vamos a tener una agradable charla. ¿Dónde está Klopp?

Me incliné para mirarlo a la cara. El corpulento hombre me sonrió borracho a la luz de la luna y una vez más fui consciente del hedor que desprendía.

—Me cago en tu puta madre —me dijo con una mueca de desprecio—. No te diré nada.

Y me escupió. Un grueso glóbulo de saliva pegajosa me salpicó la mejilla e instintivamente retrocedí. Por desgracia para Max Chawora, esto marcó un punto de inflexión en el interrogatorio y puso fin a mi paciencia. Levanté el puño derecho y lo golpeé con fuerza en la cara. Aterrizó con un crujido carnoso y su cabeza se estampó contra la estructura de acero enmoquetada de la parte trasera del Toyota. Los ojos se le pusieron vidriosos de inmediato y un hilillo de sangre le salió por la comisura de los labios. Parecía negro a la luz de la luna. El hombre gimió suavemente cuando lo di vuelta y lo agarré por la parte trasera de los pantalones y el cuello de la camisa. Sentí que me dolía la parte baja de la espalda mientras llevaba el cuerpo semiinconsciente hasta la parte delantera del vehículo. Lo dejé en un montón de polvo bajo el haz de luz de las luces delanteras, cerca de un ejemplar joven de mopane. Volví rápidamente a la parte trasera del vehículo y tomé el mando a distancia del montacargas que había utilizado antes.

Lo conecté al montacargas e inmediatamente accioné el carrete libre. La gruesa cuerda de nailon se soltó con facilidad y tiré de ella hacia fuera y alrededor del tronco del árbol, dejando mucha holgura. Enganché la cuerda sobre sí misma utilizando el gancho accionado por resorte y volví hacia el hombre que yacía en el suelo arenoso bajo las luces delanteras. Le levanté la cabeza y le rodeé el cuello con la cuerda.

—¿Dónde está? —dije aún en cuclillas cerca del hombre.

—Vete a la mierda —balbuceó.

Me levanté y caminé rápidamente hacia el control remoto del montacargas. El potente aparato de cinco toneladas emitió un gemido constante mientras la cuerda se contraía. En aquel momento, estaba seguro de que el hombre no tenía ni idea de lo que le estaba ocurriendo. Sin embargo, pronto lo descubrió cuando la soga de nailon se tensó alrededor de su cuello y le levantó la cabeza del suelo. Se oyó un breve sonido de asfixia antes de que su tráquea quedara completamente bloqueada y de que su cuerpo atado fuera arrastrado por el cuello hasta quedar en posición de rodillas. El cuerpo de Max Chawora empezó a vibrar incontroladamente. Su cabeza sudorosa y rotunda se hinchó y sus ojos aterrorizados se abultaron grotescamente mientras el

potente montacargas tiraba. Detuve el montacargas y observé con interés mientras sacaba los cigarrillos de mi bolsillo y encendía uno. Sin poder emitir sonido alguno, el cuerpo del hombre se agitó y se sacudió el polvo en las luces delanteras. Sólo cuando exhalé por segunda vez solté el montacargas para dejar libre el carrete. Max Chawora cayó con un ruido sordo y yo me acerqué y me puse en cuclillas cerca mientras le aflojaba la cuerda del cuello. Su respiración se producía en breves y violentas ráfagas y sus grandes ojos sin pestañear me miraban con total y absoluto horror.

—No voy a preguntártelo otra vez, Max —dije en voz baja—. ¿Dónde está Klopp?

—¡En Livingstone! —jadeó—. Se ha ido a Livingstone, en Zambia. Junto a las cataratas Victoria.

—¿Qué vehículo utiliza? —dije en voz baja.

—Un Toyota Camry. Un coche de alquiler —respondió, con la voz entrecortada—. Color crema. Matrícula de Namibia. Ha reservado un vuelo desde allí a Johannesburgo mañana a las 16:00. Es la verdad, señor.

—Te creo —dije mientras desataba el cable de arranque de la batería de sus manos y pies.

Busqué su bolsillo, le quité el teléfono y aplasté el cigarrillo bajo mi pie mientras me levantaba. Sólo tardé un minuto en desenganchar la cuerda del árbol y volver a enrollarla en el montacargas. Mientras tanto, Max Chawora yacía en la arena, donde había caído. Me observaba con ojos temerosos mientras yo trabajaba. Aunque estaba muy agitado, sabía que se pondría bien. Subí al asiento del conductor del Toyota y le eché una última mirada antes de arrancar el motor.

—Tendrás tiempo para pensar mientras vuelves a tu vehículo —le dije en voz baja—. Te aconsejo encarecidamente que no intentes ponerte en contacto con el Sr. Klopp. Adiós, Max.

Capítulo veintitrés: Klopp

HEINRICH KLOPP ERA UN hombre motivado. Lo había sido toda su vida. Lo impulsaban la codicia, el dinero, la lujuria y el poder. Pero ahora lo dominaba el miedo. Era un miedo crudo y primitivo. Miedo a ser detenido, miedo a ser encarcelado y miedo al tenaz e infatigable inglés Green. Al salir de la ciudad, se había detenido en una farmacia y había comprado un frasco grande de pastillas de Adderall. El personal de la tienda se había quedado perplejo ante el extraño comportamiento del hombre, por no hablar del maletín de aluminio que llevaba esposado a la muñeca. Había salido de la ciudad en el vehículo alquilado al anochecer y se había dirigido al norte por la autopista B1. Había empezado a tomar las pastillas al salir de la ciudad, tragándolas con tragos de agua embotellada que había comprado en una estación de servicio. Las potentes anfetaminas pertenecían a una clase de drogas conocidas como estimulantes. Las utilizan habitualmente los camioneros y los trabajadores nocturnos, y Heinrich Klopp sabía que lo mantendrían despierto durante el largo viaje nocturno. Su cuerpo ya estaba ligeramente conmocionado por la falta de sueño, pero en su mente no había otra opción. Tenía que escapar y salir del país sano y salvo. Pero la dextroanfetamina que corría por sus venas tenía efectos secundarios comunes y peligrosos. Es bien sabido que estos efectos secundarios provocaban episodios intermitentes de euforia, agresividad, confusión general y paranoia extrema. Todos estos efectos secundarios empezaron a alterarlo dos horas más tarde, cuando llegó a la pequeña ciudad de Otjiwarongo. En la oscuridad había un control policial en las afueras de la ciudad. Los agentes se limitaban a comprobar los permisos de circulación de los vehículos y a hacer pasar a la mayor parte del tráfico. Heinrich Klopp le había gritado a un oficial subalterno y lo había acusado de retrasar y acosar a los turistas. El agente intentó explicarle educadamente que sólo estaban comprobando matrículas, pero el breve episodio de agresividad de Klopp estaba en pleno

apogeo. Finalmente, le hicieron señas para que pasara y continuó su viaje. La distancia entre Windhoek y la frontera con Zambia, en el puente de Katima Mulilo, era de más de novecientos kilómetros. Desde allí había otros doscientos hasta la ciudad turística de Livingstone, en Zambia, cerca de las cataratas Victoria.

Heinrich Klopp calculó que podría hacer todo el trayecto en trece horas o menos. Las carreteras de noche serían tranquilas y él podría mantener una buena velocidad durante todo el trayecto. Fue una hora más tarde, en la colina que se aproximaba al diminuto puesto fronterizo de Otavi, cuando empezaron las alucinaciones. Las luces amarillas de la calle principal parecían tambalearse, casi vibrando en su visión. En su mente resultaba curioso, pero en modo alguno alarmante. Esta percepción borrosa y tambaleante de la luz continuó a través de los cercanos puestos fronterizos de Kombat y Grootfontein. Luego de pasarlos, se encontró de nuevo en el campo abierto y oscuro. Pero el mero hecho de pasar estas pequeñas ciudades no significaba en absoluto que sus extrañas visiones hubieran terminado. La luz de la luna en los árboles de las colinas lo hacía confundir. Vio caras. Múltiples rostros. Enormes rostros amenazadores cuando en realidad no había ninguno. En ocasiones, Heinrich Klopp gritaba en voz alta y parpadeaba salvajemente al pasar junto a ellos. Cada media hora se detenía y se lavaba la cara con agua para librarse de ellos, pero siempre volvían. Habían pasado tres horas cuando llegó al remoto puesto avanzado de Rundu, cerca de la frontera angoleña. Tuvo una sensación de satisfacción al darse cuenta de que había superado la mitad de su épico viaje. Se detuvo brevemente en una gasolinera para reabastecerse de gasolina. El somnoliento empleado observó con curiosidad sus manos temblorosas mientras le entregaba el dinero en efectivo. Desde allí giró hacia el este y se dirigió a la franja de Caprivi. Esta estrecha franja de parque nacional se extendía entre Botsuana, al sur, y Angola y Zambia, al norte. Cuando Heinrich Klopp inició esta segunda etapa del viaje, era la una de la madrugada. No tenía ni idea de que su cuerpo se crispaba visiblemente y de que rechinaba los dientes constantemente mientras conducía. Las sensaciones de gran euforia le llegaban en oleadas y, en ocasiones, se reía para sí mismo histéricamente. Miraba constantemente el maletín de aluminio que había en el reposapiés del asiento del copiloto. *Ahí estás, belleza mía.* Pensaba una y otra vez. *Mi salvación.* El parque cinegético de Caprivi estaba repleto de vida salvaje y en dos ocasiones estuvo a punto de chocar con pequeños grupos de búfalos del Cabo dormidos en la carretera, en la oscuridad. Eran exactamente las 5:10 de la mañana cuando por fin pasó la aduana de Namibia en el polvoriento puesto fronterizo de Katima Mulilo.

Los funcionarios fronterizos lo miraron con auténtica preocupación mientras permanecía allí, agitado y tembloroso, en el cubículo de inmigración. El sol había salido por completo cuando cruzó el puente de hormigón de 900 metros sobre el gran río Zambeze para entrar en Zambia. Heinrich Klopp se sintió muy triunfante. Su plan se había ejecutado con gran precisión y pronto estaría a salvo en la ciudad turística de Livingstone, esperando su vuelo a Johannesburgo y la libertad. A las 8:00 de la mañana, dos horas después de pasar la aduana zambiana en el puesto fronterizo de Sesheke, entró por fin en Guest House de Livingstone. Con tan sólo el maletín de aluminio entró en la pequeña recepción con aire acondicionado y anunció su llegada. Tenía las pupilas dilatadas y le temblaba la mano mientras rellenaba el formulario de inscripción. Cuando lo completó, la recepcionista lo condujo a su habitación. Estaba situada en un exuberante jardín tropical, cerca de una réplica de piedra en miniatura de las cercanas cataratas Victoria.

—Esto estará bien —le dijo a la recepcionista mientras le mostraba las instalaciones de la habitación—. Gracias.

Heinrich Klopp se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo, apretando el maletín contra el pecho con ambas manos. Le rechinaban los músculos de la mandíbula mientras apretaba los dientes, pero estaba completamente despierto. *Lo he conseguido. He escapado y ahora seré libre.*

—Ja —se dijo con una sonrisa irónica—. *Du hast gewonnen. Has ganado.*

Capítulo veinticuatro: Green

TIRÉ EL TELÉFONO DE Max por la ventanilla al acercarme a la ciudad y me detuve bajo una luz cerca de la universidad. Eran las 22:30 y necesité consultar mi propio teléfono para hacerme una idea del trayecto que tenía por delante. Sólo después de consultar el mapa me di cuenta de la distancia. Sería un asombroso viaje de 1.200 km. con un paso fronterizo hasta la ciudad turística de Livingstone, en Zambia. El Toyota estaba totalmente equipado para un viaje así y tenía combustible más que suficiente a bordo. Encendí la luz interior y miré por el retrovisor. El rostro solemne que me devolvía la mirada estaba demacrado y sin afeitar, con manchas moradas oscuras bajo los ojos. Llevaba despierto más de treinta y seis horas. Volví a mirar el mapa en la pantalla del teléfono, pero la sola idea del viaje que tenía por delante me resultaba desalentadora. Cerré los ojos brevemente y en mi mente vi las caras sonrientes de Danny y Temba. Ambos asesinados, y sus jóvenes vidas arruinadas por el Sr. Heinrich Klopp. La idea de que se saliera con la suya me revolvió el estómago. *No Green. No puedes permitirlo. Hay que detenerlo a toda costa.* Abrí los ojos, enchufé el teléfono al cargador, puse la primera marcha y me adentré en la noche. Había muy poco tráfico y atravesar la ciudad era fácil a esas horas de la noche. Me detuve en una estación de servicio del lado norte para reponer café. Las dos primeras horas fueron más fáciles de lo que esperaba. Llegué a la pequeña ciudad de Otjiwarongo a las 12:30 de la noche y fue un esfuerzo reducir la velocidad hasta el límite oficial en las calles desiertas. Quedaba otra hora hasta el diminuto puesto de Otavi, que era el desvío hacia el Parque Nacional de Etosha. Sin perder de vista el mapa de mi teléfono, pasé por la antigua ciudad minera abandonada de Kombotse y finalmente llegué a Grootfontein. Me detuve una vez más para estirar las piernas y repostar café en la única estación de servicio del pueblo. Lo peor fueron las tres horas siguientes en el tramo solitario hasta Rundu, en el norte. La luz de la luna me jugaba malas pasadas y las sombras

de los árboles de las colinas parecían manos esqueléticas que me tendían la mano. A veces parecía que conducía por un túnel interminable de extraños dibujos y formas fantasmales.

En una ocasión me quedé dormido al volante, y sólo me desperté cuando el Toyota se salió de la carretera y se desvió hacia la superficie áspera de piedra del borde a mi izquierda. Detuve el vehículo, me lavé la cara, bebí café y continué. Me di cuenta de que fumar me ayudaba a mantenerme despierto y ya me había fumado dos paquetes cuando llegué a la ciudad de Rundu, en la frontera con Angola. En mi mente tenía la imagen del rostro de Klopp. Me estimuló y me dio la energía que necesitaba para continuar. El sol africano salió en un nuevo día cuando tomé el desvío a la derecha hacia la franja de Caprivi. La vegetación circundante era completamente distinta de la de Windhoek. Ahora era una espesa y frondosa maleza verde, similar a la de mi destino en el valle del Zambeze. Llegué al puesto fronterizo de Katima Mulilo exactamente a las diez de la mañana. Me dolía el cuerpo y casi deliraba de cansancio cuando crucé el puente hacia Zambia. El trámite de aduanas e inmigración me llevó una hora entera y le pagué una coima de 30 dólares a un policía que se quejó de mi retrovisor lateral destrozado. La carretera a Livingstone estaba llena de baches, pero la concentración necesaria para evitarlos me ayudó a mantenerme despierto a medida que aumentaba el calor del día. Eran las 12:30 cuando por fin llegué a Livingstone. La pequeña ciudad bullía de mercados de artesanía, vendedores de curiosidades, casas de huéspedes y turistas. El paisaje descendía hacia donde sabía que fluía el poderoso Zambeze. La repentina civilización me resultó extraña y ligeramente abrumadora al principio. Conduje por la arbolada calle principal, pasando por delante de viejos edificios coloniales, oficinas gubernamentales y supermercados. Había múltiples vallas publicitarias que anunciaban safaris, rafting en aguas bravas y vuelos panorámicos sobre las cataratas. Entonces me di cuenta de que cualquier intento de localizar a Klopp antes de su salida en el aeropuerto sería probablemente en vano. El suyo era un vuelo internacional y tendría que estar allí al menos dos horas antes de las 16:00. *Tienes que irte. Dirígete ya al aeropuerto, Green. Puede que ya esté allí.* Me detuve en una estación de servicio y le pedí indicaciones al empleado. El camino me llevó hacia el norte a través de la ciudad, pasando por el Hotel Protea, hasta llegar a la carretera del aeropuerto, claramente señalizada a la izquierda. La carretera pasó por un barrio residencial hasta abrirse a un amplio claro de matorrales. Finalmente, llegué a la valla de seguridad del recinto aeroportuario que tenía señales de dirección colocadas sobre enormes vallas publicitarias que se extendían por la carretera.

El desvío al estacionamiento estaba a la derecha y más adelante vi el pequeño edificio de la terminal con su torre de control. El estacionamiento estaba dispuesto en filas paralelas a la

fachada del edificio y, afortunadamente, había muy pocos coches en ese momento. Recorrí todas las filas en busca de un Toyota Camry color crema, pero no había ninguno. Estacioné el vehículo y entré en el edificio de la terminal dirigiéndome al mostrador de información.

—Buenas tardes —le dije a la mujer que estaba detrás del mostrador—. Quería preguntar por el vuelo de las 16:00 a Johannesburgo.

—Lo siento, señor —respondió mientras comprobaba la pantalla de su ordenador—. El mostrador de facturación no abrirá hasta las 14:00. Dentro de una hora.

Le di las gracias y me fui a mirar los alrededores. Había varias tiendas de recuerdos y un bar en el piso de arriba con un mirador sobre la pista. Necesitaba estar seguro de que Klopp no estuviera al acecho esperando en algún rincón oculto de la terminal. Cuando me aseguré de su ausencia, volví al estacionamiento y me subí al Toyota. Miré el reloj mientras salía. Era un poco más de la una de la tarde. Había sido un viaje infernal, lo había reducido mucho, pero había llegado. Salí lentamente del complejo aeroportuario y giré en U a ochocientos metros de la entrada. Había una estructura de paja a la izquierda donde varios lugareños vendían esculturas y curiosidades. Estacioné el Toyota un poco más allá, asegurándome de tener una visión clara de los vehículos que se acercaban. Había un límite de velocidad estricto en la aproximación al aeropuerto y sabía que eso jugaría a mi favor. Varios coches pasaron mientras estaba sentado y pude ver claramente a sus ocupantes desde mi posición ventajosa. *Bien. Ahora espera, Green. Espera y observa.*

Capítulo veinticinco: Klopp

AUNQUE LO INTENTÓ, EL sueño nunca llegó para Heinrich Klopp. Las potentes anfetaminas que bombeaban por su organismo se lo impedían. En su lugar, permanecía tumbado en la cama, con la caja de aluminio a escasos centímetros de su costado. De vez en cuando se levantaba, se servía un vaso de agua y se tragaba otro par de pastillas. En tres ocasiones sacó el diamante gigante del estuche y se quedó estudiándolo antes de que otra oleada de paranoia lo invadiera y volviera a guardarlo a toda prisa. Todo su cuerpo zumbaba agradablemente y se pasaba el tiempo planeando e imaginando lo que le depararía el futuro. Había momentos de gran entusiasmo y felicidad, seguidos de periodos de desesperación y miedo, y cualquier ruido en el jardín lo hacía ponerse en pie de un salto y mirar a través de las cortinas y la puerta. Había un cuenco de fruta fresca cerca de la cafetera, en el aparador, pero por alguna razón no tenía apetito. Su plan consistía en mantener la funda de aluminio sujeta a la muñeca izquierda hasta llegar al estacionamiento del aeropuerto. Una vez allí, se quitaría la piedra gigante y la metería en el equipaje de mano. A los turistas de África les gusta comprar esculturas de piedra baratas, así que el diamante pasaría sin problemas por la máquina de rayos X del control de seguridad. Luego dejaría la caja de aluminio en el vehículo y registraría el resto del equipaje como de costumbre. Sólo quedaban dos horas de vuelo hasta Johannesburgo y una vez allí tendría tiempo y espacio de sobra para planear su siguiente movimiento. Heinrich Klopp pasó la última hora paseándose por la habitación y hojeando canales aleatorios en la televisión. A la 1:15 de la tarde sacó el teléfono del bolsillo y buscó en Google cómo llegar al aeropuerto desde la pensión. Una vez que lo hizo, miró en el bolsillo para comprobar que las dos llaves diminutas de las esposas siguieran allí. Lenta y metódicamente, se colocó las esposas de la cadena plateada del maletín en la muñeca izquierda. Los tranquilizadores chasquidos del mecanismo de cierre lo complacieron y se

aseguró de que estuviera bien sujeta. Heinrich Klopp se sentó en el borde de la cama y se preparó para salir. En su mente, todo estaba perfectamente en su sitio y la parte final de su plan se ejecutaría con una precisión similar a la anterior. Se levantó y salió de la habitación hacia el sol abrasador de la tarde en el jardín tropical.

Caminó rápidamente hacia el estacionamiento mirando a ambos lados mientras avanzaba, y sus ojos muy abiertos no pasaron desapercibidos para el viejo jardinero matabele que estaba limpiando las hojas del estanque cercano. Con su mente drogada y alerta a cada movimiento y sonido, subió al polvoriento Toyota Camry y colocó el maletín de aluminio en el asiento del copiloto, junto a él. El motor arrancó al primer intento y dio marcha atrás con cuidado para salir del camino de entrada y llegar a la calle. El viaje transcurrió sin incidentes, salvo por un molesto camión que circulaba lentamente. Los jóvenes turistas de aspecto sucio que iban a bordo saludaban a los lugareños y causaban un pequeño atasco. Al adelantarlos, Heinrich Klopp golpeó con el puño el claxon del coche y murmuró algo molesto. Unos minutos después vio la señal que marcaba el desvío al aeropuerto. Tomó el desvío a la izquierda con calma y condujo a través del arbolado suburbio residencial. Finalmente, el paisaje se abrió en un matorral llano y aumentó la velocidad. Con una increíble sensación de euforia y alegría, vio el edificio del aeropuerto a lo lejos, a su derecha. No tenía ni idea de que un polvoriento Toyota Land Cruiser acababa de salir de detrás de él y lo estaba siguiendo de cerca. Heinrich Klopp sonrió para sí y empezó a tararear La cabalgata de las valquirias, del gran compositor alemán Richard Wagner. Golpeó el volante con las manos al ritmo triunfal mientras giraba a la derecha hacia el aeropuerto. Cuando estaba a sólo cincuenta metros de la entrada del aparcamiento, miró por el retrovisor. Lo que vio le produjo el susto de su vida. Parpadeó varias veces, creyendo estar viendo cosas. Tal vez se trataba de otra alucinación. Pero no había duda. El hombre que lo seguía en el vehículo era el inglés Jason Green.

—¡*Schweinhund!* —gritó con total incredulidad.

Heinrich Klopp no podía creer lo que veían sus ojos. Para colmo de males, el hombre que conducía el vehículo detrás de él sonrió y saludó.

—¡*Schweinhund!* —gritó repetidamente mientras golpeaba el volante con el puño derecho.

Preso de un pánico salvaje, Heinrich Klopp pisó a fondo el acelerador del pequeño coche. Sabía que si entraba en el estacionamiento quedaría atrapado. En la entrada había una pequeña rotonda. Era su única vía de escape. Los neumáticos del coche aullaron sobre el asfalto cuando tomó la curva a toda velocidad y salió disparado mientras el Land Cruiser lo perseguía.

Capítulo veintiséis: Green

FUE POCO ANTES DE las dos de la tarde cuando vi al vehículo acercándose. Llevaba casi una hora esperando en mi sitio, detrás del puesto de artesanías, estudiando todos y cada uno de los vehículos que pasaban. Miré el reloj y me di cuenta de que el momento era perfecto para su llegada. Habían pasado muchos Toyotas, algunos también de color crema, pero lo que despertó mi interés fue la gruesa capa de polvo de este en particular. Mi vehículo también estaba cubierto por la misma capa. El límite de velocidad en la aproximación al aeropuerto me permitió inspeccionar a los conductores y pasajeros de cada vehículo, y estaba seguro al 100% de que no había visto a Klopp en ninguno de ellos. Sólo cuando el coche estuvo a menos de treinta metros lo confirmé. Su cabeza cuadrada y sus brutales rasgos germánicos eran inconfundibles. Heinrich Klopp se sentó ligeramente hacia delante en su asiento y miró la carretera con los ojos muy abiertos. Pasó por delante de mí sin ver nada y yo salí inmediatamente detrás de él. Al instante mi cuerpo se cargó de adrenalina y se olvidó cualquier sensación de fatiga. Al principio lo seguí de lejos, pero me acerqué a él cuando giró a la derecha para entrar en el complejo aeroportuario. *Cabrón. Ya te tengo.* Unos cincuenta metros antes de la entrada del estacionamiento, vi sus ojos en el espejo retrovisor. Observé cómo movía ligeramente la cabeza y sus ojos parpadeaban repetidamente con incredulidad. Me había reconocido. No había duda de que aquello me había producido un pequeño placer, así que le sonreí y lo saludé con la mano izquierda. Estaba seguro de haberlo visto murmurar por el retrovisor unas palabras ininteligibles y vi cómo golpeaba repetidamente el volante con frustración. Al instante, metió una marcha menos y corrió hacia la entrada del aparcamiento. Yo hice exactamente lo mismo, pero sólo entonces me di cuenta del error. La pequeña rotonda era una escapatoria que yo había pasado por alto. *¡Mierda!* El pequeño coche corrió delante mío y no tuve más remedio que seguirlo. El pequeño motor de gasolina del

Camry tenía mucha más aceleración que mi propio turbodiésel, que resollaba y rugía cuando lo llevaba alrededor de la isla hasta el centro de la rotonda. Heinrich Klopp pisó a fondo el acelerador y arrancó como un murciélago. Cuando llegó al desvío hacia Livingstone, iba a 100 km. por hora. Mis propios neumáticos chirriaron en señal de protesta al tomar la misma curva detrás suyo.

—¡Maldita sea! —me dije apretando los dientes—. ¿Cómo pudiste cagarla así, Green?

Heinrich Klopp empujó el pequeño motor de gasolina hasta chillar y alcanzar los 130 km. por hora. Eso estaba bien en carretera abierta y yo podía mantener el ritmo, pero me costó creérmelo cuando entró en la zona residencial urbanizada más cercana a la ciudad y no redujo la velocidad en absoluto. Vi con horror cómo se metía en el tráfico en sentido contrario al pasar por delante de un minibús lleno de turistas. El sorprendido conductor del autobús se apartó a la izquierda y yo aproveché para meter una marcha menos y pisar a fondo el acelerador. Por delante oía el ulular maníaco del Camry mientras luchaba por poner distancia entre nosotros. Le gané un poco de distancia sólo para oír el chirrido de los neumáticos al girar el volante y tomar la curva a la derecha hacia la ciudad. Lo hizo a toda velocidad, dejando gruesas líneas de goma humeante sobre el asfalto. Heinrich Klopp no aminoró la marcha ni una sola vez. Conducía como un loco, zigzagueando peligrosamente entre los coches y camiones de los dos carriles que conducían a la ciudad. Apreté los dientes mientras luchaba por mantener el ritmo mientras nos acercábamos al cruce de cuatro vías con la calle principal. Una vez más, oí el ulular maníaco y observé con asombro cómo un grupo de lugareños se dispersaba para esquivarlo cuando giraba a la izquierda. Una mujer llevaba una cesta de fruta en la cabeza al estilo africano. En su prisa por apartarse de la trayectoria del Camry, se le cayó la cesta y su carga de mangos cayó dispersándose por el medio de la calle. *¡Maldita sea! No quiero que nadie muera aquí.* Reduje ligeramente mi propia velocidad para hacer el giro con seguridad. En el fondo tenía miedo de perderlo y después de semejante viaje eso era algo que no iba a permitir que ocurriera. Giré a la izquierda en la calle principal, con un centenar de caras atónitas de lugareños y turistas que me observaban. Más adelante vi que el Camry volvía a zigzaguear entre el tráfico y se saltaba múltiples cedas el paso. *Jesucristo, Green. ¡Esto se está poniendo feo!* En su loco pánico, Heinrich Klopp había tomado distancia. El potente turbodiésel rugió y yo también me lancé al tráfico y a los peatones mientras intentaba desesperadamente alcanzarlo. Aproximadamente 1,5 km más adelante, vi que el Camry giraba bruscamente a la derecha y se dirigía hacia la orilla del río. Mientras mis propios neumáticos aullaban al tomar la curva, me moví en el asiento para ver adónde había ido. Heinrich Klopp había llegado al final de la carretera. Delante de él se extendía el caudaloso río

Zambeze y los numerosos hoteles de lujo que bordeaban sus orillas. Desde donde estaba, podía ver que sólo tenía dos opciones. A la izquierda hacia las cataratas o, a la derecha a lo largo de la orilla del río. En ese momento, un autobús escolar completamente cargado cruzó la carretera delante mío. Pisé el freno de golpe y esperé mientras observaba los ojos desorbitados de los niños que iban en el autobús y se sobresaltaban al pasar. Una vez que se alejaron, el Land Cruiser saltó hacia delante, con su potente motor que chirriaba bajo el capó del coche. Casi perdí el control al hacer el giro al pie de la pendiente. A mi derecha, una sucesión de hoteles de lujo se alineaba a orillas del poderoso Zambeze. De sus exuberantes prados verdes crecían unas palmeras reina altísimas y unos árboles de la fiebre verdes y luminosos de corteza gruesa. Varios guardias de seguridad habían salido corriendo para ver de qué se trataba el revuelo. Me eché hacia delante en el asiento para intentar localizar el Camry, pero la carretera estaba vacía. No se veía a Heinrich Klopp por ninguna parte.

—¡Mierda! —grité en voz alta mientras golpeaba el volante con frustración.

Bajé una marcha, revolucioné el motor y aceleré.

—Tiene que estar cerca —me dije apretando los dientes—. No ha tenido tiempo de alejarse.

Una sensación de pánico desesperado se apoderó de mí cuando pasé por delante del último de los hoteles. Los terrenos del Stanley Waterfront Hotel terminaban con una valla de pesados palos de goma negra. Más allá sólo se veían arbustos y las oscuras ondulaciones verdes del gran río. La carretera que quedaba por delante sólo conducía a un callejón sin salida de los distintos miradores de las grandes cataratas Victoria. *Lo has perdido, Green. Después de todo, sólo has podido perderlo.*

Fue entonces cuando vi los pilares de piedra de la pasarela a la derecha. Habían quedado parcialmente ocultos por la hierba seca y los arbustos. En uno de ellos había un cartel descolorido que decía «Crucero al atardecer por el paseo marítimo de Stanley». Me llamó la atención mientras me acercaba y entonces vi el polvo. El Toyota Camry se abría paso entre las acacias del camino de tierra en dirección a la orilla del río. En un amplio embarcadero, que se adentraba en el río, había dos barcos de crucero fluvial de dos pisos. Ambos tenían capacidad para treinta personas y se estaban reabasteciendo para el crucero nocturno. Giré el volante para seguir adelante y el parachoques de la parte trasera del vehículo chocó con el pilar de piedra. El sonido de metal roto llenó el interior del vehículo, pero seguí adelante a pesar de todo. Heinrich Klopp se detuvo en la zona de estacionamiento que había delante del embarcadero. En su precipitación, debió de utilizar el freno de mano, pues el coche se deslizó lateralmente sobre la tierra y se detuvo cerca de un pequeño bloque de lavabos que había a un lado. Mi propio

neumático delantero derecho chocó con una raíz de árbol que sobresalía mientras patinaba sobre la tierra alrededor de un grupo de árboles. La parte delantera del vehículo se tambaleó y luché por recuperar el control mientras bajaba. Cuando me aproximaba por fin al embarcadero, vi a Heinrich Klopp saltar de su vehículo. Llevaba el mismo maletín de aluminio que había visto que utilizaba en la mina Apex de Namibia. Llevaba atada a la muñeca izquierda una cadena de plata con las esposas. Vi cómo subía corriendo las escaleras de hormigón del embarcadero mirándome mientras me acercaba. Había dos obreros con overoles azules trabajando en el embarcadero. Uno estaba cargando el crucero de la derecha con cajas de cerveza, mientras que el otro estaba en el extremo más alejado intentando cargar un par de depósitos de combustible en una pequeña embarcación auxiliar que estaba sujeta por una cuerda al embarcadero. El primer hombre vio venir a Klopp y, con buen criterio, subió a bordo del crucero para esquivarlo. El segundo hombre no lo había visto y sólo se percató de su presencia por las estruendosas pisadas que daba sobre la superficie de madera al acercarse. El hombre se levantó de su trabajo con cara de sorpresa. Heinrich Klopp corrió hacia él a toda velocidad. Lo golpeó directamente en el pecho con el maletín. El golpe lo hizo caer al agua mientras gritaba aterrorizado. El Land Cruiser se detuvo en una nube de polvo rojo cerca de la parte delantera del embarcadero. Salté y subí corriendo los escalones de hormigón del embarcadero.

Cuando llegué a la cubierta de madera, Heinrich Klopp había bajado a la pequeña embarcación auxiliar y estaba tratando de desatlarla del pilar de hormigón al cual estaba sujeta. Bajé por el embarcadero sólo para ver que había conseguido liberar la pequeña embarcación y la había empujado hacia la poderosa corriente del río que había más allá. Se dedicó a tirar de la cuerda de arranque del pequeño motor fueraborda de dos tiempos de la parte trasera. Se detuvo al verme correr hacia el extremo del embarcadero y sonrió.

—¡*Schweinhund!* —chilló antes de estallar en carcajadas histéricas.

La potente corriente estaba llevando la embarcación rápidamente río abajo. El agudo cacareo de Heinrich Klopp cesó cuando se dio cuenta de que yo no disminuía la velocidad. Llegué al final del muelle a toda velocidad y me lancé al aire con los brazos extendidos. Mi cuerpo golpeó el agua con un fuerte crujido e inmediatamente nadé tan fuerte como pude hacia el barco a la deriva. Sentí que la corriente imparable tiraba de mí mientras avanzaba. En el pequeño bote, Heinrich Klopp buscaba frenéticamente un arma. Agarró lo primero que tuvo a mano. El depósito de combustible portátil de acero era viejo y su pintura roja estaba descascarillada y descolorida. Lo vi volar por el aire hacia mí e inmediatamente me agaché bajo el agua. Aterrizó pesadamente sobre mi espalda y me dejó sin aliento, pero seguí tirando con los brazos y

pateando con las piernas. Para entonces ya nos habíamos adentrado bastante en el río, más de cien metros río abajo. Empezaba a cansarme. Hice un último esfuerzo con los brazos y, por fin, mi mano derecha se posó en la borda, en el lateral del casco de aluminio.

Levanté la cabeza y vi a Klopp rebuscando frenéticamente en la parte trasera de la embarcación otra arma. Se levantó sosteniendo un pesado remo de madera en la mano derecha.

—*¡Schweinhund!* —rugió mientras lo bajaba hacia mi cabeza.

Me agaché bajo el agua, soltándome de la barca el tiempo suficiente para evitar el impacto. El sonido bajo el agua me recordó al de un gong gigante en una vieja película de Kung Fu. Levanté la cabeza y volví a agarrarme a la borda. El rostro de Heinrich Klopp estaba hinchado y amoratado por la rabia. Una vez más, desenvainó el pesado remo y lo hizo descender hacia mí con una fuerza salvaje. De nuevo me sumergí y esperé el sonido del impacto. Llegó como esperaba, pero esta vez hubo otro sonido, como si algo pesado hubiera caído en la barca. Levanté la cabeza del remolino verde del agua y vi que había golpeado el remo con tanta fuerza que había perdido el equilibrio y había caído hacia delante, hacia mí. Me agarré al lateral del casco de aluminio y saqué el pie derecho del agua. Le golpeé en la sien mientras caía y lo arrojé al otro lado de la embarcación. El maletín y la cadena que llevaba atados a la muñeca izquierda traquetearon en la barca al caer. Cuando subí a la embarcación, me di cuenta por primera vez de las voces que gritaban desde la orilla. En aquel momento las ignoré, pues tenía asuntos más importantes que atender. Heinrich Klopp yacía en el centro de la barca con una expresión de confusión en el rostro. Empapado y chorreando agua, me abalancé sobre él y lo agarré por el cuello. Una vez más, oí las voces que gritaban desde la orilla del río, pero volví a ignorarlas. Le miré a la cara mientras levantaba el puño derecho por encima de mi cabeza. Era como si toda la rabia que me había estado conteniendo estuviese a punto de estallar. Mi puño golpeó su cara cuatro veces y, con cada golpe, grité.

—*¡Eins, zwei, drei, Klopp!*

—*¡Eins, zwei, drei, Klopp!* —le grité mientras le daba otros cuatro fuertes golpes.

Heinrich Klopp gimió suavemente y una extraña sonrisa se formó en sus labios mientras yacía en el fondo de la barca.

Vi una mezcla de sangre y saliva que le llenaba los huecos entre sus dientes perfectos y, de repente, me sentí confuso. Me detuve con el puño aún levantado y bajé la mirada hacia su cuerpo. Fue entonces cuando vi el bulto de sus pantalones. *¿Qué demonios?* No podía creer lo que veían mis ojos. El hombre estaba disfrutando de la paliza. Volví a sentarme jadeando pesadamente y fue entonces cuando volví a oír los gritos maníacos procedentes de la orilla del

río. Levanté la mirada para ver que la barca se había alejado cerca de ochocientos metros del embarcadero. No tenía ni idea de que la poderosa corriente nos había llevado tan lejos en el río y que nos acercábamos a toda velocidad al borde de la mayor catarata del mundo. *¡Dios mío, Green!* De repente mi mundo cambió. Era como si todo ocurriera a cámara lenta. Incluso los gritos rabiosos de los hombres que corrían por la orilla del río parecían desvanecerse. La mano izquierda de Heinrich Klopp yacía a un lado de la barca, cerca del estabilizador que normalmente se utiliza para asegurar el remo mientras se rema. El maletín de aluminio yacía cerca, aún sujeto a su muñeca por la pesada cadena de plata. Levanté la cadena y la enrollé dos veces alrededor de la base metálica del estabilizador. En el fondo de la barca, Klopp volvió a gemir cuando lo hice. Me levanté y golpeé el estabilizador con el talón del zapato. El metal se dobló con la fuerza del golpe, pero no fue suficiente. Una vez más, pisé con todo mi peso el metal liso. Esta vez funcionó y ambos lados quedaron planos contra la borda. Miré hacia arriba y vi que faltaban menos de doscientos metros para llegar al borde de las cataratas. Más adelante, un delgado espolón de tierra sobresalía del agua. Estaba cubierto de rocas ennegrecidas y rodeado de juncos. Me detuve mientras la barca se acercaba a toda velocidad, pero sólo cuando estábamos en paralelo me di cuenta de que estaba al menos a diez metros de distancia. Me subí al lateral del casco y me lancé al agua espumosa. La corriente no se parecía a nada que hubiera sentido antes y parecía que me arrastraba como una hoja en una tormenta. Me agité desesperadamente en la confusión hirviente hasta que mi mano derecha encontró un grupo de juncos y me puse a salvo. Jadeando salvajemente, subí mi dolorido cuerpo a un montón de rocas en el extremo más alejado de la isla y miré hacia arriba. La barca se alejaba sin cesar, casi pacíficamente. Era como si fuera un ser vivo que hubiera aceptado su destino y simplemente se dejara llevar.

Parpadeé mientras me quitaba el agua de los ojos. Fue entonces cuando la parte superior del cuerpo de Heinrich Klopp asomó como un gato en la caja. Su cabeza cuadrada se sacudió de un lado a otro como un autómata al darse cuenta de la gravedad de la situación. Nuestros ojos se encontraron y oí claramente su grito por encima del estruendo de las cataratas.

—*¡Nein!* —gritó—. *¡No!*

Su boca era como un agujero ensangrentado mientras tiraba salvajemente de la cadena de su muñeca. Pero sus esfuerzos fueron inútiles. La cadena de plata permanecía inamovible en el metal doblado del estabilizador.

—*¡Nein!* —volvió a gritar, con los ojos como láseres de odio puro.

Vi cómo abría la boca mientras gritaba por tercera vez, pero ya no podía oírlo.

La barca y su ocupante fueron envueltos poco a poco por el vapor que asoma al borde de las grandes cataratas Victoria, y Heinrich Klopp desapareció para siempre.

Capítulo veintisiete: Ciudad del Cabo, dos días después.

CORRÍA UNA BRISA FRESCA procedente del océano mientras caminaba desde la parada de taxis hacia el complejo V&A Waterfront, en el corazón de Ciudad del Cabo. El cielo estaba perfectamente azul y una horda de turistas y lugareños de aspecto relajado paseaban por las numerosas tiendas, restaurantes y museos de los muelles en funcionamiento. Detrás mío, el imponente escenario de la Table Mountain resplandecía, verde y gris bajo el sol del mediodía. Los mástiles y las plataformas de cientos de barcos de colores se balanceaban perezosamente en el océano. Una banda de marimba que tocaba a la sombra de un roble cercano entonaba un ritmo repetitivo que palpitaba en el aire como el latido de un corazón. Un joven guía de rafting me había recogido en una pequeña isla sobre las cataratas Victoria. Me había dejado sano y salvo en la orilla del río, cerca de los miradores, donde me fundí con la multitud y desaparecí. Una hora más tarde había recogido mis pertenencias del Toyota y me había dirigido a un alojamiento de mochileros en las afueras de la ciudad. Nunca se encontró el cuerpo de Heinrich Klopp, a pesar de que al día siguiente se encontró uno de sus zapatos en el rápido número cuatro del desfiladero que hay bajo las cataratas. Su cuerpo había quedado hecho pedazos por la caída de cien metros y por la enorme fuerza de los 625 millones de litros de agua que fluían por el borde a cada minuto. Lo que quedaba de él fue consumido rápidamente por los voraces cocodrilos y peces tigre del desfiladero. El maletín que llevaba atado a la muñeca fue arrancado y pulverizado, y el diamante gigante se perdió para siempre. A la mañana siguiente tomé un vuelo directo a Ciudad del Cabo y me alojé en The Blueberry Guest House, en Kalk Bay. Miré el reloj mientras entraba en la plaza principal del paseo marítimo. Había contactado con Charmaine, la novia de Danny Meyer, a través de Facebook, y ella había quedado en reunirse conmigo en una cafetería al día siguiente. No le había dicho nada en ese momento, sólo que era amigo suyo y que tenía algo que darle. Divisé el logotipo de la cafetería en el toldo de lona azul que cubría su galería y me dirigí hacia ella entre la multitud. Subí los escalones hasta el entablado de imitación de madera y me puse a la sombra del amplio toldo para observar las mesas. La mayoría estaban ocupadas por pequeños grupos y familias, pero en la mesa del rincón más alejado había una joven sentada sola. Llevaba un vestido de verano amarillo claro y blanco y el pelo largo y rubio recogido hacia atrás. *Tiene que ser ella, Green*. Cuando me acerqué, la vi beber un sorbo de un vaso alto de té helado. Devolvió el vaso a la mesa y miró con nostalgia hacia el océano. Me miró cuando me acerqué y entonces supe que era ella. Sus claros ojos azules estaban vacíos de dolor.

—¿Charmaine? —le pregunté.

—Sí —respondió mientras se levantaba y me ofrecía la mano—. ¿Señor Green?

—Gracias por recibirme —dije sentándome frente a ella—. Sé que debe de ser un momento muy difícil para ti.

Bajó brevemente los ojos hacia la mesa, como si no supiera qué decir. Entonces supe que no tenía sentido andarse con rodeos.

—Era amigo de Danny —dije—. Estaba a bordo de su avión cuando cayó.

Se sentó un poco hacia delante, levantó la mano derecha y se la puso justo debajo de la garganta.

—Pero... —dijo con el ceño fruncido, confusa.

—Lo que has oído no es cierto —dije con firmeza—. Había tres personas a bordo de ese avión y yo era una de ellas. Intenté sacarlo, pero no pude. Lo siento, Charmaine.

Me miró fijamente y entonces supe que me creía.

—Me dio algunas cosas y me hizo jurar que te las diera.

Saqué el sobre caqui del bolsillo y lo puse sobre la mesa.

—Son los títulos de propiedad de la pequeña finca de Stellenbosch —dije—. Me dijo que quería construir una casa allí.

Parpadeó mientras miraba el sobre.

—Pero hay algo más —dije mientras sacaba del bolsillo el pequeño joyero negro.

Puse la caja sobre la mesa y abrí la tapa. El único diamante brilló a la luz del sol mientras se lo acercaba. Se llevó la mano a la boca, conmovida, y vi que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Te quería mucho —le dije en voz baja—. Iba a pedirte casamiento.

Me senté y la observé durante unos segundos, luego me levanté lentamente para marcharme. Le puse ligeramente la mano en el hombro y vi que las lágrimas corrían por su cara mientras me miraba.

—Cuídate —le dije.

FIN.

— • —

Queridos lectores

QUERIDOS LECTORES, SUPONGO QUE, si están leyendo esto, significa que han terminado este libro.

Si es así, ¡espero de verdad que lo hayan disfrutado! Me gustaría pedirles que, por favor, se tomen un minuto para dejar una reseña en Amazon.

Las reseñas son de vital importancia para los autores independientes y me ayudan a llegar a nuevos lectores.

Todos los libros de la serie Jason Green son novelas independientes. Si desean continuar con la serie, pueden encontrarla haciendo clic aquí: <https://www.amazon.es/dp/B0DFCVZFR2>

No duden en seguirme o en ponerse en contacto conmigo a través de mi página de Facebook en <https://www.facebook.com/gordonwallisauthor>

¡Me encanta recibir noticias de mis lectores!

Gracias de nuevo, Gordon.